

FERNANDO REPISO

# LAS AGUJAS DE LA NOCHE



Lectulandia

Después de una intensa sesión de sexo y drogas, el inspector Iván de Pablos recibe una llamada. El dueño de la sauna gay de Sevilla que suele frecuentar ha encontrado muerto a un joven en una de las cabinas. El chico, desnudo y con aspecto de estar dormido, ha recibido varios pinchazos, fruto tal vez de una práctica sexual, y le han amputado un dedo del pie. El forense, el doctor Carlos Sepúlveda, casualmente pareja de su exmujer, dictamina que ha sido un infarto. Iván confía en su palabra, pero su instinto no termina de ver claro el caso. Por ello no cesará en investigar todos los hechos alrededor de esta muerte.

El policía, en entredicho por sus adicciones y por cómo vive su homosexualidad, terminará descubriendo una trama oscura, que llevará consigo más asesinatos vinculados al ambiente nocturno de la ciudad, y un criminal inesperado.

Fernando Repiso

# Las agujas de la noche

ePub r1.0

Titivillus 26.04.2023

Fernando Repiso, 2022

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.1



*A Antonio*  
*Una vez más, y siempre muchas veces, nunca suficientes*

Desde entonces, esa ha sido la historia:  
alguien quiere ser libre y otro lo señala.

BRAULIO ORTIZ POOLE  
*La historia del mundo II*

## 35. DOMINGO POR LA NOCHE

---

De entre todos los objetos desparramados sobre la mesilla de noche, el único intacto era la jeringuilla. La sesión había sido una de las largas, de esas a las que Iván llamaba *noches blancas*, tanto por las más de veinticuatro horas de fiesta como por el color del cóctel básico de un buen desfase: cocaína, ketamina, mefedrona, metanfetamina y *speed*. Mención aparte para el éxtasis en toda su amplia gama de tonos chillones y flúor, y para el GHB, ese líquido transparente despachado en goteros de un marrón oscuro casi negro.

No sabía por qué conservaba la jeringuilla. Había aparecido en otra noche blanca, una que se remató en su casa. La trajo consigo el amigo de un amigo al que le iba el *slam*. Iván ya no se sorprendía de nada, pero pasaba de agujas. Bastante tenía con llevar el bicho en la sangre como para jugar también a mezclarlo con el bicho de otro. Y eso que, al final, aquel amigo de un amigo no llegó a usarla. Cuando terminaron la sesión, el chico iba tan puesto que tuvieron que empujarlo a la ducha entre tres para espabilarlo. Después Iván lo invitó a largarse a toda leche, dándole el tiempo justo para que encontrara su ropa, el móvil y la cartera, y para que se dejara olvidadas, desperdigadas por toda la casa, el resto de sus pertenencias. Como la jeringuilla. Huelga decir, en cuanto al asunto de mezclar los bichos de unos y de otros, que ninguno de los participantes había usado condón. Una contradicción muy habitual en las noches blancas. Una más. Como el hecho de que, a pesar de tantas horas como pasaban metiéndose de todo, eran muchos los participantes que, precisamente por todo lo que se metían, al final no llegaban a rematar. No se corrían.

Eran las diez de la noche cuando Iván por fin le echó algo sólido al estómago. Se tragó un Orfidal y se metió en la cama sin cambiar las sábanas. Había salido de la comisaría el día anterior, al mediodía, con la intención de



tomar un vermú, solo una cerveza, si acaso un vodka cortito con tónica a media tarde, pero ya.

A las doce menos cuarto el teléfono llevaba un buen rato sonando. En su duermevela intermitente Iván sentía los timbrazos a oleadas: tal y como venían, le taladraban los tímpanos y las sienes; tal y como se iban, sonaban muy lejanos, ecos reverberando en una realidad paralela. Cuando ya no aguantó más —joderquesecalledeunaputavezeseputoteléfonodeloscojones—, con un manotazo, y tumbado de costado, lo dejó caer sobre una oreja. El aparato estaba ardiendo. Llegar a preguntar quién era no le quiso salir del cuerpo, aunque tampoco le hizo falta.

—¡Iván, por Dios, ya era hora! ¿Se puede saber dónde estás? —La cabeza le iba a reventar cuando Paco, al otro lado de la línea, gritó aún más alto—. ¡Ha pasado algo terrible! ¡Tienes que venir inmediatamente!

—Vete a la mierda.

Pero no reventó. Después de dejar a Paco con la palabra en la boca, Iván ya fue incapaz de volver a conciliar el sueño. Todavía no habían pasado ni treinta segundos cuando los timbrazos regresaron con una desesperante insistencia que, al cabo de unos minutos, empezó a parecerle sospechosa.

—No cuelgues otra vez, te lo pido por favor. Por Dios, Iván, tienes que venir.

—¿Se puede saber qué cojones te pasa?

—Ven a la sauna y te lo explico. No te molestaría si la cosa no fuera grave. ¡Ven ya!

—¿Cómo de grave?

—Nivel ruina. —Un silencio dubitativo hizo creer a Iván que era entonces Paco quien había colgado—. Pero por teléfono, no. Tienes que venir. ¡Date prisa! ¡Ya!

Una ducha y una raya de coca más tarde, mientras esperaba a su Cabify, el inspector de policía Iván de Pablos Escudero pensaba que no se le ocurría nada más triste que una noche de domingo después de un fin de semana de fiesta; los caballos desbocados y los fuegos artificiales del día anterior habían mutado en pesadumbre y cristales en las sienes.

La tarde antes, a eso de las seis, Iván ya se había merendado tres vodkas cortitos con tónica y dos rayas. Antes de las nueve habían caído otros dos de cada. Por supuesto, ya no cenó. Después, se encontró con tres amigos que iban buscando fiesta de garito en garito, con actitud y predisposición idénticas a las suyas. A partir de entonces se aliaron en una ronda nocturna que derivó en diurna. Una odisea ética, química y sexual que contempló una sucesión

de estaciones en otras camas, en la guarida de un camello y en un chino donde se reabastecieron de alcohol, Red Bull y gominolas. Terminaron llegando por fin a su casa. Allí siguieron de *chill* un par de horas más, hasta que liquidaron las existencias, los tres amigos se largaron e Iván se tragó el Orfidal.

El Cabify se detuvo justo en la puerta de la sauna. Las farolas de la calle estaban apagadas a pesar de la hora y el local cerrado. En contraste, el cartel luminoso sobre la puerta brillaba con desfachatez. Mostraba todavía el lustre arrogante de lo recién estrenado; unas letras doradas sobre un fondo turquesa que lucían como una promesa:

#### BLACKSUN, UN NUEVO CONCEPTO DE SAUNA MASCULINA EN SEVILLA

Iván le pidió al conductor que le concediera unos segundos antes de apearse. Metió la punta de una llave en una bolsita y esnifó una apresurada pizca de coca. Era la segunda que se metía desde que había salido de su apartamento. El conductor, joven y atractivo, de bigote abundante y con pinta de cantante de rancheras, lo miró por el retrovisor sin inmutarse. Iván le dio las gracias y las buenas noches, y el ranchero guapo siguió clavándole los ojos en silencio a través del espejo. «Este tío es gilipollas», pensó.

Claro que, en cuanto cerró la puerta del coche y vio su reflejo en la ventanilla, lo comprendió: resultaba difícil presentar un aspecto más desastrado y amenazante. Él mismo habría recelado de alguien con su facha.

No necesitó llamar al timbre. Paco, que acechaba desde el otro lado, abrió la puerta y salió a recibirlo como un cuco histérico al dar la hora.

—Muchas gracias, Iván. No sabía qué hacer ni a quién más llamar.

—Espero que la urgencia esté justificada. Si se trata de una gilipollez, te juro que...

—Ven —Paco se lo dijo sin tocarle, pero surtió el mismo efecto que si le hubiese tirado de la camiseta hacia el interior del local.

Iván se sentía extenuado. Empezaba a dolerle la cabeza y acababa de hacer acto de presencia el pinchazo de ansiedad en la nuca que reclamaba otro tiro. Con paso lento y arrastrado, se dejó conducir por Paco hacia la zona de las cabinas. Se notaba que hacía un buen rato que habían cerrado, jamás había visto todo aquello tan recogido, jamás lo había oído tan limpio.

Como cliente habitual, asiduo incluso entre semana, Iván conocía muy bien aquel «nuevo concepto de sauna masculina en Sevilla» que era la BlackSun. Sin embargo, cuatro meses atrás, durante los primeros días de apertura, le sucedía lo mismo que a todos los clientes: se desorientaba. BlackSun, sol negro: aquello era la sauna.

De la recepción partía un largo pasillo que, unos metros más adelante, se abría radialmente a izquierda y derecha hacia un considerable número de estancias de diversas formas y tamaños.

En primer lugar, a las hileras de tres alturas de taquillas numeradas, cuyas cerraduras se abrían con las pulseras de goma que se les entregaban a los clientes a la entrada, junto con unas chanclas, un par de condones y otro de toallas. A continuación, el pasillo se iba oscureciendo y, tras girar a la derecha, se adentraba en la denominada *zona húmeda*, con una decena de duchas vistas, una sauna turca, otra finlandesa y un *jacuzzi* gigante con capacidad para treinta personas. El recorrido, cada vez menos iluminado, continuaba por la zona de fumadores hasta la de juegos: una veintena de cabinas provistas de camas con colchonetas para dos o tres clientes, alguna para grupos más numerosos.

—Es aquí —dijo Paco. Se había detenido ante la puerta de la cabina más cercana a la sala de fumadores, sobre cuyo dintel una pequeña placa de color negro mostraba en letras rojas las palabras «STENDHAL - CABINA VIP».

A Paco le temblaban la voz y la mano sobre el picaporte, un gesto que hizo al inspector tomar conciencia de la gravedad de la situación y que lo llevó del hastío a la preocupación. Paco abrió la puerta y se apartó. A continuación, mientras Iván contemplaba la escena con una mezcla de asombro y repentina tristeza, el dueño de la sauna le fue relatando los hechos, hablándole desde atrás y por encima del hombro.

Habían cerrado a las once de la noche, como todos los domingos. Mateo, marido y socio de Paco en el negocio, cobraba las consumiciones a los clientes que iban saliendo. El camarero del turno de esa tarde, Juanpe, había terminado de limpiar y se acababa de marchar a casa, avisándole previamente de que algunas cabinas estaban cerradas por dentro.

Paco realizó un barrido completo por las instalaciones apremiando a los rezagados para que fueran recogiendo, duchándose, vistiéndose y pagando. Mera rutina. En total, eran cuatro las cabinas cerradas, incluyendo aquella, la Stendhal. Paco se dedicó a aporrear las puertas. Todo normal. En las dos primeras, sendas parejas dormidas, los cuatro tipos bastante puestos y dóciles; en la tercera, otros dos hombres apuraban el polvo. Lo de siempre. Como si no hubieran tenido tiempo en todo el día.

—Pero algo sucedía en la Stendhal. No contestaban. Te puedes imaginar lo que insistí —dijo Paco—. Me moría de ganas por irme a casa, después de todo el fin de semana al pie del cañón, metido aquí dentro, sin ver la luz del sol, que esto no está pagado con nada.

Las taquillas se abrían con la pulsera electrónica, pero las cabinas de la sauna disponían de un pomo metálico con pestillo, con el que los clientes podían encerrarse por dentro manualmente. En situaciones como aquella, una llave maestra que se guardaba en la recepción permitía abrir por fuera sin forzar el pomo, así que Paco se dirigió allí para pedírsela a Mateo. Cuando regresó y abrió la puerta de la Stendhal, le sorprendió la placidez en el rostro del muchacho que yacía dentro, con los ojos cerrados y el ceño relajado como el de un bebé durmiente. ¿Cómo no se había enterado de los golpes en la puerta y de las llamadas a voces de Paco? O estaba muy drogado o...

Se dio cuenta de que algo no iba bien. La postura. La actitud. El aire. Paco apartó un bote de póper para sentarse en el borde de la colchoneta. Tomó la mano del joven, al mismo tiempo que un gemido escapó de su boca.

—Te juro por Dios que nunca en mi vida había tocado una piel así —dijo Paco—, fría como un pescado. Jamás lo olvidaré. Pobre chaval.

El inspector corroboró lo que Paco le decía tomando a su vez la mano del muchacho y comprobando que no había pulso. No pudo evitar acariciarle la muñeca con el dedo meñique.

—Sí, pobre Ale.

—Lo conocías, claro —preguntó Paco.

—De hola y adiós. —Iván puso su otra mano sobre la frente inerte—. ¿A las once, dices que lo encontraste?

—Sí, acabábamos de cerrar.

—Ahora son las...

—... las doce y media —se anticipó Paco.

—Y no sabes cuánto tiempo llevaba encerrado aquí, en esta cabina.

—No. Qué te voy a contar yo a ti de cómo se pone esto de gente los domingos por la tarde. Entre los que han llegado de empalmada de la noche anterior —lo miró Paco enarcando una ceja— y los que se dejan caer después de comer para rematar el finde con un polvo, aquí casi no se cabe. Y con lo grande que es la sauna, es imposible saber quién está, dónde y con quién en cada momento.

Iván apreció en su tono una excusa no solicitada. Dejó caer con suavidad la fría mano de Ale sobre la colchoneta. En un acto reflejo le colocó bien el flequillo.

—Venga, Paco, no te quejes.

—No, si yo no me quejo, de verdad. Desde que abrimos en julio, el negocio va de fábula, tú lo sabes. Tenemos doscientas taquillas y veinticinco

cabinas. Los sábados y domingos la mayoría están ocupadas, cerradas durante horas, ya sabes...

—Durmiendo, follando...

—Así es —interrumpió Paco.

—... o drogándose.

—Lo que hagan ahí dentro es cosa suya.

El inspector era consciente del impacto que, a buen seguro, iba a tener el hallazgo de un cadáver sobre el negocio y sobre la propia reputación personal de Paco. Le caía bien, eran viejos conocidos de la noche, aunque siempre lo había tenido por un rácano. Jamás en aquellos cuatro meses en la sauna, ni tiempo antes, cuando Paco trabajaba como camarero y relaciones públicas en una discoteca, había tenido el detalle de invitarlo a una mísera copa. Ni siquiera sabiendo Paco que Iván era inspector de policía y ni siquiera sabiendo Iván que Paco, además de camarero y empresario, había sido —y todavía lo era en menor medida— camello y chaperero ocasional. Con todo, él siempre había hecho la vista gorda.

El inspector efectuó un repaso visual más detallado a la Stendhal: con sus veinte metros cuadrados era, con diferencia, mucho más grande que las otras cabinas. Sus codiciadas prestaciones incluían ducha privada, nevera, tres surtidores de lubricante, condones y kleenex —todo por cortesía de la casa—, *sling*, un par de argollas ancladas a la pared y una robusta cama de dos por dos metros. Las paredes, el suelo y el techo estaban pintados en negro y unos débiles fluorescentes rojos iluminaban la estancia con desgana. Iván reparó en la papelera rebosante: a su alrededor, en el suelo, se habían desparramado vasos de plástico, bolas de pañuelos y condones usados.

Ale estaba tumbado en posición fetal. Decúbito lateral derecho, de cara a la pared, de espaldas a la puerta. Su piel lechosa y su pelo rubio, querubinesco, chocaban con el rojo intenso de la colchoneta. Dos toallas cubrían su cuerpo a medias. Una, anudada en la cintura, le llegaba hasta los muslos. La otra le tapaba los pies, como si le hubiera asaltado un repentino ataque de frío segundos antes de zambullirse en el sueño definitivo.

Porque aquel era su aspecto: el de un plácido durmiente. Ni una señal de violencia. Ni en el cuerpo ni en la escena. Lo único que desentonaba en aquel cuadro de calma total eran los labios amoratados y un escueto reguero de saliva seca en la comisura izquierda. Su mano aún sujetaba el asa de una riñonera con la cremallera abierta. En su interior, un par de bolsitas con restos de polvos blancos y un bote de póper medio lleno, con una etiqueta de un dorado intenso y exótico, muy marciano.

—Tiene toda la pinta de un ataque al corazón. Este pobre se metía de todo —dijo Paco—. Seguro que también se comió una Viagra, ya sabes —dijo señalando el póper.

Iván asintió. Sabía del riesgo mortal que aquello conllevaba, como todo el mundo en el ambiente, ¿no? Una explosión dilatadora de las arterias y del corazón. Y, sin embargo, no eran pocos los que mezclaban póper con viagra; él mismo lo había hecho en alguna ocasión ignorando el riesgo de un más que probable infarto de manual.

Pero lo que el inspector no podía quitarse de la cabeza era la papeleta que le iba a tocar más pronto que tarde: llamar a Roberto, el marido de Ale, el difunto. Iván estaba seguro de que todavía conservaba su número de teléfono en la agenda del móvil.

Porque si bien era cierto que conocía a Ale de vista, con quien más se había relacionado había sido con su marido. Roberto y el inspector habían echado un par de polvos hacía años, cuando todavía aquel estaba soltero. Después le perdió la pista, hasta que Iván se enteró de que se había casado por un breve en el periódico. Roberto era un miembro de los Silva-Suárez, familia bien de la Sevilla de toda la vida, de las que acreditan algún tanto por ciento de sangre azul. La última vez que Iván coincidió con él había sido en un restaurante del centro, donde Roberto le presentó a su flamante marido. Había pasado un año de aquello y, desde entonces, no se habían vuelto a ver. Con quien sí había coincidido con mucha frecuencia, sobre todo en la sauna, era con Ale. De hecho, rara había sido la vez que Iván se dejara caer por allí sin encontrarse con él. Pero no habían pasado de un hola y un adiós.

—¿Habéis avisado a la policía?

—Te hemos avisado a ti, inspector.

—No es lo mismo. Tienes que llamar, Paco. Se te ha muerto un cliente. Yo poco puedo hacer ya.

—Sí, Iván, hay algo que puedes hacer. Por eso te he llamado a ti antes que a nadie. Necesito que me cubras.

—¿Cubrirte? ¿Con qué?

—Con lo otro, ya sabes...

—Tus ingresos extraordinarios.

—Tú mismo alguna que otra vez me has pillado un gramo.

—Bastante malo y escaso, por cierto.

—Nadie se ha quejado hasta ahora. Cuando llegáis aquí, ya lleváis muchas horas de fiesta y os entra todo.

—Guárdate tus chistes para mejor ocasión, Paco. —Iván no escondió su mejor mueca de desprecio—. Esconde lo que tengas que esconder, pero hazme el favor de llamar ya.

Paco recorrió todo el pasillo hacia la recepción mascullando y, antes de llegar al mostrador, exclamó:

—¡Llama a la policía, Mateo!

Cuando lo perdió de vista y se quedó a solas, Iván tomó unas fotos del cuerpo de Ale desde distintas perspectivas. Antes de marcharse, hizo algo que llevaba un buen rato deseando: cogió la toalla que le tapaba los pies y se la puso sobre la cara. Esa serenidad en el rostro le resultaba impropia, desasosegante, o ¿cómo decirlo? ¿Obscena?

Fue entonces cuando advirtió el detalle del dedo meñique del pie izquierdo. Le faltaba la tercera falange. Iván se agachó para observar con más detalle. El pequeño hueso parecía haber sido extirpado de cuajo y con precisión. Un corte recto y limpio. Además, la herida estaba seca y sellada, sin rastro de sangre, como si inmediatamente después de la amputación se le hubiera aplicado un objeto muy candente para cauterizarla. Lo más curioso de todo era que la intervención parecía reciente. El inspector acercó un poco más la nariz. La herida aún desprendía un levísimo olor a quemado.

En lugar de ir directamente a la recepción en busca de Paco y de Mateo, buscó el aseo más cercano y se echó agua en la cara. Había perdido la cuenta exacta, pero seguro que llevaba más de treinta horas seguidas sin dormir. Aunque estaba claro que se trataba de un infarto, tocaba esperar a que llegaran los compañeros y el médico forense para los trámites del levantamiento del cadáver. La cosa podía alargarse toda la noche. Lo mejor sería prepararse. Allí mismo, sobre la tapa de un váter, se metió dos rayas.

## 34. MADRUGADA DEL LUNES

---

Los primeros en hacer acto de presencia fueron Pilar y Julián, la pareja de compañeros que aquella noche patrullaba por la Macarena. Sus caras cansadas clamaban que se les había fastidiado la que, *a priori*, iba a ser una noche tranquila. ¿Cuándo se había visto un marrón un lunes de madrugada? Como mucho, un borracho impertinente, un maltratador o un alunizaje en una tienda de electrodomésticos. Pero ¿un muerto en una sauna gay?

Julián llevaba algún año menos que él en el cuerpo y tenía fama de buen policía, callado, serio y meticulado, justo al contrario que él. A Pilar no la conocía, a pesar de que parecía más o menos de su quinta. Debían de haberla trasladado a Sevilla recientemente porque, además, tenía un acento que le recordaba al catalán o al balear. Iván la escaneó de arriba abajo y advirtió que ella se había dado cuenta y que, aunque no dijo nada, le sostuvo el contacto visual directo a los ojos en todo momento. Bien.

Tras unos cuantos saludos desgastados, acordaron que mientras Julián llamaba al juez de guardia, Pilar se acercaría al coche patrulla por un par de guantes de látex y algunas bolsas, donde custodiarían los escasos objetos de la fatídica Stendhal. Por su parte, Iván se espoléó para no demorar más la llamada pendiente. Al objeto de enfundarse con tranquilidad el disfraz de pájaro de mal agüero, se adentró en la intimidad del resto de las instalaciones. Como nunca había estado allí con tanta luz, se sintió desubicado. La sauna le pareció un lugar desconocido, más brillante, colorido y, sobre todo, mucho más pequeño.

Unos metros más allá de la zona de fumadores, atravesó la puerta doble que anunciaba la entrada al cuarto oscuro, donde el pasillo principal se estrechaba con el indisimulado objetivo de forzar el roce de las pieles húmedas. Tras dejar atrás otras dos cabinas agujereadas con varios *gloryholes*, llegó a las jaulas, del techo de una de las cuales colgaba un *sling*.



Pensó en acomodarse sobre él para hacer la llamada, pero prefirió buscar un asiento más estable. La siguiente puerta le condujo a la sala de cine X. En una triple grada cabían una decena de espectadores, siempre y cuando se arrimaran bien unos a otros, cosa que hacían con frecuencia. Mientras se descalzaba, se quitaba la americana y se derrumbaba frente a la pantalla en blanco, iba tomando conciencia del grado de extenuación que había alcanzado su cuerpo y del estado hiperacelerado de su cabeza. Aquella mezcla, fruto de las horas en vela y de la ingesta de todo tipo de sustancias, nunca le había resultado tan agobiante como en aquel instante.

—Llama ya —se reprendió en voz alta.

Aún buscaba el número de Roberto entre los contactos del móvil cuando apareció Pilar.

—El forense, que acaba de llegar y pregunta por ti. —Definitivamente, el acento era muy nasal, muy catalán—. El tío no ha tardado ni diez minutos en acudir. Se llama Carlos nosequé; me ha dicho que te conoce. Que vayas ya.

Con cierto agrado, el inspector volvió a guardar el móvil en el bolsillo del pantalón antes de contestar:

—En adelante te aconsejo que lo llames doctor, te puedo asegurar que le gusta más que tío. —Iván pudo ver cómo a Pilar se le tensaba la mandíbula—. Y como no pareces de Sevilla, toma nota de que *nosequé* no es un apellido muy corriente por aquí.

—Tienes razón —repuso Pilar tan sorprendida como ruborizada—, lo siento, inspector. Yo...

—Olvidalo. Yo también estoy cansado. Vamos a ver si somos capaces de terminar con esto cuanto antes.

Iván ocultó un esbozo de sonrisa mientras volvía sobre sus pasos hacia la zona de las cabinas. Casi se tropezó con Carlos, que salía de la Stendhal. El forense le estaba dictando a Siri un mensaje. Aunque en voz baja, Iván alcanzó a escuchar las últimas palabras:

—«... a falta de la preceptiva confirmación analítica, todos los indicios señalan que la muerte del sujeto ha podido deberse a un infarto de miocardio, como resultado probable de un consumo excesivo de estupefacientes. Procederemos a la autopsia tan pronto como el juez de guardia autorice el traslado del cuerpo a las dependencias del Instituto de Medicina Legal. Es la una y cuarenta y siete minutos del lunes catorce de noviembre de...».

Quizás a Pilar, la novata de la plaza, le había sorprendido tanta diligencia, pero el inspector conocía las cuatro columnas sobre las que se sustentaba el frontispicio de la sólida reputación del doctor Carlos Sepúlveda:

profesionalidad, rigor, sobriedad y perfección. No se le conocía ni un borrón, ni una tacheta, ni un error u accidente en sus más de veinte años de profesión y de abnegada entrega a la causa forense, la mitad de los cuales, los diez últimos, los había desempeñado al frente del Instituto de Medicina Legal de Sevilla.

El forense era toda una eminencia. Para Iván, sin embargo, se trataba de un estirado insoportable, insolente y maleducado. Era lo que, en tres palabras, el inspector calificaba como gilipollas de manual, lo cual no le impedía al mismo tiempo admirar el fino olfato del forense para dar en la diana del diagnóstico, sin necesidad de profusos ni sesudos análisis. Durante la última década habían trabajado juntos en un puñado de casos donde había podido constatarlo en primera persona. Tanto sus compañeros de profesión como sus superiores decían de él que era un ejemplo para todos los funcionarios; un gran doctor, preparado, intuitivo y eficaz, a la par que eficiente, capaz además de economizar los recursos disponibles hasta lo inconcebible.

El único recurso que derrochaba sin miramientos era el de su ego, porque todo lo que el forense ahorraba en pruebas, en material fungible, en instrumental quirúrgico o en horas de trabajo, Carlos lo despilfarraba en alardear de lo atinado de sus diagnósticos, de la precisión de sus intervenciones y, en definitiva, de lo bueno que era en su oficio. Se consideraba a sí mismo, sin lugar a dudas, el mejor. Lo cual era cierto, Iván se lo reconocía, pero tanto le cargaba aquella vanidad desmedida, por muy justificada que estuviera, que en ocasiones anhelaba en secreto el momento en que el doctor la jodiera bien jodida. Qué beneficioso, se decía el inspector, sería para ese narciso odioso e infalible una metedura de pata que lo arrojara de su pedestal. Solo una.

Aunque lo que en realidad le resultaba cargante a Iván era que el reputado doctor Sepúlveda llevaba más de cinco meses saliendo con Alicia, su exmujer. A aquellas alturas de la película, después de diez años de divorcio y de su salida del armario, al inspector no le cabía ninguna duda acerca de lo que sentía por Carlos, y seguro que no eran celos. Sin embargo, no podía por menos que preguntarse qué coño había visto Alicia en un tipo tan gris. Ella, que era puro brillo. Un tipo que, para colmo, era muy mayor para ella — rondaba los cincuenta— y poco agraciado. No medía más de un metro setenta, y su calvicie y su prominente barriga no eran precisamente atributos que muchos hombres hacen pasar por atractivos propios de la mediana edad.

—Ah, estás aquí, ya era hora —dijo Carlos.

—Y tú, ya has terminado. Qué rapidez, ¿no? —En vano, Iván esperó que el médico hiciera algún comentario—. ¿Te vas?

—No tengo nada más que hacer aquí.

—Sí, ya te he oído: un infarto, ¿no?

—Eso parece. —Iván notó que a Carlos no le había hecho gracia que él hubiera podido escuchar su grabación. De hecho, el forense bajó aún más la voz—: En cuanto pueda, mañana por la mañana mismo, le hago la autopsia. Pero te adelanto que no hay más que rascar.

—Por lo que veo, tienes prisa por cerrar el caso.

—Te diré lo que yo veo: que aquí no hay caso. Que lo que hay es cansancio, más alcohol, más calor, más droga, más sexo, más ayuno..., lo que es igual a explosión de las tuberías del corazón. Que estos tipos —dijo señalando a Ale con el pulgar por encima de hombro— se creen que van a durar toda la vida. He conocido a algunos que, después de una embolia que los ha dejado hemipléjicos, han seguido ingiriendo todo tipo de estupefacientes. Eso sí, según ellos, siempre con moderación y controlando.

Iván permaneció callado. Para qué hablar más, se dijo, si Carlos ya tenía culpable. Caso cerrado. ¿Qué coño iba a abrir él a aquellas horas? No obstante, mientras se dirigían hacia la salida, con Iván a la zaga de las zancadas de Carlos, lo frenó tirando del hombro con suave firmeza, un gesto del que el forense se zafó mostrando nulo entusiasmo.

—Supongo que te habrás fijado en lo del dedo meñique del pie.

—La pregunta ofende —repuso Carlos.

—Relájate, doctor, no era mi intención. Yo también estoy deseando irme a dormir.

—No hace falta que lo jures. Con esa cara que llevas...

—¿Lo has visto o no?

—¡Claro que sí! No sé por quién me tomas.

—¿Y?

—Y yo qué sé. Que nada. Que se trata de un buen tajo y de una buena soldadura. ¿Cómo sucedió? Ni idea, tampoco creo que importe. Que, por lo menos, parece que quien cauterizara la herida sabía lo que se hacía. No hay infección a la vista. Puede que él mismo se lo amputara, no sería muy difícil. Pero me da igual. Eso no tiene nada que ver con la muerte del chaval. Se trata de un infarto de corazón. Punto. A dormir. Ahora mismo llamo al juez para el traslado del cadáver.

De nuevo, quizás a Pilar sí, pero a Iván no le sorprendió la rápida resolución de Carlos. *Veni, vidi, vici*. En media hora había venido, visto y

resuelto, algo de lo más normal en él. Iván se dijo que mejor así; antes estaría en casa. El resto de los presentes —la pareja de dueños, de camareros y de policías— debió de pensar lo mismo. Bajo la inapropiada luz blanca de la sauna por completo iluminada, sus rostros mostraban más prisa que preocupación por el suceso.

Pasadas las dos de la mañana, llegó la ambulancia para llevarse el cadáver y Carlos también se marchó. Durante el tiempo en que esperaron fuera, Iván y el forense se dedicaron mutuamente las cuatro frases de cortesía: ¿cómo estaba Alicia? Bien, gracias. ¿Y qué tal Rafa? Bien, también, dentro de lo bien que puede estar un preadolescente de once años, hijo único de padres divorciados. Seguro que no es el único en su clase. No, pero seguro que solo él tiene un padre homosexual y un futuro padrastro en el horizonte. ¿Un padrastro? Vaya, parece que van bien las cosas con Alicia. Las cosas son muy fáciles con ella. *Touché*.

Carlos no se despidió de nadie. Mientras Iván regresaba al interior de la sala X para recoger su americana y sus zapatos, pensó, por enésima vez desde que lo conocía, que aquel tío era tonto de cojones.

Ya que estaba allí, al salir de la sala X se le ocurrió terminar el recorrido circular de la sauna para dejarse sorprender con las partes que siempre había visto a oscuras. Giró a la derecha, donde el pasillo moría en una escalera metálica de caracol, que terminaba en una puerta acolchada que daba acceso a una estancia a la que llamaban *zona negra*. La de la oscuridad total y absoluta. La del no saber con quién está uno follando. Su decepción fue enorme: con todas las luces encendidas, aquello se asemejaba bastante más a la gran celda de un monasterio que a un lugar para el placer anónimo. Paredes, suelo y techo lucían pintados de color gris oscuro, y no había más muebles que un gran sofá cuadrado, tapizado de escay negro. Como los techos eran más bajos que en el resto del local, en el aire se había concentrado un fuerte olor a lejía.

Bajó las escaleras y, tras un nuevo giro a la derecha, llegó por fin a la amplia zona donde se ubicaban el bar, la piscina y los aseos. A Iván siempre le había parecido un tanto exótico que estuvieran señalizados y separados por sexos.

Sentados en la barra del bar, en sendos taburetes altos, Julián y Pilar lo esperaban con una copa que les había preparado Paco. En otro taburete habían depositado las bolsas de plástico precintadas con la riñonera, el póper y las toallas de Ale, más otra con lo que parecía el repulsivo contenido de la papelera de la cabina.

—¿Ya no estáis de servicio? —Julián no contestó; Pilar tampoco se atrevió. Iván se dirigió entonces a Paco—: Qué coño... Ponme un vodka cortito con tónica. Y una cosa, Paco. Me dijiste que Juanpe se había marchado ayer. ¿Cuándo?

—Un poco antes de que yo encontrara el cuerpo —contestó mientras preparaba la copa—. Y menos mal. No me gustaría que se corriera la voz. Ya sabes cómo son estas. Mañana les diré lo que tienen que decir.

—¿Estas? —preguntó Pilar.

—Las maricas.

—¿Quiénes han trabajado hoy? —Iván ignoró el desconcierto de Pilar. Se estaba divirtiendo con la expresión de su cara.

—Raúl y Juanpe —contestó Paco— se turnaron.

—Mañana tendré que hablar con ellos. Creo que tengo sus números de teléfono.

—Seguro que sí —dijo Paco.

—¿Y eso por qué? —preguntó Pilar, que por su forma de echar el cuerpo hacia atrás debió de haberse arrepentido en el acto.

—Iván conoce a todo el mundo aquí —respondió Paco.

Llegó Mateo, el marido y socio de Paco, con el semblante más blanco que serio, si es que aquello era posible. Mostraba en el aire una de las pulseras de goma con chip que Iván conocía tan bien.

—Disculpad. Vengo de las taquillas. Había una cerrada y la abrí con la llave maestra —explicó Mateo mientras hacía oscilar la pulsera de un lado a otro—. Estaba vacía.

—¿Y? —preguntó Paco.

—Que las otras ciento noventa y nueve también están abiertas y vacías.

—Ale no llevaba su pulsera y estaba desnudo cuando lo encontrasteis —afirmó Iván—. Es decir, que le han robado todas sus pertenencias.

—Bingo.

Iván se apresuró a seguir a Mateo hasta la taquilla en cuestión. Era la número treinta. En efecto, estaba vacía. La abrieron, la cerraron, volvieron a abrirla. Miraron en derredor; debajo del banco alargado de madera donde los clientes se desnudaban o se vestían; encima de la taquilla en la que a veces depositaban una copa o escondían el tabaco y el mechero para no andar abriendo y cerrando. Nada. Todo estaba limpio. También allí el olor a lejía era intenso. Tanto que a Iván empezaron a escocerle los ojos. Se los frotó con los nudillos, levantó la barbilla y los abrió. Fue entonces cuando vio las cámaras.

—¿Funcionan?

—Me temo que no. Son solo disuasorias, para que la peña se corte y no desfase mucho en esta zona. Una pena.

—Sí que lo es.

Al comienzo de una de las hileras de taquillas había un par de lavabos con sus espejos, que la mayoría de los clientes usaban para peinarse antes de abandonar la sauna. Algunos también aprovechaban para afeitarse, por aquello de los poros abiertos al salir de la turca o de la finlandesa; el mismo Iván lo hacía a menudo. Se inclinó sobre uno de ellos para refrescarse la cara y enjuagarse los ojos.

—¿Hay muchos robos? —preguntó mientras se secaba con un trozo de papel.

—¡Muchos! ¡Todos los días! —Mateo hizo una pausa y se esforzó por bajar el volumen de su voz—. Mira, Iván, yo no soy racista. Pero cuando veo entrar un jovencito con pinta de rumano, me echo a temblar. A veces les decimos que tenemos reservado el derecho de admisión, pero otras... — Nueva pausa y nuevo descenso de la voz—. Hay muchos clientes que solo vienen aquí por ellos. O que, como no tienen otro sitio donde montárselo, llegan con los rumanos de la mano. Y entonces, ¿qué podemos hacer? ¿Decirles a los dos que no pueden entrar? —Última bajada del tono; ya casi era inaudible—. Tú mejor que nadie sabes de qué te hablo.

Iván escuchó a Mateo mientras miraba su reflejo en el espejo. También vio sus propios ojos negros enrojecidos, la sombra en sus ojeras, la tez blanquecina, la barba de tres días. Lo último que le apetecía aquel día era aguantar un comentario de una marica cotilla, xenófoba y, probablemente, también homófoba. Respiró profundamente y lo miró con desprecio. Mateo se ruborizó. Evitó los ojos de Iván buscando el suelo con los suyos. Dio un paso atrás. Abrió la boca para hablar, pero Iván no le dejó:

—Pero ¿no se supone que estas cerraduras electrónicas son más difíciles de forzar?

—No necesitan forzarlas —respondió Mateo aliviado—. A veces, cuando terminan, acompañan al cliente a la taquilla para que les pague el servicio y ahí mismo le dan el sablazo. Otras, el incauto se queda dormido en la cabina y el chaperillo aprovecha para escamotearle la pulsera. Normalmente, los clientes no suelen denunciarlos; tienen miedo a que les monten un numerito ahí mismo o, peor aún, a que los esperen a la salida y se lo monten en la calle. Ten en cuenta que lo habitual es que los clientes sean señores respetables,

mayores y casados, con una vida hetero, los pobres, que vienen a echar una canita al aire.

Ante el silencio y la mirada furibunda de Iván, Mateo volvió a ruborizarse aún más. Dibujó en sus labios una tímida disculpa que el inspector tampoco quiso escuchar.

—Tú lo verás todo muy normal y muy habitual —dijo por fin—, pero varias cosas no me terminan de cuadrar. La primera es que la Stendhal estaba cerrada por dentro. Si alguien le robó la pulsera a Ale, tuvo que hacerlo o bien antes de que este se encerrara en la cabina o bien después, y la cerradura del pomo no estaba forzada. La segunda, que un móvil o una cartera, vale, pero robarle a un cliente la ropa y hasta los zapatos, no lo veo. Menuda broma dejarlo desnudo. La tercera es que Ale no tenía ni edad, ni cara, ni cuerpo para tirar de chaperos. De haberlo querido, él mismo podría haber cobrado por follar. Pero ¿pagar? Te repito que no lo veo.

—Visto así...

—Y todavía hay una cosa más que me molesta en todo esto: que menos mal que no eras racista. ¿Por cojones el ladrón tiene que ser un rumano chaperero?

La cara de Mateo se encendió como una antorcha. Sus esfuerzos por armar una frase coherente fueron notorios.

—Hombre, aquí sabemos algo de esto, ¿no?

—Ya. Por eso tengo que hablar con los camareros. Quizás Raúl o Juanpe vieran algo raro o diferente. Algo que a ti se te haya pasado. —Esto último lo dijo alto, claro y muy despacio—. Necesito otra cosa: que saques de tu ordenador un listado de las tarjetas de crédito con las que los clientes pagaron ayer. Como supongo que muchos lo harían en efectivo, para no dejar rastro en los extractos de sus tarjetas, quiero otra lista con los nombres de todos los tíos que recordéis que estuvieran ayer en la sauna. A ver si sois tan espabilados como decís. Sobre todo, tú.

Iván volvió al bar, se fumó un cigarrillo y apuró su copa. Notó que a Pilar no le había caído bien la suya. La mujer no debía de tener costumbre de beber, y quizás solo lo hizo por agradar. Tampoco él parecía caerle bien. Genial. No necesitaba ninguna amiga nueva en el cuerpo. La sorprendió un par de veces observándolo a hurtadillas.

Entonces, sonó su móvil. No daba crédito. Eran casi las tres de la mañana y el comisario Diosdado lo estaba llamando. Definitivamente, además de gilipollas, Carlos era un hijo de puta. Únicamente a él se le podía haber

ocurrido la maravillosa idea de despertar a su jefe. El muy cabrón no había podido esperar.

Antes de cogerlo se despidió de los presentes y, solo por si acaso, le pidió a Paco que no abriera la sauna al día siguiente. Este no se opuso, se justificó diciendo que no pensaba hacerlo de todos modos porque los lunes no eran días de mucha bulla.

—Buenas noches, comisario —contestó Iván, ya en la puerta de la sauna.

—Buenas. Buenísimas. —Diosdado tosía cansado—. Algún día me explicarás cómo es que siempre que hay un marrón estás tú de por medio. Mañana a primera hora te quiero en mi despacho, con un informe detallado.

En el Cabify de vuelta a casa, Iván no le daba vueltas al informe que no pensaba entregarle al comisario ni al robo de la taquilla de Ale, ni siquiera a los comentarios del gilipollas de Mateo, sino a la llamada que no había tenido huevos de hacer y que ya tendría que dejar para después. Que aquellas no eran horas de despertar a nadie, menos aún a un antiguo follamigo y, menos todavía, para contarle que su marido había fallecido tras una noche de fiesta descontrolada. Mierda de parejas abiertas.



### 33. LUNES POR LA MAÑANA

---

Unos cuantos kilos de Goma2 explotaron dentro de su cabeza. Un zumbido rijoso y sucio le obstruía los oídos. La lengua había duplicado su tamaño y el estómago se le había reducido a la mitad. Tiritaba, y no precisamente de frío. Anímicamente, carecía de la fuerza que necesitaba para tirar de su vida. En tres palabras: se quería morir.

La alarma del iPhone estaba programada para que sonara los siete días de la semana a las ocho de la mañana, pero antes de acostarse se había olvidado de ponerlo a cargar y la batería se había quedado seca. Sin embargo, cuando dieron las ocho, Iván llevaba ya despierto casi una hora. Por muy cansado que estuviera, siempre dormía poco y mal después de una noche blanca. O dos, como era el caso.

A aquellas horas del lunes, la Alameda de Hércules, la plaza donde Iván tenía alquilado su apartamento, estaba muy tranquila. Veinte años atrás, era una bolsa de marginación en el centro-norte de la ciudad, una espaciosa madriguera de putas, maricones y yonquis. Con los años, se había convertido en un lugar donde los modernos morían por vivir y que concentraba algunos de los locales más *cool* de Sevilla, que era lo mismo que decir los locales más gais. De seguir así las cosas, Iván tendría que mudarse muy pronto. Su sueldo de funcionario, ya bastante maltrecho entre sus gastos del fin de semana y la pensión de manutención para su ex y su hijo, no podría soportar otra subida del alquiler como las de los últimos dos años. Una verdadera lástima no solo porque la Alameda era el barrio en el que vivía desde que se divorció, sino porque la comisaría quedaba a unos escasos cincuenta metros de su casa.

A aquellas horas del lunes, las barredoras municipales ya habían desfilado por la Alameda limpiando todo rastro de los estragos del fin de semana. Lo único que las máquinas no conseguían exterminar era el intenso olor a azufre de los orines que, noche tras noche, borrachera tras borrachera, se habían ido

filtrando entre las juntas de las baldosas de la plaza, y al que los vecinos ya parecían haberse acostumbrado. Un asco.

Mientras el agua de la cafetera subía, el inspector encendió un cigarrillo y puso el móvil a cargar. Buscó en el frigo algo para desayunar y solo encontró un par de yogures que engulló sin comprobar la fecha de caducidad. Sintió cómo su estómago revivía. A tenor de los dolorosos rugidos y borborismos, una resucitación más propia de *The Walking Dead* que de las Sagradas Escrituras.

Cuando por fin apareció la manzana mordida en la pantalla agrietada del teléfono e introdujo el PIN, tenía once notificaciones de llamadas perdidas. Más de la mitad eran de la comisaría, cuatro de Alicia y una de un número desconocido. Empezó por devolver la última. En el acento nasal que le daba los buenos días desde el otro lado de la línea reconoció a la oficial Pilar Ojeda, la nueva. Colgó sin excusas ni remordimientos; en aquel momento de resaca y bajonazo necesitaba una voz amiga, no a una compañera, así que marcó el número de Alicia.

—Iván, ya no sé por qué me molesto en llamarte los domingos.

—¿Era urgente?

—La verdad es que no.

—Si lo hubiera sido, me habrías localizado.

—También es cierto.

El inspector oyó por el auricular el chasquido de un encendedor. Cogió también un cigarrillo y se lo encajó en los labios sin prenderlo, aunque acababa de apagar el otro. Empezaba a sentir que algunas partes de su cuerpo volvían a encajar unas con otras, como anhelantes bolitas de mercurio que se buscan. Casi siempre que hablaba con su exmujer experimentaba una sensación que él llamaba *accidente geográfico*. Sus conversaciones arrancaban desde riscos escarpados, peñones elevados desde los que uno u otro, indistintamente, se dirigían alguna frase de reproche o de advertencia. En cuanto comenzaban a fluir las palabras y algunos silencios medidos, ambos descendían por una ladera conocida de comprensión hasta un valle común donde conseguían despojarse del equipo de montaña y relajarse. Allí podían permanecer un rato charlando con normalidad, incluso compartiendo antiguas bromas domésticas. Sin embargo, si la conversación se alargaba más de lo necesario, no tardaban mucho en ascender una nueva pendiente, directos a puertos de montaña malencarados. En aquel momento los dos volvían a entender por qué el divorcio había sido la más acertada, lógica y coherente de las decisiones. Aquella secuencia emocional entre picos y valles se reproducía

casi cada vez y fuera cual fuese el asunto de la discusión, aunque, desde que empezaron a rehacer sus vidas por separado, habían conseguido asumirla como parte de una coexistencia a la fuerza paralela y civilizada, de familia rota pero felizmente moderna.

En aquel momento, estaban en pleno descenso. Bien. Era justo lo que necesitaba.

—Además, ya te habrás enterado de que estuve con tu chico hasta muy tarde.

—Ya te vale, Iván. Tiene que sonar insultante que te llamen *chico* cuando ya has pasado de los cincuenta. Y si eres un *chico* como Carlos, ya ni te cuento.

—El ilustrísimo doctor Carlos.

—El mismo. —Alicia ahogó un bostezo al otro lado de la línea—. No sé a qué hora volvió a casa, me había tomado medio Orfidal. Pero Rafa sí lo oyó llegar. Tu hijo me ha contado esta mañana que hizo mucho ruido cuando llegó anoche y lo despertó. Es tan patoso para todo lo que no tenga que ver con su trabajo... —se quejó—. Por su culpa, el chiquillo se acaba de ir al colegio con la hora justa y los ojos legañosos —dijo entre una chupada al cigarrillo y la bocanada de humo.

—¿Chiquillo? Si tiene ya quince años...

—Catorce —corrigió Alicia—: un chiquillo. Pero a lo que iba, que tuvisteis lío anoche, ¿no?

—Sí, nos fuimos tarde a casa. Ayer encontraron el cadáver de un muchacho en la sauna. ¿No te lo ha dicho Carlos?

—No te hagas el tonto, Iván. Mi doctor es una tumba con las cosas de su trabajo.

—Muy ocurrente.

—Tú me entiendes. Habría que torturarlo para obligarle a saltarse su celo y su discreción profesional. ¿Y qué dices que pasó? ¿Un muerto en la sauna?

—Parece que le dio un infarto.

—Vaya. ¿Era muy mayor?

—No —respondió Iván. Rotundo y tranquilo, encendió el cigarrillo y le dio dos caladas profundas. Estaba viendo venir la escalada a una nueva cima y quería estar preparado para la consabida reprimenda—. Ya sabes: los excesos.

—Anda, pues ¡toma nota!

—Ya estamos. ¿Ves? A lo mejor voy a tener que ser un poco más como Carlos y no contarte tantas cosas de mi vida. Ni de la profesional ni de la

personal.

—De eso nada, tú tendrás muchos follamigos, pero amigos de verdad, en este caso, amigas, solo tienes una, que soy yo, y que además, y por si fuera poco, soy también la madre de tu hijo. Por eso me preocupo.

Iván permaneció callado. De verdad que no estaba para batallas dialécticas. Aquella actitud pareció darle resultado.

—Cada cual tiene sus virtudes. Tú las tuyas y Carlos las suyas —sentenció Alicia tras otro bostezo que a Iván le sonó algo impostado—. Por cierto, lo que sí me ha dicho es que hablaría contigo esta misma mañana, me preguntó si te daba algún recado de mi parte, pero le contesté que no, que prefería llamarte.

—Supongo que será para darme los resultados preliminares de la autopsia. No creo que quiera tener una charla amigable de ex a... ¿Cómo se dice? ¿De ex a actual? ¿De ex a presente? ¿De ex a...?

—Como sea, me da igual —zanjó ella molesta—. Tú estate pendiente del teléfono, porque no creo que tarde mucho. Iba enseguida al IML, después de dejar a Rafa en el colegio.

—Qué rapidez.

—Ya sabes cómo es.

—Infalible. Donde pone el ojo...

—Igualito que tú, salvo que en tu caso lo que pones no es la bala. Así jamás te vas a echar un novio.

—Yo nunca he dicho que lo quiera —repuso Iván con rapidez y un tanto esquivo—. Voy a colgar. Tengo trabajo. Dile a Rafa que...

—Deja, deja... Llámalo a su móvil y se lo dices tú. Eso si te quiere coger el teléfono, porque te recuerdo que la semana pasada quedasteis y a última hora lo dejaste tirado.

—Le prometí que lo compensaría. Con un cine o algo. Ando muy liado últimamente.

—Ya, ya. Me conozco tus promesas y tus líos. Y él cada vez más. Mejor se lo explicas tú. Un beso.

Clic.

Iván agradeció sobre el silencio del teléfono que ella tampoco quisiera subir la pendiente hasta una nueva cumbre, sobre todo por Rafa. Lunes por la mañana. Seguro que tenía cosas mejores que hacer.

¿Y él? También. Para empezar: Roberto. Ya. Marcó tres veces seguidas su número de teléfono y no obtuvo respuesta, así que decidió dar un paseo y dejarse caer por su casa. Allí el mal trago rasparía menos.

Roberto Silva-Suárez de Mondiego y Luján vivía en una de las tres casas que la familia tenía en el barrio de Santa Cruz, en pleno corazón del casco histórico. En realidad, las otras dos eran más bien casas-palacio, donde residían los demás miembros de la familia: sus padres, su hermana mayor y su hermana pequeña. Hombre de gustos exquisitos propios de su abolengo, vivía de manera acomodada, pero sin grandes lujos, a los que había renunciado a cambio de una existencia independiente, más reservada y de puertas adentro. Para sus padres siempre había sido un chaval raro. Lo enviaron al Reino Unido a cursar el bachillerato y, de paso, abrirse un poco al mundo. Más tarde, a Estados Unidos, donde se sacó la carrera de arquitectura con unas calificaciones excepcionales, aunque nunca llegó a ejercer, hasta el punto de que la reforma de su casa se la hizo un compañero de la facultad. Al volver de América, ni tuvo trabajo ni quiso molestarse en buscarlo. Le bastaba con la asignación mensual que le pagaban sus padres para que no se inmiscuyera en los negocios olivareros que la familia tenía por toda Andalucía. Además, también le habían regalado aquella casa a la que le sobraban metros y dos plantas para sus austeras necesidades. Por ello, la había reconvertido en un edificio de seis apartamentos. Él se había quedado con los dos de la planta alta, y los cuatro restantes los había dedicado a pisos turísticos, de cuya gestión se encargaba él personalmente, más como ocio lingüístico que como negocio. El ir y venir de turistas procedentes de todo el mundo, ya que por norma nunca alquilaba a españoles, le ofrecía la oportunidad de practicar su excelente inglés, su buen italiano, su pasable francés y sus balbuceantes chino y árabe. Además, con ello se convencía a sí mismo de que trabajaba para ganarse el pan. Era solo un pijo rico.

Iván no veía a Roberto desde aquel encuentro en el restaurante donde le presentó a su futuro marido hacía más de un año. Pero sabía de él. Siempre que coincidía de marcha con Ale le preguntaba por Roberto. Estaba bien, le respondía, feliz en su casa, con sus libros, sus recetas de cocina y sus guiris. Y, siempre según Ale, conforme con su relación abierta. En palabras textuales, a Roberto el sexo le interesaba lo justo, pero él, Ale, tenía la temperatura corporal dos grados por encima de la media. Habían llegado a un acuerdo de tú acuéstate con quien quieras, pero con dos condiciones: no me cuentes los detalles y no me traigas bichos a casa, ni grandes ni pequeños. Ni amantes ni clamidias.

Iván tardó más de lo normal en llegar a casa de Roberto. De manera inconsciente se había desviado por un par de calles, viéndose después obligado a reorientarse, con la consiguiente pérdida de tiempo, dentro del

dédalo que conformaba la antigua judería del centro. Se dio cuenta de que estaba remoloneando. Sí, habían sido amantes, pero hacía tanto tiempo de aquello que no le cuadraba aquel pudor. Quizás el motivo fuera un cierto complejo de inferioridad que siempre sentía ante la gente con el nivel de Roberto. Por decirlo de algún modo, gente de una clase social superior, la que, por el mero hecho de tener varios apellidos con guiones y preposiciones intercaladas, volaba por encima de la vida con una autoestima de la que él siempre había carecido. Él solo había heredado dos apellidos, el de su padre y el de su madre. Y no les tenía demasiado apego a ninguno de los cuatro, ni a sus apellidos ni a sus padres.

Poco a poco fue encontrando la determinación que necesitaba en el frescor otoñal de la mañana, y cuando Lana, la empleada doméstica ecuatoriana de Roberto, le abrió la puerta con los ojos acuosos y el rímel corrido, supo que se le habían adelantado.

A él lo halló, sin embargo, en una actitud bien diferente: reclinado en una coqueta cheslón de Le Corbusier, sorbiendo una taza de té verde con jazmín y hojeando un libro ilustrado sobre arquitectura soviética de Taschen. Lo más sorprendente era que no parecía una pose.

—¡Cuánto tiempo, Iván! Me daría mucha alegría si no fuera porque el momento es tan triste.

—Lo siento, Roberto. Habría preferido que te hubieras enterado por mí.

Iván dudó entre estrecharle la mano como inspector o darle dos besos de amigo. Optó por hacer ambas cosas y añadió un pésame susurrado y nervioso al oído. Roberto lo rodeó con sus brazos y lo retuvo durante unos segundos de apretado y cálido agradecimiento.

—Supongo que te han llamado de la comisaría.

—Sí, pero ya me había enterado un poco antes. Algún amigo de Ale se ha preocupado por difundir la noticia entre los demás —dijo Roberto con una mueca de evidente desprecio—. Ale conocía a tanta gente que el dichoso teléfono no ha parado de sonar en toda la mañana. Me tiene agobiado.

—Joder con las maricas estas... Menuda panda de cotillas.

—Ya veo que sigues tan homófobo como siempre.

Iván no quiso entrar al trapo, por respeto a Roberto y a su propia resaca, que no terminaba de abandonarlo del todo. Se limitó a chasquear los labios con una media sonrisa. La aparición de Lana en el salón con la tetera humeante resultó providencial. Si podía ser, le dijo, mejor un café solo.

—Aquí estamos, esperando a que nos autoricen el traslado de Ale al tanatorio. Su cuerpo, quiero decir —dijo Roberto—. Por favor, Lana, échale

un chorrito de brandy. —Sus ojos se iluminaron con un abrupto recuerdo—. A partir de ahora, no sé quién se va a beber todo el alcohol que hay en esta casa, porque lo que es yo, que casi ni lo pruebo... Mira, a lo mejor es el momento de empezar. Dicen que nunca es demasiado tarde para el vicio, ¿no?

Iván ya había empezado tocado la conversación por la actitud de Roberto, pero la pregunta ya lo dejó del todo noqueado. Achacó la frivolidad de su viejo amigo al estado de choque en el que debía de encontrarse: no hacía ni veinticuatro horas de la muerte de su marido en unas circunstancias inusuales, infartado por un exceso de sexo, alcohol y drogas, y él se dedicaba a bromear precisamente sobre los abusos del difunto. Para rizar el rizo, Roberto seguía pasando las enormes hojas del libro de arquitectura con una lánguida cadencia. Tenía a aquel hombre por muchas cosas: un niño bien, un mimado, un remilgado, un pijo-progre cultureta, un comunista de salón, un buenista perfectito y un relamido. Pero ¿insensible?

—Pensarás que soy un insensible. —Le había leído el pensamiento—. Y te entiendo. Pero lo que le ha ocurrido a Ale se veía venir desde hacía mucho tiempo. —Una sombra de tristeza voló por sus ojos—. Se lo advertí un millón de veces, pero nada. Con veintisiete años, uno todavía se cree inmortal, que tu cuerpo puede con todo lo que le echas. Y no solo eso, sino que, encima, tu arrogancia te aconseja pasártelo bien, porque te lo mereces. Te grita al oído que lo que nos pasa a los que no te seguimos el ritmo es que somos unos amargados de la vida, incapaces de exprimirle todo su jugo. Cuando eres tan joven, te crees el más listo y los demás somos unos..., ¿qué palabra usaría Ale? Unos pringaos.

—Supongo —dijo Iván sintiéndose tentado de ponerle una mano sobre el hombro, cosa que no hizo— que es ley de vida.

—Claro que lo es. Yo mismo, cuando volví del extranjero, pasé por una fase *destroyer*. —Iván supuso que aquella era otra palabra heredada de Ale—. Por eso, aunque intentaba hacerle ver que la fiesta no iba a durar para siempre, le dejaba hacer. Siempre y cuando respetara unas pocas normas, unas líneas rojas.

—¿Por ejemplo?

—Lo mínimo: que no cogiera el coche si había tomado algo. Que intentara guardar cierta compostura delante de mis hermanas y mis padres. Que, si se metía en algún marrón —otra palabra impropia de él—, no dudara en contármelo para que pudiéramos resolverlo juntos.

—¿Un marrón? ¿Qué clase de marrón?

—¿De cuál va a ser? De dinero, claro. Ale, le decía yo, las drogas son caras y tu sueldo de camarero no es gran cosa, así que haz el favor de pedirme cuando te haga falta, no se te ocurra conseguirlo por otras vías, que todos conocemos el final del cuento.

—¿Y lo hacía? Quiero decir, ¿te hacía caso?

—Por lo general, sí. Sospecho que a veces se andaba con chanchullos y trapicheos. No creo que fuera gran cosa. Puede que pasara algunos gramos, lo justo para costearse los suyos. Ale era, en el fondo, un niño incapaz de meterse en líos. Le gustaba divertirse, eso es todo.

Roberto calló un instante y se quedó rumiando algún recuerdo. Sus ojos comenzaron a humedecerse. Torció el gesto y enarcó una ceja antes de continuar.

—Hasta que ayer... Se le fue de las manos —dijo enseñando las palmas de las suyas como diciendo «quién sabe», o, tal vez, «me rindo».

Unas mullidas pisadas felinas trajeron de vuelta a Lana. Iván no la oyó llegar hasta que casi la tuvo encima; cargaba una bandeja con una cafetera pequeña, dos tazas de café de porcelana de La Cartuja y una botella de Jaime I sin empezar. Iván se puso de pie y la dejó servir mientras él echaba un vistazo al salón. Observó que había dos únicas fotografías del matrimonio. Las demás, entre quince y veinte, eran o bien de Roberto solo, o bien con amigos o familiares, pero Ale no salía en ninguna más.

—¿Cuánto tiempo llevabais juntos?

—Nueve años. Yo acababa de cumplir treinta y tres cuando lo conocí, y Ale dieciocho. Fue en un cóctel benéfico en el Hotel Alfonso. Un coñazo. Él era camarero, acababa de llegar a Sevilla y sobrevivía a base de trabajillos por horas. Como el director es amigo de la familia, aquella noche nos dejó una *suite*. —Roberto hizo una pausa para cerrar el libro y depositarlo con desdén sobre la robusta mesa baja de cristal, y continuó—: Después de aquella, llegaron más noches en otros hoteles. Hasta que un día me lo traje a casa y, cuando quisimos darnos cuenta, estábamos viviendo juntos. Yo disfrutaba con las caras que ponían mis padres y mis hermanas cuando lo llevaba algún sábado a almorzar con ellos. Y, sobre todo, lo que más me gustaba era ver su cara, la cara de indiferencia de Ale. Nunca se sintió incómodo, amenazado o fuera de lugar; no es que se hubiera adaptado a su nueva vida desahogada, no era eso. Sencillamente, para él lo único importante era que estábamos juntos. Por eso, solo un año después de conocernos, le propuse matrimonio y dijo que sí. Aquel mismo año se matriculó en Filología Inglesa, supongo que por demostrarnos y demostrarse que era capaz. Por cierto, fue uno de los mejores



alumnos de su promoción. —Roberto se levantó de la cheslón y se sirvió un café, al que añadió un chorrito de brandy—. *Aliñado*, lo llamaba Ale —dijo señalando el líquido.

Los dos hombres quedaron frente a frente con sus tazas en la mano. Iván no recordaba que Roberto fuera tan alto, un metro noventa o más. O a lo mejor era él, que estaba encogido por la resaca y el bajón. Fuera como fuere, aun con un vaquero y una camiseta blanca, Roberto irradiaba elegancia natural. La pena la llevaría por dentro, pero el exterior resultaba impecable. Estaba muy guapo.

Sonó el teléfono de Roberto. Llamaban de la funeraria para comunicarle que el forense había terminado y procedían a trasladar el cuerpo al tanatorio. Iván refrendó una vez más lo gilipollas que era Carlos. Avisando antes a la funeraria y, de rebote, a la familia, había vuelto a apartarlo a él.

Roberto le anunció a Lana que salía y que no lo esperara aquella noche. Ale era su difunto marido y él iba a velarlo. Aunque sus familias biológica y política no lo aprobaran. Lo dijo así, como quien lee un prospecto médico, si es que a aquel hombre alguna vez le había hecho falta hacer algo así, con una tranquilidad tan asombrosa, pensó Iván, que resultaba poco verosímil.

—Me da que tu relación con su familia tampoco era demasiado buena. ¿Los has avisado? —preguntó Iván.

—Hace un rato. Tienen que estar a punto de llegar del pueblo. Son, cómo decirlo para que no me taches de clasista... Un poco anticuados.

Iván seguía notando que Roberto no estaba siendo del todo transparente. Pero quién era él para valorar o juzgar los sentimientos y la manera de expresar las emociones de nadie. Precisamente él, que durante tantos años había encerrado los suyos en un armario con muchos candados. Quizás por aquello, le dijo:

—Te acompaño.

—Me vendría muy bien. Me da pavor enfrentarme solo a los padres de Ale. —Lo miró a los ojos y le sonrió por primera vez. Una sonrisa tímida y fresca—. Pero no tienes muy buena cara, Iván. Necesitas descansar.

—Te acompaño.

## 32. LUNES POR LA TARDE

---

Una vez, hacía años, un amigo de Iván le contó que una noche que iba puesto hasta las cejas lo llamaron por teléfono para decirle que su padre había fallecido. Hacía más de dos años que lo había echado de casa por maricón, pero aquel viejo no dejaba de ser su padre. Como se daba la circunstancia de que en Sevilla había dos tanatorios, el amigo de Iván se confundió y se presentó en el que no era. En las pantallas de la recepción se anunciaba la habitación de un tal José Pérez Martínez y allí se dirigió, dado que aquel era también el nombre completo de su padre. Estaba tan colocado que no se percató de que ninguno de los presentes, apenas cuatro o cinco, eran familiares o amigos. En un primer momento, ellos tampoco repararon en él. Puesto que no quería presumir del morado que llevaba, fue a sentarse en uno de los sillones más apartados. Tenía, además, las pupilas tan dilatadas por la coca que en ningún momento se quitó las gafas de sol. Tras unos primeros minutos en los que rehusó asomarse a la ventana interior de la habitación para presentar sus respetos al difunto en su féretro, al poco le invadió una especie de obligación filial que le hizo claudicar: aquel viejo muerto no dejaba de ser su padre. El ataúd estaba cerrado, rodeado de coronas, ramos de flores y bandas de condolencias. Trató de leer algunos de los mensajes en las cintas, pero el estado en que estaba le nublabla la vista, y tuvo que volver a sentarse en el mismo sillón. Un rato después, lo intentó de nuevo, pero nada. No hubo manera. Así estuvo casi una hora: levantándose, asomándose y volviéndose a sentar. Hasta que, en uno de esos viajes a la ventana, un tipo de más o menos su edad reparó en él y lo interceptó con un semblante más hosco que triste. Le dijo que le conmovían su evidente dolor, las lágrimas que quería ocultar detrás de las gafas de sol y el desconsuelo del que ha perdido a un ser querido. Que entendía y compartía su desesperación, su inquietud. Que él también se sentía desnortado, que no atinaba y que, al igual que él, tampoco comprendía

por qué teníamos que morir, dejando en nuestros seres queridos un vacío tan hondo e imposible de llenar. Pero que, por favor, se marchara. De inmediato. Porque una cosa era que su padre se acostara con tíos de vez en cuando, sobre todo desde que su madre también había pasado a mejor vida, y otra muy distinta que uno de esos tíos, uno de esos degenerados, tuviera la osadía de presentarse allí. Y, encima, tan joven. «¡No te da vergüenza! ¡Si podía ser tu padre!», le contó que el hijo de aquel hombre le había espetado. Que podía ser su padre...

Iván iba recordando aquella historia de camino al tanatorio con Roberto. Nunca le había quedado del todo claro si, para su amigo, era una historia para reír o pensar. A él le entraban ganas de ambas cosas.

Cuando cruzaron el umbral —aquel sí era el tanatorio correcto—, se sintió pequeño y aplastado. El vasto patio central donde se ubicaba la recepción y, sobre todo, la inmensa escalera de caracol que giraba a su alrededor y que se alzaba hasta una altura de más de quince metros, resultaban desproporcionados. Todas las veces que Iván había estado allí se preguntaba qué podría haber en las insondables plantas superiores. Seguro que a Roberto, un hombre con mucho más mundo que él, no le ocurría. Sin embargo, le sorprendió lo que le pidió:

—Iván, no te despistes mucho. Teniéndote cerca, me siento más seguro —le dijo mientras ascendían por las escaleras.

El inspector quiso preguntarle qué era eso que tanto le atemorizaba, pero al llegar a la segunda planta, el rumor procedente de la habitación de Ale aniquiló cualquier tentativa de conversación. Conforme se fueron acercando, el murmullo se fue haciendo tumulto.

Allí no cabía ni un alma más. Tal y como Roberto le había anunciado, se había corrido la voz entre las decenas de amigos de Ale y parecía que todos se hubieran puesto de acuerdo para darle el último adiós a la misma hora. Comenzó una profusión de abrazos, palmadas en la espalda, besos y condolencias. Un alud de pésames y pesares los sepultó. Cuando quisieron darse cuenta, aquella masa centrífuga había lanzado a Roberto e Iván hacia extremos opuestos de la habitación.

El noventa y nueve por ciento de los presentes eran hombres. Muchos, conocidos de Iván. Con unos cuantos se había acostado alguna vez. Entre los que no conocía, destacaba por su llanto lastimoso y chirriante un joven rubio y muy repeinado que, desde que atrapó el brazo de Roberto, se aferraba a él con ansiosa querencia. Una plañidera de manual, pensó el inspector.

No estaba para tanto jaleo. Además, allí dentro hacía un calor del demonio y muchos de los participantes en aquel circo luctuoso se habían excedido con el perfume. Pronto empezó Iván a notar el sudor mojando su espalda. Necesitaba aire y algo más: consideró durante unos instantes la idea de localizar un baño donde meterse una raya, pero le pareció caer demasiado bajo.

—Estás en un tanatorio, compórtate —musitó en voz baja, hablando solo.

Pero antes de subir había reparado en la cafetería, una copa sí le aliviaría el mal trago. Rompiendo su promesa, desde la puerta le hizo una señal con la mano a Roberto y bajó.

Era la hora del almuerzo y la cafetería también estaba de bote en bote, por lo que se agradecía el poco aire fresco que llegaba desde un patio interior, donde algunas personas aprovechaban para fumar, a todas luces en contra de la legalidad vigente, pero a ver quién osaba llamarles la atención dadas las funestas circunstancias. Iván encontró un hueco en la barra y pidió un vodka cortito con tónica. Sentados a su lado, una pareja de veinteañeros, un chico y una chica, lo miraron con desconfianza. Iván no les hizo caso mientras se tomaba la copa en dos tragos y pedía otra. Los jóvenes se levantaron y ella siguió clavándole los ojos, murmurando una reprimenda entre dientes, incluso cuando ya alcanzaban la salida, pero Iván hizo caso omiso. Era consciente de que su aspecto distaba mucho del de un inspector de policía normal, serio, decente. Si es que tal cosa existía.

En su mayoría, las paredes del tanatorio estaban pintadas de un verde agua, en grados de intensidad que oscilaban según el tipo de estancia: desde los más oscuros y cerrados de las habitaciones al clorofila apagado del patio central. Pero Iván miró en derredor y observó que en la cafetería las paredes eran blancas, como si el arquitecto no hubiera decidido qué sensación convenía infundir en aquel espacio a los familiares y a los amigos de los difuntos. ¿Relajación y esparcimiento? ¿Pena y recogimiento?

Reparó en un grupo de seis personas sentadas en torno a una de las mesas de aluminio. Una familia de campo, sin duda: un señor y una señora en torno a la sesentena, de caras enjutas y resquebrajadas por el sol, semblantes rectos y ojerosos. A su alrededor, cuatro hombres muy parecidos al señor mayor, de edades comprendidas entre los treinta y los cuarenta.

Durante el rato que tardó en tomarse el segundo vodka cortito con tónica, Iván los estuvo observando. Todos comían bocadillos en silencio y con la mirada gacha aunque, de tanto en tanto, de manera aleatoria, alguno de ellos alzaba una ceja curiosa, fijaba la mirada ceñuda en algún detalle del entorno y

después la volvía a posar en el suelo. Aparentemente, sus únicos gastos de la cafetería eran las dos botellas de agua sobre la mesa, debajo de la cual custodiaban tres mochilas abultadas y dos neveras de playa de un azul brillante que desentonaba en aquel lugar.

Desde el primer momento, por un aire, un tic lejano, un no sé qué amargo en la forma de fruncir los labios, el inspector adivinó que se trataba de la familia de Ale.

Salió al patio a fumar un cigarrillo y, cuando regresó, seguían casi en la misma posición. Aquella similitud entre ambas escenas, ya entonces sin los bocadillos, dibujaba un pasatiempo viviente en blanco y negro: «Encuentre las seis diferencias». Mientras pedía la tercera copa y pagaba la cuenta, Iván se preguntó por qué no estaban velando a su hijo si habían venido del pueblo para aquello. Sobre la marcha se respondió él mismo: allí arriba debían de sentirse como extraterrestres, tan fuera de lugar entre tanto urbanita y tanta moderna, entre tanto hípster y tanta plañidera como aquel chaval que se había aferrado al viudo, una suerte de macaca temblorosa y chillona. El inspector imaginó la habitación donde se velaba el cuerpo de Ale como un organismo vivo, compuesto, plural y amorfo, que hubiera engullido a su amigo Roberto y lo hubiera expulsado a él, como hacen muchos seres vivos con los cuerpos extraños e inservibles. Cómo no iba a excretar también a la familia de Ale, el sumun del exotismo.

Cuando Roberto apareció por la puerta de la cafetería, Iván cayó en la cuenta, demasiado tarde, de que debería haberle prevenido: el viudo de Ale divisó a su familia política antes que al inspector. Pareció dudar unos segundos, hasta que se decidió a acercarse a la mesa y, casi sin mediar palabra, intercambió con ellos unos fugaces y secos apretones de manos. La madre no abrió la boca ni alzó la frente. Desde la distancia, Iván podía notar la tensión. La cara de Roberto, grave, agobiada, lo decía todo. Lo estaba pasando mal. Entonces se giró y, al encontrarse con su mirada, su gesto mostró un alivio inmediato. Pareció pedirle mediante señas que se acercara. Iván leyó en sus labios: «Por favor. Por favor. Por favor».

—Estos son don Braulio y doña Fina, los padres de Ale.

—Siento mucho lo de su hijo —dijo Iván estrechándoles las manos. La de la madre era huesuda y escurridiza, pero fuerte. La del padre, robusta y áspera, articuló un apretón a prueba de pusilánimes, acompañado de un gruñido que al inspector le costó interpretar como un agradecimiento.

Después, Roberto le presentó a los hermanos de Ale, cuyos nombres le sonaron todos iguales. Josealgo. Así, de cerca, se parecían tanto unos a otros

que, salvo por la diferencia de edad, podrían haber pasado por cuatrillizos. Un leve escalofrío le recorrió la espalda cuando advirtió que, aunque no guardaban tanto parecido con su difunto hermano, sin embargo, había algo en ellos que los relacionaba genéticamente con él. No supo decir qué era, pero allí estaba. Desde luego, no era el color de la piel, renegrida en el caso de los hermanos. La imagen de la blancura de Ale sobre la colchoneta roja, tapado solo por las dos toallas, se le coló en la mente como un relámpago.

—Iván, además de un buen amigo de Ale y mío, es inspector de policía.

Los cuatro Josealgos apenas alzaron el mentón para devolver el saludo. Sus miradas, esquivas y desubicadas les pintaban un inquietante aire de jauría enjaulada. La indiferencia de Fina, incluso después de escuchar el nombre de su hijo menor, llevó a Iván a preguntarse si lo que le ocurría a la pobre mujer era que estaba en choque o si se trataba de algo más. Que fuera sorda. Que padeciera algún tipo de retraso.

—Todos los amigos de tu hijo son iguales que él —dijo don Braulio dirigiéndose a ella con voz cavernosa.

Un rubor intenso estalló en la cara de Roberto y tres de los Josealgos sonrieron. El cuarto se hurgaba los dientes con los dedos. Iván no necesitó nada más para catalogar al padre. Un espécimen de otra época que, por desgracia, seguía reproduciéndose y contaminando el mundo con su machismo y su homofobia. Aun sabiendo que no merecía la pena y que no era el momento ni el lugar, no pudo aguantarse:

—¿Iguales? ¿En qué sentido?

—Así, como ustedes.

—¿Gais?

—Todos los amigos de José Alejandro eran como esos que le lloran ahí arriba —respondió don Braulio escaneando a Iván de los pies a la cabeza—. Dios los cría y ustedes se juntan.

—José Alejandro, claro, cómo no —murmuró Iván—. No se crea, algunos somos peores que otros.

—Disculpen que no haya caído en la cuenta antes —trató de mediar Roberto—. Ahora mismo subo y le pido a Pipe que me ayude a desalojar la habitación para que ustedes puedan tener un poco de intimidad con su hijo. Seguro que tanto él como los demás lo entienden. Pipe es un amigo de la infancia de Ale —aclaró Roberto—. Lo has tenido que ver arriba. Crecieron juntos en el pueblo. Está muy afectado.

—¿Ve usted? —preguntó don Braulio a Iván—. Todos iguales.

El inspector presumió que Roberto se refería a la macaca llorona y le habría gustado preguntarle al padre qué veía que tuviera en común con él.

—Además —se apresuró Roberto a continuar—, les he reservado dos de mis apartamentos. Están a su disposición cuando ustedes quieran, para que vayan a refrescarse y a descansar. Lo que puedan, claro. En estas circunstancias el descanso es tan improbable...

—Nosotros de aquí no nos movemos —dijo el padre sin dignarse mirar a Roberto y manteniendo, en cambio, una actitud agresiva hacia Iván—. En cuanto sus amiguitos bajen, subimos nosotros. Ahí nos apañaremos. No vamos a molestar a nadie. Somos gente de poco dormir.

—Pero esa habitación es muy pequeña para ustedes, van a estar muy incómodos —repuso Roberto—, y mañana también será un día muy duro.

—Así es la vida.

—Pero...

Iván sintió una enorme lástima por Roberto. No había nada que pudiera hacer para acercarse a su familia política. De hecho, habían dejado claro que ellos no lo consideraban familia, por mucho que esa ley moderna que permitía casarse a dos personas del mismo sexo dijera lo contrario. Por eso, lo tomó del brazo y lo invitó a salir de allí.

Mientras Roberto subía cabizbajo para cumplir lo prometido, Iván lo esperó en la entrada del tanatorio fumando un cigarrillo. La vibración de su móvil le notificó la entrada de un wasap. Era de Carlos. Tal y como Alicia le había dicho, su futuro marido le enviaba un archivo con el informe provisional de la autopsia. Se confirmaba la hipótesis: el chaval se había metido de todo, lo que le produjo un brusco aumento de la adrenalina, coagulación de la sangre y vasoconstricción coronaria, para terminar desencadenando un infarto de miocardio. La hora de la muerte, entre las dos de la tarde y las diez de la noche del domingo, era tan imprecisa que aportaba poco.

Iván lo leyó deprisa, centrándose en los aspectos más destacados y agradeciendo las notas al margen y en negrilla que el siempre eficaz forense se había molestado en introducir para aclararle algunos conceptos que, en su opinión, podían resultar demasiado científicos para él. Y tanto que lo eran. Y tanto que se lo agradeció. Dos de los párrafos le llamaron la atención sobre el resto:

«Iván, como te dije, falta el análisis toxicológico, que me llegará en un par de semanas. Sin embargo, no ha sido muy difícil detectar restos de sustancias en distintas partes del cuerpo: nariz, boca, esófago, glánde y ano. También

hay restos de semen procedentes de distintos sujetos. Como me figuraba, un test rápido ha confirmado que el difunto era seropositivo; no me extrañaría encontrar alguna otra ETS, a tenor de su evidente falta de precaución. No hay síntomas de violencia ni, por tanto, de violación. Se observan seis pinchazos interdigitales, tres en cada pie. Evidencian un posible uso de drogas por vía intravenosa con finalidades recreativas, con toda seguridad de índole sexual. Una práctica conocida como *slam*.

»La falange distal (tercera) del quinto dedo (meñique) del pie izquierdo ha sido cercenada recientemente. La herida ha sido cauterizada con algún objeto metálico candente, deteniendo la hemorragia a costa de un daño en el tejido circundante. *A priori*, y en lo que a mi trabajo concierne, se trata solo de un hecho curioso, ajeno a la causa del fallecimiento».

Casi había terminado de leer cuando una voz desconocida lo interrumpió.

—Disculpe, señor. ¿Iván era su nombre?

La madre de Ale tenía una voz más joven de lo que su aspecto daba a entender. Provocaba una extraña sensación de desdoblamiento, en la que la imagen se movía en sentido contrario al de la voz. Además, su mirada huidiza, como de ratón tembloroso, corría de la puerta a Iván y de Iván a la puerta.

—Sí, señora.

—Quería pedirle perdón por el comportamiento de mi marido. No es mala persona. —Fina se mordía el labio inferior—. Es solo que está más afectado de lo que puede admitir.

—Si me permite decirlo, lo disimula muy bien.

—No se lo tenga en cuenta, por favor. —Su mirada iba y venía, iba y venía—. Él solo entiende de su huerto, de su casa y de su pueblo. Si lo sacan de allí, no se halla.

—En cualquier caso, no es a mí a quien tendría que pedirle disculpas, sino a su yerno.

—Sí, bueno, eso será más difícil. —La madre de Ale por fin centró sus ojos en Iván. Por un momento, dejó de atemorizarla lo que hubiera más allá de la puerta, o quien pudiera salir por ella—. Ahora que mi hijo está muerto, ya no tendré que angustiarme más por eso. Mi marido nunca habría aceptado a Roberto como yerno.

—¿Y usted?

—Una madre siempre es una madre. Al final, una acaba aceptándolo todo —dijo casi en un susurro—. Ayer mismo Ale me llamó. Quería venir a casa a almorzar con Roberto.



—¿Ayer? ¿A qué hora?

—Muy temprano para él. Por la mañana. Serían las ocho, no más tarde de las nueve. Por mí, encantada, le dije, lo había visto tan delgado las últimas veces que apareció por el pueblo... Pero le tuve que decir que no me parecía una buena idea, que ya sabía cómo se iba a poner su padre. El pobre me contestó que no me preocupara, que él se encargaría de eso. Que lo tenía todo planeado. Pero yo le insistí para que no viniera y al final, ya ve: me hizo caso. Sabe Dios qué habría pasado si no me lo hubiera hecho.

Iván tenía ante sí la viva imagen de la supervivencia. Una mujer como muchas otras de su tiempo: desdibujada, disuelta en una vida de renunciadas y que, a pesar de todo, seguía de pie. Le recordaba mucho a su propia madre. Entonces advirtió que la tensión volvía a la cara de Fina. Debía de haber pensado en su marido, que la esperaba dentro.

—Eso nadie lo sabe. Para qué torturarse ya —dijo Iván.

—Se lo repito: una madre siempre es una madre. Tengo que volver. Mucho gusto, señor inspector.

—Iván. Mejor Iván.

A los pocos minutos bajó Roberto despidiendo a un nutrido grupo de amigos, un enjambre de abejas que zumbaban llorosas a su alrededor. Cuando se marcharon, ya a solas con él, Iván le refirió la conversación con su suegra.

—¿Estaba Fina al corriente de la mala vida que llevaba su hijo?

—Hombre, supongo que algo conocería, pero no los detalles. A mí tampoco me interesaba enterarme más que de lo necesario, no te creas.

Iván no se lo pensó mucho antes de lanzarle la pregunta:

—Sí estabas enterado de que era seropositivo, ¿no?

—Claro, hombre. Ese es un tema muy serio. Me parece que hay que ser una mala persona para ocultarle algo así a tu pareja, ¿no crees?

—Yo no creo nada —contestó el inspector con un tono desagradable que rápidamente suavizó—. Entonces, supongo que también estás al tanto de los pinchazos.

—¿Qué pinchazos?

El inspector tomó aire y lo expulsó en un suspiro cansado. Acababa de constatar que Roberto era más ajeno a las noches salvajes de su marido de lo que él mismo suponía. Y se veía obligado a abrir aquella caja negra.

—El forense me acaba de enviar el informe de la autopsia. Ale tenía pinchazos entre los dedos de los pies. Eso, por si no lo sabes, es una práctica habitual en aquellos que no quieren que se sepa que se inyectan. Al parecer, a tu marido le iba el *slam*.

—¿El qué? —Los ojos de Roberto habían pasado de estar muy abiertos a fruncirse en un enorme signo de interrogación.

—El *slam*. Significa «golpe» en inglés y es una práctica sexual que está de moda en algunos ambientes. Es, para que me entiendas, el no va más del subidón. Empiezas con el sexo en grupo. Después, para que la fiesta dure más, la aliñas con drogas de todo tipo. Habrás escuchado hablar de ello, hombre; las sesiones de *chemsex*, ya sabes, drogas y sexo.

—Sí, claro. Ale me dijo que había participado alguna vez. Pero...

—Hasta donde yo sé, fue en bastantes más ocasiones que «alguna vez».

—Vale, pero eso de los pinchazos, sigo sin verlo.

—Como te iba diciendo, se empieza poco a poco, pero al cabo de un tiempo, te cuesta colocarte como al principio y tienes que recurrir a movidas más fuertes. Es entonces cuando comienzas a inyectarte alguna de esas drogas. Habitualmente se usa la mefedrona, la mefe, porque te garantiza justo eso, un buen golpe.

Iván se vio obligado a callar un momento. La expresión en la cara de Roberto transitaba entre la incredulidad y el horror.

—Eso es imposible.

—No me estoy inventando nada —continuó Iván—. Puedes incluso encontrar tutoriales en Internet sobre cómo inyectarte sin correr riesgos. Si lo piensas bien, no es tan nuevo ni tan descabellado. Lo realmente novedoso es que los que son más jóvenes que nosotros carecen de la memoria de lo que significó el caballo en los ochenta. Cómo caían los yonquis. El que no moría de sobredosis lo hacía de sida a los pocos años. Los que consiguieron sobrevivir andan hoy por ahí zombis o anoréxicos.

—Te he dicho que eso no puede ser.

Por un momento, a Iván le pareció que Roberto se iba a desplomar. Hizo el amago de sujetarlo, pero se zafó con una reacción agresiva inesperada.

—Te lo voy a repetir una vez más, para que te quede claro: eso es imposible. Ale padecía belonefobia: un pánico enfermizo a las agujas. Solo con ver una jeringuilla empezaba a temblar y a sudar. Podía llegar a convulsionar y a desmayarse. ¡Si cada seis meses, en la revisión del VIH, era una pesadilla tener que sacarle sangre!

—Lo dice el forense —le aseguró Iván. Carlos, el infalible, ya había diagnosticado en su informe que Ale era seropositivo.

—¡Que diga lo que quiera!

Los dos hombres se quedaron en silencio. Roberto miró a su alrededor preocupado por si hubiera llamado la atención con sus gritos. El inspector

admiró su capacidad para reconducirse y calmarse antes de continuar:

—Iván, escucha esto: Ale y yo llevábamos meses organizando el viaje de nuestros sueños. Iba a ser una especie de luna de miel: dos años dando la vuelta al mundo por más de veinte países. La mayoría iban a ser destinos exóticos en los que, como seguro que sabes, para que te permitan la entrada te obligan a vacunarte contra un montón de enfermedades: fiebre amarilla, tifus, hepatitis y demás.

Otro enjambre de amigos bajó zumbando desde la segunda planta. Roberto les agradeció sus condolencias y se esforzó por despedirlos con urgencia, pero algunos se entretuvieron antes de irse en darle también el pésame a Iván, asqueado con aquella suerte de besamanos en el que lo habían zambullido. Sobre todo, porque conocía a unos cuantos y no sabía de qué. O, mejor dicho, no recordaba cuándo y dónde se había acostado con ellos.

—Como te decía, Iván —retomó Roberto cuando los dejaron otra vez solos—, la semana pasada teníamos cita en el Centro de Vacunación Internacional. Las dos noches anteriores Ale no había pegado ojo, y el mismo día de la cita casi tuve que llevarlo a rastras. Si vieras cómo lloraba en el trayecto en coche, ¡como un niño pequeño! Cuando llegamos al centro, suplicó que le suministraran las vacunas en pastillas. Los médicos trataron de complacerlo, pero con algunas fue imposible. ¿Sabes cómo tuvieron que hacerlo con esas? Lo durmieron a base de somníferos antes de inyectárselas. Cuando salimos de allí, aún iba frito y yo casi me deslomé para meterlo en el coche de vuelta. Todavía me duele la espalda. —La expresión de Roberto se volvió en ese momento dura y fría—. ¿Y me vas a decir que siete días después andaba por ahí pinchándose como si nada? Perdona que no me lo crea. Eso es imposible.

La convicción de Roberto era tan firme que, pensó Iván, no admitía ni un solo pero. La alarma que la noche anterior se le había activado, pero en la que no había reparado por culpa de la resaca, sonaba entonces insistente. Iván comenzó a pensar también que sí, que aquello era imposible. Pero si Ale no se pinchó, ¿quién lo hizo? ¿Cómo lo hizo? Y, sobre todo, ¿para qué?

Un tercer enjambre de abejas bajó con sus aspavientos de plañidera. Iván decidió que sería la última para él, que ya había tenido suficiente, así que se despidió de Roberto y se marchó. En el Cabify de camino a casa cayó en la cuenta de que, como san Pedro, había renegado por tercera vez de Roberto, faltando a su promesa y dejándolo lidiar a solas con sus suegros. Por nada del mundo querría él pasar la noche allí con ellos. Ni allí ni en ningún otro sitio, de hecho.

Durante todo el trayecto, se hurgó en el oído con el dedo meñique, en un vano intento de sacarse el ruido que se le había instalado en la cabeza. Todavía no sabía que tendrían que pasar unos cuantos días, semanas incluso, antes de que aquella molesta alarma se apagara.

## 31. LUNES POR LA NOCHE

---

Era una hora tonta. Temprano para salir y tarde para quedarse en casa, sin nada que hacer. Así que se puso a enredar con el Grindr. En la aplicación de encuentros entre hombres, Iván nunca seguía las pautas habituales, el ritual protocolario de una conversación estándar. Aquellas normas preestablecidas, tácitas, eran para él un convencionalismo estúpido y una pérdida de tiempo. La normalización no podía consistir en eso, se decía, si estamos a lo que estamos, vamos a lo que vamos. El cortejo, los prolegómenos y demás calentamientos son juegos para heteros inmaduros. Aquí se viene a follar.

Prefería, más o menos y con variaciones contadas, un modelo de conversación que solía repetir:

Iván: Hola.

*Nick*: Hola.

Iván: K tal?

*Nick*: Muy bien. Tú?

Iván: Tb, gracias. K haces?

*Nick*: Aki, exando un vistzo.

Iván: Y k buscas?

*Nick*: Un poco de diversión, ya sabes...

Iván: Igual. K te va?

*Nick*: Todo. Pasarlo bien. Un buen rato de sexo. Sin malos rollos.

Iván: Ok. Rol?

*Nick*: Vers, más act<sup>[1]</sup>.

Iván: Ok. Más fotos?

*Nick*: Te mando privado.

Iván: Ok.

...

Iván: Molas! Kdamos?

*Nick*: Perfect, te desplazas?

Iván: Sí. Manda ubkcion. Voy.

Una conversación en Grindr tenía que ser útil. Limitarse a lo imprescindible para conseguir un polvo. Exenta de cualquier información que no aportara nada a ese último fin. A Iván no le importaba si su ligue en potencia fumaba o bebía; si era arquitecto o artista; vegano, cinéfilo, budista o coleccionista de mariposas. Para él, era más que suficiente con que le gustara su cuerpo y le apeteciera follar. Y que, además, quisiera hacerlo de inmediato. No entendía a los que, después de un rato poniéndolo a cien por hora, le decían que no podían quedar en aquel momento, que más tarde, que incluso al día siguiente... Aquellos tipos eran unas auténticas zorras calientapollas. Los rechazaba por la misma razón que le molestaban aquellos otros que, cuando terminaban, dilataban las despedidas. Iván se corría y, tras los diez minutos de cortesía, no quería a nadie cerca. Salvo que estuvieran de sesión, drogándose, de *chill*. O, como mucho, que en la remontada se vislumbrara la apetencia y la posibilidad de un segundo asalto. En caso contrario: hemos terminado, ¿sí? Un placer y adiós, gracias.

Aquella noche había pocos perfiles orlados con un círculo verde, es decir, conectados en aquel momento. Era lunes, claro. Uno de ellos era A&P, abreviatura de *azules y póper*. Detrás de aquel *nick* se encontraba Jose, un camello de poca monta que trapicheaba únicamente con viagra, las pastillas azules, y con póper. Era un follamigo con el que Iván quedaba muy de vez en cuando, ni le gustaba ni le dejaba de gustar. No porque careciera de atractivo, al contrario: el chaval rondaba la treintena, era guapete y tenía un físico fibrado y marcado por las horas de gimnasio, pero sin abusar, justo como a Iván le gustaban los hombres. Además, en la cama lo pasaban mejor que bien, por encima de la media. De notable a notable alto.

El problema era que el inspector lo tenía por un tipo demasiado peculiar para su gusto, y no se fiaba de él por varios motivos. Para empezar, al camello no le gustaba que lo llamaran por su nombre, sino A&P, su *nick* en Grindr. Aquello a Iván no le suponía ningún problema, al contrario; cuanto menos supieran el uno del otro, mejor. De todos modos, estaba convencido de que Jose tampoco era su auténtico nombre. Él mismo, en más de una ocasión, había ligado en la aplicación bajo insípidos seudónimos tan poco originales como aquel. También le resultaba muy raro que alguien que trapicheaba prefiriera hacerlo a través de Grindr, dado que limitaba el acceso a los clientes, además de que el anonimato era bidireccional: tanto para el camello como para el cliente. Iván era un poli bueno que consumía, pero ¿quién le

aseguraba a A&P que, bajo otro perfil, no se escondiera un poli malo camuflado de cliente? El inspector le había pedido en numerosas ocasiones que se intercambiaran los números de teléfono, pero solo había conseguido una barrera de excusas poco convincentes, tirando a ridículas. Por último, A&P quedaba exclusivamente en casa de sus clientes.

Lo que bien podría pasar por un síntoma de prudencia y discreción, cosa nada censurable en un camello, llegaba a ser excesivo en algunos momentos, como aquella tarde en que Iván contactó con él y quedaron para follar, ya que estaba claro que A&P también se sentía atraído por él. Pero se dio la circunstancia de que Rafa dormía aquella noche en su apartamento, y el inspector no quiso correr el riesgo de que se les fuera el santo al cielo y el niño los pillara retozando en su cama. Así que le propuso al camello, como algo excepcional, verse en la suya, pero él se negó en rotundo. En su casa, decía A&P, jamás. Aquellas eran sus reglas, sentenció, o las tomaba o las dejaba. Cita cancelada. Gilipollas.

Aquel día, hasta el momento, todo iba como la seda. A&P estaba disponible y, en menos de un cuarto de hora, se dejaría caer por el apartamento de Iván, echarían el consabido polvo y el inspector podría cenar y acostarse temprano o, para ser más exactos, no a deshoras. La tarde iba camino de convertirse en el remate perfecto para un lunes que no había comenzado todo lo bien que a él le hubiese gustado, con visita al tanatorio incluida.

Pero Iván era consciente de que la perfección era un término que no constaba en el diccionario de su vida, y menos aún cuando todavía faltaban horas para que el día terminara. No habían pasado ni cinco minutos cuando lo llamó el comisario.

—Diosdado, me vas a tener que perdonar, porque todavía no he terminado el informe.

—¿Qué informe? Ah, sí, ese que ni te habrás molestado en empezar a redactar, ¿me equivoco, De Pablos? —inquirió el comisario con su habitual carraspeo malhumorado—. Mira, Iván, cuántas veces tengo que decirte que hay un millón de cosas que no me gustan de ti, pero la que menos es que me tomes por gilipollas. Así que vamos a dejarnos de gilipolleces. ¿Te parece bien?

—Perdona, Diosdado, era una broma.

—No estamos para mucho chiste.

Diosdado e Iván se habían conocido hacía más de veinte años en la academia de policía. Aquel era ya inspector jefe e Iván estaba a punto de

amarrar la plaza. Eran profesor y alumno en un módulo de interrogatorio policial al que Iván asistía poco motivado, ya en sus últimos días en la academia, comportándose como un adolescente de instituto: no paraba de hablar con los compañeros en clase, molestaba con sus continuas entradas y salidas del aula y era incapaz de atender a las explicaciones más sencillas sin interrumpir al profesor. Hasta que Diosdado ya no aguantó más y lo expulsó, prohibiéndole volver al resto de las sesiones. Iván, temiendo que aquello le costara la plaza, se disculpó con su profesor por todos los medios: acudiendo a su despacho hasta en cinco ocasiones, llamándolo por teléfono y escribiéndole una carta de sinceras disculpas. A punto estaba de darse por vencido, cuando una noche coincidió con el futuro comisario en un bar y, en un arrebató dramático, le confesó que, si lo expulsaban, no valdría ni para ganarse la vida como portero de discoteca, que toda su vida no había querido ser otra cosa más que policía, que había estudiado Derecho porque en su familia, originaria del polígono de San Pablo y de clase media tirando a baja, lo habían obligado, a pesar de que odiaba las leyes y la burocracia en general. Que a él lo que le gustaba de verdad era dar caza a los malos. Diosdado le contestó por enésima vez que aquel no era su problema y que él se lo había buscado, que lo hubiera pensado antes, que ya era mayorcito. Entonces, ante la mirada sorprendida de los parroquianos del bar y del propio Diosdado, Iván saltó detrás de la barra, agarró una botella de ron por el cuello, la rompió con un estrepitoso golpe sobre la barra y amenazó con degollarse allí mismo si no lo readmitía. La diosa Fortuna o los Santos Custodios, patrones de la Policía Nacional, quisieron que la botella rebotara y el ron le chorreara por toda la cara. Cuando empezó a correrle frente abajo y le inundó los ojos, huyó al cuarto de baño presa del escozor, entre las risas de los presentes, incluido el propio Diosdado, que esperó a que volviera y lo invitó a una copa. Siguieron bebiendo el resto de la noche, uno muerto de la risa y el otro de la vergüenza.

A lo largo de los años siguientes habían participado juntos en la resolución de un puñado de casos, de puertas afuera con mucha eficacia, y de puertas hacia dentro con entendimiento y respeto mutuo. El comisario daba carta blanca al inspector y no metía demasiado la nariz, siempre y cuando Iván lo mantuviera al corriente. Pero si hacía más tonterías de la cuenta, Diosdado solo tenía que recordarle cuánto escocía el ron en los ojos.

—Seguro que pensabas llamarme para contarme de qué va esto, ¿verdad?

—Claro que sí. —Iván agradeció una vez más la paciencia de su jefe y de nuevo se arrepintió de no corresponderle como merecía—. Discúlpame por no



haberlo hecho antes. En principio, no parece que haya caso. Supongo que te han pasado el informe provisional de la autopsia.

—Sí. Me parece todo cojonudo, ya sabes lo que digo siempre: si no hay caso, no hay caso. Pero tengo que advertirte sobre una cosa —dijo el comisario esforzándose por minimizar un carraspeo antes de continuar—: hay rumores de que Asuntos Internos va a abrir una investigación. Se ha corrido la voz.

—¿Qué pasa? ¿Están aburridos?

—¡No me interrumpas, coño!

Los carraspeos fueron a más. Iván conocía aquellos atascos en la garganta de su jefe. Le asaltaban siempre que algún asunto le hacía sentirse incómodo. Si alguna vez el propio comisario llegara a ser sospechoso de haber cometido un delito, pensaba a menudo el inspector, aquellas toses lo condenarían.

—Se ha corrido la voz —continuó el comisario cuando se calmó— de que algunos compañeros están haciendo la vista gorda con ciertos camellos a cambio de droga gratis. —Diosdado hizo una pausa e Iván se la mantuvo; intuía lo que venía a continuación—. Obviamente, después de tu extraño accidente del mes pasado, estás en el punto de mira.

Las toses y las flemas arreciaron otra vez.

—No sé qué tendrá que ver una cosa con la otra.

—Vamos, Iván, no seas ingenuo. Chocas tu coche contra una farola y la tiras abajo. Por poco, no matas a dos ciclistas que pasaban por allí. Un sábado por la mañana, a las seis y treinta y dos, para ser más exactos, como indicaba el reloj del coche, que quedó siniestro total, por cierto. No me creo que fueras a misa, menos aún en coche, teniendo nada menos que la catedral a veinte minutos a pie de tu casa, la Macarena a quince y el Gran Poder, a cinco.

—Bien puesto estás en la vida capillita de la ciudad, pero lo que ocurrió fue que se me reventó una rueda. Adónde me dirigiera o de dónde viniera es asunto mío.

—¡Por supuesto que sí, copón! ¡Pero lo que no es solo un asunto tuyo es que fueras borracho y drogado! ¿Tú te crees que me chupo el dedo? No me lo pongas más difícil, joder, o les digo que sí, que vale, que te metan en la sala de interrogatorios y que no te dejen salir hasta que te vuelvas hetero otra vez. Coño, Iván, ¿no ves que, para variar, estoy intentando ayudarte?

Iván lo dejó toser y escupir al otro lado del teléfono. Si seguía tensando la cuerda, la cosa podría llegar a ponerse fea. Él mismo no entendía por qué a veces disfrutaba llevando al comisario tan al límite de su paciencia. Vale que no fuera su amigo, pero sí lo más parecido que tenía.

—Diosdado, tienes razón. Debería preocuparme.

—Mira, Iván. Te lo voy a decir muy claro para que no nos llevemos a engaño. Va a ser difícil que te empapelen, porque los de arriba no van a querer montar ningún tipo de escándalo gay en la Policía Nacional. Ahora les gusta presumir ante la opinión pública y, sobre todo, ante los medios, de toda esa mierda de la igualdad, la normalización y la inclusión. Pero, tío, ya deberías entender un poco cómo funcionan las cloacas. Desde que la ultraderecha entró en el Parlamento andaluz, en la Junta están como locos cazando brujas. Se les va la vida en demostrar que el *lobby* LGTBI plus, o como se diga, está infiltrado en todos los estamentos. Y, encima, si hay drogas por medio, el asunto es para ellos como un bombón en la boca que se les derrite de gusto. Coño, que también vaya puta casualidad de que tú te presentaras antes que nadie en la sauna.

—No fue ninguna casualidad. Me llamaron ellos. Son amigos.

—Pues eso mismo, Iván: que son precisamente tus amigos.

De nuevo se extendió un pesado silencio entre ambos. El inspector aprovechó para encender un cigarrillo y darle un par de caladas a fondo y, como si el humo hubiera entrado por los pulmones equivocados, fue el comisario quien empezó a toser, con tanta agonía que, por un segundo, Iván llegó a pensar que aquella vez sí se asfixiaba. Pero, de pronto, igual de rápido que se había encendido, su jefe se apaciguó.

—Y, además, está lo otro.

—Ya estamos —soltó el inspector con desgana—, ya estamos...

Lo «otro» era el motivo por el que, diez años atrás, Iván había salido del armario. O, más bien, por el que sus compañeros del cuerpo habían hecho saltar por los aires, a porrazos, las astillas de su armario. Él siempre había tenido claro, desde la adolescencia, que se sentía atraído tanto por hombres como por mujeres. Sin embargo, cuando conoció a Alicia y se casaron, optó por enterrar su vertiente homosexual, permitiéndose muy de vez en cuando alguna breve escapada que, por no herir sus sentimientos, nunca le contaba. ¿Para qué?, se preguntaba, ¿para qué amargarle la vida? Aquellas incursiones al sexo con otros hombres eran algo físico y nada más. Por otro lado, se repetía, ojos que no ven...

El percance, como Iván y el comisario tenían a bien llamarlo, sucedió en el Kavafis, el mítico club gay de la ciudad. Sus visitas eran muy puntuales y él estaba seguro de tenerlas bajo control, cuando su matrimonio ya se había asentado en una fase de rutinaria felicidad media, con la pareja ascendiendo en sus respectivas carreras; un hijo, Rafa, sano y a punto de cumplir dos años,

y la posibilidad aún no verbalizada, pero sí barruntada, de lanzarse en busca de la parejita.

Cuando lo abrieron en 1971, a finales de la dictadura, el Kavafis era el lugar adonde acudían a bailar y a ligar los primeros gais a cara descubierta y, en mucho mayor número, los que ni por asomo se planteaban que nadie supiera algo de lo suyo. Al principio, el local era un cuchitril de apenas treinta metros cuadrados, con la única identificación en la puerta de un discreto timbre al que había que llamar para que te admitieran. Al pasar los años, conforme la democracia ganaba espacio en la sociedad española, el Kavafis sumaba también metros cuadrados. En paralelo, la proporción de casados que seguían dentro del armario frente a solteros orgullosos de su sexualidad fue disminuyendo hasta convertirse en algo testimonial, como el timbre de la puerta, pero que evidenciaba que todavía faltaba mucho para lograr la plena normalización del colectivo. En el enorme cuarto oscuro del club, un par de veces al año, coincidiendo con la comida de Navidad con los compañeros y con la madrugada del Jueves Santo, Iván remataba la noche echando un polvo apresurado y de pie, sin presentaciones ni ceremonias, rodeado de gemidos, chasquidos de encendedores y la presencia, intuida y fantasmagórica, de otros hombres. Un mero desahogo furtivo y morboso.

Pero aquella noche, la del famoso percance que Diosdado le estaba recordando, mientras Iván y su fugaz conquista estaban a lo suyo en el cuarto oscuro, se desató una pelea en la pista de baile entre dos borrachos. Si bien no era algo inusual, sí lo fue que uno de ellos sacara una navaja e hiriese al otro. Entre los gritos, la escandalosa sangre mojando la pista de baile y el atropello general, alguien llamó a la policía que, de forma insólita, apenas tardó dos minutos en presentarse. Se dio, además, la circunstancia de que el policía al mando de la unidad fuera un miembro de la vieja guardia, González, que hacía tiempo que venía enfilando al Kavafis. El veterano proclamaba a los cuatro vientos el asco que le daban los gais y aprovechaba cualquier ocasión para cerrar el club con todo tipo de excusas, reales o no: ruidos, exceso de aforo, menudeo de drogas, horario de cierre sobrepasado... Así que aquella noche montó una redada a conciencia. Nada más llegar, cerró las puertas para impedir que nadie entrara ni saliera. Luego ordenó encender todas las luces del local, incluyendo las del cuarto oscuro. Una veintena de hombres salieron despavoridos como insectos de sus madrigueras, cegados por el repentino fogonazo, algunos sin camiseta, otros con los pantalones por las rodillas y unos cuantos con las braguetas abiertas. Iván y su anónimo de aquella noche fueron de los últimos en salir. Lo peor no fue que González, al reconocerlo,

soltara una sonora carcajada de desprecio mientras lo señalaba con la porra y hacía gestos obscenos. Lo peor fue que el amante de Iván resultó ser un inmigrante sin papeles que solo tenía diecisiete años y medio. De un solo porrazo, su armario y su carrera iban a quedar triturados.

El asunto se cerró con la mediación de Diosdado, que logró convencer a González con mucha retórica y algunas concesiones de que omitiera el nombre de su compañero en el informe de la redada, pero, en cuanto al armario, Alicia y él acordaron el divorcio un mes después. Iván alquiló el apartamento de la Alameda donde vivía desde entonces y comenzó a frecuentar los locales de ambiente gay más allá de las Navidades y de la Semana Santa.

Sonó el timbre del portero automático. Era A&P. Iván se despidió del comisario, no sin antes agradecerle por enésima vez su protección y prometerle que lo mantendría al corriente de todo. Casi no había tenido tiempo de colgar el teléfono cuando A&P ya llamaba a la puerta. Venía con prisas. Había debido de subir corriendo las escaleras hasta el segundo piso. Así daba gusto: vamos a lo que vamos, cojones, que no todo tiene por qué ser siempre tan difícil.

A&P había cumplido los treinta, pero a Iván siempre le había parecido mucho más joven. Quizás se debiera a sus andares desgarrados y a su forma de vestir, deportiva, de perpetuo chándal Adidas, gorra Calvin Klein y gastadas zapatillas Nike, todo en dos tallas más de las que necesitaba. Y también, cómo no, por su fogoso apremio: en sus citas, el joven llegaba a su puerta, lo tiraba sobre el sofá, hacían un amor de pocos preámbulos y escasos sudores, a medio desvestir, y se marchaba tras dos caladas a un cigarrillo, cuya colilla tiraba ya de vuelta en la calle.

Sin embargo, aquella noche había encendido un segundo cigarrillo y aún no se había marchado. Ni siquiera se había vuelto a calzar las Nike. Con inusitada tranquilidad, merodeaba descalzo por el apartamento de Iván, curioseando como nunca, mostrando por primera vez un interés más allá del polvo. Iván lo dejó hacer en silencio, contemplando sus músculos dorsales bien definidos mientras daba cuenta de su propio cigarrillo.

—Tienes muchos libros, DVD y CD —dijo A&P.

El inspector no tenía muy claro si le apetecía entablar aquella conversación. Estaba sopesando la idea de vestirse y hacer como que se ponía a preparar la cena para uno, esperando que el otro cogiera la indirecta. Pero, al mismo tiempo, tampoco tenía claro que quisiera dejar marchar a A&P sin

antes preguntarle qué era aquello que le rondaba por la cabeza y que le hacía remolonear por el estrecho salón como un gato con el rabo tieso.

—Tú también conocías a Ale, ¿verdad? —preguntó por fin A&P.

—Sí. De vista. Ya sabes, en el ambiente nos conocemos todos.

—Más o menos.

—Cierto. Siempre te llevas alguna sorpresa.

—Sí, más o menos.

A&P se sentó y empezó a anudarse las zapatillas. Iván no sabía qué podía haber dicho para espantarlo de aquella manera. Encendió otro cigarrillo y se lo ofreció. A&P dudó por un instante, pero soltó los cordones y lo aceptó, al tiempo que se retrepaba en el sofá.

—¿Me invitas a una copa? Yo te invito a una raya de *speed*. Es lo único que llevo encima.

—Y viagra y póper también, ¿no?

—Sí, pero eso es negocio. Te los tendría que cobrar. ¿Tienes vodka?

Iván sonrió de oreja a oreja y preparó dos vodkas. Uno con naranja para A&P y otro cortito con tónica para él. No le gustaba demasiado el *speed*; le dejaba una resaca intensa y resistente a los analgésicos, pero tampoco tenía intención de alargar la noche. Por otra parte, ya puestos, se dijo, ya que lo iban a invitar...

A la segunda raya A&P volvió a descalzarse y a Iván ya no le importó. A los dos hombres les entraron las consabidas ganas químicas de hablar, a saltos y atropelladas.

—¿Y tú? ¿Lo conocías mucho?

—También de vista. Casi nunca me pillaba nada. Aparte de las azules y el póper, a Ale le iba todo lo demás. Tenía sus propios contactos. Con las cantidades que se metía, seguro que conseguía buenos precios.

—¿Nunca follasteis?

—Una vez, en la BlackSun. Un domingo por la mañana. Iba muy pasado y se me puso muy cariñoso, ya sabes, insistente. Cada vez que me cruzaba con él en un pasillo me metía cuello. Hasta que, al final, entramos en una cabina.

—¿Hace mucho de eso?

—Un par de meses.

—¿Y?

—Nada, un polvo más. El chaval era guapo y estaba muy bien, pero iba tan colocado que no se empalmaba. Aunque no te creas que se agobió, al

revés, me compró una viagra y... más o menos. Nos reímos mucho de la situación. La verdad es que pasamos más tiempo charlando que otra cosa.

—¿Y qué te contó? ¿Alguna cosa que te llamara la atención?

A&P se puso en guardia. Su rostro reflejó una súbita tensión que Iván interpretó como que acababa de darse cuenta de que estaba siendo interrogado. De hecho, él mismo se preguntó por qué lo estaba haciendo. Seguro que el camello sabía que él era poli, así que le puso la mano en la rodilla para tranquilizarlo, pero A&P se la retiró.

—Mira, Iván, Ale me caía más que bien. Me da mucha pena lo que le ha pasado. En realidad, te lo confieso, nos conocíamos un poco mejor de lo que te he dicho. Follábamos de vez en cuando. —A&P se detuvo a pensar antes de continuar—. Algo así como tú y yo. Ya está, eso era todo. Te repito que me parecía muy buen tío. Pero él estaba enamorado de su marido. Al final, siempre acabábamos hablando de él. —El inspector iba a preguntarle sobre qué hablaban, pero el *speed* estaba haciendo de las suyas, y A&P iba lanzado—. Las últimas veces que nos vimos me contaba que quería sentar la cabeza, dejar de salir tanto de fiesta y dedicarse más a su marido, a su trabajo y a su casa. Llegó a confesarme que no sabía cómo Roberto lo aguantaba tanto. Que se merecía otro marido, más centrado, más pendiente de sus necesidades. Que le estaba muy agradecido por todo lo que había hecho por él y que lo quería. Que estaba buscando la forma de enderezar su vida y de hacer que su Roberto se sintiera orgulloso de él. Recuerdo bien que lo dijo así, como si fuera de su propiedad: su Roberto. Ahora ya —dijo con la boca seca— no va a poder hacerlo, el pobre.

Iván observó algo disgustado la acumulación de saliva en las comisuras de los labios de A&P, pero quería que siguiera hablando.

—¿Tú sabías que Ale se pinchaba?

—¡Qué va! ¿Lo hacía? No le pega nada, la verdad. No parecía de ese tipo. Le gustaba divertirse, como a todos. —A&P encogió los hombros y cabeceó ligeramente—. Pero eso del *slam* son palabras mayores. Aunque, si tú lo dices... No sería el primero ni el último.

Entonces era Iván quien notaba la lengua pastosa. Dio un sorbo a su copa y le pasó la suya a A&P. Ambos tenían los labios húmedos y brillantes.

—Una última pregunta —dijo Iván acercando su boca a la de él—: ¿Estuviste con Ale en la BlackSun el domingo?

—No. Ni siquiera lo vi, agente. —A&P se estaba quitando los pantalones mientras decía «agente» con una teatralizada sumisión a la autoridad presente—. De hecho, sí que fui, pero no vi a casi nadie. Estuve muy poco tiempo

porque me quedé sin mercancía. ¿Me va a detener, agente? —insistió, tirando los calzoncillos al aire.

Iván se abalanzó sobre él y comenzó a besarle con fruición. Advirtió de inmediato, antes de comenzar aquel segundo asalto, el sabor metálico y medicinal de su lengua. Cuánto le gustaba.

Iban a dar las tres de la mañana cuando A&P se marchó de casa de Iván. Después de las seis o siete rayas que se habían metido y, a pesar de los tres polvos, el inspector tuvo que tomarse un Orfidal para poder conciliar el sueño. Había decidido que, al día siguiente, se pondría en serio a investigar qué coño le había pasado a Ale.

## 30. MARTES POR LA MAÑANA

---

El día amaneció que ni encargado a propósito para un funeral. El otoño por fin se había decidido a dejarse caer y, aunque la lluvia era fina y apenas molestaba, un viento frío como una ráfaga de perdigones se colaba por las rendijas desde primera hora de aquella mañana gris de noviembre. Iván se despertó tiritando de frío; llevaba semanas postergando la visita del revisor del gas para que arreglara la caldera, averiada desde el mes de febrero. O quedaba aquella misma semana con él, o aquel año su resfriado anual vendría de visita antes de lo previsto. Además, le dolía otra vez la cabeza y en su almohada descubrió un rastro de sangre seca. Mierda de *speed*.

Llamó a Paco y le pidió que convocara para aquella tarde, a las siete, a Raúl y a Juanpe, los camareros de la sauna que habían trabajado el domingo anterior. Paco le contestó que no haría falta; habían descansado el día anterior, lunes, y aquel día volvían a sus respectivos turnos con normalidad. Allí estarían desde las cuatro hasta las once, hora del cierre.

Iván recordó la primera vez que pisó una sauna. Había sido en Madrid, durante un seminario sobre balística cuyo contenido apenas dejó huella en su memoria, primero porque fue un ladrillo y segundo porque, ya entonces, su interés por las armas de fuego, incluida la suya, era nulo. La sauna quedaba a dos calles de su hotel. El primer día la clase terminó a las seis y, tras una breve pero intensa lucha contra sí mismo, se convenció de que tampoco era para tanto. A las siete, ya estaba en chanclas y con la toalla en la cintura. Le sorprendió el considerable número de tíos que la frecuentaban un miércoles a aquella hora. Supuso que muchos eran casados, como él, aunque no creyó muy probable que ninguno, como era su caso, acabara de regresar de su luna de miel en Escocia. Se lio con tres. Llegó al hotel a las once y media y llamó a Alicia para contarle la cena que había disfrutado con los compañeros del curso y para decirle que la quería. Cenó un sándwich vegetal y durmió toda la



noche de un tirón. No había mentido del todo, pero por mucho que la quisiera, necesitaba asomar la cabeza por la puerta del armario muy de tanto en tanto. Quizás debería haber hablado del tema con Alicia, pero para qué darle el disgusto si, a fin de cuentas, él cumplía con ella en la cama.

Entró otra llamada que no atendió. Era un número desconocido que le sonaba vagamente. El agua helada de la ducha, además de recordarle al revisor, le hizo caer en la cuenta de que podía ser otra vez Pilar, la nueva oficial. La vería directamente por la comisaría. A saber qué querría. Desde luego, si lo que buscaba era algún tipo de cicerone, se equivocaba de persona.

Saliendo del apartamento conversó con Roberto vía wasap. Quería saber si estaba en casa para que lo llevara al funeral; un pequeño accidente le había dejado sin coche durante unas semanas. A Roberto le extrañó, porque sabía que tenía también una moto, pero Iván confesó que también estaba en el taller y que era mejor que no preguntara nada más. Acabaron de acordar verse más tarde cuando entró en la comisaría sin ser visto. Las colas para las expediciones y renovaciones de los DNI y de los pasaportes eran tan largas que le fue fácil escabullirse entre la gente, llegar a su despacho y cerrar la puerta. Menuda seguridad, se dijo, en casa del herrero.

Sin embargo, no habían pasado ni cinco minutos cuando llamaron a la puerta y la abrieron con prudencia, pero sin aguardar permiso. Era ella.

—Tu teléfono está *espatllat*.

—Que está ¿qué?

—Disculpa —contestó Pilar ruborizada—, a veces se me cruzan palabras en catalán. Quería decir estropeado.

—Puede ser. ¿Me has estado llamando? ¿Era urgente?

—Para mí no, pero me temo que sí para el comisario Diosdado. —La agente Ojeda no le dejó preguntar por qué—. Quiere que te eche un cable con el asunto del chico de la sauna.

—Pues me parece muy bien —dijo el inspector mostrando el mismo interés que si le acabaran de anunciar el pronóstico del tiempo en Sevilla para primeros de agosto.

—Me ha pedido que te diga que es una orden. —El fuego prendía sus mejillas—. Le están apretando las tuercas desde Jefatura con el otro caso del fin de semana.

—¿Qué otro caso? —preguntó Iván desconcertado.

—¿Cuál va a ser? —contestó ella más desconcertada aún—. El de la manada sevillana y la justiciera.

Pilar se refería al suceso ocurrido el viernes anterior durante un botellón en el campus de la facultad de Económicas. Al parecer, una manada de tíos había drogado a una joven menor de edad para abusar sexualmente de ella. Después la habían dejado tirada y semiinconsciente en un banco de los jardines del Prado de San Sebastián. Estaba amaneciendo cuando despertó y, al darse cuenta de lo que le habían hecho, se había ido directa a interponer la denuncia, con tan mala fortuna que, en el trayecto a la comisaría, a la altura de la estación de metro, se tropezó con uno de sus violadores, que volvía a su casa tras horas de fiesta. En cuanto lo reconoció, la chica se abalanzó sobre él en un ataque de ira. Como el tipo aún estaba borracho y a duras penas podía mantenerse en pie, el empujón lo hizo tambalearse, tropezar con el bordillo de una jardinera y caer de bruces al suelo. El resultado fue la nariz rota y una buena brecha en la frente. Lo tuvieron que trasladar en ambulancia, inconsciente, y a ella la llevaron de inmediato a comisaría para tomarle declaración. Su testimonio estaba plagado de contradicciones e incongruencias. Fue incapaz de identificar al resto de sus supuestos violadores; ni siquiera supo decir cuántos eran. Su situación se complicó dos días después, el mismo domingo en que apareció el cadáver de Ale. Justo aquella noche, el presunto violador entró en coma por una hemorragia cerebral producida por el golpe. En cuanto la prensa tuvo conocimiento, la muchacha pasó de víctima a verdugo. Un conocido diario digital, cuya línea editorial era muy cercana a la ultraderecha, había bautizado el caso como el de «la manada sevillana y la justiciera».

En palabras textuales de la agente Ojeda, a Diosdado le estaban oprimiendo como a un sándwich: por un lado, la prensa y, por el otro, *los de arriba*. Lo último que necesitaba era dos investigaciones abiertas a la vez, sobre todo si guardaban relación con dos de los sectores más contestatarios: el gay y el feminista. Cobraban entonces mayor sentido las palabras que su jefe le había dirigido a Iván la noche anterior, recordándole su famoso percance y el rumor sobre Asuntos Internos.

—No se habla de otra cosa en las noticias.

Hasta ese momento, el inspector no se había dignado mirar a Pilar a los ojos. Descubrió que, además de brillar con un azul marino intenso, irradiaban una rara mezcla de disgusto y curiosidad. Lo uno, porque estaba seguro de que a ella le hacía tan poca gracia como a él tener que trabajar juntos. Lo otro, porque también adivinaba sus ganas terribles por saber, por preguntar, por averiguar. Rasgos, según él, que marcaban el carácter de todo buen policía.

—Ah, muy bien —dijo imprimiendo algo de amabilidad. Al fin y al cabo, ella tampoco tenía la culpa de las ocurrencias del comisario—. Ya que estuviste allí el domingo, podrás hacerte cargo del informe. Te paso además las notas preliminares del forense, para que puedas completarlo.

Iván tardó un poco en encontrar el wasap de Carlos para reenviárselo a Pilar.

—Parece que ya te funciona el móvil otra vez. Ah, claro, será que aquí hay wifi.

—Será eso. —Iván forzó una sonrisa de medio lado—. ¿Algo más?

Ella se lo quedó mirando, como sopesando la respuesta o meditando el siguiente paso. Iván le sostuvo la mirada y le mantuvo la sonrisa fría. Trataba de aparentar una sobria cortesía y, sobre todo, paciencia.

Entonces, en menos de diez segundos, ella tecleó algo en su móvil y le dijo:

—Te acabo de enviar a tu correo el informe, incluida la autopsia preliminar. Lo terminé ayer a primera hora. Lo habrías tenido antes si no me hubieras colgado el teléfono. Quizás te podrías haber anotado un tanto con el comisario. Tengo entendido que te hace bastante falta.

—No me creo que Carlos, conociéndote solo de la otra noche, te haya pasado su informe provisional así, sin más.

—Yo no te he dicho que Carlos, perdón, que el doctor Sepúlveda me lo haya dado, solo que lo he incluido en mi informe.

Iván se retrepó en la silla y en aquella ocasión no necesitó forzar su mejor sonrisa; comenzaba a divertirse. Abrió en la pantalla del ordenador el archivo que Pilar le acababa de enviar y, mientras lo leía, con un gesto de la mano la invitó a tomar asiento.

—Vaya. Desconozco tus métodos, pero parecen efectivos.

—Está todo en la red. Solo hay que tocar el timbre adecuado para abrir la puerta.

—Así que —dijo Iván prestándole, ahora sí, una atención sincera—, tu especialidad es tocar timbres.

—Solo los que me gustan o me interesan.

—Eso está bien. Hay que tener aficiones.

El inspector terminó de leer el informe y, sin tocar una coma, lo reenvió al comisario. Seguro que se iba a quedar a cuadros con tan novedosa diligencia. O, quizás por eso mismo, quería incorporar a la agente Pilar Ojeda. Qué malo es conocerse, se dijo.

—¿Qué más cosas hay que te gusten, compañera?

—Tengo un par de másteres en tecnologías de la información y redes. Me apasiona conocer la vida digital de las personas.

—Yo no tengo vida digital. Bastantes quebraderos de cabeza tengo con la real.

—Eso es lo que tú crees. Que no tengas redes sociales, algo que ya he investigado, disculpa la indiscreción, no quiere decir que no tengas huella digital. Por el simple hecho de abrir un buscador, ya estás dejando un rastro en Internet. Y seguir ese rastro se me da bastante bien.

Iván volvió a sentir la necesidad de darle las gracias al comisario. Pilar no solo empezaba a caerle simpática, sino que, además, podría serle de gran ayuda en sus investigaciones a partir de entonces. Él, a sus cuarenta y dos años, era consciente de que se había quedado atrás en la comprensión y, lo que era mucho peor, en el mero manejo de las tecnologías de la información. Tenía la sensación de que siempre que lograba aprender algo de aquel ámbito, a golpe de cabezonería y de prueba y error, ya había surgido algo mejor y más nuevo, que hacía obsoleto todo lo anterior. Su frustración, por tanto, era constante. Aquello le hacía valorar aún más el detalle del comisario de asignarle a una compañera *hacker*.

—Se me acaba de ocurrir —dijo Iván— que podrías seguir el rastro digital de Ale, a ver adónde te lleva.

—¿No te conformas con la muerte por infarto?

—Sí, pero quiero investigar más a fondo. Cada vez son más los detalles que no me cuadran.

—¿Qué detalles?

—Tenemos, sí, un infarto, producido por abuso de drogas, el pasado domingo. Al parecer, el difunto practicaba *chemsex* y *slam*, es decir, orgías de sexo y drogas inyectables. Lo extraño es que su viudo dice que está de acuerdo con lo primero, pero que, de lo segundo, ni hablar. ¿Cómo me dijo Roberto que se llamaba la fobia que padecía Ale?

—Belonefobia.

—Eso. —A Pilar el adjetivo *crack* empezaba a encajarle como anillo al dedo—. Tenemos, por otra parte, que el fallecido telefoneó a su madre el domingo por la mañana para decirle que iría a almorzar con la familia, cosa que no hizo. Una familia, por cierto, bastante peculiar. Tradicional, por decirlo de algún modo.

—Rancia, más bien —apostilló Pilar.

—Anda, ¿tenéis esa palabra en catalán?

—*Ranci* —respondió un tanto incómoda.

—Pues sí. *Molt ranci*. Por otro lado, tenemos que alguien le robó todas sus pertenencias al difunto. No sabemos si antes, durante o después de su muerte, pero sí que su pulsera había desaparecido y que, extrañamente, la puerta de la cabina donde murió estaba cerrada por dentro.

—Respecto a eso, Iván, permíteme que te diga que esos pomos con pestillo son muy fáciles de abrir con un simple clip o con una horquilla, aunque, en principio, no veo por qué habría de llevar ningún hombre en la sauna una horquilla.

—No te creas. Allí dentro he visto de todo.

Pilar rio. Su risa era fresca y natural.

—Mejor me lo pones —siguió razonando la agente—. Por otra parte, alguien un poco habilidoso podría trucar esas pulseras, incluso clonarlas.

—¿Alguien como tú, por ejemplo?

—Por ejemplo —respondió Pilar. Se había ruborizado y eso la hizo subir un peldaño más en la escala de la consideración de Iván. Con cada minuto que pasaba con ella, más le gustaba.

—Bien, habrá que ver quién en ese entorno posee dichas habilidades. Y, por último...

—La punta del dedo meñique del pie. Amputada y cauterizada.

—Efectivamente. Muy limpio y todo lo que tú quieras, pero extraño de cojones —dijo el inspector pensativo—. Como te he dicho antes, son muchos los detalles que no me cuadran. Está claro que, aquí, dos más dos no están sumando cuatro.

Iván repasó mentalmente todos los puntos que acababa de enumerar. Le faltaba mencionar su conversación con A&P sobre Ale y la intención que este último tenía de cambiar de vida, para estar a la altura de lo que su matrimonio con Roberto requería. Pero no veía claro que aquello fuera un elemento para considerar en el hipotético caso de que se abriera una investigación en firme. Decidió que, por el momento, sería mejor aparcar el dato ante Pilar. No aportaba nada y era pronto para que ella supiese más de lo necesario sobre sus relaciones y sus amistades poco legales.

Sin embargo, se le ocurrió que, si la agente había husmeado en sus redes sociales, lo más seguro es que también hubiera entrado en su perfil de Grindr. ¿Habría metido la nariz en sus conversaciones? Rechazó la idea de preguntarle a bocajarro, pero tomó nota mental: había llegado el momento de borrar su perfil actual y crear uno nuevo.

—Voy al funeral de Ale.

—¿Quieres que te acompañe?

—No. Si aparecemos por allí como una pareja de policías, daremos a entender que estamos investigando. Prefiero, de momento, mantener un perfil bajo. —Iván apagó el ordenador y se puso de pie—. Roberto es un antiguo amigo mío y eso basta para justificar mi asistencia al funeral de su marido. Si quieres, podrías echarle un vistazo a la, ¿cómo la llamaste?, huella digital de Ale. Si encuentras algo que te llame la atención, llámame. Tienes mi número.

—¿Te funcionará el teléfono? —osó preguntar Pilar, cuya cara alumbraba un fuego colorado y vivo.

—Perfectamente, compañera —respondió el inspector con una sonrisa. En tres palabras, se dijo: Pilar le gustaba.

## 29. MARTES AL MEDIODÍA

---

Se tarda poco más de dos horas en coche de Sevilla a Genalfaro, municipio malagueño de apenas tres mil habitantes situado en el valle del Genal, muy cerca de la sierra de Ronda. En realidad, la distancia no llega a ciento cincuenta kilómetros, pero las carreteras, salvo el tramo inicial a la salida de Sevilla, son, en su mayor parte, secundarias, por lo que, a diferencia del resto de la comarca, el pueblo aún se resiste a las hordas de turistas y vive anclado en una precariedad campesina más propia de épocas pasadas.

Roberto tomaba las curvas demasiado abiertas, sobre todo para los últimos veinte kilómetros, una suerte de gusano loco empeñado en subir y bajar sin piedad. Aquellos vaivenes afilados tenían al estómago de Iván saltando en un bucle: del techo al salpicadero, del salpicadero al suelo, del suelo al techo. El inspector se maldijo por no haber desayunado aquella mañana ni cenado la noche anterior. Con todo, los mordiscos en el estómago y los bostezos le recordaban lo bien que se lo había pasado con A&P, o Jose, o comoquiera que se llamara. Qué más da, se decía, folla bien y ya está.

Una carretera principal, como una larga herida cosida con adoquines, seccionaba el pueblo en dos mitades, de fachadas blancas a una o dos alturas. Desde que habían enfilado la entrada hasta el centro del tajo, no habían divisado ni un alma, ni siquiera de perro. Alrededor de una pequeña plaza con rotonda y fuente minúsculas, se amontonaban el ayuntamiento, la iglesia, un chino y el hostel La Parada, un edificio rechoncho de dos plantas, con un bar en la de abajo y unas cuantas habitaciones para huéspedes arriba. Mientras aparcaba, Roberto le contó que había leído en algún sitio que Plaza, Avenida y La Parada eran los nombres de bares más comunes en España.

—Somos vagos hasta para poner nombres —sentenció Iván.

—Sí —repuso—, aunque a este toda la gente del pueblo lo llama por el mote de su dueño: el Quita. De Quitapenas.

La iglesia del pueblo era una preciosa construcción de estilo barroco, con un campanario demasiado alto en relación con la nave y una reluciente fachada de ladrillo visto sobre la que destacaban dos enormes faroles negros de forja. A Iván le vinieron a la memoria las infructuosas excursiones de turismo rural con Alicia un invierno de hacía años. Unos meses en los que les dio por ensalzar las virtudes de la colorida vida rural frente a sus días grises en la gris ciudad. Llegaron incluso a valorar la posibilidad de comprar un terrenito donde ellos y Rafa, que por aquel entonces era solo un proyecto, pudieran darse el pequeño lujo burgués de asilvestrarse los fines de semana. Esa fiebre bucólica se les pasó en cuanto llegó la primavera y el sol empezó a pegar fuerte. Entonces la vida en el campo ya no les pareció tan confortable y giraron la veleta de sus sueños de clase media hacia lugares de costa. Sueños que, más tarde, el divorcio transformó en vapor de agua.

Hacía unos minutos que el funeral había empezado. Dentro de la iglesia, el frío acuchillaba a los congregados. «El de la caldera —se repitió Iván como en un salmo—. El de la caldera, el de la caldera. Esta tarde lo llamo sin falta». Se sentaron en la última banca, en los dos últimos asientos libres, que parecían haber sido reservados para ellos. Siendo un día laborable y lectivo y, teniendo en cuenta, además, que hacía unos cuantos años que Ale se había marchado del pueblo, a Iván le sorprendió encontrar la iglesia abarrotada de hombres y mujeres de todas las edades. En la primera banca, con las espaldas rectas, las cabezas altas y vestidos en un amplio abanico de grises a negros, se sentaban los padres y los cuatro hermanos de Ale. Como avisado de su llegada, don Braulio se giró y se los quedó mirando durante unos segundos. Parecía asegurarse de que no hacían nada incorrecto, o quizás aquel gesto no era más que una advertencia desde la distancia, para que no se atrevieran a hacerlo. Cuando Roberto lo saludó con una inclinación de cabeza, su suegro se dio la vuelta para seguir escuchando al párroco.

Sin saber por qué, Iván se encontraba incómodo en la iglesia. Y no era únicamente por el frío. Tampoco tenía nada que ver en ello su ateísmo convencido ni su anticlericalismo moderado, basado en un íntimo pacto de no agresión. Su cláusula primera y única decía algo así: «Si los curas no se meten conmigo, yo no me meto con ellos». Más que incomodidad, lo que sentía era una especie de poderosa necesidad de permanecer alerta. Bien era verdad que captó alguna que otra mirada furtiva que los escudriñaba a Roberto y a él, miradas que parecían preguntar sin palabras quiénes eran, por qué habían venido, qué querían. Pero tampoco aquel era el motivo o, por lo menos, no era el único. Se respiraba, además, algo distinto que no fue capaz de identificar.



Una desconfianza casi física, una rara quemazón interior, una intranquilidad antigua, de modo que sintió un gran alivio cuando el párroco, al terminar el responso, los invitó a marchar en paz. Iván fue el primero en aceptar la exhortación ritual.

Decidieron esperar a la familia de Ale en la puerta de la iglesia. Desde allí, Iván observó la fila que habían formado en pie, en paralelo al altar, al objeto de que todo el pueblo desfilase delante de ellos regalándoles sus pésames y sus condolencias. Por supuesto, no contaron con el viudo. Iván envidiaba el temple de Roberto. En su lugar, él los habría mandado al carajo muchos años atrás. No salvaba ni a la madre. Tuvo que obligarse a respirar dos veces profundamente. No conseguía entender qué le pasaba, a qué venía tanta acritud.

Uno de los primeros en salir fue el joven llorón del tanatorio, la macaca de pelaje rubio y cincelado con fijador.

—Qué pena, Roberto, amigo mío, qué pena más grande.

El inspector miró al joven de hito en hito mientras abrazaba a Roberto y se arrancaba a llorar con lágrimas gordas y estrepitosas. En contraste con su frente quemada y sus dedos bastos de uñas renegridas, iba vestido a la manera de lo que Iván identificaba como pijo de campo en domingo: chaqueta encerada tipo Barbour verde botella, con botonadura dorada; pantalones chinos ajustados color crema y mocasines burdeos, todo ello complementado con un grueso cordón al cuello, del que colgaba un medallón basto, también dorado, que reproducía la imagen de una Virgen que Iván acababa de ver en un altar lateral de la iglesia, rematado con una ristra de pulseras rojigualdas en la muñeca derecha. Además, aunque corpulento, era de complexión rara. No se podía saber a ciencia cierta si estaba fuerte o le sobraban unos pocos kilos de grasa. Con todo, lo peor era su voz chillona y desafinada, en la que flotaba una pluma muy acentuada, el aliño definitivo con el que sazonar el humor de perros que rumiaba Iván.

El inspector buscó el Quita con la mirada. Seguramente en el bar no tendrían vodka, pero tampoco le iba a hacer ascos a un Larios cortito con tónica.

—Espera, Iván, no te vayas. Te presento a Pipe —dijo Roberto—, un amigo de la infancia de Ale.

—Ay, se me hace tan raro que lo llaméis Ale. Aquí todos lo conocíamos por Joseale, así, todo seguido. El pobre... —dijo Pipe incapaz de contener el llanto y abrazándose de nuevo a Roberto.

—Claro, Josealgo, no podía ser de otro modo —murmuró Iván—. Venga, tranquilízate, hombre. Vamos a tomarnos algo. Te sentará bien.

Pipe se los quedó mirando, dudando. Les explicó que, como se decía en el pueblo, eso no estaba bonito, que en pleno duelo y funeral los vieran tomando una copa. Iván respondió que ese no era su problema y que, ni bonito ni feo, él no era del pueblo. Roberto lo convenció insistiéndole en que estaba demasiado afectado, que la gente lo entendería y que, por supuesto, no iban a estar mucho tiempo. Pipe comenzó a llorar otra vez, pero se dejó llevar hasta el Quita. Iván advirtió que había vuelto a aferrarse al brazo de Roberto.

Un denso olor a tabaco, a sudor y a amoniaco les dio la bienvenida. A pesar del frío que hacía, en el Quita revoloteaban decenas de moscas cerca del techo. Iván no quiso ni imaginar el remolino gris y espeso que formarían en verano. Dos cabezas de toro disecadas presidían el bar, flanqueadas a un lado por tres barricas apiladas, pintadas con varias capas de un barniz marrón sucio y, supuestamente, rellenas de vinos generosos. Al otro lado, las jalonaban cuatro viejos carteles de corridas en distintas plazas de Andalucía. Delante, una larga barra de aluminio con aspecto pegajoso ponía en peligro los puños y las mangas de las camisas de los clientes, cuando no directamente sus codos. A la derecha del todo, al final de la barra, divisó dos puertas: la primera, la de los aseos, estaba cerrada y, la otra, encajada. Se entreveía por ella una oscura escalera que, supuso Iván, debía de llevar a las habitaciones alquiladas de arriba. El suelo de las losas de gres, original de los años setenta, había sido sepultado por gruesas capas acumuladas de serrín, cáscaras de cacahuets y huesos de aceitunas. El inspector se dijo que había que estar muerto de hambre, o muy borracho, para atreverse con alguna de las delicias que se anunciaban con tiza blanca emborronada sobre una pizarra negra y resquebrajada. Callos, sangre encebollada, morcilla de arroz, chorizo al infierno, queso viejo, caldereta de venado (solo en temporada) o montaíto de pringá.

El dueño, cocinero y único camarero del bar, el Quita, era un hombre cuadrado e hirsuto, cuyos cabellos habían sido suplantados por una infinidad de pequeños granitos que le daban el aspecto de la lava a medio enfriar. En la mano, llevaba constantemente una bayeta, cuya resistencia al cambio había terminado por proporcionarle un color incierto y un olor preocupante, lo cual no le impedía al Quita utilizarla con frecuencia para secarse el sudor de la frente y de la nuca. Iván constató la idoneidad de su apodo: habida cuenta del semblante grave de la decena de hombres apostados en la barra, aquello debía de ser una especie de parafarmacia que suministraba los remedios que la otra,

la farmacia oficial del pueblo, no podía o no debía, pócimas arcaicas destinadas a curar los males de los espíritus enfermos: alcohol barato en abundancia y la compañía justa. Y, además, el inspector se había equivocado: sí tenían vodka.

—Así que erais muy amigos —dijo Iván cuando el joven consiguió recuperarse un poco.

—Desde chicos. Éramos del mismo año, del 92. Las casualidades de la vida: él nació el día que se inauguró la Expo, y yo el día en que se clausuró. Nos criamos juntos —dijo Pipe mientras soplabla el humo de su tila. No había consentido ni el vodka que le había ofrecido Iván ni el brandy aconsejado por Roberto.

—Ale no me contaba muchas cosas de su vida en el pueblo —comentó—. Con tanto como charlaba, en cuanto salía a colación el tema se volvía hermético. Lo poco que conseguí sonsacarle fue que su familia nunca lo aceptó y que por eso se largó de aquí en cuanto pudo. Pipe es el único amigo de su infancia que mencionó en alguna ocasión —le explicó a Iván.

—Nos teníamos mucho aprecio —confirmó el joven con su voz afilada y temblorosa. Los ojos húmedos le volvieron a brillar, y tomó un sorbo para poder continuar—. Pero la vida nos llevó por caminos distintos. Yo me tuve que quedar en el pueblo para hacerme cargo del negocio familiar y cuidar de mamá. Está muy mayor y su salud es delicadita. Todo lo contrario que Joseale, que siempre tuvo claro que aquí no se quedaba ni muerto.

Fue decir «muerto» y empezar a llorar otra vez. ¿Cuándo coño iba a parar?, se preguntó Iván. Y ¿había dicho «delicadita»? Optó por hacerle hablar más para distraerlo.

—¿Cómo era Ale de pequeño?

—Un niño muy bueno. Como decía mi padre: de tan bueno, hasta parecía tonto. Al pobre siempre lo andaban chinchando. Ya sabéis cómo son estas cosas en los pueblos, y más aún hace veinte años. En cuanto despuntabas en algo, lo que fuera, te convertías en la víctima perfecta. *Bullying* lo llaman ahora. ¡Ja! Como si el abuso no hubiera existido de toda la vida de Dios.

—¿Le dieron caña? ¿Por qué, por ser gay? —preguntó Iván.

—Nunca me contó nada de eso —dijo Roberto—, y me sorprende, Pipe. Ale no era de los que se achantaban con facilidad. Al revés, yo le decía a veces que parecía disfrutar con una buena bronca.

—Eso era ahora, pero de pequeño le llovían los palos. Sí, por marica. — Los ojos de Pipe miraban a la puerta, buscaban la calle. Por un segundo, al inspector aquella actitud le recordó a la de Fina en la puerta del tanatorio—.

Conmigo no se atrevían, porque mi familia siempre ha sido muy respetada. Papá tenía contratados en el campo al ochenta o noventa por ciento de los padres de mis compañeros de clase. Igual que yo hoy tengo contratados a sus hijos. Pero al pobre de Joseale lo traían por la calle de la amargura. En el colegio, en la plaza, en su casa...

—¿En casa? ¿Su padre le pegaba también?

—Supongo que como a todos —respondió Pipe exhalando un suspiro—. Yo no sé en vuestra niñez, pero en este pueblo era de lo más normal que los hombres usaran el cinturón para muchas más cosas que para sujetarse los pantalones. Todavía lo es, de hecho. —Le dio un sorbo grande a su infusión, que ya no quemaba, y casi apuró la taza—. Por cierto, Iván, ¿tú también eras su amigo?

—En realidad, Iván es amigo mío —contestó Roberto por él—. Nos conocemos desde hace mucho tiempo. Por eso le he pedido que me acompañara. Se está portando muy bien conmigo estos días.

—Ay, es verdad, pobrecito Roberto. Ellos se van y estarán en la gloria, pero somos los demás, los que nos quedamos aquí, los que sufrimos la ausencia. Si te sirve de consuelo, yo estoy también la mar de afectado. Joseale y yo nunca tuvimos nada, pero estuvimos muy unidos. Siempre fuimos como hermanos, incluso al final, aunque ya no nos viéramos tanto.

Iván llamó al Quita, que en la otra punta de la barra secaba unos vasos con un indisimulado interés en la conversación. Le pidió que rellenara su copa. Los tres hombres permanecieron en silencio mientras el Quita servía. Iván constató en la cara de Pipe que la tila parecía haber surtido efecto en su ánimo.

—¿Cuándo dejasteis de serlo? Como hermanos, quiero decir.

—Vaya, Roberto, dicen de mí, pero hay que ver tu amigo... —espetó—. Iván, eres un poco cotilla, ¿no? —Por primera vez, algo parecido a una sonrisa se dibujó en el semblante de Pipe.

—Disculpa. No pretendía molestarte —dijo Iván.

—No es molestia, no te preocupes. En un funeral, siempre se habla del difunto. Aunque sea un tópico, al recordar a Joseale mantenemos viva su memoria y eso es lo más parecido a mantenerlo vivo a él.

Un atisbo de lágrima se asomó a sus ojos. Pipe se lo sacudió con el meñique de la mano izquierda, e Iván no pudo evitar recordar el dedo amputado de Ale.

—Aunque nunca perdimos el contacto del todo —continuó Pipe—, lo que pasó fue que una noche de hace once o doce años, cuando Joseale y yo

teníamos dieciséis, nos pillamos una borrachera de campeonato. Con aquella edad era lo único que se podía hacer por aquí para divertirse. Aunque había gente en el pueblo que pensaba que estábamos liados, lo cierto es que no solo no habíamos salido del armario, sino que incluso todavía éramos vírgenes. Lo único que nos permitimos fue confesarnos en una ocasión, el uno al otro, que éramos muy modernos y que nos daba igual la carne que el pescado. ¡Qué sabríamos nosotros entonces, dos paletos de campo, lo que era ser moderno de verdad! Pero como os he dicho, nunca hubo nada entre nosotros, aparte de una amistad pura, una camaradería de las que solo se ven en el cine —aseguró—. Hasta que aquella noche que íbamos tan pedo, Joseale se me declaró. Al principio, creí que se trataba de una broma. A pesar de que su vida no era tan fácil como la mía, él nunca escatimaba una sonrisa ni dejaba pasar una oportunidad para echarse unas risas. Siempre andaba bromeando, si no era por una cosa, era por otra. Pero aquello no tuvo nada de broma. Me di cuenta cuando se me echó encima y empezó a besarme. Me zafé como pude intentando no hacerle daño, ni físico ni emocional. Le dije entonces que yo lo quería mucho, pero solo como amigo. Que lo sentía, pero que no esperara otra cosa de mí. Y aquello lo hundió. El pobre se fue a su casa llorando, tratando de correr, cuando casi ni podía tenerse en pie. Después de aquella noche estuvimos varios días sin hablarnos. Hasta que una tarde ya no pude más y lo llamé. Se mostró tan normal, como si nada hubiera pasado. Sin embargo, no conseguí que habláramos del tema. Tampoco quiso quedar para vernos, como hacíamos todas las tardes. Me puso mil y una excusas aquel día y los siguientes. En el instituto también me evitaba. Joseale decía que no, pero yo lo notaba. Esas cosas se notan. Entonces llegó el verano, y me fui con mi familia de vacaciones a Palencia, como todos los años. Tenemos una casa en Barruelo de Santillán, un pueblo de allí, muy bonito. El día que nos fuimos ni siquiera me cogió el teléfono, y no me pude despedir de él.

Pipe le hizo una señal con la mano al Quita para que le pusiera otra tila. En aquella ocasión, el dueño y camarero parecía haber perdido todo interés en el grupo. Como si los minutos pasados con Pipe equivalieran a puntos acumulados en el carné de aspirante a persona grata de Genalfaro y, por tanto, sin ninguna novedad interesante para los nativos. Quizás por ello, antes de atender a Pipe el Quita sirvió una caña a otro paisano de la barra, con el que se detuvo a intercambiar alguna broma privada que ambos rieron.

—Quita, disculpa, pero yo te he pedido mi tila antes que Ramón. Haz el favor de respetar los turnos —dijo Pipe alzando la voz. Era la ocasión en que menos aguda había sonado.

—Ya voy. Ya sabes lo que dicen: «Vísteme despacio que tengo prisa».

—También nos dejó dicho san Agustín: «La ociosidad camina con lentitud, por eso todos los vicios la alcanzan». Ponme esa tila ya, por favor, que ni estos señores ni yo tenemos todo el día. ¿O es que no sabes respetar un luto?

El Quita se secó las manos con la bayeta, suspiró despacio y, tras disculparse con Ramón, le dio la espalda para hervir el agua en la descascarillada máquina de café. Iván advirtió un leve temblor en su mano.

—A la vuelta de las vacaciones —continuó Pipe con su tono habitual—, Joseale ya se había marchado del pueblo. Se había ido a vivir a Sevilla, a casa de un hermano de don Braulio, su tío Miguel. Perdimos todo contacto. Lo siguiente que supe de él, un año después, es que se había matriculado en Empresariales, pero que abandonó la carrera antes de terminar el primer semestre; estaba claro que aquello no era lo suyo. Yo hice por ir a Sevilla alguna que otra vez para vernos, pero no hubo manera. Pasaron los meses sin más noticias, hasta que me enteré de que se casaba contigo —dijo señalando a Roberto—. Me dio mucha rabia y también mucha pena que no me invitara a la boda. Con lo que habíamos sido y que acabáramos así. —Pipe hizo una pausa, se le notaba que anticipaba de manera teatral una frase dolorosa—. Y eso fue todo hasta el lunes pasado, cuando su hermano Josemigüe me dijo que Joseale había fallecido.

Esta vez Pipe no pudo contener el llanto. Roberto le procuró algunas servilletas de papel y él se las agradeció refugiándose en sus brazos. Así pasaron un par de minutos. A punto estaba Iván de pedirle al Quita que rellenara su vaso de vodka cortito con tónica cuando entró el padre de Ale acompañado de uno de sus Josealgs. Al verlos llegar, a Iván le produjo la impresión de que los hijos de don Braulio eran cuatro sombras de su padre: siempre llevaba alguno pegado a él. Aquella en concreto parecía ser la sombra de más edad.

—Don Braulio —saludó Pipe en cuanto lo vio atravesar la puerta, enjugándose las lágrimas y apresurándose en despegarse de Roberto y recuperar la compostura.

—Me han dicho que estabas aquí con los amigos de Joseale.

—Sí, insistieron en invitarme a una tila —respondió mostrando la taza en su mano—. ¿Ya marchan ustedes al cementerio? ¿Necesitan algo?

—Solo quería darles las gracias a estos señores.

—No hay nada que agradecer, don Braulio —dijo Roberto.

—Por si acaso. Ahora, si me permiten, tengo que ir a enterrar a mi hijo. Les deseo un buen viaje de vuelta. Y tú, Pipe, ya nos veremos por aquí.

El Josealgo se alineó cerca de su padre, confirmando que no solo era la sombra de más edad, sino también la más oscura. Roberto se quedó paralizado, y Pipe enmudeció. Iván tuvo que refrenar la tentación de abroncar a aquel energúmeno insensible y retrógrado. Prefirió otro tipo de ataque:

—Antes de marcharnos, quisiera hacerle algunas preguntas, don Braulio.

—¿Como amigo de mi hijo o como inspector de policía? Si es como amigo, ya puede usted irse por donde ha venido.

—¿Y si lo hago como inspector?

—Entonces, le pido que sea breve y que después se vaya también. Mi familia y yo merecemos un poco de respeto en un día como hoy. Si mañana todavía tiene algún interés, conoce el camino al pueblo. Cualquier vecino le dirá dónde encontrarme. Yo no pienso moverme de aquí hasta el día en que me saquen con los pies por delante.

Mientras don Braulio hablaba, Iván percibió un tic de tensión en la cara de Pipe ante la noticia de que él era policía. También pudo ver en sus ojos una ráfaga fugaz de desconfianza. Después de sopesar la petición del padre, Iván decidió ir por derecho:

—Seré breve, se lo prometo, don Braulio. Es que verá, la muerte de su hijo, aun estando claro el motivo tal y como se explica en el informe de la autopsia, está sin embargo rodeada de un par de hechos algo atípicos, por así decirlo.

—Como todo lo que hacía Joseale... Hasta para morir ha tenido que ser diferente.

—El caso es que, entre esos hechos, hay uno que me llama la atención: su hijo llamó a Fina, su esposa, el mismo domingo por la mañana. Iba a venir al pueblo a almorzar con ustedes. ¿No le parece raro que no llamara después para decirles que finalmente no vendría?

—No sabía nada, pero a eso me refería. Joseale era un veleta: hoy esto y mañana aquello. Ahora blanco y luego negro. Caprichos y caprichos. Siempre igual, desde que era un crío.

—Ya. Eso casa con algo que Pipe nos ha contado. Lo amigos que él y su hijo eran de jóvenes hasta que Ale se marchó del pueblo. ¿Qué hizo Ale durante aquel primer año que estuvo fuera? Porque no se matriculó en la facultad hasta el año siguiente, ¿no?

—No me acuerdo. Supongo que estaría zascandileando. Era lo que mejor se le daba.

—Ya. Quizás por eso dejó la carrera sin acabar ni tan siquiera el primer semestre, como nos ha contado Pipe. Y, sin embargo, cuando conoció a su yerno —dijo señalando a Roberto y dejando un segundo la frase suspendida en el aire—, sacó Filología y con muy buen expediente.

Don Braulio clavó la mirada en Pipe, que fue incapaz de mantenerla y bajó la cabeza. Iván se puso en guardia, observó que el padre de Ale cerraba con fuerza el puño, y que los nudillos blancos resaltaban sobre el resto de la mano, de piel negra y resquebrajada.

—A este siempre le ha gustado mucho hablar. A veces, demasiado —dijo don Braulio sin apartar la mirada de Pipe—, pero así fue. Un veleta, como le he dicho. Hoy, Empresariales; mañana, Filología. Lo raro es que terminara la carrera, la que fuera.

—Y, no sé, me pregunto... Quizás no atinó porque lo obligaron a elegir algo que no quiso estudiar, que no le gustaba.

—¿Obligado por quién? ¿Por mí?

—No sé. Solo pregunto.

—Mire, Iván, mi hijo hizo siempre lo que le dio la real gana. Como fue el último, su madre lo mimó demasiado. Por eso salió como salió.

—¿Gay?

—Aquí usamos la palabra *maricón* —le espetó el padre de Ale con una inesperada rotundidad—. Eso de gay es para ustedes, los modernos de la ciudad.

—¿Me está usted diciendo, don Braulio, que cree que su hijo le salió gay porque Fina, su madre, lo mimó más de la cuenta?

—Yo no sé por qué salen así, pero eso dicen que pasa.

—Sí, también hay quien dice que la mayoría de los maltratadores fueron maltratados en la infancia. O que la mayoría de los gais lo somos porque abusaron de nosotros, la mayoría de las veces por alguien de nuestro entorno familiar.

Iván supo de inmediato que se había metido a contramano. El estupor fue generalizado. El padre, el hijo, el amigo y el viudo enmudecieron. Hasta el camarero se quedó paralizado. El impacto de las palabras de Iván se hizo más evidente en el rostro de don Braulio, que comenzó a ponerse rojo como un sol de campo.

—¿Me está usted acusando de abusar de mi hijo? ¿De mi propio hijo? —inquirió el padre acercándose amenazador a Iván, que notó cómo se le clavaba el frío reborde de la barra en la espalda.



—He querido decir justo lo contrario, que no hay que dar pábulo a ciertas teorías.

—¿Por qué los de su gremio siempre piensan que todos los hombres tenemos que ser maricones? —preguntó don Braulio, cada vez más enfurecido y sin atender a las explicaciones de Iván.

—Le estoy diciendo que...

—¿Por qué no se dedican a sus cosas entre ustedes, en sus casas, y nos dejan a los demás seguir siendo normales?

—Don Braulio...

—Me tienen hasta los cojones con sus putas modernidades, por querer que veamos como normal lo que no lo es. Por mucho que ustedes se empeñen, eso que hacen no es normal. Y no lo es porque no es natural. ¿Me entiende? No es natural. Y ya está.

El aliento cargado de tabaco de don Braulio le golpeó en la cara. Iván le puso la mano en el pecho y, con firmeza, lo alejó de sí.

—Debo pedirle que se calme, señor.

—Yo estoy muy calmado —dijo dándole un manotazo para que retirara la mano de su pecho—. Usted no me ha visto a mí alterado.

—Tampoco tengo necesidad —dijo Iván elevando las manos y mostrando las palmas.

—Ninguna —dijo don Braulio.

—Por favor —intervino por fin Roberto—, creo que estamos malinterpretándolo todo. Es por las circunstancias. Vamos a serenarnos.

Todavía don Braulio se quedó unos segundos más mirando fijamente a Iván, que le sostuvo la mirada intentando aparentar autoridad e indiferencia.

—Creo que lo mejor será que se vayan —dijo el padre—. Aquí ya han cumplido. Déjenos seguir con nuestras vidas normales.

—Sí, será lo mejor —dijo Roberto tomando del brazo a Iván y llevándolo a la salida—. Estaremos en contacto, don Braulio.

—Seguro que sí —repuso abriéndoles paso—. Segurísimo.

Durante unos instantes, Pipe pareció dudar si acompañarlos a la calle o quedarse donde estaba. Al final, optó por permanecer junto a los suyos. Sin embargo, Iván pudo ver con claridad el anhelo en sus ojos. Como un niño al que no dejan salir a la calle. O, más bien, como un perro al que no sacan a pasear.

—Espera un momento —dijo Iván deteniéndose y dirigiéndose al Quita—. Tenemos que pagar.

—No, por favor —dijo Pipe—, invito yo.

—De eso nada —dijo el Quita agitando su bayeta en el aire—, invita la casa. No vayan a pensar estos señores que la gente de pueblo no tenemos detalles.

Iván se los quedó mirando una última vez. La estampa que tenía ante sí le mostraba a las claras lo poco que cambiaban algunas cosas. No le costó mucho imaginar que allí todo seguía en un tono sepia. El campesino hosco, machista y homófobo; su hijo, sin remedio un vivo reflejo de su padre, en fondo y forma; el señorito, pusilánime, pero dueño de todo aquello por herencia; el camarero, servil; y el resto de los paisanos, anónimos y grises, sin rostro. Antes de salir, le dirigió unas últimas palabras al padre de Ale:

—Estoy seguro de que volveremos a vernos, don Braulio. En mi caso, como inspector de policía.

—Aquí estaré yo esperándolo. Como lo que siempre he sido, un padre de familia honrado.

## 28. MARTES POR LA TARDE

---

Tras montarse en el coche, se quedó dormido como un bebé arrullado por el ruido del motor. A mitad de camino, Roberto lo despertó para comer en una venta y, aunque tenía hambre, Iván prefirió quedarse en el vehículo y después siguió durmiendo hasta que llegaron a Sevilla. Aquellas más de cuatro horas de sueño eran para él ciencia ficción, a pesar de que una pesadilla en la que don Braulio y él llegaban a las manos le impidió la reparación total.

Roberto lo dejó en la rotonda del puente de La Barqueta, donde se despidieron con un abrazo cariñoso y el compromiso mutuo de permanecer en contacto. Desde allí, Iván caminaría hasta su casa. Hacía un frío del demonio, aunque no tanto como en Genalfaro y, con la ayuda del descanso, su mal humor se había esfumado, desvanecido como la pesadilla. Con aquel ánimo que le nacía por primera vez en varios días, lo primero que hizo fue llamar a Alicia para invitarlos, a ella y a Rafa, a cenar aquella noche en su italiano favorito. Ella aceptó de inmediato, pues así aprovecharía, le dijo, para tratar con él algunos asuntos domésticos. Cuando vivían juntos, los eufemismos que empleaba Alicia lo ponían de los nervios. Iván nunca llegaba a desentrañar sus significados reales. Entonces, tampoco. ¿Qué había querido decir con *domésticos*? ¿Que necesitaba más dinero para la manutención de Rafa? ¿Que lo iba a cambiar de colegio? ¿Que le iba a dar por fin un padrastro o, peor aún, un hermano? Optó por dejar de elucubrar. Los años de convivencia le habían enseñado que, fuera la que fuese, la respuesta sería incorrecta y que lo mejor era esperar hasta la noche, no perder tiempo ni energías devanándose los sesos. El inspector era un experto en poner punto y aparte.

Pero, como si el día se hubiera empeñado en agrisarle otra vez el ánimo, comenzó a llover. Entonces se acordó de su cita con Raúl y Juanpe, los camareros de la sauna, y aquello, en parte, lo reconfortó. Cuando menos, allí dentro estaría calentito y, de paso, podría relajarse en el baño turco o en el

*jacuzzi* durante un par de horas, e incluso dar otra cabezada antes de cenar. Con suerte, por qué no, a lo mejor hasta caía un buen polvo. Aunque los martes no eran días de mucha afluencia por lo habitual. Se dio cuenta, nada más ver el cartel, de que se equivocaba.

#### BLACKSUN, UN NUEVO CONCEPTO DE SAUNA MASCULINA EN SEVILLA

No es que fuera demasiado larga, unas diez personas resguardadas de la lluvia bajo el luminoso, pero no recordaba haber visto una cola así para entrar a la sauna ni en el Día del Orgullo. ¡Y un martes! Paco se asomó a la puerta y le indicó que se diera prisa y se la saltara, que por algo venía en visita oficial. Saludó a algunos de los que esperaban al pasar delante de ellos. Como respuesta, el inspector solo obtuvo miradas de agravio.

—¿Qué pasa hoy, Paco?

—Que se ha corrido la voz, querido. Estamos a tope desde que abrimos esta mañana. Y ya teníamos gente esperando. Lo nunca visto.

—Pero ¿por qué?

Iván lanzó la pregunta al aire, dirigida más a los que hacían la cola que a Paco. Claro que sabía el porqué; se llamaba *morbo*, el que provocaba una mala película que podría haberse titulado *Muerte en la sauna*. Si había una cosa en la vida que a Iván le daba un asco infinito era aquello. Lo había presenciado en multitud de ocasiones: vecinos arremolinados en torno a un individuo precipitado desde la azotea de un bloque de pisos. Conductores sin prisa ante un atropellado en un paso de cebra. Transeúntes asomados a la puerta de un banco recién atracado, con la alarma todavía sonando. Repugnante.

Lo que encontró dentro alimentó su disgusto, aquel trasiego de hombres en toalla y chanclas yendo y viniendo, de camareros poniendo copas, recogiendo vasos y vaciando papeleras, de Mateo cobrando y de Paco pavoneándose, como madama de postín. Era martes, pero parecía domingo. Paco le confirmó que quedaban muy pocas taquillas libres.

—Y eso que, a pesar de las presiones, nos hemos negado a abrir la Stendhal.

Iván se lo quedó mirando atónito.

—¿De verdad?

—No han parado de darnos el coñazo preguntando sobre lo que le pasó a Ale —continuó Paco.

—Joder, me hago mayor: no entiendo nada.

—Un tipo me ha llegado a ofrecer una buena pasta por dejársela usar una hora. No sé qué coño pensaba encontrar esa marica allí dentro.

—Estamos locos, de verdad. Has hecho bien en no alquilársela —repuso el inspector resoplando—. Que se vaya a su puta casa a alimentar el morbo. En fin, hablando de maricas, ¿dónde puedo hablar a solas con Raúl y Juanpe?

—La cosa está difícil... Había pensado que podíais usar mi oficina y yo me quedo en la barra. Pero no me los entretengas demasiado, por favor. Ya ves que no damos abasto.

—Joder, no te pases, Paco. Tú mismo lo has dicho: vengo de visita oficial.

Iván lamentaba que así fuera. Le había echado el ojo a un par de tíos que no estaban nada mal y que, a su vez, se le habían quedado mirando. Al instante, cayó en la cuenta de su error. Vestido de calle, con la ropa mojada y tiritando de frío entre tantos hombres casi desnudos y calientes, parecía un oso polar en una playa del Caribe.

Juanpe y Raúl. Raúl y Juanpe. Eran solo compañeros de trabajo y, sin embargo, producían la impresión de que entre ellos había algo más. Una relación de pareja de muchos años o, incluso, una unión todavía más fuerte, como de hermanos gemelos. Guardaban un gran parecido físico, ambos eran tipos altos y muy morenos, de ojos negros y abisales, barba cerrada, cejas pobladas y pelo en pecho. Para Iván eran unos tiazos. Además, llevaban el mismo corte de pelo y, lo más curioso de todo, también compartían gestos, tics y hasta coletillas. Cuando hablaban, se interrumpían sin parar y, con frecuencia, uno terminaba la frase del otro, y viceversa.

Lo que Paco llamaba su *oficina* era un pequeño cuarto sin ninguna gracia, de paredes blancas y decorado con muebles básicos de IKEA: un perchero, un par de estanterías vacías, una nevera que hacía un ruido excesivo para lo pequeña que era, cuatro sillas de tijera y una mesa redonda, escuálida y coja. Mateo había depositado sobre ella los dos listados que Iván le había solicitado: el de los pagos con tarjeta y el de todas las personas que recordaban haber visto el domingo en la sauna.

Como Paco le había adelantado, Juanpe y Raúl habían trabajado ese día, pero relevándose en turnos de siete horas: Juanpe había entrado a las dos de la madrugada y se había marchado a las nueve de la mañana, momento en que llegó Raúl, que había trabajado hasta que Juanpe había vuelto a entrar, a las cuatro de la tarde. A este le correspondía quedarse hasta las once de la noche, hora de cierre, pero Paco lo vio tan cansado que le permitió salir un poco antes.

—Ya sé que, si hago el turno de noche y luego el de tarde, entre medias tengo que obligarme a dormir —dijo Juanpe cuando Iván le pidió que corroborara la información sobre los horarios—, pero también tengo derecho a disfrutar el día, ¿no crees?

—Claro que sí lo tenemos —contestó Raúl—. De otro modo, no vemos la luz del sol y eso no es vida.

—Las reclamaciones, al jefe —dijo Iván para reorientar la conversación—. En cualquier caso, siempre podéis buscar otro trabajo.

—No creas que no estamos en ello.

Iván no alcanzó a discernir cuál de los dos camareros había hablado el último, si Juanpe o Raúl. Estaba ocupado hojeando los dos listados que le había dejado Mateo. Se había tomado, además, la molestia de cruzarlos subrayando los nombres que no coincidían en ambos. En resumen, había once personas que no pagaron con tarjeta, aunque en algún momento fueron vistas por algún empleado dentro de las instalaciones aquel domingo; había a su vez otras nueve que sí lo habían hecho, pero que nadie recordaba haber visto; y, por último, siete más que, sencillamente, no conocían.

—¿Quién estaba trabajando cuando entró Ale en la sauna?

—Yo —respondió Juanpe—. Fíjate en el primer listado, el que va desde las dos hasta las nueve. Ale llegó a las cuatro de la madrugada. Cuando leí su nombre ahí, caí en la cuenta de que nunca lo había visto pagar en metálico, siempre con tarjeta.

—Aquí está, gracias —dijo Iván poniendo el dedo sobre el nombre de Ale impreso en el papel—. ¿Recuerdas algo de cómo llegó, con quién, no sé, algún detalle que te llamara la atención?

—Que iba muy puesto, pero vaya, lo habitual en él. Aunque, ahora que lo mencionas, me parece que llegó solo, eso sí que no era tan normal, sobre todo porque lo primero que hizo fue preguntarme si la Stendhal estaba disponible.

—La habitación VIP —aclaró Raúl—. La que tiene un *sling*, una cama grande, nevera...

—¿Qué te crees, que Iván no sabe cuál es?

—Sigue, Juanpe, por favor —medió Iván.

—Le dije que sí y la alquiló. Después, compró una botella de *whisky* y se encerró en ella.

—¿Estaba celebrando algo?

—Eso parecía. Lo que ya no sé decirte es qué celebraba ni si se metió solo o acompañado, pero, conociéndolo, me cuadra más lo segundo. Como bien

sabes —explicó Juanpe enfatizando y mirando a Raúl—, la Stendhal se usa sobre todo para fiestas privadas.

—Ya, ya. Sin embargo, no sabemos con quién pudo estar todo el día. Pudieron ser unos pocos hombres. Son muchas horas.

—Quizás no tantas. Vuelve a fijarte en el listado. —Juanpe cogió el dedo de Iván y bajó varios nombres hasta volver a posarlo en el papel—. Ale pidió la cuenta y se marchó de la sauna a las siete y cuarto de la mañana.

—¿Cómo? —Iván se inclinó sobre el papel. Tantos nombres y números le bailaban ante los ojos. Hizo un esfuerzo por enfocar donde Juanpe le había indicado—. Pero, entonces, tuvo que volver a entrar.

—Ahí lo tienes también —añadió Raúl—: a las dos de la tarde, ya durante mi turno. Me faltaban un par de horas para terminar. Lo recuerdo perfectamente porque tenía un hambre canina y estaba deseando llegar a mi casa.

—No sabes cómo se pone esta cuando tiene hambre —bromeó Juanpe entre risas.

—Ya somos dos...

—Raúl —dijo Iván elevando el tono y alargando mucho la u—, te pregunto entonces a ti lo mismo que a Juanpe: ¿notaste algo fuera de lo normal cuando llegó?

—Hombre, de haber sabido que entró, salió y volvió a entrar, algo sí que me habría sorprendido, aunque también es cierto que no sería el primero en hacer algo así. Hay domingos en que algunos se van a casa, comen algo, se echan una siesta y, si les vuelve a picar el calentón, regresan.

—Hay gente para todo —interrumpió Juanpe.

—Calla, que estoy hablando yo —dijo Raúl poniendo con cariño la mano en la boca de su compañero—. Pero sí: hay gente para todo.

—Continúa, coño —dijo Iván, que empezaba a impacientarse con el *show* del binomio—. ¿Algo más?

—No mucho más. Ale llegó y apenas saludó. Se mostró muy serio. Pero ya te he dicho: yo estaba frito por irme a casa, no le di mayor importancia. Qué sé yo, lo mismo venía de empalmada de toda la noche y aún no se había acostado. Repito: no sería ni el primero ni su primera vez.

Iván tomó algunas notas al final de uno de los listados para poder hacerse una idea más clara de cómo se habían desarrollado los hechos:

«04:00: Entrada Ale sauna. Solicita Stendhal. ¿Acompañado? ¿Fiesta?»

«07:15: Salida Ale sauna»

«08:00-09:00: Ale avisa Fina comida pueblo. No va y no avisa. ¿Por qué?»

«14:00: Reentrada Ale sauna. ¿Solo? ¿Triste?»

«14:00-22:00: Muerte de Ale. Robo pulsera y robo taquilla. ¿Quién? ¿Antes o después de muerte?»

«23:00: Cierre. Hallan cadáver Ale».

Todas las preguntas comenzaron a agolparse en su cabeza. Las respuestas que no obtenía eran como heridas abiertas a las que le arrojaban puñados de sal. Lo que más le escocía era aquella laguna de siete horas entre la primera y la segunda vez que Ale había acudido a la sauna. ¿Dónde había estado Ale aquel domingo por la mañana? En misa, como le había dicho Diosdado a él, al respecto de la mañana en que había chocado contra una farola, desde luego que no. ¿Con quién había estado? ¿Había salido solo de la sauna y vuelto a entrar solo? ¿El infarto había sido solo una lógica consecuencia del abuso de drogas, o hubo algo más? ¿Tan pasado iba como para superar su terror a las agujas, su nosequefobia?

Sumada a todas aquellas preguntas, para las que no encontraba ninguna respuesta hasta el momento, todavía antes de marcharse le surgió una última que no quiso guardarse para sí:

—Por la mañana o por la tarde ¿notasteis que Ale cojeara?

El binomio de camareros se encogió de hombros.

—No son pocos los que vienen tan colocados que se las ven y se las desean para atinar con la pulsera en la cerradura de la taquilla.

—Y eso que no son llaves con las que haya que acertar, que son electrónicas.

—Tú mismo, Iván, ¿cuántas veces no habrás venido dando tumbos? Por eso, querido, aquí ya no nos sorprendemos de nada.

—Absolutamente de nada, Iván.



## 27. MARTES POR LA NOCHE

---

Fotografió los listados con el iPhone y se los envió a Pilar por wasap: «Échales un vistazo, mañana los comentamos». Después se marchó, dejando rebotar en sus talones el eco cínico de las últimas frases de Juanpe y Raúl.

Qué rara novedad conformarse sin sauna, sin *jacuzzi*, sin baño turco y sin polvo. La charla con los camareros remedos de gemelos le había desinflado las ganas. Fuera seguía lloviendo y, confiado en que el puñetero Cabify no se iba a retrasar tanto, se puso chorreando. Primer error. Se aclaró el mal humor con una larga ducha caliente en su apartamento. El siguiente que cometió aquella tarde fue fumarse un porro de marihuana y tomarse un vodka cortito con tónica, que le hicieron quedarse dormido en el sofá. Por mucho que después corrió, llegó a su cita en el restaurante con casi tres cuartos de hora de retraso, cuando ya Alicia y Rafa encaraban el segundo plato.

El San Piero era un restaurante que de italiano solo tenía el nombre. Pedro Ordóñez, sevillano de la Macarena que había estudiado Periodismo en Madrid a finales de los ochenta, había regresado a la capital hispalense convencido de que la Exposición Universal de 1992 traería la modernidad a una ciudad donde, de toda la vida, salir a cenar se reducía a un circuito por tascas de toda la vida, cuya oferta se ceñía a las tapas clásicas, también las de toda la vida. El éxito del restaurante fue inmediato, llegando a contar en apenas tres años con hasta cinco establecimientos por toda la ciudad. Además de por novedoso, la razón de su popularidad radicaba en unos precios moderados — al fin y al cabo, sus platos principales eran la pasta y la *pizza*—, unas ubicaciones muy bien elegidas y, sobre todo, en el barroquísimo gusto de Pedro para la decoración de sus locales. Tan recargados y suntuosos que rayaban la angustia. Uno entraba en el San Piero y era incapaz de posar los ojos en un punto por más de dos segundos seguidos. Allí se tropezaban con todo tipo de vajillas, cerámicas y barros multicolores; copas, vasos y jarrones

de vidrio y cristal; cortinas, alfombras y tapices que se pisaban y se montaban las unas sobre los otros; lámparas, balaustradas y barandillas de retorcidas forjas; trabajos de ebanistería con ondulaciones, volutas y conchas de vértigo; baúles, bargueños, almireces, cántaros, alambiques, sillones fraileros... Y grabados, decenas, cientos de grabados. De Guido Reni, de Rubens, de Van Dyck, de Ribera o de Rembrandt, entre muchos otros menos conocidos. Todo ello, en palabras de Pedro, más falso que un duro sevillano y tan postizo como su propio nombre, que había italianizado como *Piero*. Él ofrecía lo que su público le pedía: el más incomparable de los marcos. Durante una década, aquel había sido el trampantojo ideal, escenario de miles de pedidas de manos de parejas de clase media, de cientos de celebraciones familiares de gente de barrio, de decenas de confabulaciones de políticos y empresarios locales, y de incontables comidas navideñas de empresas basadas en menús concertados y culminadas con un brindis con falsos espumosos de importación.

Sin embargo, tras unos años no tan buenos, algunas inversiones desafortunadas y la crisis de 2008, ya de aquella opulencia solo quedaba el San Piero original. Con el tiempo, el oropel del establecimiento había perdido todo brillo, aunque también había ganado en el encanto de la resistencia. Piero y su mujer eran ya los únicos que trabajaban en un restaurante cuya carta se había reducido a tres ensaladas, tres tipos de pasta y otros tres de *pizza*. Algunos días, si a Piero le venía la inspiración, también ofrecía un postre casero; si no, fruta del tiempo. Otros detalles no menores eran el vino de la casa, decente, y la cerveza, servida muy fría en cualquier época del año.

Para Iván y Alicia aquello era más que suficiente. Allí fue donde él se le declaró y ella dijo que sí; donde años más tarde él le confesó a ella el asunto de la redada en el Kavafis y su doble vida; donde de común acuerdo organizaron todo lo que vino después: la separación amistosa, el reparto de bienes, la custodia compartida de Rafa y todo lo demás. En definitiva, si había algo importante que tratar, el San Piero era su sitio.

Alicia le devolvió el saludo poco entusiasmada. Rafa, ni eso siquiera. Iván trató de sonsacarle a su hijo durante toda la cena algo más elaborado que un monosílabo preadolescente, pero el chaval hundía la cara en sus espaguetis a la boloñesa y en su teléfono móvil. Por una vez, su madre lo dejó hacer.

—Me comería un jabalí.

—Lo de llegar tarde es un clásico, Iván —dijo Alicia—. Pero lo de traer hambre, eso sí que es nuevo.

—He estado muy ocupado con el caso del chico de la sauna. No he parado en todo el día, incluyendo un ida y vuelta de más de trescientos kilómetros.

Por eso me quedé un poco traspuesto antes de venir. Y no me acuerdo ni de cuándo comí por última vez.

—¿Ves? Eso tampoco es novedad. Si quieres, come del mío mientras llega el tuyo —le ofreció Alicia poniéndole a Iván su plato por delante—. Está muy bueno, pero vuelvo a estar a dieta.

—Habérmelo dicho, mujer; el Piero no es precisamente un sitio bajo en carbohidratos.

—Da igual. Ya conoces mis dietas.

Iván se abalanzó sobre los espaguetis a la marinera que Alicia casi ni había tocado. Su estómago rugía de emoción ante lo que se le venía encima. Piero, que en aquel momento se acercó a traerles la jarra del vino de la casa que habían pedido, sonrió agradecido.

—Así que, al final, se ha complicado el caso.

—Pues sí —respondió Iván después de empujar la comida con un buen trago de tinto—. Lo único que parece claro es que Ale murió de un infarto, pero cuanto más profundizo, más cosas hay que no encajan. A cada pregunta que hago, en lugar de una respuesta encuentro otra pregunta. Y tengo una sensación muy incómoda que no sé cómo explicártela.

—Prueba.

—Es como... —El inspector se limpió un resto de tomate de la barbilla mientras buscaba las palabras—. Como si todos los detalles que rodean la muerte de Ale se empeñaran en contradecir la causa. Y, lo que peor llevo, como si esos mismos detalles se estuvieran riendo de mí.

—Vaya, te ha tocado bien la fibra. Otra novedad.

—Puede que tengas razón. Si supieras lo distintas que eran entre sí las facetas de su vida, lo entenderías mejor. Su familia, una panda de pueblerinos retrógrados y asfixiantes; sus fines de semana, una bacanal interminable; su marido, un partido estupendo y, aunque no tenían prácticamente nada que ver el uno con el otro, estoy convencido de que se querían.

—Ah, pero ¿estaba casado? Como lo encontraron en la sauna, pensé que...

—Eran pareja abierta.

Iván lo dijo en voz baja. No podía estar seguro de que Rafa no lo hubiera escuchado, aunque el niño ni se inmutó.

—No te preocupes —le dijo Alicia con una leve sonrisa—. No sé si por tu culpa o gracias a ti he tenido que explicarle muchas cosas. ¿A que sí, Rafa?

—Sí —contestó el muchacho sin levantar la vista de la pantalla del móvil.

—Si te digo la verdad, yo tampoco termino de entender cómo funciona la cosa —dijo Alicia—. O sea: sí lo entiendo, pero me cuesta aceptarlo.

—Creo que es una cuestión de tiempo. Y, sobre todo, de respeto.

—Justo eso es lo que no entiendo. ¿Dónde veis vosotros ahí el respeto?

Iván rebañó el plato y apuró el vaso de vino. Se retrepó en la silla y, mirando a Rafa de reojo y después a Alicia, dijo:

—Tal y como yo lo entiendo, los tíos tenemos una relación con el sexo más física que vosotras, las tías. Al principio está el amor y todo eso. Pero, después de un tiempo, no sé, dos o tres años, nos aburre follar con el mismo todas las noches. Entonces, las tres opciones más habituales son: la primera, acostumbrarte a hacerlo con menos frecuencia, aunque sigamos empalmados todo el tiempo. Porque yo no sé los demás tíos, pero a mí el sexo me ronda la cabeza las veinticuatro horas del día.

—Un poco exagerado, ¿no?

—En absoluto. Créeme.

—Qué estrés...

—Y que lo digas. La segunda, buscarte una alternativa, esto es, el amante de toda la vida, con el que te lo montas a escondidas, mientes a tu pareja y, si tienes flexibilidad horaria y una buena cuenta corriente, puedes desarrollar una doble vida más o menos estable y duradera.

—Como la que llevaste tú cuando estábamos casados.

—No fue tan así. Yo...

—Déjalo. Ya me conozco la historia —dijo ella riéndose a medias—. En cualquier caso, una opción igual de estresante.

—Tienes razón. Por eso hay una tercera que consiste en que, como somos dos tíos que entendemos lo que a los dos nos pasa por la cabeza y por ahí abajo, vamos y lo hablamos. Y acordamos que es mucho mejor ir de frente, con la verdad, y follar ocasionalmente fuera de casa, sabiendo que el otro lo sabe. Preferimos eso a que nos engañen y sufrir, o a engañar y hacer sufrir. Creo que es más honesto, ¿no te parece?

—En teoría, sí. Pero ¿y los celos? ¿Cómo soportas imaginar a tu pareja con otro en la cama?

—Yo supongo que cada pareja tendrá su fórmula. Habrá quien se trague esa imagen, obligando a su mente a rechazarla para ahorrarse el disgusto. Y habrá quien haga justo lo contrario: utilizarla para ponerse cachondo. Siempre que lo pactado sea sólido y compartido, todo vale. Conozco amigos que llevan años así y les va muy bien.

Piero apareció con la lasaña de Iván, que se abalanzó sobre ella ante la mirada cada vez más sorprendida de Alicia por aquella inusual voracidad.

—Despacio, hombre, que nadie te lo va a quitar.

—A ver quién es el guapo que se atreve —bromeó Iván después de otro trago de vino.

Rafa por fin despegó la cara del móvil y también se quedó mirando a su padre hambriento durante unos segundos. En su cara se dibujó un signo de interrogación y desdén, como cuestionándose si de verdad era hijo de aquel señor. Iván lo interceptó y le preguntó:

—¿Te pasa algo, Rafa?

—Nada. —Cabeceó y siguió jugando con el móvil.

—Vaya, cómo estamos hoy, ¿no, chaval?

—Déjalo, Iván —intercedió Alicia—, no está de humor.

—Anda con el señorito... ¡No somos perfectos, pero algún día te darás cuenta de la suerte que has tenido con tus padres! Que se lo digan, si no, a los hermanos de Ale.

—Iván, déjalo tranquilo. —Alicia puso una mano sobre la de su ex para reforzar su petición y, después, continuó—. Has comentado antes algo de sus padres. ¿Tan antiguos son?

—He dicho retrógrados. Son una familia sacada de la década de los cuarenta o cincuenta en la Andalucía profunda. —Iván escabulló la mano hacia la cabeza de Rafa y le desbarató los pelos—. El padre es un bruto, un paleta y un insolente que no pudo aceptar la homosexualidad de su hijo, que ha tenido toda la vida sometida a la mujer y que ha criado a cuatro clones de él, igual de machistas. Imagino que intentaría hacer lo mismo con Ale, pero no le salió bien. No quiero ni imaginar lo dura que tuvo que ser la adolescencia en ese ambiente. No soy un iluso, Alicia, sé que ese tipo de hombres, por desgracia, siguen estando a la orden del día, pero no puedo evitarlo: me ponen enfermo.

—Intenta hacer un ejercicio de empatía. Creo que poco se le puede reprochar a ese hombre. No habrá podido ser más que el fruto de su época y de sus circunstancias.

—Como todos. Hasta el propio Ale lo fue —dijo Iván pensativo.

Tanto vino se le había subido a la cabeza, empezó a sentirse un poco aturdido. Permaneció en silencio unos segundos mirando a Rafa con ojos tristes. Pensó en lo ingratos que eran los adolescentes. Claro que nunca había sido el padre perfecto, aquello Alicia ya lo sabía cuando le dijo que quería tener un hijo. Asumieron que ella sería el padre y la madre, él un mero apoyo

puntual. Sobre todo, después de la separación. A partir de aquel momento, padre e hijo se veían poco, un par de fines de semana al mes y en alguna ocasión especial. Quizás a veces echara de menos un contacto más fluido y continuo, pero su trabajo y su ritmo de vida lo hacían inviable. En su fuero interno Iván se sentía muy cómodo con la situación, aunque algunas veces aquella comodidad le supiese a poco.

Puso como excusa que necesitaba ir al baño para despejar aquellas brumas grises de su cabeza. Mientras se levantaba de la mesa, Piero se acercó y les preguntó si iban a tomar postre. Alicia y Rafa no quisieron nada. Iván pidió un vodka cortito con tónica. Ella lo miró inquisitiva, pero lo dejó marchar en silencio.

La coca funcionó perfectamente como el disolvente idóneo para la niebla. Cinco minutos y dos rayas después, Iván volvió a la mesa. Alicia y Rafa ya no estaban y ella había pagado la cuenta. Mientras el inspector le daba un primer y largo sorbo a la copa, un wasap entró en su iPhone. Era de Alicia: «Se me olvidó avisar a Carlos de que cenaba contigo. Se ha molestado un poco. Una cosa: me tienes preocupada. Y otra: haz el favor de ser más discreto. Rafa ya se da cuenta de todo. Y yo también. No me hagas arrepentirme de ser tan tolerante. Un beso».

El inspector escribió tres mensajes de respuesta distintos y no envió ninguno. Antes de abandonar el San Piero se tomó otras dos copas. No serían las últimas de la noche. Lo poco que había dormido le había alterado el sueño, ya sabía de antemano que aquella noche no le iba a ser fácil meterse en la cama. Al menos, no para dormir.

Era el último cliente y Piero, que ya había empezado a recoger y limpiar para cerrar el restaurante, le permitió fumarse un cigarrillo y apurar el último vodka. Quizás para arrinconar la inquietud que le había generado el mensaje de Alicia, su mente giró hacia Ale.

Con cada paso que había dado en el camino para esclarecer las circunstancias que rodeaban su muerte, se había tropezado con una baldosa suelta. De hecho, conforme iba analizando las que no encajaban, cuantas más vueltas le daba al caso, más intensa era la sensación de que detrás de su muerte se ocultaba algo más terrible y siniestro. Y quedaba otra sensación más intensa aún, casi una certeza: sentía que, si lograba colocar todas aquellas baldosas sueltas en el lugar que les correspondía y llegar así al final del camino, se arrepentiría de por vida de lo que allí pudiera encontrar.

Aquel era, muy a su pesar, un camino obligado. En tres palabras: tenía que recorrerlo. Y en otras tres: sí o sí.

## 26. MIÉRCOLES POR LA MAÑANA

---

Lo primero que hizo al salir de la cama fue tirar de Espidifen para apaciguar a la bestia apisonadora de su cabeza, pero después su estómago comenzó a protestar. Eran las doce del mediodía y ya, de desayunar, nada de nada; mejor tapear algo. Tenía varias llamadas de Pilar y, en un mensaje de wasap, le preguntaba cómo estaba: «Bon dia. ¿Una altranitllarga?». El teléfono no llegó a dar el segundo tono cuando ya la agente Ojeda había descolgado, ansiosa por hablar con él.

—Perdón, te preguntaba si habías tenido otra noche larga.

—Intensa, más bien. ¿Alguna novedad?

—He hecho un par de averiguaciones que podrían ser interesantes.

—Seguro que lo son.

—Verás: he cotejado los listados que me diste con el Registro Central de Penados y el Registro Central de Delincuentes Sexuales. El domingo, en la sauna, había dos tipos que en algún momento fueron condenados por maltratar a sus respectivas mujeres y, otros dos, condenados por tráfico de droga a pequeña escala. También un quinto que hace años denunció a un hermano de su padre por abuso sexual, pero luego resultó que la denuncia era falsa y su tío lo denunció a él. Por último, tenemos a un joven que robó a un anciano después de hacerle una felación a cambio de dinero. Ninguno fue a la cárcel.

—¿Era de origen rumano?

—¿Quién?

—El de la felación. El chaperero.

—No, de Sevilla y de familia bien. ¿Por qué?

—Nada, curiosidad. Pásame los nombres de los dos camellos. Al resto, en principio, los vamos a descartar. ¿Algo más?

—Estoy con el portátil de Ale. Roberto me lo dio ayer a la vuelta del funeral. Por cierto, me pareció un buen tipo.

—Sí que lo es —dijo Iván.

—Y muy atractivo, si me permites decirlo.

—También.

—Me dio la impresión de que, aunque está destrozado, no es una persona dada al drama.

—No es muy efusivo, no. Quizás los años que pasó de joven en el extranjero le marcaron el carácter con ese aire de desapego. —A pesar de que Pilar parecía no asustarse por nada, Iván temió tener que volver a explicarle a una mujer cómo se comportaban algunas parejas abiertas en el ambiente gay. Recondujo la conversación—. ¿Has encontrado algo destacable en el portátil de Ale?

—Poca cosa, salvo un detalle que me ha llamado la atención: Ale ponía mucho cuidado en mantener a salvo su privacidad.

—Explícate, por favor.

—El historial de navegación estaba borrado por completo.

El dolor de cabeza había empezado a remitir con el analgésico y, sobre todo, gracias a la fuerza de la costumbre. Sin embargo, Iván presentía que sus nulas habilidades informáticas iban a poner en peligro aquella ligera mejoría.

—¿Podrías ser más clara? Imagínate que se lo vas a explicar a un niño pequeño.

—Me da a mí que los niños se manejan mejor que tú con los ordenadores...

—Seguro. Nadie es perfecto.

—Eso también es verdad —contestó Pilar con una risa a medias—. El caso es que el borrado del historial es una sana costumbre que todos deberíamos adquirir, pero que muy pocos tenemos. Como te expliqué el otro día, somos, por así decirlo, como caracoles que vamos dejando una baba digital, un rastro de todos los sitios que visitamos y de todas las búsquedas que hacemos. Eso nos facilita volver más rápido a ellos cuando los necesitamos de nuevo, pero también nos expone a ojos indiscretos. Sin contar con que se ralentiza el ordenador.

—¿Significa que Ale quería ocultar que había visitado alguna página concreta?

—No tiene por qué. A lo mejor era solo de los míos. De los precavidos.

—Su forma de vivir la vida no dice lo mismo —meditó en voz alta Iván—. ¿Puede recuperarse ese rastro?



—No es difícil. De hecho, como te he dicho, ya estoy en ello. Aunque borres el historial del navegador, la información permanece almacenada en la caché del ordenador. La estoy revisando. Hasta ahora no he dado con nada significativo: juegos, mucho porno gay, algo de prensa, actividad escasa en las redes sociales y no mucho más. Voy a seguir buscando. Te mantendré informado.

—¿Eso es todo?

—De momento, sí.

—¡Gracias, *crack*!

No habían pasado ni diez segundos desde que colgaron cuando Pilar ya le había enviado por wasap los nombres de los dos camellos. Qué mujer, se dijo. No le extrañaba que hubiera sintonizado tan rápido con Roberto. Eran dos modelos de ejemplaridad y eficacia. Estaba convencido de que ella también debió de causarle una buena impresión a él. Si no fuera porque uno era gay y otra, estaba casi seguro, era lesbiana, harían una pareja estupenda.

A Juan Luis y a Alberto, al que apodaban el Canario, les había pillado droga a menudo. Con Juan Luis se había acostado un par de veces. El Canario era hetero. Tanto uno como el otro eran habituales de los bares del centro, por eso los citó en El Caballero Inexistente, muy cerca de la comisaría. Su intención era despacharlos rápido, de modo que le diera tiempo de almorzar con tranquilidad en su apartamento, pero entonces se acordó del contenido de su frigorífico, que daba auténtica pena. Tendría que pasarse antes por el Carrefour de la esquina y hacer una mínima compra de emergencia. En ocasiones como aquella, se preguntaba por qué los policías de las películas nunca tenían problemas de intendencia doméstica.

Nadie llamaba a El Caballero Inexistente por su nombre completo. Todos lo conocían simplemente por el Caballero y era uno de los bares más longevos de la Alameda. El local había sufrido pocas remodelaciones desde que había abierto sus puertas veinte años atrás. Mantenía intacta su estética noventera de altos taburetes cromados, barra acristalada de un azul espacial y paredes estucadas en tonos ocres. La que sí había cambiado mucho era su clientela. Si al principio era un bar de ambiente eminentemente gay, con el aburguesamiento del barrio fue arribando otro tipo de público, parejas de jóvenes heterosexuales que, aunque iban de modernas, pronto comenzaron también a traer sus carritos rebosantes de bebés, sobre todo por las tardes. A partir de entonces, Iván lo frecuentaba mucho menos, casi siempre de noche, pues seguía siendo uno de sus lugares favoritos para una primera copa.

Juan Luis y el Canario ya estaban allí cuando el inspector llegó. Hacía frío, pero como no llovía, se habían sentado en las mesas de fuera, al amparo de una seta de calor para poder fumar. De pronto, Iván cayó en la cuenta de que estaba muy cerca de la comisaría, sentado con dos conocidos camellos, como si tal cosa, a la vista de todo el mundo. Más que incómodo, se le hizo raro.

Fue a echar mano de sus cigarrillos. Se los había dejado en casa y la máquina de tabaco del Caballero estaba fuera de servicio. Tendría que gorronearlos.

—Joder, Iván —dijo el Canario—, tú siempre igual: pidiendo.

—Demasiado barato te sale que te haga la vista gorda —amenazó el inspector después de encenderse uno.

El Canario era el mayor de los tres; rondaba los cincuenta. Había estudiado la carrera de Historia del Arte, pero nunca llegó a trabajar en nada relacionado con ello. Su economía de subsistencia le había llevado a saltar de un empleo miserable a otro durante los últimos veinticinco años. Había comenzado a trapichear cuando se echó una novia de buena familia que consumía más coca de la que podía permitirse y él buscó un sobresueldo con que satisfacerla. Un buen día, ella lo dejó por el tipo al que él le compraba el material. Había subido un peldaño en su nivel de consumo y el Canario ya ni pudo ni quiso seguirla. Del mismo modo que, después de aquello, tampoco pudo ni quiso dejar el negocio.

Juan Luis era mucho más joven y, sin embargo, parecía mucho mayor. Traficaba porque consumía. Y consumía mucho. Tanto que cada cinco o seis meses desaparecía del mapa. Todo el mundo sabía que lo hacía para ingresar en un centro de desintoxicación. Luego, cuando volvía, al poco tiempo recaía. Así llevaba años, aunque cada vez que reaparecía en escena su deterioro físico era más notable. Muy alto y flaco, en aquel momento no debía de pesar más de sesenta o sesenta y cinco kilos. Hiciera o no sol, usaba unas grandes gafas negras que le tapaban media cara. No podía dejar quietas las piernas, le temblaban de frío todo el tiempo, hasta en los veranos sevillanos, con más de cuarenta grados a la sombra. Siempre hablaba con mucha prisa, como si lo estuvieran esperando ya en otro sitio. Fue él quien abordó el motivo de la cita.

—Supongo que nos has llamado para algo relacionado con Ale, ¿no?

—Supones bien.

—Pobre chaval —dijo el Canario—. Se veía venir.

El camarero, un chico joven y nuevo en el Caballero, apareció para tomarles nota. Iván se asombró de que Juan Luis y el Canario pidieran

cerveza sin alcohol. Ya eran casi las dos.

—Hay que cuidarse, que estamos solo a miércoles —dijo Juan Luis.

—Cómo se nota que acabas de volver de uno de tus retiros —dijo Iván, y pidió a continuación un vodka cortito con tónica para él.

En cuanto se hubo marchado el camarero, Juan Luis volvió a tomar la delantera.

—Entonces, es verdad lo que dicen, que fue algo más que un infarto. ¿Es cierto que a Ale le mangaron la ropa de la taquilla?

—No me pidáis detalles escabrosos, que no os los voy a dar. —La desilusión en la cara de Juan Luis fue casi como la de un niño con quien Papá Noel se ha portado mal el día de Navidad—. Si os he llamado es porque tengo entendido que los tres coincidisteis en la sauna el domingo pasado.

—Yo ni siquiera recuerdo haberlo visto, la verdad —dijo el Canario—. Iba muy ciego, lo siento.

—Yo sí me crucé con él —dijo Juan Luis con su atropello. Se tomó unos segundos para recordar y continuó—. Él acababa de llegar, todavía estaba vestido.

—¿Recuerdas la hora?

—Qué va. Allí dentro nunca sabes si es de día o de noche. Lo hacen para eso, claro, para que se te pasen las horas consumiendo. —Nueva pausa, entonces rascándose la cabeza—. Pero yo acababa de meterme un bocata entre pecho y espalda, así que tuvo que ser entre la una y las tres, la hora del almuerzo.

—Porque ahora estarás en fase de meterte solo comida, ¿no? —dijo el Canario guiñándole un ojo.

—Sí, tío. Me estoy controlando. Intento hacer mis tres comidas al día.

—¿Hablasteis algo? —cortó de inmediato Iván.

—Poco. Nos saludamos, le pregunté si quería pillar algo y me dijo que no, que iba servido.

Iván le dio un sorbo a su copa y le robó otro cigarrillo a Juan Luis. Aquella vez el camello no se quejó y le dio fuego con su mechero.

—¿Era cliente habitual vuestro?

—Bastante —contestó el Canario—. Nos veíamos casi todos los fines de semana.

—Yo igual, todas las semanas. Siempre tenía algún evento: un festival de música, un cumpleaños, una barbacoa... Lo que fuera.

—A partir del miércoles —confirmó Juan Luis— ya me estaba llamando. No quería que la fiesta le cogiera sin material. Le gustaba ir preparado.

—Así es. Mínimo me pillaba dos gramos de coca y alguna pastilla.

—A mí, mefedrona, eme, lo que tuviera esa semana. No soy nada constante.

—Ya, ya. ¿Sabéis si le iba el *slam*?

—¿Pincharse? ¿Ale? No lo creo. Al menos, nunca me dijo que lo hiciera.

—A mí, tampoco. Además, a los tipos que se pinchan se les pone muy mal aspecto —dijo el Canario enseñándole a Juan Luis las palmas de las manos al instante, en señal de disculpa.

—No pasa nada —dijo Juan Luis—. Tienes razón. Pero yo no estoy tan mal como los niñatos del *slam*. Paso de eso, pero lo he vivido de cerca con algunos amigos y están fatal.

—Ale estaba muy bien físicamente.

—Sin embargo, sí que iba a sesiones de *chemsex*. ¿Coincidisteis en alguna?

—¡Claro! Al final siempre acabábamos follando los mismos, de *chill*. En casa de alguien, en la sauna o en el Tanke, el club de sexo —contestó Juan Luis.

—Yo, no. Ya sabéis que no me va ese rollo. Menos aún con tíos.

—Eso es porque no lo has probado.

—Será por eso —contestó el Canario riendo—. Tú, tranquilo. Si algún día salgo del armario, tú serás el primero en saberlo.

Los otros dos le acompañaron con sus risas.

El camarero llegó con la comanda. Mientras servía, Iván advirtió que le hacía una señal nerviosa y discreta a Juan Luis, un movimiento de la cabeza en dirección al interior del local.

—Espérate al menos a que me haya ido, hombre... Una cosa es que te pase la mano y otra es que trapichees delante de mis narices —dijo Iván cuando el camarero se hubo metido dentro.

—El pobre es nuevo —dijo el Canario—; no sabe que eres madero.

—¡Pero mira qué bien sabe que sois camellos!

Volvieron a reír. Después de que todos dieran un trago a sus copas, Iván continuó preguntando sobre Ale.

—Ya que os veáis tan a menudo, supongo que, con el tiempo, os contaría cosas de su vida.

—Era un buen chaval —se apresuró a contestar Juan Luis—, y no lo digo yo solo.

—Cierto, todos los que lo conocíamos opinamos igual. Era bueno para todo el mundo menos para él mismo.

—¿Y eso?

—Esa vida que llevaba no era sana. Lo sé por experiencia. Al final, te pasa factura. —Juan Luis señaló su cuerpo con las manos de arriba abajo—. Y él lo tenía mucho más fácil. Casado con un tío que lo quería y que le daba todo lo que necesitaba.

—Eso es así, pero también tenía sus problemas, como todos —dijo el Canario.

—Cuenta.

—Ale quería ser independiente. No deberle nada a nadie —continuó el Canario—, y eso incluía a Roberto. Cada vez que le pedía dinero, Ale se moría de la vergüenza. Él iba de moderno con las fiestas, las drogas, la ropa a la última, los restaurantes chulos y todo eso, pero siempre decía que tenía muy presente cuáles eran sus orígenes, porque venía de una familia muy tradicional y machista. Para él era un suplicio tener que depender de su marido. Como si fuera...

—Su señora —terminó Iván la frase.

—Más o menos. Eso era demasiado para él.

—A mí también me habló sobre ello hace dos o tres semanas —retomó Juan Luis—. ¿Alguno de vosotros está al tanto de lo del viaje? —Hizo una pausa, y los otros dos asintieron—. Lo traía de cabeza. Ale no podía pagárselo, imaginaos: dos años dando la vuelta al mundo. Me figuro que Roberto no es de los que se conforman con dormir en una tienda de campaña o en una caravana. Pero, por otra parte, Ale tampoco quería quitarle la ilusión a su marido. Así que eso lo convertía en el perro del hortelano, que ni comía ni dejaba comer.

—Así es —confirmó el Canario—, por eso el pobre siempre andaba inventando planes para salir de su situación y todos acababan mal.

—¿Qué tipo de planes?

—Para obtener dinero. A ser posible, de forma rápida y limpia.

—Para dar un pelotazo, vaya —remató Juan Luis.

—Que yo recuerde, Ale quiso montar desde una tienda de camisetas pintadas a mano por él hasta una agencia de viajes para gais pijos, de esas que ahora llaman *de experiencias* —continuó diciendo el Canario—. Pasando por un hotel de mascotas, un restaurante de comida macrobiótica para veganos y adictos al gimnasio o, lo último que me contó: producir una película sobre la nueva escena musical urbana de Sevilla. Un sinfín de ideas que terminaban en saco roto, porque al final siempre se necesitaba un inversor.

—De nuevo, volvía a depender de Roberto —concluyó Iván.

—Eres muy listo, inspector —bromeó Juan Luis.

—Esta es la segunda vez que te digo que no te pases.

Por un momento los tres permanecieron en silencio. Hasta Juan Luis, que habitualmente sentía la necesidad de llenarlo todo de ruido, se mostraba cohibido. Durante aquella pausa, Iván pensó que estaba averiguando más sobre Ale, sus anhelos y preocupaciones por boca de dos camellos que por su marido. Al momento, se acordó de la conversación con Alicia en el San Piero y reflexionó unos instantes sobre si, al abrir una pareja a otras personas como habían hecho aquellos dos, aunque se superara la cuestión de los celos, no se corría el riesgo de perder algo muy íntimo. Le habría gustado tener a Roberto delante y poder preguntárselo.

Iván llamó al camarero para pagar la cuenta, que llegó a la mesa aún muy inquieto. Juan Luis le presentó al inspector de policía Iván de Pablos y al muchacho casi se le cae la bandeja en la que había depositado los vasos vacíos con bastante poca pericia. Los tres hombres volvieron a reír y el chico se refugió en el interior del Caballero. Ya se iban a levantar cuando a Iván le asaltó un aguijonazo en forma de última pregunta:

—¿Sabéis si, aparte de a vosotros, Ale le compraba material a alguien más?

—A&P —respondió Juan Luis.

—A&P —contestó el Canario.

La punzada del aguijón se hizo más intensa.

—Estamos hablando de Jose, ¿no?

—Yo creía que se llamaba como yo, Juan.

—Y yo, también —confirmó el Canario—, pero nunca me lo he creído. Es un tío muy raro.

Compartieron entonces los tres hombres lo poco que sabían de A&P y que, en general, era lo que Iván ya conocía: que además de preservar el anonimato nunca quedaba con ningún cliente en su casa, que tampoco se dejaba ver mucho en sitios públicos y que su hábitat natural era el Grindr.

—¡Ah! Y que con Ale se llevaba especialmente bien —añadió el Canario.

—¿Y eso?

—Ya sabes —aclaró Juan Luis haciendo el odioso gesto de las comillas con los dedos que a Iván le resultaba tan odioso—, especialmente bien. Últimamente, se les había visto muy acaramelados en la sauna. Deberías preguntarle a él. Ese sí que conocía a Ale. Las pocas veces que A&P se dejaba ver en algún sitio era con él. Si no fuera porque sabía que estaba casado con Roberto, yo mismo habría pensado que eran novios.

## 25. MIÉRCOLES POR LA TARDE

---

Al inspector no le extrañó que A&P le hubiera mentido sobre el tipo de relación que mantenía con Ale. A fin de cuentas, era un camello, él era poli y entre los dos había un muerto. Cómo no iba a estar asustado. Lo que no le parecía tan lógico, sino más bien una torpeza, era la manera en que A&P había actuado, porque más tarde o más temprano, la verdad acabaría por descubrirse. De todos modos, el inspector decidió no adelantar acontecimientos. Tenía que volver a contactar con él cuanto antes.

Cuando Juan Luis y el Canario se marcharon, aprovechó para quedarse un rato más en el Caballero. Abrió Grindr en su iPhone y buscó el perfil de A&P. Ahí estaba, muy cerca de él, apenas a ochenta metros de distancia, pero con la indicación del circulito vacío, lo cual significaba que había estado conectado hacía poco rato, pero ya no lo estaba.

El vodka le había perforado el estómago; tenía que taponarlo de inmediato comiendo algo. Se acercó, como había pensado antes de salir de casa, al Carrefour de la esquina. Allí trabajaba Jorge de reponedor. Se conocían de vista del súper y también de los bares, y solían saludarse cordialmente, pero nunca habían intercambiado más de tres frases de cortesía. Justo a aquella hora terminaba su turno y se ofreció a ayudarlo con las bolsas. Juntos y cargados, se fueron a casa de Iván.

Dos horas más tarde, Jorge le apuntó su número de teléfono en un pósit que Iván tiró al cubo de la basura en cuanto cerró la puerta tras él. Al salir de la ducha, unos quince minutos después, se arrepintió y lo rescató; lo limpió y lo guardó en un cajón. No había sido un buen polvo, pero tampoco tan malo como para negarle otra oportunidad. Más adelante, claro. Ya lo iría viendo.

Con la cabeza mojada, despejada, llamó a Pilar. Su compañera le informó de que no había obtenido ningún dato relevante del portátil de Ale. Estaba a punto de desistir por completo. Iván le pidió que averiguara lo que pudiera

sobre un perfil de Grindr: A&P. Le contó lo poco que sabía de él, excepto su relación personal.

Por fin pudo comer algo, una suerte de merienda-cena a base de latas y precocinados que a Iván le supo a menú de tres estrellas Michelin. Media hora después de haber terminado, Pilar le devolvió la llamada. Qué maravillosa eficacia.

—He conseguido entrar en las tripas del perfil de A&P.

Iván se sonrió al constatar cuánto le costaba a su compañera verbalizar que lo que había logrado no era, ni más ni menos, que hackear el perfil, pero no se lo dijo.

—Está activa desde hace once meses —continuó Pilar—. No contiene ningún dato personal. No comparte ninguna fotografía; ni siquiera la tiene en su avatar.

—¿Su qué? ¿Esa palabra también es catalana?

—¿Avatar? No, que yo sepa, también se dice así en español. —Pilar calló unos segundos—. Es la representación gráfica que se asocia a un usuario de Internet para su identificación. La foto del perfil, para que me entiendas.

—Ah, eso. Sí, ya lo sabía. La imagen del perfil de A&P es una fotografía de unas pastillas azules y un bote de cristal oscuro con una etiqueta de colores estridentes. No están identificadas las marcas, pero cualquiera sabe que se trata de viágras y póper.

—Cualquiera, no.

—Cualquiera que vaya buscando.

—Eso sí. Además, hay algo que nos puede ser útil. —Pilar esperaba que Iván le preguntara, pero él estaba rumiando aquel «nos»—. La cuenta está vinculada a una dirección de correo electrónico.

—Algo es algo.

—También he accedido a las últimas conversaciones de A&P. He leído la que mantuvo contigo el lunes pasado. Espero que lo pasarais bien.

Iván dibujó en su mente la imagen de Pilar al otro lado de la línea con la cara colorada como un tomate y arrepentida de su osadía. No pudo por menos que soltar una carcajada, para que ella se relajara.

—Esa, la tuya —continuó Pilar con voz afectada—, fue su penúltima conversación. Después hay otra en términos muy similares con un tipo que se llama Leo22pas. Este, como tú, no oculta su identidad y tiene una foto en su perfil.

—Lo conozco —dijo por fin Iván.

—¿De Grindr?



—No solo por eso, aunque también. Ya que estás haciendo un máster acelerado en torno a mi vida íntima —dijo Iván con tono guasón—, toma nota de que yo no solo ligo en las aplicaciones. Supongo que, por mi edad, soy de los que sigue disfrutando mucho con el cancanéo en la calle. Por si en tu tierra no conocéis esa palabra, se trata de buscar un buen polvo en un bar, en una discoteca, en una sauna, en un parque y hasta en el supermercado. En cualquiera de esos lugares puedes.

—En eso no sois tan diferentes de los heteros.

—Te puedo asegurar que sí. Fíjate que he dicho buscar un polvo. Por regla general, los heteros lo que hacen, como mucho, es encontrarlo.

—Si tú lo dices...

—Hazme caso —dijo Iván acelerando la despedida—. Ahora mismo llamo a Leo. Luego te cuento. ¡Muchas gracias!

El inspector se estuvo riendo solo durante un buen rato mientras buscaba el número de teléfono. Pero, a su pesar, Leo no tenía mucha información que darle. Le relató que sí, que había quedado con A&P el lunes por la noche. Sí, le había comprado viágras y póper. Y, sí, le había propuesto echar un polvo. Pero no había podido ser, ya que, por lo visto, el camello acababa de pasar la tarde con un buen follamigo. —Iván sintió un ligero pellizco de emoción al oír que se referían a él en aquellos términos cariñosos—. De hecho, A&P llegó con muchas prisas: le pidió al taxi que lo llevó a casa de Leo que lo esperara abajo para llevárselo después a la suya.

Aquella noche, Iván se quedó en casa. A pesar de que no se había metido demasiado, apenas un par de rayas con Jorge, se había desvelado. Quizá el motivo fuera que volvía a tener un hilo del que tirar al día siguiente, así que acudió al Orfidal de nuevo. Mano de santo.

## 24. JUEVES POR LA MAÑANA/JUEVES POR LA TARDE

---

Desde que hubo visto el cadáver de Ale el domingo anterior, Iván se había propuesto obviar el chiste fácil. Pero el jueves, gracias a que había cenado, a la última conversación con Pilar, y a que por fin había conseguido dormir, se levantó de muy buen humor y ya no pudo resistirse.

—Ale, apareciste muerto porque te pasaste de la raya. ¿Lo pillas?

Pero, una vez que lo hubo soltado delante del espejo en voz alta mientras se afeitaba, ya no le hizo tanta gracia. Su reflejo insistió en devolverle, una a una, las preguntas sin respuesta que había acumulado desde aquella noche. ¿Por qué, Ale? Si todos los que te conocían vaticinaron que tu muerte sería como finalmente fue, entonces, dime: ¿qué coño estoy investigando, tío? ¿A tu familia rara? ¿O acaso lo que me irrita es no saber dónde te metiste el domingo por la mañana? Anda que... menuda fiesta te tuviste que montar, ¿verdad, guapo? Drogas, sexo..., amputaciones. ¿Qué te pasó en el pie, Ale? ¿Cómo te cortaron ese dedo? ¿O te lo cortaste tú solo? ¿Te dolió mucho? Porque eso tuvo que doler, digo yo. Y, el robo de tu taquilla, ¿fue algo más que una broma de mal gusto? Y, por otra parte, ¿cómo es que tu viudo parece más frío que una resaca de invierno? ¿No os queríais tanto? Por eso os ibais de viaje, ¿no? Porque os queríais, ¿verdad que sí? ¿Y cuál era la verdadera naturaleza de tu relación con A&P? ¿Y qué más?, se repetía el inspector una y otra vez. Todo eso ¿y qué más, Ale?

Después de desayunar se acercó a la comisaría. El frío no daba tregua; tenía los pies helados. Se había equivocado al ponerse zapatos en lugar de botas, pero ya no iba a volver a casa para cambiarse, así que aceleró el paso. Se dio de bruces con una veintena de periodistas, cámaras y fotógrafos que habían tomado la entrada del desangelado edificio. Dedujo que debía de tratarse del caso de la manada de Sevilla y, de camino a su despacho, se lo confirmaron y lo pusieron al día: el destacado diario digital vinculado a la

extrema derecha, que se estaba convirtiendo en el principal vocero oficioso del caso, se había hecho eco de un vídeo aparecido en las redes sociales con imágenes turbias de la supuesta violación en grupo. Las imágenes, además de desenfocadas y borrosas, eran de baja calidad; el sonido, poco más que un ronroneo perruno, un murmullo distorsionado e ininteligible. Las caras, tanto de los violadores como de la víctima, aparecían pixeladas. Por todas aquellas razones, el digital ponía en tela de juicio la veracidad del vídeo, concluyendo que no se podía lanzar tan alegremente una acusación de tal gravedad, máxime cuando uno de los presuntos violadores estaba en coma. Además, criticaba a la policía por ir siempre detrás de los hechos y no hacer su trabajo como era debido, mientras que se jactaba, por su parte, de «mantener su obligación constitucional de darle a la audiencia una información fidedigna y contrastada».

—Hay que joderse —musitó Iván.

Había estado tan ocupado con la muerte de Ale que no le había prestado demasiada atención a aquel caso. No obstante, cuando cerró la puerta de su despacho y se sentó en su mesa, no pudo evitar decirse que aquello sí que era un caso bien claro y no lo que él tenía entre manos, que ni siquiera proporcionaba carroña para la prensa de sucesos.

Quiso hablar con el comisario, pero le dijeron que estaba preparando la declaración a la prensa y que había pedido que no se le molestase bajo ningún concepto. Preguntó por Pilar, pero nadie sabía dónde estaba. Se la imaginó en los sótanos de la comisaría, rodeada de servidores y cables de red, navegando entre páginas y foros, buceando en la Internet profunda, chateando con otros h́ackers, y reventando códigos de acceso, y fue entonces cuando recordó la conversación con Leo y llamó a JJ.

A sus poco más de veinticinco años, JJ era uno de los mayores expertos en la noche sevillana y en todo lo que, de forma literal, se movía a su alrededor. Trabajaba de taxista con la licencia de su padre y no solo se encargaba de transportar personas. Conducía de acá para allá haciendo recados de todo tipo: entregas y recogidas de droga, de recaudaciones de bares y discotecas, de duplicados de llaves, de chicos y chicas de compañía, de sobres y paquetes de contenido incierto y, en general, de todo lo que hubiera que trasladar con urgencia, pero a lo que una empresa de mensajería pudiera poner remilgos. La base de la confianza que los clientes depositaban en él residía en su discreción y, sobre todo, en su carencia total de curiosidad. A JJ le podías meter en el maletero una jaula con un cachorro de tigre que él se limitaba a pedirte la dirección de entrega y, como mucho, si al animal había que darle de comer a

una hora determinada. Todo el mundo lo conocía en Sevilla y él conocía a todo el mundo que había que conocer en Sevilla.

Recogió a Iván en la puerta de la comisaría. El inspector ocupó el asiento del copiloto. Bajó la ventanilla, encendió un cigarrillo y, buscando darle conversación, le preguntó si estaba al tanto del caso de la manada y de la niña justiciera.

—Claro, como para no estarlo. ¿Adónde vamos?

Iván clavó la mirada en algún punto indeterminado fuera del vehículo y se recostó en su asiento. JJ no estaba muy hablador.

—Tú tira y ya lo vamos viendo.

A los diez minutos, tras dejar atrás la comisaría, salieron de intramuros y enfilaron la avenida de Torneo. Iván se decidió a preguntar por fin.

—Oye, ¿tú conoces a un tal A&P?

JJ contestó en un nuevo alarde de excesiva brevedad.

—No mucho.

—¿No sabrás dónde vive? Igual lo has llevado alguna vez...

—No estás de suerte.

El taxista se le resistía. Necesitaba saber adónde había ido A&P después de salir de casa de Leo.

—He sabido que un compañero tuyo, en la madrugada del lunes al martes, sobre las tres, lo llevó desde mi casa hasta la Gran Plaza, y esperó a que saliera para llevarlo a otro sitio. Podrías hacer unas preguntas...

El taxista procesó la información durante unos segundos.

—No te prometo nada —le dijo JJ—, pero, en cualquier caso, me debes una.

Después, descolgó el micrófono de la radio y lanzó la pregunta a las ondas. Siempre era así con él. Un experto en el *quid pro quo* del trapicheo. Aquel chico llegaría lejos, pensó Iván, al tiempo que escrutaba la férrea mirada del taxista a través del retrovisor.

En su deambular sin destino, el hombre había conducido hacia la zona de Nervión y, como el inspector no conseguía que sus pies entraran en calor, se acordó del baño turco y del *jacuzzi* frustrados en la BlackSun. Le pidió a JJ que lo llevara a la sauna antigua, la de toda la vida, que quedaba muy cerca de donde estaban.

—¿No prefieres la nueva, que está mucho mejor? —preguntó JJ.

—No —contestó Iván sorprendido; hasta donde él sabía, el joven taxista no era gay—. Estoy muy visto estos días por allí. Mejor vamos a la otra.

La sauna antigua se llamaba Isbilya, y resultaba curioso que todos en el ambiente la conocieran por *la antigua*, cuando no llevaba abierta más de tres años. Con la apertura de la BlackSun, unos meses atrás, esta le había robado la etiqueta de novedosa. Es el sino de los negocios del ocio: los clientes son fieles hasta que dejan de serlo, los mantienen en el candelerero o los arrojan al infierno de lo pasado de moda de un fin de semana para otro. Tanto era así que, cuando llegaron, después de que Iván despidiera a JJ y este se comprometiera a llamarlo si averiguaba algo, en la entrada le advirtieron que, de momento, era el único cliente. Pagó su entrada, dispuesto no obstante a relajarse en el baño turco y en el *jacuzzi*. ¿Dónde estaba escrito que en la sauna hubiera que echar un polvo a la fuerza?

Pronto consiguió entrar en calor, aunque el eco solitario de sus chanclas en los pasillos, el incesante rumor de la caldera o la profunda oscuridad entre los vapores inyectaron en su ánimo una inquietud de la que no consiguió desprenderse durante las casi dos horas en que permaneció dentro. Se sintió, por momentos, como un niño en un parque de atracciones cerrado para él. Una buena idea en principio, pero que se había revelado desilusionante y aterradora. Con el golpe del aire frío de la calle en la cara, decidió que tardaría un buen tiempo en volver a dejarse caer por allí, a pesar de que le habían invitado a uno de los tres vodkas cortitos con tónica que había consumido, como recompensa a su fidelidad.

Desde la misma puerta de la sauna llamó de nuevo a JJ. Cuando este hubo detenido el taxi junto a él, lo miró fijamente un par de segundos antes de que Iván entrara en el coche.

—¿Sabes algo ya de la carrera de A&P?

—De momento, ningún compañero ha contestado.

—Llévame a la Raya.

—¿Y eso? —preguntó JJ a través del retrovisor.

—Que no he follado ahí dentro y ahora me han entrado más ganas.

—Te va a costar el doble.

La Raya era una franja de la ribera del Guadalquivir de unos quinientos metros de longitud que iba desde el apeadero de la Renfe, en la Isla de la Cartuja, hasta la rotonda del Estadio Olímpico. Funcionaba como zona de *cruising* desde finales de la dictadura franquista, momento en que la libertad, al igual que en el resto del país, comenzaba a abrirse camino en Sevilla, aunque todavía no tanto como para que los gais ligaran sin pudor en la calle a plena luz del día, sin miedo a los insultos, a las palizas o al arresto policial. Lo que hicieron entonces fue buscar una zona apartada de las miradas que, al

mismo tiempo, fuese cercana al centro de la ciudad, accesible tanto a pie como en coche. Si aquel era el caso, el vehículo, además de ser un sitio donde encontrarse a cubierto y climatizado —la comodidad ya dependía de la marca y del modelo—, contaba con ventanillas que, al subirse, proporcionaban intimidad y, en las más que frecuentes situaciones de peligro, una mayor garantía de éxito en la huida. Con la llegada de Grindr y demás aplicaciones de encuentros gay, la popularidad de la Raya había entrado en barrena, pero aún eran muchos los que seguían acudiendo. Algunos seguían dentro del armario; otros no se fiaban de qué tipo de hombre se escondía tras el anonimato de los perfiles y, a los demás, los más numerosos, sencillamente les ponía la mezcla de erotismo, riesgo y clandestinidad de aquel espacio urbano y asilvestrado.

A la Raya se accedía por un desvío de la ronda Norte que desembocaba en unos aparcamientos que, los domingos por la mañana, se convertían en mercadillo de objetos de segunda mano. A partir de ahí, se tomaba una carretera estrecha de doble sentido, que discurría en paralelo al río. De tanto en tanto, se abría a caminos de tierra por lo general accesibles, salvo cuando llovía mucho, en cuyo caso, de la tierra manaban cepos de fango, enojosas mandíbulas para las ruedas de los vehículos de los conductores más incautos. Los senderos desembocaban después en multitud de islotes de árboles bajos y arbustos, que ofrecían tupidos y umbríos refugios para los amantes ocasionales y apresurados. Allí ocultos, de pie y en número variable, afanaban un desahogo lodoso pero eficaz. Aquellas cabañas naturales, como era de esperar, no estaban lo que se suele decir muy limpias, y del olor era mejor no dar detalles.

Llegaron cuando acababan de dar las seis de la tarde. Iván nunca había ido a la Raya a aquellas horas, por lo que le sorprendió la belleza de la estampa: aunque ya era de noche, en el horizonte sobre el río aún se adivinaba una finísima franja anaranjada. Daba la impresión de que allá, a lo lejos, se estuviera originando un incendio de proporciones épicas. También le llamó la atención tanto trasiego: a vuelapluma, contó unos ocho coches y seis paseantes. Al ser jueves y no muy tarde, creyó que habría menos hombres. JJ esbozó una explicación:

—La mayoría trabajan en el Parque Tecnológico de la Isla de la Cartuja. Ya sabes, acaban de salir de la oficina y se han dejado caer por aquí a ver si, con un poco de suerte, echan un polvo rápido antes de volver a casa con los críos y la parienta.

Lo dijo así de corrido, en una parrafada que excedía con mucho su habitual concisión. Iván asintió antes de ponerse pedigüeño.

—Hazte algo —le pidió.

—Solo tengo un poco de *speed*.

—Joder, no sé qué coño os ha dado ahora a todos con el puto *speed* de los cojones. ¡Con la resaca que deja!

—Es más barata que la coca —dijo él encogiéndose de hombros—. Solo la uso cuando estoy muy cansado y todavía me quedan horas con el taxi. Además, a caballo regalado... —JJ hizo bailar entre sus dedos el paquetito blanco—. ¿La quieres o no?

—Qué le vamos a hacer —contestó Iván mientras sacaba la cartera y, de ella, la VISA y un cupón de la ONCE que enrolló en un tubo—. Dale.

Después de dos rayas, Iván salió del coche para dar una vuelta. JJ no quiso ninguna y no salió. El inspector seguía sin tener la certeza de si era o no gay, pero se había dado cuenta de que lo había llevado hasta la Raya como si no fuera su primera vez. Estuvo tentado de volver al coche y preguntarle a bocajarro, pero pensó que mejor no, pues la situación tenía su gracia. Su punto de morbo, incluso. Ya lo averiguaría. Para qué andarse con prisas.

Se adentró por uno de los senderos de tierra. La escasa luz le impidió ver los charcos y el barro fresco producido por la impenitente lluvia de los últimos días. Cuando quiso darse cuenta, ya llevaba los zapatos chorreando. Continuó por aquel camino hasta que alcanzó uno de aquellos islotes vegetales cubiertos. La oscuridad allí dentro era aún mayor. Dos hombres se besaban y se acariciaban con los pantalones y los calzoncillos bajados hasta los tobillos cuando, al oírlo llegar, se sobresaltaron. Los tres se quedaron quietos mirándose expectantes. Iván se llevó una mano a la entrepierna y acarició su incipiente erección. Uno de los hombres sacudió la mano en el aire, una invitación inequívoca para que los dejara solos, así que dio media vuelta y regresó al camino embarrado. Definitivamente, aquel no era su día.

El frío, la humedad y el fracaso empezaron a calar en su ánimo. Las hojas mojadas de los arbustos, ya casi invisibles, le azotaban la cara. Sentía el gomoso chapoteo de los pies dentro de los calcetines. Era hora de largarse de allí. Con todo, el *speed* lo tenía cachondo y JJ no estaba nada mal. Mientras intentaba volver sobre sus huellas para evitar más charcos, vio que otro hombre venía en su dirección. Ambos ralentizaron la marcha y se miraron de arriba abajo. El inspector consideró que era demasiado mayor para su gusto y continuó avanzando. Sin embargo, el otro se paró y siguió clavándole los ojos. Cuando lo tuvo cara a cara, Iván pudo ver su sonrisa maliciosa. Al

echarse a un lado para no chocarse con él, hundió el pie derecho en el barro casi hasta el tobillo. Con toda la dignidad que fue capaz de reunir, continuó su camino cojeando y maldiciendo su suerte. Pero, un par de metros más adelante, creyó percibir una risa apagada a su espalda. Entonces, se giró para decirle al viejo de los cojones que fuera a reírse de su puta madre, pero ya no estaba allí. Se había metido en el refugio vegetal con los otros dos tipos.

JJ lo vio regresar al taxi en aquel estado y también se rio, pero al montarse el inspector, la risa se le cortó en seco.

—Joder, tío, ¿me estás poniendo la alfombrilla perdida de barro!

—Con lo que me va a costar la carrera, podrás dejarlo más limpio que mi cuenta corriente —dijo Iván señalando el taxímetro—. Venga, hazte otra raya.

—Pero ¿todavía no nos vamos?

—Por eso mismo, como fin de fiesta.

JJ había esperado con el motor en marcha y la calefacción encendida. Mientras preparaba la droga, Iván consiguió calentarse un poco. Después de meterse la raya, se estiró sobre su asiento como un gato y encendió un cigarrillo. Comenzaba a sentirse mejor cuando un coche los sobrepasó, paró unos quince metros más adelante y, después, apagó las luces y el motor. Al inspector le resultaba familiar aquel vehículo. Intentaba recordar de qué cuando llegó otro, también por detrás, adelantando al taxi de JJ hasta detenerse muy pegado, a la izquierda del primero. Era negro y tenía las lunas tintadas. A diferencia de aquel, dejó el motor en marcha y las luces de posición encendidas, pero desde aquella distancia Iván no podía leer la matrícula. Las ventanillas del conductor del primer coche y del copiloto del segundo descendieron.

—Ya verás cómo hoy va a triunfar todo el mundo menos yo.

—Iván, esos dos no tienen pinta de estar ligando.

JJ tenía razón. Sin parar el motor, el conductor del segundo coche se apeó. Con movimientos rápidos llegó hasta la ventanilla del conductor del primero, le entregó algo y, a cambio, recibió otra cosa. Con un manotazo impulsivo, Iván encendió las luces largas del taxi. El conductor del segundo vehículo se quedó paralizado, como un conejillo deslumbrado por el fogonazo de un camión en mitad de una carretera rural en noche cerrada. Iván lo reconoció al instante: era A&P. El joven corrió a meterse de nuevo en su coche.

—¡Síguelo! —gritó Iván.

—Pero ¿qué dices, loco?

—¡Que lo sigas, coño!



Al ver que JJ no reaccionaba, Iván salió del taxi, lo rodeó por delante y lo sacó a empujones para ocupar su asiento. A&P se estaba escapando en su coche negro de lunas tintadas, un coche negro de camello. Sin darle tiempo a cerrar la puerta del taxi, Iván metió primera y apretó a fondo el acelerador. Las ruedas traseras giraron sobre sus ejes a toda velocidad, pero el vehículo no se movió, limitándose a chapotear con un sonido bronco y lastimoso, al tiempo que expulsaba una vaharada de humo denso que, en el frío de la noche, parecía más sólido que gaseoso.

—¡Joder! ¿Qué coño le pasa a esta mierda de tartana?

—Se ha quedado atascado en el barro —dijo JJ en un tono tranquilo que exasperó a Iván todavía más—. No insistas con el acelerador, que es peor.

Descorazonado, Iván paró el motor, bajó del taxi y observó cómo el coche negro de A&P se alejaba fundiéndose en la oscuridad con la carretera. Después, furioso, se volvió a JJ y le propinó un fuerte empujón en el pecho que acabó con el taxista cayendo en el barro.

—¡Serás hijo de puta! ¿Yo qué culpa tengo?

—Te lo mereces, por inútil —respondió Iván.

—Que sepas que esta me la vas a pagar.

—Ya te la estoy pagando. Al doble, ¿recuerdas?

Iván dejó a JJ levantándose del suelo y sacudiéndose el barro mientras él se dirigía hacia el primer coche, que le resultaba familiar y que, para su sorpresa, no se había movido de allí. En ocasiones como aquella se cuestionaba si era correcto no llevar nunca consigo ni la placa ni la pistola reglamentaria, pero se le pasaba cuando recordaba la cantidad de cosas que perdía, sobre todo, en las noches de fiesta. Lo único que le faltaba a su grueso expediente en Asuntos Internos era reportar la pérdida de cualquiera de aquellos dos objetos. Aunque quizás el motivo principal fuera más sencillo: no salía nunca con placa ni pistola para no ahuyentar a los camellos y a la mayoría de sus potenciales amantes. No a todos: sabía que para más de uno eran poderosos estimulantes.

Cuando estuvo a la altura del vehículo y escudriñó por la ventanilla, las palabras se quedaron sin fuelle, desvanecidas de asombro en su garganta. Sin embargo, el conductor no dudó en hablar:

—¿Se puede saber a qué viene tanto escándalo, inspector? Y yo que creía que esto era un lugar tranquilo...

Roberto lo miraba con ojos risueños. Iván tuvo que obligarse a recuperar la calma para no sacarlo también a empujones del coche y partirle la cara.

—Sal ahora mismo.

—Pero...

—¡Baja ya! —ordenó Iván.

Roberto obedeció sin rechistar, pero antes de hacerlo se echó un anorak por encima. Iván vio cómo se guardaba algo en el bolsillo.

—¿Qué haces tú aquí?

—Lo mismo que todos —respondió Roberto. Tras una pausa, añadió—: Lo mismo que tú.

Aunque esperaba una respuesta parecida, Iván se vio obligado a sopesarla antes de continuar. El de viudo frío era un papel que a Roberto le iba de perlas, pero ¿el de viudo alegre? Ni de coña.

—¿Y qué te traes entre manos con A&P?

—¿Me estás interrogando? A ver si voy a tener que pedirte lo mismo que te pidió mi suegro: que te vayas a la mierda —contestó Roberto—. A no ser, claro, que se trate de un interrogatorio oficial y, entonces, tendré que decirte que solo responderé delante de mi abogado y en una comisaría. Que aquí hace un frío que pela.

—Venga, Roberto, no me toques las pelotas —exclamó Iván abriendo mucho los brazos—. Llevo dos días tratando de localizar a A&P y llegas tú, justo tú, el monje de clausura, y das con él antes que yo.

—Qué quieres que te diga. Yo no voy a decirte cómo tienes que hacer tu trabajo. A lo mejor tienes la cabeza embotada con tanta fiesta como te metes.

El inspector iba de asombro en asombro. Le costó asimilar la acusación de su amigo.

—Te lo advierto, Roberto —su voz se tiñó de una violencia contenida—: no te pases.

—¿O qué? ¿Me vas a pegar, como has hecho con tu amigo el del taxi?

Iván casi pudo sentir la presión en el pecho. Le pareció como si Roberto le estuviera devolviendo el empujón que él le había dado a JJ. Aquella sensación le obligó a respirar hondo y a mantener el aire en los pulmones durante unos segundos. Lo suficiente para comenzar a notar el efecto balsámico del oxígeno.

—Tienes razón —dijo dándole la espalda a Roberto y volviendo hacia el taxi—. Llámame cuando te dé la gana.

Sin embargo, Iván se había olvidado por completo de que el coche de JJ estaba atascado en el barro. Solo una grúa o un vehículo más potente, como un todoterreno o similar, podría sacarlo del atolladero. Un vehículo como el de Roberto.

Por suerte para él, no tuvo que rebajarse a pedirselo; ya estaba dando marcha atrás hacia ellos. Sin mediar palabra, Roberto paró, salió y sacó del maletero una correa de remolque de nailon. JJ lo ayudó y ataron sus respectivos coches. En menos de un minuto, con el motor del automóvil de Roberto a todo gas tirando del taxi, consiguieron desatascarlo. De inmediato, JJ se despidió agradeciendo su ayuda a Roberto y recordándole a Iván que le debía sesenta euros.

—Mi definición de una noche redonda —dijo el inspector en voz baja mientras lo veía marcharse en la oscuridad.

—Aquí no hay nada para nosotros. Te invito a una copa en casa, a ver si conseguimos enderezarla.

Iván acababa de reparar en que lo había traído JJ. Lo que le hubiera faltado para rematar el día hubiera sido tener que volver a casa a pie, así que no le llevó mucho tiempo valorar la oferta de Roberto. Solo un vistazo a sus zapatos le impidió aceptar de inmediato.

—No te preocupes —lo tranquilizó Roberto mirándolos también—, no lo voy a limpiar yo. Además —dijo mientras arrancaba y metía la primera—, tengo dos coches más.

## 23. JUEVES POR LA NOCHE

---

Lana se acababa de marchar. En el aire del lujoso piso del barrio de Santa Cruz se percibía todavía su lechoso olor a nardos. Un intenso pero agradable perfume que activó en la mente de Iván el recuerdo de la última vez que había estado allí. Roberto le contó que, a medio plazo, en cuanto los hijos de la ecuatoriana se hicieran mayores, era su intención pedirle a ella que se viniera con su marido a vivir al edificio. Podrían ocupar el apartamento contiguo, conectado con el suyo por una puerta que entonces permanecía cerrada bajo llave. De hecho, además de la vivienda, tenía pensado cederles la gestión de los cuatro apartamentos turísticos. Con lo que su familia le ingresaba, él tenía más que de sobra para mantener su actual nivel de vida, máxime cuando Ale ya no estaba. Él se conformaría con seguir practicando idiomas con los turistas. Por el momento, Lana seguía volviendo todas las noches a su casa en el Polígono Norte, junto a su marido, ecuatoriano como ella, y sus tres hijos, españoles de nacimiento.

Roberto lo animó a darse una ducha caliente y le facilitó ropa seca.

—Aunque te quede grande, el cambio te va a sentar de maravilla.

Secándose frente al espejo del cuarto de baño, Iván lamentó no haber ido últimamente con más frecuencia al gimnasio y, sobre todo, haber bebido más alcohol de la cuenta. La fragante vaharada de suavizante que expelía la camisa de Roberto le trajo a la memoria un recuerdo muy lejano que no supo identificar, muy agradable en cualquier caso y, para su sorpresa, nada sexual.

En el salón, debajo de la cheslón, seguía abierto por la mitad el tocho sobre arquitectura soviética. A diferencia de la vez anterior, Roberto había ocupado uno de los dos sillones centrales tapizados en terciopelo dorado y rojo granate. En el centro, sobre una mesita baja de acero y cristal, Roberto había dispuesto una bandeja con las bebidas y el hielo. Iván se fijó en que las tres piezas del mobiliario tenían pinta de haber sido diseñadas por Philippe

Starck y de costar más que todo lo que había en su apartamento. Lo que, dicho fuera de paso, tampoco era mucho.

—Recuerdo que tomabas vodka, pero no con qué.

—Con tónica. Cortito, por favor —respondió Iván mostrando una separación de un centímetro entre los dedos índice y pulgar de la mano derecha.

—Marchando.

Iván se paseó por el enorme salón buscando la fuente de la que manaba una música *neo-soul* que satinaba el aire con ritmos mullidos y sedosos, y que creaba una atmósfera cálida. Encontró una instalación de minúsculos altavoces inalámbricos, camuflados y mimetizados con el espacio: dentro de un jarrón, detrás de unos libros, encima del mueble bar. Poco a poco, la desastrosa tarde comenzaba a hacerse a un lado. Se sentó en otro sillón y dio un sorbo largo y tranquilo a su copa. Disfrutó durante unos minutos, concentrado solo en la negra voz de mujer que parecía cantar susurrándole al oído, hasta que por fin Roberto se decidió a hablar.

—Lo que te dije antes era la verdad: fui a la Raya para echar un polvo rápido. —Hizo una pausa, como si quisiera apagar el eco de unas palabras que, aunque suyas, se le antojaban tan inapropiadas—. Pero fui también porque estaba muy enfadado. Enfadado con Ale, con sus amigos, con su familia... Con su muerte, que ha sido tan injusta. Y, sobre todo, con quien de verdad estaba enfadado era conmigo mismo.

Aunque se había sentido interpelado, Iván esperó a que Roberto continuara. Sabía por experiencia, tanto en momentos personales como en interrogatorios policiales, que en esas circunstancias lo mejor era dejar que el interlocutor soltara todo lo que tuviera que soltar.

—Me siento culpable de la muerte de Ale, ¿te lo puedes creer? Desde el domingo no dejo de pensar que, si no hubiera sido tan permisivo con él, si no le hubiera dado dinero para sus locuras, si lo hubiera obligado a asentar la cabeza, o si, por lo menos de vez en cuando, me hubiera animado a salir con él, para así haberlo tenido más controlado... Si esto, si lo otro, si lo de más allá... Todo me señala como responsable último de su muerte.

—Tú no tienes la culpa —dijo por fin Iván en un tono que sonó a reprimenda, autoritario—. Él ya era mayorcito.

—¡Pero si era un niño! —exclamó Roberto—. Puede que legalmente fuera un adulto, pero aún no había madurado. O, más bien, no quería madurar. Tuvo una infancia tan triste en ese pueblo de mierda, con esa repugnante familia, que cuando llegó a Sevilla no quiso renunciar a lo único que él

consideraba un auténtico lujo: hacer todo lo que de pequeño nunca le habían permitido, vivir su vida y divertirse. Y yo se lo consentí encantado. ¿Qué otra cosa podía hacer si él era tan feliz así? Sin embargo, ya ves, ahora me siento culpable. Ale todavía podría seguir con nosotros si yo...

—Si tú, nada —interrumpió Iván—. Tu marido sabía muy bien que jugaba con fuego. Todos los que jugamos a ese juego lo sabemos. ¿O qué te crees, que yo no soy consciente de mis excesos? Tú mismo me lo dijiste antes en la Raya: a lo mejor ya me están pasando factura y por eso no doy pie con bola en el trabajo. La diferencia está en la dosis de fiesta que te metas; lo que le ocurrió el domingo a Ale es que se le fue la mano con la suya. Y a mí, de momento, aún no se me ha ido.

Roberto lo miró con cara de asombro. El propio Iván se había quedado estupefacto. Nunca a nadie, ni siquiera a sí mismo, había reconocido que empezaba a tener un problema de consumo de drogas. Quiso achacarlo a los efectos residuales del *speed* de JJ, y quizás por eso decidió retomar el hilo anterior de la conversación.

—Por otra parte —dijo suavizando el tono—, me da igual contra quién vaya dirigido tu cabreo; no es excusa para que empieces a comportarte como Ale.

—Mi marido murió follando con otros tíos —repuso Roberto con tristeza—. Mi enfado me llevó a querer sentirme como él. A modo de desagravio.

—Tú no eres así —sentenció Iván.

Habían acabado sus copas. El inspector se tomó la libertad de servirse la segunda y Roberto le pidió que le pusiera otro *whisky* con hielo.

—Por otra parte, sigo sin entender cómo contactaste con A&P —preguntó Iván—. Que yo sepa, tú ni siquiera tienes perfil en Grindr.

—No des tantas cosas por sentado, querido.

—Tienes razón. Lo mismo hasta eres un depredador sexual —dijo Iván entre risas—. Pero dime la verdad.

—Pura casualidad. Cuando llegaba a la Raya por la ronda Norte, paramos en un semáforo a la misma altura. Lo reconocí y él me reconoció a mí. En un arrebato de chulería, le pregunté si llevaba algo para pasarme y me contestó que sí. —Roberto extrajo de su bolsillo la bolsita que había escondido en la Raya y se la entregó a Iván—. La verdad es que no sé por qué lo hice. Puedes quedártelo, yo apenas tomo nada, solo en ocasiones especiales.

—Gracias —dijo Iván—, ¿qué es?

—*Speed*.

—Joder con el *speed*.

—A caballo regalado...

—Pues sí. Gracias de nuevo —dijo Iván guardándose la bolsita—. La reservaré para una emergencia. Entonces, ¿A&P y tú ya os conocíais?

—Claro. Venía mucho a casa en busca de Ale. Yo sabía que era uno de sus camellos. Ya te he dicho que nunca me ocultaba nada.

—¿Sabías... sabías que también follaban? —preguntó Iván muy despacio.

—Ale se lo montaba con todos los guapos —contestó Roberto muy resuelto—. A&P lo es, ¿no te lo parece a ti?

Iván prefirió no contestar. Su mirada se topó con un reloj en la pared. Iban a dar las once. Como advertido de la hora, su estómago le asestó una cornada: aún no había cenado.

—Y, dime, ¿lo notaste raro? A A&P, me refiero.

—No lo sé, Iván. Yo estaba muy nervioso con la situación. No me fijé en cómo iba. Luego sí, cuando le diste el acelerón al taxi de tu amigo. A&P se asustó y salió de allí quemando goma.

De nuevo, Iván pudo oír la voz de Ale escondida tras aquella expresión de Roberto. Apuró el trago. Era hora de irse y aquel pareció captar la indirecta.

—Hoy me ha llamado Mariángeles —dijo con los ojos brillantes—. La inquilina de Ale.

—¿Ale tenía un apartamento propio?

—Un pequeño estudio. Se lo compró el año pasado, más o menos por estas fechas. Lo hizo en uno de sus conatos de sentar la cabeza, justificándolo como una inversión con la que tener un ahorro, un seguro para el día de mañana. La verdad es que no tardó mucho en encontrar quien se lo alquilara y tuvo mucha suerte: Mariángeles no daba ruido ninguno y le pagaba religiosamente. Eso sí, el alquiler no le llegaba para la hipoteca y yo cubría la diferencia todos los meses.

—Menuda inversión.

—Como todo lo que hacía Ale: buena voluntad y dudosos resultados.

—¿Para qué ha llamado la inquilina?

—¡Ah, sí! ¡Casi se me olvida! —exclamó Roberto con la voz un poco gangosa a causa de las dos bebidas bien cargadas y de su poca costumbre—. Creo que Ale tenía intención de dejarme.

—¿Ella te ha dicho eso? —preguntó Iván perplejo.

—No. Pero sí que Ale la llamó para rescindir el contrato. Yo de eso no sabía nada. La única explicación es que quisiera dejarme y que necesitaba un sitio para vivir.

—Eso tú no lo sabes, Roberto. —Iván se acercó y le puso una mano en el hombro—. Me parece que estás aventurando demasiado.

—Puede que sí, puede que no —dudó Roberto poniendo la mano sobre la de Iván.

Durante unos instantes, se miraron a los ojos. Los de Roberto, azules como nunca, brillaban ahogados en el alcohol y la pena. Iván creyó ver, además, al fondo, un fogonazo de deseo. También la mano de Roberto y su cálida presión sobre la suya le estaban enviando señales. Él mismo comenzó a sentir una incipiente erección. Pero podía ser que, quizás, lo estuviera malinterpretando todo, así que retiró la mano del hombro de Roberto y se despidió con una torpeza apresurada.

De todos modos, ya más tranquilo y mientras andaba de vuelta a casa, supo que no tardarían en volverse a ver. Como refrendando sus pensamientos, su móvil vibró con la entrada de un wasap de Roberto. «Gracias por escucharme y por entenderme. Te debo una. Tú me debes una copa».

Una sensación extraña y ambigua se apoderó de él. ¿Cuándo había él desperdiciado una ocasión para echar un polvo? Y, sin embargo, estaba convencido de que la decisión que había tomado era la correcta. Por Roberto. También por él.

Al llegar a casa, su iPhone le recordó un motivo más por el que no habría sido buena idea acostarse aquel día tarde, borracho y drogado: al día siguiente tocaba la ITV para el bicho. A ver si, por una vez en mucho tiempo, podía pasarla sin tener que aguantar el rapapolvo del doctor Lucena.



## 22. VIERNES POR LA MAÑANA

---

El doctor Lucena dirigía, desde principios de los noventa, la Unidad Clínica de Enfermedades Infecciosas, Microbiología y Medicina Preventiva del Hospital Universitario Virgen del Rocío, el más grande de los hospitales de la capital de Andalucía y uno de los más importantes del país. Lucena se jactaba de que por sus manos había pasado el noventa por ciento de los portadores del VIH detectados en Sevilla. La suya era considerada la opinión más experta y cualificada entre sus colegas, y él, una eminencia entre sus pacientes. Además, a lo largo de los últimos diez años había sido distinguido con toda suerte de premios, honores y reconocimientos a sus hallazgos en la materia y, en general, a toda su carrera, tanto en el ámbito nacional como internacional. Sus artículos sobre el virus, publicados en las más prestigiosas revistas médicas y científicas, se esperaban como encíclicas por los fervientes servicios de Infecciosos de todo el mundo. Por ello, hacía tiempo que su nombre sonaba con insistencia para la Medalla de Andalucía. También eran alabadas su humildad y su constancia, pues a pesar de los laureles, continuaba atendiendo las consultas de manera regular y llevaba en primera persona y, siempre que su apretada agenda se lo permitía, el seguimiento cara a cara y personalizado de un determinado grupo de pacientes.

Por ello, aunque Iván tenía la absoluta certeza de que nunca se habían caído bien, no entendía por qué el doctor Lucena se empeñaba en incluirlo a él en aquel grupo de elegidos. Aparte de que, casi diez años después de que le diagnosticaran el bicho, en la actualidad su medicación consistía en una única pastilla al día, y la frecuencia de sus revisiones se había reducido a dos veces al año. Es decir, no entendía qué veía el insigne médico en él, siendo como era un paciente con tan poco interés para la ciencia.

Para colmo, en la última revisión habían discutido. Quizás lo más apropiado sería decir que Lucena había abroncado a Iván, cogiéndolo además

desprevenido. El rapapolvo se había debido a que el equipo de la Unidad estaba detectando una relajación en los comportamientos sexuales de la población de Sevilla. Sobre todo, entre los varones más jóvenes, la mayoría gais, pero también heteros, que daban por hecho que, gracias a las terapias con fármacos retrovirales, el síndrome se había convertido en una patología crónica, pero no mortal, como en los lejanos inicios de la epidemia, a finales de los setenta. Por ello, habían dejado de ponerse condón, lo que, a su vez, estaba acarreando un incremento de otras enfermedades de transmisión sexual. Lo peor era que, poco a poco, aquella conducta temeraria la habían ido adoptando también los menos jóvenes. De hecho, seis meses atrás, durante la revisión, le detectaron una infección por sífilis, y de ahí la reprimenda de Lucena.

Pero aquel día Iván no estaba dispuesto a que se repitiera la escena. Pensaba que, aunque reconocía que el doctor tenía razón, el hecho de que él hubiera dejado de tomar precauciones, de que la mayoría de las veces no recordara ponerse condón porque iba muy colocado y porque ya nadie lo usaba durante las sesiones de *chemsex* —de hecho, a los novatos se les notaba su condición porque insistían en ponérselo y eran, por ello, objeto de continuas bromas de los más experimentados como él—, aquello no le autorizaba a reñirle como a un niño pequeño. Y, además, a ello se sumaba que la semana anterior se había hecho una analítica completa por su cuenta en una clínica privada, y los resultados habían arrojado un resultado claro: ni sífilis, ni clamidia, ni gonorrea. Estaba limpio.

Pero, aunque en aquel aspecto podía sentirse tranquilo, le inquietaba que la relación con su entorno no era del todo sincera. Ser seropositivo era su pequeño secreto. El episodio de la redada en el Kavafis estaba ya superado en el trabajo, pero la noticia de que era portador del virus habría caído como una nueva bomba de nefastas consecuencias, teniendo en cuenta, además, que cuando se lo diagnosticaron llevaba muy poco tiempo divorciado de Alicia. En aquellos días, ambos hacían esfuerzos por construir una nueva relación de amistad, moderna y civilizada, y él no quiso añadir más presión detallando sus pasadas incursiones clandestinas a los cuartos oscuros. Reconocía que debería haberle dicho algo, sobre todo para asegurarse de que ella no estuviera infectada también, pero en aquel momento su deseo de arreglar las cosas y de que ambos gozaran de un merecido bienestar anímico pudo más que la mancha física. Intentaba convencerse a sí mismo de que, de todos modos, ya había pasado un tiempo más que suficiente para que el bicho hubiera dado la cara en el caso de que Alicia lo tuviera también.

¿O no?

Anunciaron su turno en la pantalla de la sala de espera, respiró hondo y se obligó a entrar en la consulta con una sonrisa amplia y un tanto exagerada.

Salió una hora más tarde. Como siempre, con el cuerpo cortado. En la puerta del Virgen del Rocío, pidió un Cabify hasta la comisaría. Era en trayectos largos como aquel cuando más echaba en falta el coche y la moto, a los que todavía les quedaban unos cuantos días en el taller. Para pasar el mal trago, comenzó a resolver tareas pendientes y empezó por la más urgente: saber si JJ había tenido suerte y había recibido información sobre la carrera de A&P de algún compañero. Pero el taxista no le devolvió ni aquella ni ninguna de las cuatro llamadas que le haría a lo largo de la mañana. Tenía también un wasap de Roberto: «Llárame cuando puedas, pls». En aquel anglicismo abreviado se agazapaba Ale de nuevo.

Iván no tenía en aquel momento ni cuerpo ni alma para conversaciones personales. Aunque los resultados fueran positivos y todos los niveles estuvieran bajo control, no podía evitar que el ánimo se le oscureciera cada vez que abandonaba la ITV. Tanto como se había oscurecido el día, encapotado y obstinadamente otoñal. Por ello marcó el número de Pilar.

—¿Andas por la comisaría?

—Sí.

—Entonces, espérame; tardo veinte minutos en llegar, siempre y cuando el tráfico se comporte.

Pero fueron más del doble, cuarenta y cinco minutos, los que transcurrieron hasta que atravesó la puerta de su despacho, donde la agente Ojeda lo estaba esperando. La mera visión de su compañera, sentada en su silla y con el portátil de Ale abierto encima de su mesa, despejó como un soplido los nubarrones de su mente.

—Se me olvidó comentarte que a los sevillanos nos encanta echarnos a las calles con nuestros coches los días de lluvia —dijo Iván a modo de saludo—. Colapsar las arterias principales de nuestra muy noble, muy leal, muy heroica, invicta y mariana ciudad<sup>[2]</sup> es una tradición tan arraigada como la Feria de Abril o la Semana Santa.

—Ahora que lo dices, te confieso que estoy muy intrigada con vuestra Semana Santa. Faltan algo así como cinco meses y, sin embargo, tengo la impresión de que la vivís todo el año.

—No lo dirás por mí, que ni me va ni me viene.

—Debes de ser de los pocos. Ayer tuve que esperar más de una hora para acceder al garaje de mi casa porque había un, ¿cómo lo llamáis? ¿Un trono?

—Un paso.

—Eso. Un paso ensayando delante de la misma puerta de mi garaje. Habían cortado la calle sin avisar. No había ni policías municipales. Pero lo más extraño era que ningún vecino se quejaba, como si tuvieran asumido que eso es así, como tiene que ser. Como si las ordenanzas no fueran con ellos. Como si el paso tuviera patente de corso.

—Más bien dispensa papal —la corrigió Iván con una media sonrisa—. Ya te irás acostumbrando. Lo mejor es que te dejes llevar. Que fluyas con la ciudad, como hacemos todos, nos guste o no: fluir como el Guadalquivir.

Iván se sentó en el asiento del confidente provocando que ella, que parecía reflexionar sobre las palabras del inspector, se sintiera de pronto incómoda por usurpar el suyo y se levantara como un resorte.

—Sigue, sigue ahí, no seas tonta. No creo que vaya a quedarme mucho tiempo, y aquí vas a trabajar más tranquila que ahí fuera —le aseguró Iván señalando, a través del cristal del despacho, la sala común donde se ubicaba la mesa de Pilar—. Sé de lo que hablo: no siempre he tenido despacho propio, como te podrás imaginar. Esa sala compartida con nuestros queridos compañeros, machirulos unicejos uniformados, fue durante mucho tiempo un suplicio para mí, sobre todo los días que venía con resaca. Cien por cien comprobado: aquellos días, los chistes que triunfaban en la comisaría eran los de maricones. —Iván cabeceó con desdén—. Supongo que ahora también, pero como en estos momentos estoy al mando, se cuidarán mucho de hacerlo en mi presencia.

—Los chistes machistas también figuran en su *top ten* —corrigió Pilar, como si acabara de recordar algo en voz alta—. Y, últimamente, también los de la manada de Sevilla. Por supuesto, convirtiendo a la *xiqueta* en una zorra.

—Chistes sobre una manada en boca de otra.

Pilar se arrellanó en la silla y puso las manos en forma de ojiva, con los codos apoyados en la mesa y las yemas de los dedos de una apoyados sobre los de la otra. Antes de continuar, se dio tres toques suaves en los labios con los índices.

—¿Alguna novedad sobre la muerte de Ale?

—Para serte sincero, lo poco que he ido encontrando ha sido más de lo mismo. Voy acumulando pequeñas incongruencias.

—Eso es precisamente un caso, ¿no? Un cúmulo de incongruencias. —Pilar separó las manos y agitó los dedos en el aire—. Pasa como con la picadura de la abeja. Una sola puede ser muy molesta, pero con un puñado de ellas, y sin siquiera ser necesario que te pique *la bresca...*, el panal al

completo, quiero decir, la acumulación de veneno puede provocar una reacción tóxica fatal. Hasta la muerte.

—Pues a mí este caso me está acribillando —convino Iván, a quien el símil le pareció de lo más acertado—. Te aseguro que yo no pienso dejar que una reacción de esas me deje en el sitio.

—Se llama *shock* anafiláctico.

—Pues yo no pienso quedarme en *shock*. Lo voy a resolver antes de que eso suceda.

Pilar sonrió. Iván pudo comprobar que, aun presa de cierta timidez, su sonrisa era cada vez más suelta y refrescante. No se le ocurría mejor terapia que charlar con aquella mujer, del tema que fuera, para darle una buena paliza a sus fantasmas.

—¿Y tú, Pilar? ¿Tienes algo?

—Tampoco mucho: el portátil de Ale, una vez destripado, no tenía nada de interés; el perfil de A&P sigue inactivo; los listados que me trajiste de la BlackSun ya no dan más de sí. Y, si a todo esto le sumamos el hecho de que ayer no tuve noticias tuyas, el resultado es que me he quedado un poco perdida.

—¿Eso ha sido un reproche?

—No, inspector, *Déu me'n guard!*

Entonces fue Iván quien lanzó una sonrisa resplandeciente. Pilar iba a traducir su exclamación, pero él la hizo desistir con un gesto de la mano.

—De modo que —continuó la agente— se me ocurrió seguir la pista de la droga, buscar al narco que le vende el material a los camellos de la ciudad.

—Esa información te la podría haber proporcionado yo. —A Iván la voz le salió con un indisimulado matiz de vergüenza, aunque trató de mantener un semblante neutro.

—Supuse que el señor inspector estaría atareado en cosas más importantes —contestó Pilar, más para arrojarle un salvavidas que para echarle nada en cara—, así que se lo pregunté al Julián. Me está ayudando mucho desde que me trasladaron a Sevilla. Fíjate que, gracias a él, por ejemplo, encontré el apartamento donde vivo, en Triana. Es muy chulo.

Detrás de aquel «chulo», Iván no sabía si se escondía el apartamento de Triana o el propio Julián, lo cual delataría un ataque en toda regla por el flanco de los celos. Aquello le chocó más incluso que el artículo determinado antes del nombre propio, tan catalán.

—El Julián y yo nos conocemos desde hace años —dijo Iván—. Es un buen profesional y mejor compañero.

—Eso dice todo el mundo. Y lo cierto es que es un sol.

Pero ¿Pilar no era lesbiana? Ya no estaba tan seguro. Volvió a sonreírle.

—Él me facilitó un par de nombres de narcos —continuó Pilar—. Hice algunas llamadas e investigué sus redes sociales.

—¿Los narcos también dejan rastro digital?

—No te imaginas cuánto puede la vanidad —contestó Pilar—. Con tal de presumir de lo que ganan y de lo que tienen, esos tipos llegan a exponer hasta sus secretos de alcoba. Una vez, arresté a un gallego que colgaba fotos en todas las *suites* de los hotelazos donde se hospedaba. Solo tuve que ubicar cada uno de ellos en un mapa de carreteras y unir los puntos para trazar la ruta por la que el tipo movía la droga. Si yo se lo hubiese permitido, en el momento de la detención, el *torracollons* se habría hecho un selfi conmigo para subirlo a Instagram.

A Iván solo se le venía ya una palabra a la mente: *crack*.

—Bueno, a lo que iba, inspector. Profundizando más, preguntando y atando cabos...

—O sea, pirateando...

—Yo lo llamaría, más bien, *aprovechando grietas* —repuso Pilar—, pero lo importante no es cómo, sino qué he descubierto.

—Soy todo oídos.

—Las cantidades que, de un tiempo a esta parte, estaba moviendo A&P ya no eran un vulgar trapicheo. —La agente Ojeda efectuó una pausa que a Iván le pareció un poco dramática; se estaba gustando—. Estamos hablando de cantidades grandes. De muchos dígitos.

—¿Cómo de grandes?

—No tengo aún el dato exacto, pero si mis sospechas son correctas, podrían ser de las que te sacan de la calle para toda la vida. A ti, a tus hijos, a tus nietos, a tus bisnietos...

—Joder, qué bien. Y yo, la otra noche, sin saberlo.

—Sin saber que estabas follando con un capo —se burló—. Perdona que te lo diga, pero suena a romance de telenovela. El poli y el narco.

Iván no le siguió la broma. No porque no le hiciera gracia, sino porque estaba intentando digerir la información para formular las nuevas preguntas que empezaban a agolparse en su cabeza.

—Perdona —dijo Pilar—, no pretendía...

—No, tranquila. No es eso. —Iván puso una mano sobre la de ella—. Me estaba preguntando qué relación podría tener esto con Ale.

—Eso es lo que todavía no he averiguado. Me temo que ahora te toca a ti.

—Esta nueva pequeña incongruencia pone otra vez a A&P en el punto de mira. Tenemos que localizarlo. No puede ser tan difícil, ¿no?

Iván había dirigido la pregunta más a sí mismo que a Pilar. Permanecieron en silencio unos segundos hasta que decidió intentarlo de nuevo con JJ. Cogió el teléfono, marcó y, al séptimo tono, su voz sonó al otro lado:

—No sé ni por qué coño te contesto.

—¿Porque soy la autoridad? —preguntó Iván con una mezcla de ira y nerviosismo—. Ya te vale. Llevo toda la mañana tratando de localizarte.

—He estado muy ocupado. ¿Me llamas para disculparte por el empujón de anoche o para pagarme los sesenta euros que me debes?

—Depende de cómo te portes. ¿Algún compañero te ha dicho dónde puedo localizar a A&P?

—Primero, lo que me debes.

—¿Cómo quieres que te pague ahora? ¿Por teléfono?

—Me haces un Bizum.

—No gasto de eso.

—Entonces, por lo menos, tus disculpas.

—¡Joder, JJ! ¡No te hagas el gracioso que te meto un paquete que te vas a acordar el resto de tu vida! —exclamó el inspector dando un puñetazo sobre la mesa que sobresaltó a Pilar—. ¿Tienes la dirección o no?

JJ se mantuvo callado más tiempo de lo que Iván le iba a permitir. Y, cuando quedaba muy poco para mentarle a toda su familia, incluyendo a los miembros fallecidos, el taxista dijo muy despacio, separando las palabras:

—Que. Te. Disculpes.

Iván pudo sentir la sangre en ebullición, subiéndole a la cabeza con la decidida intención de reventarla. Pero se obligó a bajarla. Respiró hondo. En aquel momento no tocaba. Inspiró. Ya lo cogería, ya. Espiró. Inspiró de nuevo:

—Te pido disculpas por mi comportamiento de anoche. —Espiró—. Y ahora, si eres tan amable, ¿la dirección?

—Sí. Me la ha dado un compañero que dice que lo ha llevado a casa en varias ocasiones. Al principio, yo no estaba muy seguro de que se tratara de él, mi compañero es muy fantasioso. Pero cuando me dijo que normalmente no le cobraba nada a cambio de que el otro le regalara un bote de póper o un par de viagras, supe que estaba hablando de A&P. —JJ calló otra vez. Iván pudo oír que estaba tecleando—. Disculpas aceptadas. Te acabo de enviar la dirección por wasap.

—Gracias —respondió Iván—. Ya hablaremos cuando nos veamos.

—Sí, porque todavía me debes la carrera de ayer.

El inspector colgó antes de que la sangre volviera a hervirle.

A continuación, se levantó y le dijo a Pilar que iba a buscar a A&P. Ella se ofreció a acompañarlo, pero declinó la oferta: no era una visita oficial y el camello podría asustarse. Además, necesitaba que le hiciera otro favor.

—Manda una unidad y que detengan a JJ.

—¿Por qué?

—Por gilipollas.

—Iván, eso no lo puedo hacer. Sin un motivo concreto...

—Que le registren el maletero. Me apuesto lo que quieras a que encuentran más de un motivo para que pase, por lo menos, una noche en el calabozo.

—Con el debido respeto, inspector —repuso Pilar con voz tímida, pero mirándolo a los ojos—. Hace poco que te conozco, y aún no he tenido suficiente tiempo para hacerme una idea cierta del tipo de persona que eres. Sin embargo, jamás hubiera pensado que fueras de los que abusan de su autoridad para una venganza personal. Sinceramente, no te pega nada.

Iván sintió en la cara el escozor de la bofetada sin manos. Hasta para eso era elegante aquella mujer. Por un momento, le recordó a su ex. Cuántas veces le había hecho lo mismo: aplacarle, hacerle entrar en razón. Era uno de los motivos por los que la echaba de menos.

—Olvidalo —dijo saliendo del despacho—. Pero te juro que, la próxima vez que pille a JJ trapicheando, una buena hostia se lleva, tenlo por seguro.



## 21. VIERNES POR LA TARDE

---

Saliendo de la comisaría, Iván se sorprendió al leer en el wasap que le había enviado JJ que el escurridizo camello vivía en el Polígono de San Pablo, su barrio de toda la vida hasta que se mudó a la Alameda. Antes de dirigirse allí, paró en casa para picar algo. Se consoló pensando que, aunque aquella era la primera comida que hacía en el día, no había sido por voluntad propia, sino porque a la consulta con el doctor Lucena tenía que ir en ayunas.

Después podía haber pedido un coche patrulla, pero no lo hizo por la misma razón por la que le había dicho que no a Pilar: para evitar que A&P volviera a escabullirse al verlos aparecer. Otra opción podría haber sido pedir un taxi o un Cabify, pero en lugar de eso, y sin saber muy bien por qué, hizo algo de lo que más tarde se arrepentiría, aunque en aquel momento no le pareció una idea tan mala.

—Hola, Roberto, ¿tienes algo que hacer ahora? ¿Te vienes, entonces, conmigo? Vamos a hacerle una visita de cortesía a A&P. En plan cliente-proveedor. Ya que sois amigos...

Roberto lo recogió en la puerta de El Caballero Inexistente. Casi iban a dar las siete, el inspector ya se había tomado el primer vodka cortito con tónica y se había metido una raya de coca. Bien mirado, se dijo Iván, no estaba tan mal para un viernes. El de la semana anterior, sin ir más lejos, a aquella hora de la tarde ya iba puesto hasta las cejas.

Nada más meterse en el coche, unas gotas de lluvia gordas y pesadas comenzaron a retumbar en el techo. Un pensamiento fugaz atravesó su mente: Roberto atraía el mal tiempo. Lo desechó tan pronto como se pusieron en marcha.

El camino le espoleó la memoria. Uno de los recuerdos más vívidos que conservaba Iván del barrio de su infancia eran los solares vacíos. Unas explanadas enormes donde, o bien uno se achicharraba jugando al fútbol en

verano, bajo un sol implacable, o bien se dedicaba a pescar ranas y tritones en las charcas originadas por la falta de canalizaciones y desagües decentes. Entre solar y solar, dos décadas antes de que Iván naciera, Franco había sembrado casi nueve mil viviendas de protección oficial destinadas a familias de clase obrera como la suya. En aquellos años, el Polígono de San Pablo era un naciente suburbio a las afueras de Sevilla, una mancha de incipiente hormigón, ladrillo, cemento y cal entre huertas y campos destinados a desaparecer, cuya primera gran modernización la trajo el Corte Inglés. Cuando en 1985 abrió sus puertas en el vecino barrio de Nervión, el puntapié que le propinó al Polígono lo alejó un poco del extrarradio del mapa. Pocos años después, la Expo '92 y la profunda reurbanización que, con ella, experimentó la ciudad, se encargaron de clavarlo en el centro de la diana. Entre las nuevas infraestructuras, destacó la estación del AVE de Santa Justa, construida sobre una de aquellas grandes charcas de su infancia. Todavía entonces, siempre que cogía allí el tren a Madrid, evocaba las vivisecciones que, dentro y fuera del aula, practicaba con sus compañeros de colegio a los batracios allí pescados.

Entraron con el coche por la calle Éfeso desde la avenida de Kansas City, dejando atrás el pabellón de deportes San Pablo y el instituto del mismo nombre, donde Iván había cursado secundaria. En el cruce con la calle Tarso, pasaron por delante de una gasolinera BP y aparcaron frente a una de las puertas de la antigua fábrica de Cruzcampo. Hacía mucho que no iba por allí. A su lista mental y efímera de tareas pendientes añadió dos nuevas: comprar cerveza y visitar a sus padres.

El bloque donde supuestamente vivía A&P era de cinco plantas, sin ascensor, a razón de dos viviendas por planta. Entre el dintel de la cancela de entrada y un minúsculo voladizo de chapa, junto al número del bloque, sobrevivía al paso del tiempo y de sus inclemencias el vergonzoso azulejo con el yugo y las flechas de la Obra Sindical de Hogar y Arquitectura del gobierno franquista. Encontraron la verja abierta y accedieron al zaguán. De los diez buzones de correo, ocho estaban rotulados: en todos ellos figuraba el nombre de un hombre y de una mujer y, en cuatro, también el de los hijos. Los identificadores del segundo izquierda y del cuarto derecha estaban en blanco. Iván propuso preguntar en el bajo izquierda sobre aquellos dos pisos anónimos.

—Deja que lo haga yo. Tú tienes una cara sospechosa —dijo Roberto adelantándose y pulsando el timbre.

—¿Sospechosa? ¿De qué?

—De todo menos de poli.

La rapidez con que una señora les abrió la puerta les dio a entender que los había estado espiando a través de la mirilla. Debía de tener alrededor de ochenta años y no medía más de uno cincuenta. Vestía su menudencia con una bata de guata celeste y cuello de borreguito que le llegaba hasta los tobillos, y calzaba unas zapatillas de franela con un buen puñado de inviernos en sus suelas. Sus ojos eran dos finísimas cuchilladas en una cara dibujada de arrugas, como un mapa físico. El pelo, blanco y jaspeado de reflejos violeta, lo llevaba apretado en un moño con un número infinito de horquillas. A su espalda, podía oírse el silbido intermitente de una pesa girando en una olla exprés. En apenas unos segundos, un nutritivo olor a puchero invadió el zaguán y la escalera.

—Aquí no es —dijo la señora.

—¿Disculpe? —preguntó Roberto.

—Que el piso que se vende es el de arriba, pero para eso tienen que hablar con la inmobiliaria, la del cartel *colgao* en el balcón con un número de teléfono aunque, de todos modos, yo creo que Carmen y Eugenio, los propietarios, se están equivocando. La gente por aquí no compra estos pisos a través de inmobiliarias. Yo lo sé por mi hija, que estuvo casi un año así y, al final, lo vendió por el Internet ese. Sin embargo, también es verdad que el de mi hija era mucho mejor piso que este, más amplio, más bonito y más todo.

—Gracias, señora, pero en realidad veníamos a preguntar por el otro, el cuarto derecha.

Iván observó con asombro cómo Roberto había procesado tal torrente de información a gran velocidad, hasta concluir que aquel no era el piso que les interesaba.

La anciana, que hasta entonces no había reparado en Iván, intentó echarle un ojo por encima del hombro de Roberto, pero como era mucho más alto que ella, lo apartó a un lado de un manotazo.

—Pero ustedes..., ustedes son...

—¿Pareja? —preguntó Roberto tímidamente.

—Españoles. Ustedes son españoles, ¿no? —preguntó la señora, que seguía a toda costa interesada en ver al inspector.

—Sí. ¿Por qué?

La mujer torció el gesto con evidente fastidio por tener que explicar lo que para ella resultaba más que obvio.

—Porque ese es un apartamento turístico, y siempre está *ocupao* por extranjeros, ingleses o franceses, no lo sé, pero extranjeros seguro, se les nota,

no solo por cómo hablan, también por cómo visten, lo que comen, por todo, y ellos siempre son así, los que llegan todos los fines de semana, sin excepción, que no saben ustedes lo molestos que son cuando suben y bajan esas escaleras, que parece que están huecos, de lo que gritan, y el ruido que hacen las ruedas de las maletas...

Iván empezaba a impacientarse, resopló para que Roberto lo escuchara, pero él pareció optar por la táctica opuesta.

—Sí, ya lo sabíamos señora... —interrumpió Roberto—. Disculpe, ¿cuál era su nombre?

—Francisca.

—Doña Francisca, encantado. Mi nombre es Roberto y él es mi compañero, Iván. Muchas gracias por su amabilidad. Venimos del ayuntamiento y queríamos, precisamente, hablar con el propietario del apartamento turístico para explicarle algunas de las normas que tiene que cumplir una vivienda de estas características en una comunidad de vecinos decente como esta.

Una luz de ilusión alumbró la cara de doña Francisca. Sus ojos achinados hicieron el milagro de abrirse de par en par. Eran de un insólito gris perla y brillaban como los de una niña.

—¡Pues ya iba siendo hora! —gritó jubilosa—. Se lo he dicho mil veces a Avelino. Hijo mío, a ver si controlas más a tus turistas, porque cualquier día te van a decir algo con tanto trajín, pero yo no, ¿eh?, que a mí el muchacho me cae la mar de bien, que es muy correcto y muy agradable, y siempre da los buenos días cuando se va y las buenas tardes cuando regresa, y las buenas noches, no, porque yo a esas horas ya estoy acostada, aunque desde la cama lo oigo llegar, porque a mi edad se tiene poco sueño y muy ligero...

—¿Avelino dice que se llama? —interrumpió Iván desesperado.

—Sí, Avelino Plaza, pero eso ustedes deben de saberlo ya, ¿no?

—A&P —susurró Iván. Avelino Plaza no sonaba tan *cool*.

—Sí, doña Francisca —dijo Roberto acallando la frase de Iván—. Pero, como tenemos varios expedientes en esta zona, lo había trasapelado.

—¡Así de bien funciona el ayuntamiento!

Iván empezó a temer la perorata de la señora sobre la desastrosa gestión municipal, y optó por intervenir:

—Disculpe, ¿sabe usted cuándo podríamos localizar al señor Plaza?

—Ahora mismo.

—¿Cómo?

—Oiga, parece usted más sordo que yo. Le he dicho que ahora mismo. Está arriba. Acaba de llegar.

Iván dejó a doña Francisca con la palabra en la boca y le pidió a Roberto que lo esperara allí, que sería cosa de pocos minutos. Subió las escaleras a la velocidad del rayo, saltando los escalones de dos en dos, hasta que, en el tercer piso, se paró en seco. Efectivamente, el hueco de las escaleras producía un eco alarmante. Desde allí todavía podía escuchar las quejas indignadas de la vecina por su brusca reacción. Eso, y que se había dado cuenta de que fumaba demasiado para tanta escalera. Aguardó unos segundos antes de llegar al piso de A&P para recuperar el resuello.

La puerta estaba entreabierta. Dentro solo se vislumbraba oscuridad y parecía tranquilo. Un cansino reguetón emergía amortiguado por la rendija. Iván empujó la puerta con suavidad pronunciando el nombre de A&P en un tono medio y neutro. Avanzó un pie hacia el interior y abrió un poco más la puerta. Volvió a llamar más alto a Avelino Plaza. De repente, ya con medio cuerpo dentro, sintió un fuerte golpe en la frente que le hizo dar un traspiés y caer rodando un tramo completo de escaleras hasta el descansillo de la entreplanta. Alguien había empujado la puerta desde dentro. Y ese alguien era A&P, que comenzó a bajar a todo correr. Iván creyó que su intención era seguir golpeándolo y se cubrió la cara con los brazos en un acto reflejo, pero cuando el camello llegó a su altura, al rellano donde seguía tumbado de espaldas, saltó sobre él y continuó su huida escaleras abajo. Lo único que pudo hacer el inspector, al levantarse con un fuerte pinchazo en las cervicales, fue advertirle a gritos a Roberto, a través del hueco de la escalera, que se dirigía hacia él. Después, Iván los oyó a ambos vociferar abajo y descendió cojeando y dolorido hasta el zaguán. Allí encontró a Roberto lívido y tembloroso, y a doña Francisca llorando. A&P había logrado escapar. Otra vez.

Media hora más tarde, un coche patrulla aparcó junto al coche de Roberto. Fue inútil rogar al resto de los vecinos que permanecieran en sus casas. Todas las puertas, excepto la del piso en venta, estaban abiertas, y todos se contaban los unos a los otros lo poco o lo mucho que habían visto u oído. Iván tuvo claro que, si unían todas las versiones, tendrían una historia totalmente nueva y distinta de la que él había vivido en primera persona.

Doña Francisca dejó de llorar y entró en su casa para apartar la olla de puchero del fuego. En su lugar, puso otra más pequeña de tila. Aún parecía desconfiar de que Iván fuese inspector, como si le hubiera dado lástima haber perdido a un funcionario municipal, mucho más útil para ella que un policía

en aquellos momentos. Después, los invitó a sentarse en el estrecho tresillo de su saloncito para que se recuperaran del susto. El color había vuelto a las mejillas de Roberto, aunque la taza de tila todavía temblaba entre sus manos.

Iván lamentaba haberle hecho pasar por aquel trance. Además, tuvo que meterse una raya en el cuarto de baño de la señora para aliviar los intensos bocados de dolor que sentía en el cuello. Por segunda vez, dejó allí esperando a su amigo y a la anciana mientras él subía a inspeccionar el apartamento de A&P. Roberto protestó y quiso acompañarlo, pero con una mirada seca el inspector lo dejó clavado en el sofá de la mujer, que se sentó junto a él y empezó a darle palique.

—Entonces, ¿usted también es policía?

Se trataba efectivamente de un apartamento turístico: dos dormitorios, baño, salón, cocina americana y un pequeño balcón a la calle. El mobiliario era en dos tercios de Ikea y, en uno, de Merkamueble, todo muy funcional, estándar y mínimo. Algunas piezas, como las blancas y sencillas sillas del salón, aún conservaban pegadas las etiquetas con nombres suecos de imposible pronunciación. Sobre una mesa baja de madera había un mapa y varios folletos con información básica de Sevilla en inglés, francés y español. La cocina se había usado poco o nada. Dentro del frigorífico encontró cinco latas de Heineken, cuatro yogures, un brik de leche abierto y una cuña de pizza. Un contenido no muy diferente del suyo habitual. En el cuarto de baño, la única prueba de vida reciente era un pequeño neceser azul con un cepillo de dientes, un bote de dentífrico en formato de viaje al que le faltaba el tapón, un desodorante *roll-on* y una maquinilla de afeitar desechable. Por lo demás, aparte de que la cama de uno de los dormitorios estaba deshecha, en el apartamento de A&P imperaba la frialdad y el vacío más impersonal. Iván llamó a la comisaría para que enviaran a alguien de la Unidad de Inspecciones Oculares. Habían limpiado recientemente, pero no descartaba que todavía pudieran encontrar alguna huella.

Salió al balcón. Hacía mucho frío en aquel cuarto piso y, aunque una ráfaga de aire helado le abofeteó, se quedó mirando a la calle mientras se fumaba un cigarrillo. El tráfico abajo era denso, lo propio de un viernes a hora punta. Volvió a pensar que, a cada paso, se hallaba un poco más perdido en el camino, sin norte y, peor aún, con la brújula averiada. Rumiar aquello le trajo una punzada de culpabilidad: ¿Cabía la posibilidad, se preguntó, de que no estuviese todo lo fino que debería? ¿Y si Alicia y Roberto tenían razón? ¿Y si estaba pasando por alto cosas importantes por todo lo que se metía?

Cabeceó con fuerza para sacárselo de la cabeza y volvió adentro, donde el calor le reconfortó. También notó que la raya de coca le había anestesiado el cuello. Volvió al dormitorio de la cama usada y reparó en un armario empotrado que antes no había visto, pues sus puertas pintadas de blanco se confundían con la pared. En su interior, por fin, halló tres objetos que podrían ser interesantes.

El primero de ellos era una mochila pequeña. Dentro había ropa usada y calzado deportivo, un móvil y una cartera. No necesitó abrirla para saber que se trataba de la cartera de Ale. En uno de los bolsillos laterales de la mochila encontró una pulsera-llave de las taquillas de la BlackSun. Junto a la mochila, en el suelo del armario, había una bolsa de cocaína. Casi se le saltaron los ojos de las órbitas al hundir el dedo mojado en saliva para catarla, más aún cuando calculó que pesaba alrededor de cinco gramos. Era de una pureza altísima. Por último, vio el más enigmático de los tres objetos: una cinta de vídeo Betacam, marca SONY, original de los años setenta, con una tachadura a bolígrafo azul sobre lo que, en su día, debió de ser el título de la grabación escrito a máquina. Iván no recordaba la última vez que había visto una. De hecho, recordó que el primer reproductor de vídeo que entró en casa de sus padres, a principios de los noventa, era ya un VHS. ¿Qué haría una antigualla como aquella en un apartamento turístico tan limpio, aséptico y vacío como aquel, donde no había ningún reproductor, ni de vídeo, ni de ninguna otra clase?

Cuando llegaron los compañeros de la científica, Iván les dio unas vagas indicaciones; no tenía muy claro qué quería o qué podían encontrar. Les entregó la mochila con todo su contenido, pero se llevó consigo la bolsa de coca y la cinta de vídeo. La primera, pensó, porque, para que ellos se la metieran, mejor se la metía él. La otra, porque le pudieron la curiosidad y las prisas. Sabía que cuando Diosdado se enterase de aquello, y no le cabía la menor duda de que terminaría enterándose, le montaría un buen pollo, pero tenía que ver su contenido cuanto antes. Ni el caso ni él estaban para burocracia.

Dejó a los compañeros trabajando y bajó a recoger a Roberto. Lo encontró deleitándose con un plato del puchero que doña Francisca acababa de preparar. Por la cara de felicidad de su amigo, debía de estar haciéndole mejor efecto que la tila. Él no quiso probar un poco, y no por falta de insistencia de la señora.

Cuando por fin Roberto lo hubo dejado en la puerta de su casa, en lugar de entrar, Iván enfiló sus pasos hacia el Caballero. Era viernes por la noche y

llevaba en el bolsillo una bolsa de cinco gramos de cocaína muy pura y gratis. Aquella noche se salía, sí o sí.

Por unas horas, la vida volvía a prometerle alegría y felicidad por un tubo.



## 20. MADRUGADA DEL SÁBADO

---

Aquella noche no se cabía en el local. Iván tardó casi diez minutos en conquistar la barra. Aunque las cervicales agradecían la analgesia de las rayas de coca y el frío en la calle resultaba de lo más propicio para una melé en un local como aquel, repleto de tíos guapos, Iván sentía que le faltaba el aire, que no estaba todo lo a gusto que podría haber estado, a pesar de que el primer vodka cortito con tónica le salió gratis.

Para colmo, saludó de lejos a una pareja de tíos que siempre le recordaban un favor que les había hecho muchos años atrás. Uno de ellos había montado un bar ruinoso cuyas deudas alivió casándose con una colombiana por tres mil euros, hasta que quiso divorciarse para casarse con su chico cuando Zapatero sacó adelante el matrimonio homosexual. De la colombiana ya no se sabía nada hasta que Iván dio con ella en un burdel de Galicia, víctima de trata por los tres mil euros que, según sus explotadores, ella aún les debía por haberle conseguido la nacionalidad española, pero tuvo que callárselo si no quería arruinar la alegría por la boda. Cualquiera cosa le apetecía menos que recordar aquella batallita. Iván se quedó solo durante un buen rato. A distancia, saludó también con una inclinación de cabeza a un grupo de conocidos. A otros, más cercanos, les tuvo que dar dos inevitables besos de cortesía y un poco de conversación frívola e insustancial. Desde que había llegado, tenía la inevitable sensación de estar perdiendo el tiempo.

Se sumó a la cola del baño para meterse algo. Entraban y salían más hombres en pareja que solos. La mayoría de los tipos que conocía prefería drogarse en compañía: para ellos, meterse una raya tenía un marcado componente social. A él le ocurría justo lo contrario: mientras pudiera, prefería hacerlo solo, salvo que estuviera en plena faena en una sesión de *chemsex*.

Llevaba casi diez minutos esperando cuando alguien le dio dos golpecitos en el hombro por la espalda. Le costó unos segundos reconocer a Pipe, el amigo de la infancia de Ale. Parecía disfrazado. No porque llevara un atuendo divertido y grotesco para carnales o Halloween, sino porque lo que llevaba puesto chirriaba con su cuerpo y con su estilo. Había sustituido su clásico aspecto de Barbour, chinos y mocasines por otro pretendidamente moderno: camiseta de licra negra sin mangas, vaqueros pitillo ultraceñidos y unas New Balance rojas. Se había engominado hasta matar el rubio de su pelo.

—¡Qué alegría me da verte, guapo! —Su voz seguía sonando como un pito desafinado, acompañado entonces de mucha pluma gestual. En tres palabras: daba vergüenza ajena.

—Nunca te había visto por aquí —respondió Iván.

—Salgo muy poco del pueblo, pero todos necesitamos echar alguna canita al aire, aunque sea muy de vez en cuando, ¿verdad?

Iván asintió. Del baño salió una pareja riendo. De repente, le habían entrado unas terribles ganas de orinar, pero todavía tenía cuatro personas por delante.

—¿Has venido solo? —preguntó el inspector, más por olvidarse de la presión de la vejiga que por verdadero interés.

—Con unos amigos de aquí de Sevilla. Esta noche me quedo a dormir en casa de uno de ellos. —Pipe guiñó un ojo—. Tú ya me entiendes.

Iván volvió a asentir, pero no abrió la boca.

—Bueno, inspector —dijo Pipe impostando mucho la voz para que sonara masculina, aunque el efecto que consiguió fue el contrario, y pareció un travesti—. Salgo, que mis amigos ya me estarán echando en falta.

El alivio de Iván fue tan inmediato que por poco se lo hace encima. Ya solo le faltaba que los que estaban en el servicio se dieran prisa, pero todavía tuvo que esperar un buen rato más. Durante aquel tiempo, con la voz de Pipe aún clavada en los tímpanos, no pudo evitar regresar a la muerte de Ale. Sobre todo, al motivo que pudiera tener A&P para huir así de él. ¿Acaso sabía que lo estaba buscando o, simplemente, lo vio llegar desde el balcón de su piso y se asustó? De ser así, ¿por qué? ¿Tenía él algo que ver con la muerte de Ale? Pero ¿cómo, si había sido un infarto?

Cuando salió del baño, bien animado, se fijó en un chico que se había situado al final de la cola. No lo conocía; ni siquiera le sonaba la cara. Era muy joven y guapo. Quizás demasiado joven y guapo. Al pasar a su lado se miraron a los ojos. El chico le señaló la nariz advirtiéndole de que tenía un

resto blanco que Iván se limpió algo avergonzado. Después de agradecerse, el inspector decidió que lo esperaría en la barra a que saliera del servicio.

Se llamaba Chema y acababa de cumplir diecinueve. Iván no se lo tragó, pero tampoco era cuestión de pedirle el DNI. Quizás lo hiciera después, en caso de que fueran a rematar en casa, cosa que, de momento, aún no tenía claro. Él tampoco fue sincero: aquella noche Iván era mecánico en una ITV y tenía treinta y tres años.

Pronto se cansó de cháchara y el ambiente comenzó a resultarle muy cargado, pero todavía no tenía ganas de irse con Chema a su casa. Era demasiado temprano y no había hecho más que inaugurar la bolsa de coca gratis. En cambio, el chaval sí parecía muy interesado: aprovechaba cualquier empujón de un tercero para rozarse con Iván. Una mano, una rodilla, la pelvis.

Iván le propuso ir al Tanke. Chema abrió mucho los ojos y declinó la invitación con un mohín de disgusto. No era de aquel tipo de antros, le dijo, y aquella palabra, *antros*, terminó de fulminar el poco interés que le quedaba a Iván.

—Se te nota la edad —dijo el inspector—. Los de tu generación estáis empeñados en ser como los heteros, en ligar y follar por amor. Sois un coñazo con los preámbulos.

Chema no contestó. Se excusó con que iba a saludar a unos amigos y le dio la espalda, un gesto que, unido a los primeros efectos de la cocaína corriendo por sus venas, puso a Iván de muy mal humor.

—Se te pasará con el tiempo —continuó diciéndole a la nuca y en voz más alta—. Cuando te des cuenta de que te faltan días para follar con todos los tíos con los que te gustaría, y te arrepientas de todas las veces que pasaste de los que te lo propusieron. Se te pasará, ya lo verás.

Chema siguió sin hacerle caso, al mismo tiempo que algunos de los que se apretujaban a su alrededor reprendían a Iván con miradas desdeñosas. Era hora de largarse de allí, pero de camino a la salida aún tuvo tiempo de una última dedicatoria para el muchacho:

—Calientapollas.

Entonces, ya con Iván en la puerta del local, Chema se giró y le dijo:

—Mira, tío, paso de pollaviejas enganchadas como tú. —Iván ya estaba casi fuera y entonces fue Chema quien elevó la voz, asegurándose de que todo el bar lo oía—. ¡Anda y búscate una viagra o esta noche no te empalmas ni de coña!

Salió tan rápido y cabreado del Caballero que se tropezó con la mesa donde Pipe estaba sentado con sus amigos.

—¿Adónde vas con tanta prisa?

—A mi casa. Por hoy ya he cubierto mi cupo de maricas.

Otra mentira. Llegó al Tanke tenso como una polilla alrededor de una bombilla encendida. Todavía le rechinaba en la cabeza la voz de Pipe. Se preguntaba por qué coño insistía en tomar la primera copa en el puto Caballero, si al final siempre terminaba en otro sitio más de su gusto, donde podía follar sin tanta moderna, remilgada y perfumada. Encima, era demasiado temprano para el local y aún estaba casi vacío. Joder.

Todas y cada una de las veces que accedían al local, después de tocar un timbre y someterse a una concienzuda inspección ocular por parte de un portero con dos vigas por bíceps y cara de tiburón blanco, los clientes del Tanke estaban obligados a cumplimentar un formulario con su nombre completo, número de DNI, correo electrónico y postal. Al tratarse de un club de sexo solo para hombres, con aquel procedimiento sus dueños se aseguraban de reservarse el derecho de admisión ante posibles denuncias.

Algún caso hubo, como el de aquella conocida mariliendre que, una noche, insistió en acompañar a un grupo de cuatro amigos con los que habitualmente salía de fiesta, a pesar de que la advirtieron de que no la iban a dejar entrar. Cuando aquello ocurrió, la muchacha acusó al portero de discriminación sexual y lo amenazó con llamar a la Guardia Civil, pero aquel, sin mover un músculo de la cara, se limitó a exigirle a la demandante amiga de los gais un carnet de socia que, evidentemente, ella no tenía. A continuación, y siempre sin pestañear, el tiburón se lo solicitó también a sus amigos. Ni un minuto tardó en despacharlos, los cinco de vuelta a la calle.

Sin embargo, esa noche, ya fuera por la hora, porque sabía que Iván era policía, o por la cara de mala hostia que traía, al portero se le suavizó el semblante y le permitió acceder al club sin requerirle más papel que el billete de diez euros que costaba la entrada.

Al igual que en la BlackSun, también Iván se desorientaba a veces en el Tanke. A fin de cuentas, aquella no era más que una réplica aumentada de la primera, solo que menos oscura y más húmeda. Por lo demás —los laberintos, los cuartos oscuros, las cabinas y el morbo—, eran más de lo mismo. Sin embargo, el inspector tenía la impresión de que el club de sexo se retorció en sus angostos pasillos y recovecos. Era rara la noche en que no se veía obligado a detener su deambular allí dentro para recuperar el norte perdido. La única explicación que encontraba era la excesiva escasez de luz. Las paredes de las dos plantas estaban pintadas en un negro profundo que parecía engullir la raquítica iluminación de sus múltiples habitáculos. Una

iluminación que emanaba de unas finas hileras de luces led a ras de suelo, cuya única función consistía en evitar tropezones, y de unas esporádicas lámparas de techo, en su mayor parte provistas de bombillas ultravioleta. Haciendo honor a su nombre, el Tanke producía una claustrofóbica sensación de abrazo pétreo, blindado y sudoroso.

Para terminar de torcer la noche, tenía que quitarse la camiseta, y dado que venía del frío de la calle, la idea no le apetecía nada. El Tanke establecía un código de ropa para cada día de la semana, menos los lunes y los martes, que permanecía cerrado. Así, el miércoles tocaba vaqueros y deportivos. Los jueves, desnudo integral. El viernes, sin camiseta. El sábado, en ropa interior. Y los domingos, *fetish* y militar. Aquel código era estricto e inexcusable para toda la clientela. O ibas vestido como correspondía aquella noche o no entrabas.

Con todo, lo peor para Iván no fue tener que sacarse la camiseta y dejarla en la taquilla. Había venido a lo que había venido y pronto entraría en calor. Le gustó menos, con diferencia, que aquella noche también tocaba espectáculo porno, y el inspector los aborrecía. Sus protagonistas estaban, por lo general, demasiado musculados y depilados para su gusto, y sus posturas eran tan circenses que, más que la libido, despertaban su risa. Hombres cuyas caras y gemidos de placer resultaban tan creíbles como una moneda de siete euros.

Pidió el primer vodka cortito con tónica. La pareja de equilibristas sexuales acababa de comenzar a mostrar sus proezas en la tarima ubicada en la pequeña pista de baile. Iván fue a dar una vuelta por el local, a ver qué encontraba. Lo primero que hizo, por supuesto, fue meterse dos buenas rayas en el baño. Después, se introdujo por un pasillo estrecho que desembocaba en una zona con dos cabinas pequeñas y otras dos grandes, todas con la puerta cerrada. De su interior manaban murmullos, jadeos, gemidos sofocados y risitas que, junto con la copa y las rayas, mitigaron un poco su mal humor.

Subió a la planta superior, que parecía más concurrida. En una de las áreas comunes se estaba empezando a organizar una orgía entre cinco o seis tíos. Lo invitaron a participar, pero aún no le apetecía, aunque se quedó mirando durante un rato para entonarse. Después continuó hacia la estrecha sala de cine, donde ocupó uno de sus cuatro sillones vacíos. Al rato, un tipo se sentó a su lado. Tras un breve examen de arriba abajo el uno al otro, y sin mediar palabra, comenzaron a besarse. Era guapo, tenía un cuerpo estupendo, y empezaba a notársele que estaba bien dotado. Por desgracia, el aliento le olía

a husillo. Iván lo dejó a medias y bajó de vuelta al bar. Más tarde lo intentaría de nuevo, se dijo dejando el asco a un lado; la noche estaba empezando.

Al menos, el espectáculo acababa de terminar. Un camarero anunció el siguiente pase para dentro de una hora. El inspector pensó que aquel sería el tiempo del que dispondría para ligar con alguien, a quien después se llevaría a una cabina o incluso, si le gustaba mucho, a su casa. Pidió otra copa y se sentó en uno de los sofás más alejados de la pista de baile y de la barra, donde ni la música ni los pesados lo molestaran, pero desde donde podía ver si entraba al club alguien interesante. Poco a poco, aquello se fue animando.

No conseguía desconectar. Su atalaya en penumbra propició que las preguntas volvieran a golpear su mente. La más acuciante era dónde coño se habría metido A&P y por qué había huido de aquella manera. Cayó en la cuenta de que, quizás, el motivo fuera que le hubiera vendido a Ale las drogas que le provocaron el infarto, más cortadas y adulteradas de lo habitual. Cualquier camello de medio pelo sabía que lo primero es un delito contra la salud pública que, no siendo menor, no es ni por asomo comparable con la gravedad del segundo, considerado un homicidio imprudente.

Era una opción, y si aquello había sucedido así, entonces a Iván se le abrían nuevos interrogantes: ¿Ale había sido el único cliente de A&P aquel día, o había sido su dosis la única adulterada en exceso? Lo lógico era pensar que hubieran aparecido más casos como el de Ale. El inspector había visto aquello en otra ocasión, lo recordaba bien. Una noche habían llevado a urgencias a siete jóvenes con ataques de ansiedad, convulsiones y espumarajos en la boca que tenían otras tres cosas en común: venían de un festival de música electrónica, habían comprado sus pastillas de éxtasis al mismo camello y ninguno salió del hospital con vida.

Por otro lado, estaba la mochila de Ale. Extraño, ¿no? Suponiendo que A&P hubiera causado la muerte de Ale por venderle droga, adulterada o no, y que él hubiera estado presente en el momento del último suspiro del muchacho, era comprensible que se asustara, cerrara la puerta para asegurarse de que nadie entrara durante las horas siguientes y huyera corriendo. Pero ¿para qué llevarse todas sus pertenencias? En cualquier caso, todavía no disponía del informe toxicológico, y quizás ahí estuviera la clave, pero podrían transcurrir días, un par de semanas incluso, antes de que llegara. Su experiencia le decía que el proceso nunca era tan rápido como en las películas, pues conllevaba una burocracia que pasaba por su remisión al Instituto Nacional de Toxicología en Madrid, donde se centralizaban las peticiones de toda España. Pensó que podría pedirle a Carlos el favor de

meterles prisa, dado que el forense era una eminencia reconocida también en la capital. Aunque dudaba que el novio de su exmujer se prestara a ayudarlo.

No le intrigaba menos la incógnita que suponía la falta de la falange del dedo del pie, amputada y cauterizada. Iván no era capaz de articular ninguna explicación remotamente lógica. ¿Podría estar ante uno de esos retos que estaban tan de moda en las redes sociales? ¿Gilipolleces de las que presumían los adolescentes, en las que, por ejemplo, uno se bajaba del coche que estaba conduciendo para ponerse a bailar en la carretera mientras el vehículo seguía circulando en punto muerto? ¿Gilipolleces de las que hasta los telediarios «serios» se hacían eco, provocando una avalancha de repeticiones de aquella estupidez a escala mundial? Le pediría a Pilar que investigara sobre ello; que buscara en la red cuáles eran los retos que lo estaban petando en aquel momento para poder, al menos, descartarlo.

Por último, quedaba la misteriosa cinta de vídeo Beta. ¿Quién cojones utilizaba todavía aquel tipo de soporte? Joaquín, claro. Pensándolo con más calma, supuso que el padre de Alicia debía de tener un reproductor de aquellos. El buen hombre, que no le caía mal en absoluto, pero que nunca le perdonó que le saliera gay a su hija, tenía una nave en el pueblo, donde guardaba todo tipo de cachivaches. Padecía una especie de síndrome de Diógenes controlado, por el que acumulaba objetos de lo más variopinto y en grandes cantidades en aquel lugar acotado y reservado donde nadie pudiera echárselo en cara. Una vez, al principio de su matrimonio con Alicia, después de un almuerzo familiar en el pueblo, su suegro lo llevó a ver la nave: era el sueño de un trapero. Allí se apilaban muebles, electrodomésticos, vajillas, cuberterías y demás utensilios de cocina; vestidos de novia y de flamenca, trajes de torero y equipaciones de fútbol; cortinas, manteles, mantones y cojines bordados; teléfonos de baquelita, radios de galena y aparatos de radiofrecuencia; micrófonos, antenas parabólicas y cables de fibra óptica; muñecas Barbie y Nancy; muñecos Geyperman y Madelman; equipos de alta fidelidad, discos compactos, vinilos, cintas de casete..., y, por supuesto, toda clase de reproductores y soportes de vídeo. Resolvió llamar al día siguiente a su ex para ver si ella podía interceder ante su padre.

Uno de los dos actores porno le pidió permiso para sentarse junto a él. Necesitaba descansar hasta el siguiente pase y los clientes se lo estaban poniendo difícil.

—Se piensan que, por ser actor porno, a la fuerza también tengo que ser chaperero.

—¿Y no lo eres? —preguntó Iván señalando el asiento libre junto al suyo.

—No siempre.

Le dio las gracias y se hundió en el asiento del sofá resoplando con alivio. Se presentó como Santy Devil, pero le aclaró que era su nombre artístico. Se llamaba Santi y se conocían de haberse visto por allí alguna vez. Iván no lo recordaba, pero quizás se debía a que el actor iba vestido nada más que con un arnés y un suspensorio, ambos de cuero rojo con remaches, y a que se había pintado una franja negra que le atravesaba la cara de sien a sien, lo que en aquella oscuridad rojiza producía un fuerte contraste con el blanco de los ojos. No obstante, le dijo que sí, que claro que se acordaba de él, y se saludaron con dos besos.

Santi encendió un cigarrillo. Iván le advirtió de que allí no se podía fumar, y el actor le contestó entre risas que a él no le iban a decir nada, que para eso era la estrella invitada de aquella noche, y le pasó el cigarrillo. Era marihuana. Y de la buena, según apreció Iván a la primera calada. A cambio, Santi le pidió que lo invitara a un sorbo de su vodka e Iván le pasó la copa. Observó que, antes de beber, se metió en la boca una pastilla azul en forma de rombo.

—Un poco de ayuda nunca viene mal, ya sabes —dijo Santi guiñándole un ojo y devolviéndole el vodka.

—Siempre me he preguntado cómo lo hacéis para aguantar tanto rato.

—¡Uf! Ni te cuento la de trucos chorras que intentan algunos —exclamó Santi. Iván pensó que no pegaba nada esa voz afectada con su pretendido aspecto de macho varonil y malote, su cuerpo cincelado a base de sufridas horas de gimnasio y aquellas escasas islas claras en la piel entre tanto tatuaje, pero se fijó mejor y observó que era más joven de lo que aparentaba con el maquillaje—. Una vez tuve una pareja de *show* que se untaba una pomada que él mismo preparaba. No sé muy bien qué ingredientes llevaba, pero uno seguro que era la yerbabuena. La media hora que duraba el espectáculo me la pasaba yo como mascando y chupando chicle. —Una risa grande y juvenil iluminó la cara de Santi—. Yo prefiero ir a lo seguro. El amigo azul nunca falla.

Aquello encendió el instinto del inspector. Se le ocurrió lanzar una sonda en dirección a su nuevo amigo.

—Yo siempre se las pillo a A&P.

—¡Claro, como yo! —exclamó Santi celebrando la coincidencia—. Son las mejores, sin duda.

—Exacto. Justo por eso estoy buscando a Avelino, pero no lo he visto por aquí. De hecho, hace días que no lo veo por ningún sitio. Parece como si se lo hubiera tragado la tierra.



Iván observó la reacción de Santi, que lo miró confiado. Muy pocos eran los elegidos que conocían el verdadero nombre de A&P. Santi continuó el resto de la conversación en voz baja, como dándose a valer por pertenecer al grupo de los que saben cosas que los demás no.

—Este Avelino, siempre con sus movidas... —tanteó Iván.

—Es muy escurridizo, sí. —Santi hizo una breve pausa—. No me extraña.

—¿Por qué?

Iván tomó el porro de marihuana de los dedos de Santi procurando que el roce fuera un poco más largo de lo necesario.

—Ya sabes lo que dicen. —Santi puso la mano sobre la rodilla de Iván y apretó—. «Quien mucho abarca, poco aprieta».

—Y eso ¿qué tiene que ver con A&P?

—Dicen que ha ganado un montón de pasta con sus trapicheos. Tanta que hace unos meses decidió ir a lo seguro e invertir en ladrillo. Además, así blanqueaba.

—Joder, el tío, qué bien.

—Al principio, sí, pero luego, no sé yo... —Santi se acercó más—. Lo primero que se compró fue un apartamento que destinó a alquiler turístico.

—¡Ah, sí, lo conozco! El del Polígono San Pablo.

—No, hombre, no —corrigió Santi con cierta suficiencia—. Ese fue después. El que yo te digo estaba por aquí, por la Macarena. Como le iba bien, se metió en otro, también cerca. Ya después compró el que tú conoces del Polígono. Y hace pocos meses otros dos en el centro, más caros. Tengo entendido que uno en El Arenal y otro en San Vicente.

Santi le robó el porro y otro sorbo a Iván, quien le preguntó si quería una copa, que él invitaba, pero el actor contestó que no, que en breve tenía que estar a punto para el *show*.

—Parece ser que el problema —continuó diciendo— es que con las últimas inversiones se pasó de optimista y tuvo que endeudarse hasta las cejas. Hizo mal los números, y las rentas de los alquileres, de momento, no le daban para tanta hipoteca. Dicen que todos los meses perdía una buena suma. ¿Solución? Vender cantidades de droga más grandes. Ahí comenzaron sus problemas de verdad, porque, claro, no es lo mismo ser camello que narco. Para eso necesitas infraestructura, gente, una red de contactos y, sobre todo, mucha pasta, y es que como decía mi madre, «nadie da duros a cuatro pesetas».

Un camarero se acercó hasta ellos. Escaneó a Iván con la mirada, como preguntándose qué se traía entre manos con el actor porno. No les recriminó

que estuvieran fumando, ni siquiera un porro; se limitó a pedirle a Santi que se fuera preparando, que faltaban quince minutos para que comenzara el espectáculo. A Iván le sorprendió aquella puntualidad.

—Me pagan por horas —dijo Santi al ver la cara que se le había quedado al inspector—. Por eso, cuanto más aguante, mejor para todos.

—Pero, dime, ¿qué le ha pasado a A&P? —preguntó Iván temiendo que Santi dejara la historia a medias.

Santi lo miró muy serio. Después, miró a ambos lados asegurándose de que nadie lo pudiera oír.

—¿Conoces Sevilla Central?

—¿El mercado mayorista? —preguntó Iván con extrañeza—. Claro, aunque nunca he ido, la verdad.

—No te hablo del mercado de alimentación en general, guapo, y no hables tan fuerte, sino de la nave de las películas porno. —Santi añadió un matiz de preocupación a su voz juvenil—. Verás, A&P me confirmó ayer que lo estaba pasando muy mal, que necesitaba la pasta urgentemente.

—¿Cuándo?

—Ayer. Coincidimos aquí.

De inmediato, Iván pensó que A&P tuvo que haberse dejado caer por el Tanke después de su malogrado encuentro del día anterior en la Raya.

—Vino a buscarme porque alguien le había hablado de las películas caseras que se ruedan en una nave de Sevilla Central —continuó Santi—. Me preguntó si yo sabía algo de eso y le contesté que sí, que fui unas tres o cuatro veces, que era cierto que se podía ganar pasta y de manera muy fácil.

—Ahora sí que me he perdido.

Por la carcajada que soltó Santi, Iván pudo hacerse una idea de su propia cara de perplejidad. El muchacho se le acercó todavía un poco más, le cogió la mano y comenzó a hablarle pegado al oído.

—Te explico: hará un año o así, un tipo que me vio actuar aquí mismo me contrató para hacerle esa noche un servicio, ya sabes, especial. Era un tipo muy misterioso, muy reservado. Era tan tímido que se lo tuve que hacer todo, no sé si me explico.

—Más o menos.

—Sin embargo, cuando terminamos y me pagó, me dijo que había quedado muy satisfecho, y me preguntó si quería ganar más pasta. Me contó que se dedicaba a rodar películas porno caseras que, por lo visto, eran las más cotizadas. Cuanto más domésticas, rudimentarias y naturales, mejor las

pagaban. Le dije que contara conmigo. Me citó en la nave a la mañana siguiente, y allá que fui yo.

—¿Y?

—Bien. Rodamos unas cuantas escenas y me las pagaron.

Iván observó que Santi comenzó a mirar a la tarima con inquietud. Todavía tenía unos minutos por delante; la falta de detalles y su mirada le decían que el actor le estaba escamoteando parte de la historia. Algo no debió de haber salido tan bien como pretendía dar a entender.

—¿Y ya está? ¿No volviste a ir más por allí?

—Unas pocas, pero lo dejé.

—¿No dices que se ganaba tanta pasta?

—Uno, que se aburre pronto de todo.

—Disculpa, pero eso resulta difícil de creer. Dudo que te pagaran tan bien.

—¡Por supuesto que sí, mucho! ¿Con quién te crees que estás hablando? Mira esto. —Santi le mostró el anillo que llevaba en el dedo. Una alianza plateada con incontables pequeños brillantes engastados—. Oro blanco y diamantes de los buenos.

Iván había tocado la tecla adecuada: el pecado capital de los actores porno con los que había tratado en su vida no era la lujuria, sino la vanidad.

—Si tú lo dices, será verdad. Pero no me digas que no suena un poco peliculero.

—No te miento, tío. Gané un pastizal con solo cuatro películas. Ya has visto que soy muy bueno en lo mío. De los mejores.

—El mejor —mintió Iván—, pero entonces ¿qué pasó? ¿Por qué lo dejaste?

Santi se había liado otro porro y lo encendió. Le dio dos caladas con intensidad y se quitó unas hebras de las comisuras de los labios antes de pasárselo a Iván. Entonces se soltó por fin y comenzó a largar.

Le contó que, al principio, había ido más o menos bien. Un poco sucio el sitio, pero vaya, dijo, uno había visto de todo y aguantaba lo más grande. La nave de marras estaba siempre a oscuras, salvo en el centro. Allí habían colocado un semicírculo de focos alrededor de una tarima elevada. Sobre aquel escenario, en un tatami en blanco con una sábana a modo de fondo, también muy blanca, filmaban, le pagaban y hasta la próxima. Aquellas primeras veces rodaron lo que, según él, eran las escenas habituales: tríos, cuartetos, dildos, otros juguetes, sexo sucio y demás. Pero las siguientes derivaron hacia lo bizarro. Nada ilegal, le aseguró, pero cada vez eran más

retorcidas. En la segunda película tuvo que montárselo con un viejo que, cuando estaban en plena faena, se sacó la dentadura postiza. En la tercera, con un enano que tenía un aparato que dolía solo con mirarlo y, para la cuarta, le metieron un manco en la cama. Con todo, Santi le aseguró que tampoco había sido para tanto, una vez se superaba la impresión inicial.

A pesar de que Iván advirtió que el actor estaba dramatizando todas aquellas explicaciones para impresionarlo, lo cierto es que un leve escalofrío le recorrió la columna vertebral hasta la nuca.

—Pero todavía no me has contestado a la pregunta.

—En la quinta película, lo tuve que dejar —dijo Santi cabeceando y con una sincera congoja—. Por los perros. Ahí ya me planté y dije que ni hablar.

—¿Perros? ¿Qué perros?

—El último día llegué y me encontré la nave llena de perros enjaulados —susurró Santi—. Habría como veinte o treinta jaulas con razas de todo tipo. Los pobrecitos no paraban de ladrar.

—Joder.

—Hasta un gran danés había... —Santi calló unos instantes, parecía mortificado por los recuerdos—. Aquello fue demasiado. Ni siquiera me desnudé. Les puse alguna excusa, me fui corriendo y se acabó. Hasta hoy.

Llegó el camarero anunciándole a Santi que le tocaba volver al escenario. Venía acompañado del otro actor. Santi se puso de pie y lo besó en la boca.

—Te presento a Pedro, mi chico. Cariño, este es Iván, un amigo muy guapo que acabo de conocer.

—¿Sois pareja? —dijo el inspector.

—Sí, ¿no te lo había dicho? —dijo Santi cogiendo la mano de Pedro, donde lucía una alianza idéntica a la suya, dorada y con brillantes—. Estamos casados.

Iván y Pedro se saludaron con dos besos. El marido de Santi olía muy bien y estaba fuerte. Parecía más serio. *A priori*, era más del tipo de Iván. Una pena, pensó.

—Su nombre artístico es Hard Rock —dijo Santi agitando en el aire el puño—, por lo de Pedro, piedra, roca...

La pareja se despidió y subió al pequeño escenario. Una música estruendosa, acompañada de un relámpago de luz, comenzó a sonar anunciando a los clientes que el *show* iba a comenzar. Un nutrido grupo de hombres sin camiseta se arremolinó en torno a ellos. Santi Devil y Hard Rock agitaron unos látigos de cuero en el aire y, tras impostar un exagerado deseo, empezaron a tocarse, primero a sí mismos, luego el uno al otro, para después

iniciar una danza pretendidamente erótica. Fue en aquel momento cuando Iván decidió que ya había visto suficiente y se adentró en el laberinto.

No todo el mundo había bajado a disfrutar del espectáculo. En la planta de arriba, unos siete u ocho tíos paseaban entre una y otra sala. En la oscuridad de un angosto pasillo, Iván notó que alguien le palmoteó el culo. Se tocó para asegurarse de que su cartera seguía en su sitio, no sería la primera vez que robaban en aquella oscuridad. Pero no era la cartera lo que buscaba aquel tío, que seguía allí parado, de pie y muy pegado a su espalda. Iván se dio la vuelta y comenzaron a besarse. El desconocido tenía unas espaldas enormes y un pecho amplio y cubierto de vello. Todo en él le resultaba atractivo y, encima, besaba de maravilla. Iván pensó que había triunfado por fin aquella noche. Pero, sin embargo, no podía borrar de su mente dos imágenes: la carátula de la cinta de vídeo y los perros enjaulados aguardando su destino en solo Dios sabía qué escena sexual. No atinaba a lo que estaba haciendo. Al cabo de unos segundos, el tipo se echó hacia atrás y le preguntó si le pasaba algo. Iván le contestó que nada, que estaba todo controlado, pero no era cierto. La cinta y los perros. Ale y su dedo amputado. La cinta y los perros. Ale y su dedo. La cinta y los perros... Todo tuvo la culpa de que Iván, sin querer, le mordiera el labio inferior a su amante exprés, que gimió de dolor y se zafó del abrazo con un empujón. En la oscuridad, resonaron sus gritos:

—¡Qué haces, gilipollas! ¡Me has hecho sangre, hijo de puta!

Iván se disculpó como pudo y volvió a bajar. Mierda de noche. Por suerte para él, estaban sonando los aplausos. El espectáculo porno había llegado a su fin. Aprovechó para correr hacia donde estaba Santi, que, empapado en sudor, había bajado del escenario para saludar a sus fans. Iván lo cogió de la mano y lo apartó del tumulto.

—¿Sabes si anoche, después de hablar contigo, finalmente A&P decidió ir a Sevilla Central?

—No lo sé —dijo Santi molesto por haber sido expulsado de sus quince minutos de fama—. Desde ayer no he hablado con él, ni siquiera lo he visto.

—Y el tipo ese de las películas, ¿cómo se llama? ¿Podrías darme su teléfono?

—José López. O Muñoz. O Pérez. Tampoco lo he vuelto a ver —dijo Santi después de pensárselo un instante—. Y no tengo su número. Las cinco veces que fuimos a filmar a la nave me fichó aquí, en el Tanke. Ya te he dicho que era muy misterioso e introvertido.

—Me lo imaginaba.

—Si estás pensando en ir tú también, permíteme que te dé un consejo, Iván: no sé qué experiencia tendrás, pero a esos dos les va lo retorcido. Tendrás que estar preparado para según qué cosas.

Santi se soltó de la mano dispuesto a marcharse, pero Iván lo volvió a retener.

—¿Dos? ¿Quién es el otro?

—¡Suéltame, coño, ni que fueras poli! —exclamó Santi con una mueca de dolor.

Al oír el grito, el camarero se acercó a ellos de un salto y le echó a Santi un brazo por el hombro.

—Pues claro que es poli, Santi, querido, tienes que ser el único en todo el Tanke que no lo sabe...

—No pretendía hacerte daño, perdóname —se disculpó Iván.

El actor lo miró muy erguido, con una bien ensayada cara de perdonavidas. Debió de ver desesperación en su semblante.

—Tranquilo. No pasa nada, agente. —Luego, con voz firme pero suave, y más pegado a la oreja de Iván, continuó—: Pero no se trata de otro, sino de otra. Encarnación, la pescadera. Todo lo que pasa en Sevilla Central pasa por ella. Dicen que la nave de marras es suya.

## 19. SÁBADO A MEDIODÍA

---

Iván regresó a casa cuando la mayoría de los comercios del centro ya habían abierto sus puertas. De camino, paró en la farmacia para comprar Espidifen. Allí se cruzó con dos compañeros que, aun siendo de menor graduación, miraron con desdén sus andares erráticos y sus ojos rojos. El inspector les devolvió una sonrisa excesiva y fría. Vivir tan cerca de la comisaría tenía muchas ventajas, pero también aquellos inconvenientes.

Tres horas más tarde, unas acuciantes ganas de orinar lo sacaron de la cama. Un wasap de Alicia le recordaba que aquella tarde tocaba cine. Hacía dos semanas que se lo había prometido a Rafa y, de no ser por el mensaje, habría dejado plantado otra vez al chaval. Por aquel tipo de detalles y por muchos otros, Iván adoraba a su ex, una mujer de oro puro, que sabía hacerle la vida fácil. A pesar de ello, en las últimas semanas había notado algunos sutiles cambios en su carácter y en su actitud hacia él. Parecía más huraña y menos permisiva con sus desfases. Iván no podía reprochárselo, asumía que la culpa era suya y de nadie más.

Para reforzar aquella conclusión, Alicia también le pedía en el wasap que recogiera a su hijo a las siete y cuarto, lo que les daría tiempo de sobra para llegar a la sesión de las ocho. Ella ya se había encargado de comprar las entradas por Internet y le adjuntaba el enlace donde podía descargarlas. Le debía quince euros. Irían a ver una cosa llamada *Annabelle vuelve a casa*. ¿Desde cuándo veía Rafa películas de terror? Con once años, ¿no era demasiado pequeño?

Después del cine, tendría que llevar a Rafa al McDonald's, y el chaval se quedaría a dormir en su apartamento, ya que ella iba a salir a cenar con Carlos. En resumen, una vez más, Alicia lo había organizado todo. Y menos mal, se dijo Iván.

Decidió, por tanto, dedicar la tarde del sábado a descansar. Comería un plato gigante de pasta y tendría por delante más de dos horas para echarse la siesta del campeón. La película tenía pinta de ser mala con avaricia, pero era lo de menos. Necesitaba pasar más tiempo con Rafa. Desde hacía un tiempo, el crío le rehuía.

Pero todavía no había empezado a hervir el agua en la olla cuando llamó Diosdado. Antes de deslizar el dedo sobre la pantalla del iPhone para contestar, Iván presintió que se trataba de algo grave y urgente. El comisario podía ser todo lo amigo suyo que quisiera, pero no lo iba a llamar un sábado al mediodía para invitarlo a una barbacoa en familia.

—¿Se puede saber dónde coño te has metido?!

Las toses del comisario empantanaron la comunicación, momento que Iván aprovechó para ver en su móvil que, efectivamente, tenía varias llamadas perdidas de Diosdado, de Pilar y hasta de la centralita de la comisaría. Sin siquiera haber activado el modo silencioso, no se había enterado de ninguna.

—Disculpa, jefe, no sé qué ha pasado.

Pero al comisario le estaba costando un mundo serenarse. Iván lo imaginó quedándose sin aire de un momento a otro, con los pulmones crujiendo como una bolsa de patatas apretujada con las manos.

—Tranquilo. Menos mal que no fumas —dijo Iván—. Si te parece, y mientras te recuperas, voy a encenderme yo un cigarrillo.

—Dale, cabrón —consiguió articular Diosdado a duras penas.

El agua ya había empezado a bullir. Iván aprovechó para echar los macarrones a la olla. No estaba dispuesto a renunciar a otra comida.

—A ver, cuéntame. ¿Qué he hecho ahora?

—Espero que tú no hayas hecho nada, pedazo de gilipollas —dijo el comisario con la voz otra vez en su sitio, aunque algo trémula aún—. Han encontrado otro cadáver. Y por lo que parece, es otro de los tuyos.

A Iván se le escapó una risa. Sabía muy bien que Diosdado no era homófobo, pero esas formas le perdían.

—Llevaba en el bolso el carné de maricón, ¿no? —preguntó con guasa—. ¿O se le había corrido el rímel?

—Si no fueras tan listo, hace mucho que te habría mandado al carajo, por imbécil —dijo el comisario sofocando un incipiente ataque antes de continuar—. Para eso llevamos toda la puta mañana intentando localizarte. Para que nos ilumines con tus vastos conocimientos sobre la materia. Todavía es todo muy confuso, aunque parece que hay algunas similitudes con el otro muchacho. Con Ale.



Iván permaneció en silencio unos segundos. La resaca le tenía la cabeza embotada, aunque en aquella maraña gris que era su mente, atisbaba una idea que quería descollar.

—¿Podrías ser un poco más explícito, por favor?

—Claro, señor agente, cómo no —respondió el comisario—. Mientras usted dormía la mona por enésima vez, nosotros, sus humildes servidores, hemos adelantado su trabajo.

—Diosdado, por favor.

La súplica dio resultado. Al otro lado de la línea, el inspector pudo escuchar un carraspeo alto, claro y liberador y, a continuación, la respiración del comisario más relajada.

—Hace una hora escasa, sobre las doce, se ha recibido una llamada en el 112 de un ciclista que había encontrado el cuerpo sin vida de un hombre joven cerca del apeadero de la Renfe, en la Isla de la Cartuja.

—¡No me jodas! —exclamó Iván—. ¿En la Raya?

—Sí, ya me he enterado de que es así como llamáis a esa zona de ligoteo.

—De *cruising* —corrigió Iván.

—Me importa una mierda cómo se diga.

—Tienes razón, pero como experto en la materia, te digo que se llama así. Y también que no creo que el ciclista estuviera haciendo deporte allí un sábado tan de mañana.

—Eso mismo he pensado yo —dijo el comisario.

—Ese es uno de esos maricas ocultos que le dicen a su señora que van a comprar churros para desayunar. Ni se te ocurra hacer el chiste con los churros y las porras.

—No me subestimes —dijo Diosdado—, bastante tiene ya el amigo con tener que esconderse para follar a estas alturas del siglo, y que encima le pase lo que le ha pasado. Además, yo los llamo calentitos.

—Igual de bien me lo pones —repuso Iván—, pero continúa. Qué más.

—La operadora del servicio de emergencias que atendió la llamada nos ha contado que el hombre estaba tan afectado que le costaba ordenar las palabras. Le ha llevado un buen rato hacerse entender y decir cuál era su ubicación exacta. Menuda papeleta: ir a echar un polvo y encontrarte un muerto.

—Y que lo digas.

—Los primeros en llegar fueron una pareja de la local que patrullaba cerca de allí. Como tú sabrás mejor que yo, las mañanas de los sábados y domingos, entre gais y niñatos que van a continuar la fiesta con sus coches

tuneados y sus equipazos de música, aquella zona siempre está muy concurrida. Los de la local nos llamaron inmediatamente; se habían quedado en *shock* con lo que vieron: un chaval de unos veintitantos años al que le habían dado una paliza brutal. Entre otros detalles escabrosos, que es preferible que veas con tus propios ojos, le habían amputado el dedo meñique del pie izquierdo.

—Joder. No me extraña que se quedaran de piedra.

—¿Vas a pasarte todo el puñetero día dándome la razón como a un loco, o te vas a poner en marcha de una jodida vez para hacer tu trabajo? La científica, el forense y la agente Ojeda ya están allí. Les he dado órdenes de que empezaran sin ti.

—Voy ahora mismo —se atrevió a decir Iván, sin tener claro si aquello no había sido también una manera de darle la razón a su jefe—, pero antes me gustaría preguntarte algo.

—Dale.

—¿Tú conoces a Encarna, una mujer a la que llaman la Pescadera? Tengo entendido que en Sevilla Central maneja el cotarro. Y no me vengas tampoco con el chiste de que es la que parte el bacalao.

—Pues no, no tengo el gusto —respondió Diosdado con indiferencia—. Yo soy más de carne que de pescado. Pero déjate de historias y vamos a centrar el tiro. Y otra cosa: por suerte... —El ataque de tos del comisario fue tan intenso que Iván se asustó. Tuvo que pasar casi un minuto antes de que pudiera continuar—. Por suerte tenemos a la prensa entretenida con el caso de la manada y la niña esa, la justiciera. Sin embargo, los buitres se cansan rápido de rebañar la misma carroña. En cuanto se enteren de que hay dos muertos gais y con un dedo cortado, les habremos servido en bandeja una succulenta ración de carne fresca. Tenemos que ser discretos, ¿lo has entendido?

«A la primera», pensó Iván antes de contestar:

—Aun a riesgo de que te vuelvas a cabrear, no puedo por menos que darte de nuevo la razón. Voy.

Colgó antes de tener que oír una vez más los carraspeos, las toses y los exabruptos de Diosdado. Sus palabras incidían sobre el tema recurrente de sus últimas conversaciones. De algún modo, se estaba generando el temido escándalo gay al que se había referido unos días atrás, y lo peor era que él ya estaba metido hasta el cuello. La única opción para que aquello no se convirtiera en una gigantesca bola mediática era resolver cuanto antes el caso. O los casos. Para ello, su prioridad número uno tenía que ser encontrar a

A&P, interrogarlo y esclarecer la primera muerte, la de Ale. Algo le decía que con ello allanaría el camino para resolver la segunda.

Escurrió los macarrones en el fregadero tan rápido como pudo y los volcó en una fuente de cristal. Buscó un bote de salsa en el frigorífico y en la despensa; como no encontró ninguno, se conformó con un chorreón de aceite, sal y un par de guindillas machacadas. Mientras engullía la pasta —se había excedido con el picante—, un pensamiento fugaz y distraído lo llevó de vuelta al Carrefour y a Jorge, el cajero. Tenía que volver a quedar con él. Suerte que no llegó a deshacerse del póliz donde había anotado su número.

Se duchó, se vistió y voló escaleras abajo. Esperando al Cabify, consideró la posibilidad de llamar a Rafa, o mejor a Alicia, pero desestimó la idea. Para qué precipitarse y enervarlos. Eran las tres de la tarde. Estaba casi seguro de que para las siete y media ya habría terminado. Sin embargo, la duda lo tenía de los nervios.

Al conductor del Cabify no le permitieron avanzar más allá del apeadero de la Renfe. El perímetro que los agentes de la Unidad de Inspecciones Oculares habían acordonado incluía el desvío hacia la carretera secundaria que circulaba en paralelo entre el Guadalquivir y gran parte de la Raya. A Iván le pareció excesivo, hasta que accedió al punto central del perímetro, donde había sido hallado el cadáver; allí entendió que sus compañeros habían procedido de aquel modo, más que para evitar la destrucción de pruebas, para disuadir a los curiosos que ya se estaban empezando a congregarse. No reconoció a ningún periodista. Aquello estaba bien; podría significar que el interés por el suceso era todavía escaso y que, para cubrirlo, los medios se habían limitado a enviar a sus becarios, reservando a los primeros espadas para la manada y la justiciera.

Carlos fue la primera persona que reconoció a lo lejos. El forense también lo vio llegar y le hizo un discreto saludo con la mano. Mientras se acercaba, Iván notó en los pies que la tierra seguía húmeda. Aunque aquella vez había tomado la precaución de calzarse las botas, se sonrió al pensar que, si los compañeros de la científica analizaran las huellas en el barro, la posibilidad de que dieran con las que sus zapatos habían dejado la noche que se encontró con Roberto eran muy elevadas.

Pero, como si de pronto le hubiesen abofeteado, la sonrisa se le esfumó de la cara.

—Parece que hayas visto un fantasma, Iván —dijo Carlos tomándolo por el codo—. Ni que fuera tu primer muerto.

Era obvio que no se trataba del primero, pero, en cierto modo, sí que estaba ante un fantasma. Ahogó un gemido de sorpresa. El cuerpo a sus pies, tumbado bocarriba, desnudo, con las piernas y los brazos extendidos y muy abiertos, dibujando una amplia equis sobre la hierba y el barro, era el cuerpo de A&P. Avelino Plaza, como indicaba su DNI.

Iván se sintió un poco mareado. Tuvo que acucillarse fingiendo que iba a inspeccionarlo más de cerca.

—La labor de tortura ha sido intensa, concienzuda y prolongada —comenzó a decir Carlos—. Le han hecho de todo. Fíjate, tiene quemaduras en los pezones y unas largas y profundas incisiones en las plantas de los pies. —El forense, transformado en profesor, señalaba con el dedo índice las partes del cuerpo que iba nombrando—. La piel y los músculos de las muñecas y los tobillos han desaparecido, calcinados por el fuego. No me preguntes cómo lo han hecho, porque lo único que se me ocurre es que estuviera atado con cadenas y las hubieran calentado al rojo vivo. Le han arrancado las pestañas. También le han extraído todos los dientes. Si ha estado vivo y consciente en todo momento, cosa que no puedo decirte hasta que no le practique la autopsia, ha tenido que sufrir un auténtico infierno. Te adelanto que, por el rictus de su cara, no me extrañaría.

Hasta aquel momento, Iván no se había atrevido a mirar a A&P directamente a la cara. Comprobó que lo que le acababa de decir Carlos era cierto; que, sin los dientes, la boca hundida le confería al camello el aspecto de un anciano prematuro. Los pómulos, afilados como dos piedras talladas, estaban salpicados de minúsculos puntitos rojos, venillas que habrían estallado por el esfuerzo y el dolor. Las ojeras eran dos círculos negros rodeando unos ojos hundidos. Por suerte los párpados, aunque sanguinolentos y sin pestañas, estaban cerrados.

A continuación, le llamó la atención la insólita gama de colores que se había apoderado del cuerpo. En las piernas y en el abdomen, el tono predominante era un morado brillante que casi no parecía de este planeta. Pero el más extraño de todos era el negro en la raja del cuello, satinado de un rojo oscuro y verduzco, evidencia de que la yugular había sido seccionada con algún objeto afilado, probablemente un arma blanca.

Impulsivamente, Iván se fijó en los dedos de las manos y de los pies. Además de haberle amputado el meñique del pie izquierdo, como le había adelantado el comisario, también faltaban las diecinueve uñas restantes.

El inspector intentó conjurar en su mente la imagen de su follamigo tal y como lo había visto por última vez unos días atrás, pero la estampa que tenía

justo delante interfería con tanta potencia que la bloqueaba y se imponía sobre cualquier otra.

—Hay algo más —dijo Carlos. En su tono, Iván detectó un ligero énfasis, una pizca de emoción parecida a la victoria—. Aunque no se distinguen bien porque están camuflados entre los hematomas, el cuerpo está acribillado a pinchazos. En los antebrazos, en los tobillos, entre los dedos... Bueno, entre todos los huecos no, porque ya te habrás fijado...

—Sí. Que le han cortado el meñique —interrumpió Iván—. Hay que ser un bestia para ensañarse así con alguien. Este pobre no se merecía acabar así.

—¿No me irás a decir que también lo conocías? —preguntó Carlos alarmado.

—Es una larga historia —susurró Iván.

Unas ramas crujieron a sus espaldas y Pilar salió de detrás de una adelfa muy alta y frondosa. El agua acumulada en las hojas llovió sobre ella y la puso chorreando. Como pudo se la sacudió de encima, al tiempo que saludaba a Iván y pedía disculpas por su intromisión.

—¿De dónde sales tú? —preguntó Iván. Había conseguido levantarse sin perder el equilibrio y agradeció la aparición de su compañera.

—Me había parecido él, pero no estaba segura —dijo Pilar ignorando la pregunta de Iván—. Pobre *xicot*, lo han desfigurado tanto que no se parece en nada al de las fotos. Estaba esperando a que llegaras tú para que me lo confirmaras.

—Sí, es A&P, sin duda —dijo Iván—. Aunque cuesta reconocerlo.

Ambos volvieron a observar los violentos destrozos en el cadáver, como para confirmarse a ellos mismos que aquello era real. A Carlos se le veía a las claras que, para él, aquella realidad era su día a día. Iván no pudo evitar un leve escozor al pensar que aquel hombre iba camino de ser la nueva familia de su familia.

—Un compañero de la científica me ha pedido que echara un vistazo a unas huellas de un coche. Son muy recientes, llegan hasta ahí detrás —dijo Pilar señalando a la adelfa—. Parece que fue allí donde descargaron el cuerpo, aunque luego lo arrastraron hasta aquí.

—Y eso quiere decir que... —dijo Iván.

Pilar guardó un prudente silencio y miró al forense.

—No me gusta opinar sin haber hecho antes la autopsia —dijo Carlos, cómodo en su estatus de autoridad—, pero yo diría que a este muchacho no lo mataron aquí. A pesar del lamentable estado que presenta, en general está bastante limpio. Por ejemplo, mirad sus orejas. Casi no tienen tierra ni barro.

—Y yo te decía —continuó Pilar— que el coche aparcó justo detrás de ese *baladre*.

—Adelfa —tradujo Iván.

—Detrás de esa adelfa. El coche solo pudo llegar hasta allí. Quienquiera que haya sido, descargó el cuerpo y lo arrastró hasta esta zona, mucho más escondida a la vista.

—¿Podemos estimar la hora aproximada de la muerte, Carlos? —preguntó Iván.

—Insisto...

—Sí, Carlos —interrumpió Iván, quien, entre la resaca, los macarrones picantes dándole vueltas en el estómago y la cara destrozada y hundida de A&P, no estaba para soportar la proverbial asepsia del forense—, sé que no quieres pecar de imprudente, ya lo sé, pero te lo pido por favor, solo por esta vez, de verdad, por favor... ¿Podrías hacer una excepción?

Para su sorpresa, Carlos no se tomó el tono de Iván como una ofensa. Al contrario, el forense le dio una palmadita en la espalda, acompañada de un suspiro que le llegó cargado de compasión.

—Pues... Yo calculo que la muerte se produjo hace menos de veinte horas, me atrevería a decir que incluso menos de doce.

—Y el de la científica me ha dicho que las huellas en el barro son de hace unas cuatro o cinco —dijo Pilar.

—Es decir —recapituló Iván—, que tras nuestro encontronazo de ayer por la tarde en su apartamento, a este pobre lo sometieron a una maratón de torturas hasta que acabaron con su vida, ya de madrugada, en algún lugar desconocido. Alrededor de las ocho de la mañana, lo trajeron en coche hasta aquí, a la Raya, donde eligieron un lugar poco visible en el que, a eso de las doce, el supuesto ciclista lo descubrió y llamó al 112. Esto es lo que tenemos a esta hora, las cuatro de la tarde.

Permanecieron en silencio. Iván necesitaba tiempo para reflexionar y seguir reconstruyendo el relato desesperante que le estaba provocando sarpullidos en la mente, con sus lagunas y su número cada vez mayor de piezas sueltas, y una presión en el pecho, con el recuerdo de la hermosura de A&P. Una hermosura destruida, aniquilada para siempre. En mayor medida, lo que más le quemaba por dentro era la convicción de que, si se hubiese aplicado un poco más en su búsqueda, probablemente a aquellas horas aún seguiría con vida. Sabía que no tenía ningún sentido pensar así, pero una y otra vez, como una avalancha recurrente, caía sobre su ánimo la imagen de la boca envejecida y desdentada del muchacho muerto sobre el barro.

Detrás de ellos se oyeron unos gritos. Cuando se giraron se encontraron frente a una joven que los estaba grabando a ellos y al cadáver con su teléfono móvil. Los que gritaban eran unos compañeros policías uniformados que llegaban corriendo con cara de perros de presa. La joven no debía de tener más de veintidós o veintitrés años, y se había saltado el cordón policial, como quien entra en la panadería o en la farmacia. Iván, Pilar y Carlos la observaron mientras continuaba grabando sus caras de estupor, desoyendo las advertencias y gruñidos de sus compañeros de uniforme, hasta que la alcanzaron y se interpusieron en el tiro de cámara con actitud agresiva. La reacción de la muchacha fue todo lo contrario de lo que cabría esperar: se irguió, alzó la frente y, con una voz rotunda y cargada de autoridad, los amenazó con demandarlos si le tocaban un solo pelo.

Iván comenzó a abandonar la escena del crimen. Más que abandonar, podría decirse huir. Necesitaba estar lejos de allí cuanto antes, donde fuera. Le dolía la cabeza como si fuera una granada, tanto daba la fruta o la bomba, a punto de estallar. La garganta rajada, las uñas arrancadas, la piel quemada, los pinchazos invisibles, los dientes extraídos... Tenía que tomar aire. Pasó tan deprisa junto a la joven periodista y los policías que ni siquiera intentó ocultar su rostro a la cámara. Luego, atravesando ya el cordón policial, se giró para echarle un último vistazo a la reportera. Seguía hablando con los agentes y manteniendo la compostura y su inusitada calma. Justo entonces, al volver a verla, Iván por fin fue capaz de dar forma a otra imagen en su cabeza, que pugnaba por salir: la imagen de un buitre grande y gris, de cuyo enorme pico goteaba una sangre oscura y espesa. Con sus fríos ojos de ave, lo miró, abrió las alas y alzó el vuelo.

## 18. SÁBADO AL ANOCHECER

---

Por orden expresa de Diosdado, Iván pasó el resto del sábado en la comisaría. Alrededor de las cuatro, ya se habían subido a Internet las primeras imágenes. En menos de una hora, se habían hecho virales. Aunque la mayoría de las webs de las agencias y de los medios de comunicación había pixelado la cara destrozada de A&P, Pilar le informó de que otras, quizás no tan conocidas pero mucho más populares, se regodeaban en los detalles explícitos de la tortura. Aparte del cadáver, una de las imágenes que más se estaba reproduciendo era la del inspector Iván de Pablos abandonando la escena del crimen, su mirada altiva y desdeñosa castigando al objetivo.

A las seis se presentaron los primeros cámaras y reporteros. Necesitaban saber. Querían saber. Exigían saber. Pronto, el nombre del inspector se había extendido entre los picos de los buitres más de lo que a él le hubiese gustado.

A aquella hora le envió un wasap a Alicia y a Rafa lamentando que sus planes de cine se hubieran truncado por una causa de fuerza mayor, pero no recibió respuesta de ninguno de los dos. A decir verdad, tampoco esperaba que lo hicieran. A las ocho, la hora de la sesión de la película de terror que ya no iba a ver, Iván se preguntó qué habría decidido Carlos al respecto de la cena que tenía aquella noche con Alicia. Quizás el forense también la había cancelado para seguir con la autopsia de A&P. Aquel hecho ayudaría a exculpar a Iván o, cuando menos, a que su culpa fuera compartida con la actual pareja de su ex. Sin embargo, cuando llamó al Instituto de Medicina Legal y preguntó por él, le informaron de que se acababa de marchar porque, al parecer, tenía un compromiso familiar importante. Iván sintió un pellizco de ansiedad y de envidia. Compromiso familiar. Importante.

—No te jode... —musitó.

Durante todo aquel tiempo, el comisario, Pilar e Iván permanecieron encerrados en la sala de reuniones de la comisaría poniendo en común la



información disponible sobre el caso hasta el momento, al objeto de decidir cuáles iban a ser los pasos siguientes y, lo que más preocupaba al comisario, qué iban a comunicar a la prensa. Es decir, qué iban a ocultarles. Conforme fueron necesitando alguna puntualización o aclaración sobre algún pormenor de la investigación, reclamaron la presencia de distintos colaboradores, desde los compañeros de inspecciones oculares a los de criminalística, pasando por el responsable de comunicación. El comisario optó por prescindir del doctor Carlos Sepúlveda hasta que no terminara la autopsia. Iván no le dijo que aquella autopsia no iba a estar lista tan pronto como el comisario esperaba. Con un poco de suerte, por primera vez sería el forense y no él el destinatario de la bronca del jefe. Por su parte, el mismo Diosdado tuvo que ausentarse hasta en tres ocasiones porque fue requerido, a su vez, desde la Jefatura Superior de Policía para dar explicaciones. Unas explicaciones de las que, por el momento, carecía. En definitiva, el caso ya estaba en la calle.

Aquello se tradujo en un incremento de la presión sobre el equipo. En especial sobre Iván, que atesoraba ciertas informaciones relevantes que aún no estaba dispuesto a difundir. No quería añadir más peso a la espada de Damocles que los muchachos de Asuntos Internos hacían pender sobre su cabeza. Informaciones como, por ejemplo, el hecho de haber sido cliente y follamigo de A&P; o el hallazgo de la cinta de vídeo en su apartamento turístico. Era consciente de que, tarde o temprano, se vería obligado a hablar de todo ello y de que tendría que arrostrar una más que merecida amonestación, pero algo en su interior le decía que estaba actuando correctamente, que aquel tiempo que se estaba reservando para sí era fundamental si quería avanzar en la investigación. Mención aparte requería la bolsa de coca que le había salido gratis, asunto muy diferente que, de momento, también consideró oportuno silenciar, pero por otras razones obvias.

Por fortuna para el inspector, una de las primeras decisiones que tomó Diosdado fue nombrar a Pilar Ojeda portavoz oficiosa ante los medios. Pretendía con ello alejar a Iván del foco. Además, dijo el comisario, una voz femenina siempre resultaba más agradable y convincente. Pilar no pudo decir que no, pero tampoco omitió unas palabras de rechazo al comentario machista de su superior, que llevaron a Diosdado a disculparse a regañadientes. La primera rueda de prensa se convocó para las ocho y media, aunque finalmente tuvieron que retrasarla casi una hora, a la espera de que el juez decretara el secreto del sumario. Diosdado consideraba que las coincidencias entre las muertes de Ale y A&P eran una carnaza demasiado jugosa. Con la medida del

juez ya tenía la excusa legal para no dar más que la mínima información imprescindible.

Mientras Pilar se enfrentaba al enjambre de periodistas, Iván aprovechó para escabullirse por el garaje. Al pasar por la puerta de la sala de prensa, le guiñó un ojo a su compañera desde lejos. La agente había logrado borrar el cansancio de su cara a base de una gruesa capa de maquillaje, pero su voz fatigada y sus hombros caídos la delataban. Antes de abandonar la comisaría, Iván volvió a prometer a Diosdado, por enésima vez, que lo mantendría al corriente de sus avances.

De camino a casa, llamó a Alicia y a Rafa, que no contestaron. Con Carlos tuvo mejor suerte. Por culpa de Iván, habían suspendido la cena romántica. Estaban los tres en el McDonald's de la Campana. Habían ido a cenar allí como gesto de desagravio para Rafa. Ya que el chaval se había quedado sin cine, al menos eso: hamburguesa. Iván le pidió que esperaran un poco. No estaban lejos. Iría a disculparse en persona.

Como todavía llevaba los bajos de los pantalones sucios del fango de la Raya, se pasó por casa a todo correr para cambiarse. Con las prisas, entre ducharse o meterse una raya, eligió lo segundo. Cuando ya estaba otra vez en la calle, de camino al restaurante de comida rápida, encontró la cinta de vídeo Beta en el bolsillo del abrigo. Sabía que no iba a ser el mejor momento para pedirle ningún favor a Alicia, pero tenía que intentarlo.

Aunque hacía frío y estaba comenzando a chispear, Alicia lo esperaba fumando un cigarrillo en la puerta del McDonald's.

—Carlos se ha llevado a Rafa. Ya están en casa —dijo muy seria, al ver que Iván los buscaba a través de la cristalera.

—¿Y eso? ¿Le ha pasado algo? ¿No se encontraba bien?

—No. Nada. Deseo expreso de tu hijo. Se ha llevado la hamburguesa a casa. En una caja. No quería verte.

Alicia extendió el silencio unos segundos esperando que él dijera algo. Iván conocía aquella forma de hablar de ella cuando estaba enfadada. Soltaba frases muy cortas, muy cargadas de reproches, muy espaciadas. Había sido su manera habitual de hablar durante las últimas semanas de convivencia antes del divorcio. Iván aprendió entonces que, en aquellas tensas conversaciones, de nada servía ni darle la razón ni contradecirla. Lo mejor era callar y dejarla expulsar su enfado poco a poco.

—Otra vez. Lo mismo de siempre. Nada que decir, ¿verdad?

—Lo siento —contestó Iván.

—Claro. Todos en paz. Hasta la próxima. Ninguno de nosotros tiene otra cosa que hacer, salvo organizarse en torno a tu disponibilidad.

—En esta ocasión, se trataba de algo importante —se atrevió a justificar Iván.

—Siempre hay algo más importante. ¿Esta mañana también? ¿O dormías la mona? Otra vez. ¿Eso también es importante? —Eran evidentes los esfuerzos de Alicia por mantenerse tranquila, como también que no lo estaba consiguiendo—. ¿Es que no te das cuenta, Iván, de que nunca podemos contar contigo para nada?

—Pero lo de esta tarde era una urgencia. Carlos te lo habrá contado.

—¡Sí, pero Carlos no ha faltado a su cita! Ha sido tan puntual como siempre, no como tú.

Iván sintió el impulso de abrazarla, pero aquello podría complicar las cosas aún más. Era mejor callar. Ella se había quedado a esperarlo para abroncarlo, y él tenía que someterse a ello. Se palpó los bolsillos buscando el tabaco, pero no lo encontró. En su lugar, se topó con la cinta de vídeo.

—Sé que no me vas a creer —dijo con mucho tiento—, pero voy a intentar compensaros a los dos.

—Rafa aún se hace alguna ilusión con su padre, y no le culpo. Todavía es un niño. Pero a mí ya me da igual lo que hagas o digas. Ya hace mucho que paso de ti, querido. Si me he quedado ha sido para advertirte: otra como esta y ya puedes ir olvidándote de él.

—Estás siendo muy dura, Alicia. Pero te entiendo. Tienes mi palabra —dijo Iván. La mano en el bolsillo del abrigo se aferraba a la cinta Beta.

—En los chinos venden bisutería más valiosa que tu palabra.

Ella anunció el final de la conversación tirando el cigarrillo al suelo y pisándolo. Iván lo meditó unos segundos y se arriesgó a probar suerte:

—Quería pedirte un favor, Alicia.

En un instante, la cara de ella pasó del enfado al asombro. El inspector se acordó de una vez que, todavía casados, ella le había confesado que, por absurdo que pareciera, aquellas inesperadas salidas del guion tan suyas habían sido una de las cosas que más le atraieron de él cuando se conocieron, pero que, con el tiempo, se le habían vuelto insoportables.

—Necesito que le preguntes a tu padre si tiene un reproductor de cintas de vídeo Beta como esta —dijo Iván mostrándosela—. Podría llamarlo yo, pero, como sabes, él tampoco me tiene mucho cariño.

Alicia miró la cinta, lo observó a él como preguntándole en qué oscuro antro nocturno había perdido la poca vergüenza que le quedaba la última vez

que se vieron y, de nuevo, volvió a mirar la cinta. Se la quitó de la mano sin darle tiempo a reaccionar.

—Mejor si se la llevo —dijo metiéndola en el bolso—. Primero tendrá que verla. Lo mismo no es ese formato, o qué sé yo. Él entiende de estas cosas mejor que nosotros dos. Algún cacharro guardará que te sirva.

—No me parece buena idea que te la lleves.

—¿Y eso?

—Desconozco su contenido. Ni siquiera sé si está relacionada con el caso. Pero, por si acaso...

—Tranquilo. Mi padre no se va a asustar por una vieja peli de tíos follando. Los de su generación son, en muchas cosas, más modernos que los de la nuestra. ¡A lo mejor, hasta le pone! —dijo Alicia sonriendo por primera vez—. De todos modos, le pediré expresamente que se limite a buscar el reproductor adecuado. Se la enseño, pero no se la doy. Tienes mi palabra. Y esta sí que vale.

Iván aceptó a regañadientes; con aquella muestra de confianza esperaba recuperar algo del terreno perdido. Además, lo que ella le había dicho era absolutamente cierto: Alicia nunca le había defraudado. Ella, a diferencia de él, sí era de fiar.

Se despidieron con un tímido beso. Iván valoró que, por lo menos, hubiera beso. La cosa terminó mucho mejor de lo que había empezado. Con todo, sentía en el estómago un mordisco por el asunto de la cinta de vídeo. Se convenció de que estaba siendo paranoico y lo achacó a la visión del cadáver de A&P que, de vez en cuando, regresaba a su mente para infligirle un dolor fugaz pero muy intenso. Era tan consciente de que necesitaba relativizarlo como de que ya nunca olvidaría aquella mandíbula hundida.

Dieron las once de la noche cuando llegó al Caballero. Todavía era temprano y estaba poco concurrido. Sentado a la barra, pidió un vodka cortito con tónica y llamó a Santi, el actor porno.

—Quiero que me lleves a Sevilla Central.

—Debes de estar de broma —dijo Santi, cuya voz, sin embargo, denotaba una total ausencia de sorpresa. Como si hubiera estado esperando la llamada de Iván.

—En absoluto.

—Iván, con todo el jaleo que se ha montado por la muerte de A&P, ¿tú crees que esa gente va a seguir haciendo películas como si no hubiera pasado nada? Si yo fuera ellos, dejaría pasar un buen tiempo antes de volver a rodar. Sobre todo porque ya deben de saber que eres tú quien está investigando.

—No tienen por qué. Oficialmente, la agente Ojeda está a cargo del caso.

—Si tú lo dices... Sales muy guapo en la tele, por cierto.

—Llámalos —ordenó Iván—. Cuéntales que tienes un amigo que necesita pasta con urgencia y al que le podría interesar salir en una de sus pelis. Diles que tengo muy buen físico y que estoy muy bien dotado.

—Vaya —dijo Santi riéndose a medias—, tú no necesitas abuela.

—Tú díselo. Que cuanto antes. Que, si ellos están dispuestos, esta misma noche. Que estoy abierto a todo.

—Esto no funciona así, Iván.

—¿Cómo funciona, entonces?

—No lo sé. Ya te dije que son ellos los que te fichan a ti, no tú a ellos. No sé cómo ni dónde localizarlos.

—Inténtalo. Seguro que se te ocurre algo. Llámame en cuanto tengas una respuesta, sea la que sea.

Iván cortó la llamada. Creía haber conseguido impactar a Santi con su brusquedad. Ahora tocaba esperar. Estaba cansado. Se buscó en la cartera y en los bolsillos, pero no encontró nada que meterse. Reconoció que los cinco gramos que encontró en el apartamento de A&P le habían durado demasiado poco. Tenía que empezar a plantearse la posibilidad de controlar el consumo. A partir del lunes, claro. Aquel día, de momento, no iba a hacerlo. Era sábado, y los sábados por la noche se salía, sí o sí.

En aquel momento, la suerte hizo acto de presencia en la puerta del bar. El Canario acababa de llegar. Iván lo invitó a una copa y le pilló un gramo de mefedrona. En tres palabras: de puta madre.

## 17. LUNES POR LA MAÑANA

---

Abrió los ojos. Hasta que no hubieron transcurrido unos segundos, Iván no tomó conciencia de que aquel era su dormitorio, de que estaba en su cama, de que era su despertador rojo transparente con luces led el que sonaba y le chillaba la hora, las diez de la mañana, y el día, lunes. Imposible recordar cómo, ni cuándo, ni con quién había llegado hasta allí. Lo único que le era familiar desde antes de abrir los ojos era el gong dentro de su cabeza, golpeando con una frecuencia regular, monocorde y cansina. Encontró la caja de Espidifen en el suelo, tirada junto a la de Orfidal. Descubrirles vacías empezó a darle algo de sentido a lo que le sucedía: había estado de fiesta toda la noche del sábado, toda la mañana y toda la tarde del domingo y, después, había estado durmiendo en un pozo ciego y atemporal. Aunque aquello no dejaba de ser una mera conjetura. Tosió, y sonó como el motor de una lavadora rota, aún peor que Diosdado.

Se obligó a arrastrarse desde la cama hasta el frigorífico, buscando una botella de agua fría. Las puñaladas heladas en la garganta lo trajeron un poco más de vuelta a la realidad, aunque todavía un muro se alzaba entre su entendimiento y su memoria. Procesionó hasta el cuarto de baño. Estrujadas dentro del bidé, se agolpaban una toalla grande y otra de mano que desprendían un olor mohoso a setas podridas. Unas sospechosas manchas mucosas, entre marrones, verdes y rojizas, incrustadas en el lavabo, le obligaron a apartar la mirada. Abrió el grifo, en un fatigoso intento por disolverlas con la presión del chorro de agua. Lo dejó abierto los más de veinte minutos que permaneció bajo la ducha caliente. Después, mientras se secaba, observó con satisfacción que, aunque no por completo, algo habían desaparecido.

Se vistió. Encontró su cartera en el bolsillo trasero de los vaqueros. Unos vaqueros que apestaban a garito. Su documentación y sus tarjetas seguían allí,

pero ni rastro de dinero, a excepción de un billete de cinco euros en forma de cilindro del que, al desenrollarlo, se desprendieron unos granos blancos y pegajosos. Pasó el dedo por el billete y lo chupó. El sabor amargo y medicinal despertó a su bestia interior, pero también le produjo unas ligeras náuseas.

Fue un misterio, y al mismo tiempo un alivio, comprobar que su móvil no tenía ni llamadas ni wasaps de nadie. Ni siquiera del comisario ni de Pilar. Cerró los ojos y se masajeó las sienes. Con fogonazos de intensidad y duración variable, comenzaron a chisporrotear en su mente algunas imágenes de la noche del sábado, desde que había salido del Caballero Inexistente.

Supo, por ejemplo, que de allí había ido directo al Tanke, pero del club de sexo solo recordaba haber visto al marido de Santi —¿Pietro, se llamaba?— comiéndose la boca en la barra con un tipo gordo, bajito y muy velludo. El arquetipo de un oso, todo lo opuesto a Santi. Cuando se saludaron, el marido de aquel le contó, sin soltar la cintura de su amigo, que aquella noche no actuaban, que su chico se había quedado en casa descansando, pero que él sí salía porque estaban celebrando allí el cumpleaños de uno de sus mejores amigos. A punto estuvo Iván de alabar su forma de felicitar los aniversarios. Quizás, se dijo, con tanto follar en público se había convencido de que él era, en sí mismo, el regalo perfecto. Bien podría anudarse un lazo rojo en alguna parte del cuerpo.

Aunque iba muy puesto y todavía no se había enrollado con nadie, no le apetecía ir a la sauna. Aquello suponía remover de nuevo en su cabeza toda la mierda del caso, y no era el momento. Por suerte, en la puerta del Tanke un grupo de unos ocho tíos se estaba organizando para montar un *chill* en casa de uno de ellos, a quien Iván conocía de no sabía qué. Se autoinvitó a la fiesta y bastó para convencerlo el bote de GHB, el resto del gramo de mefedrona comprado al Canario y otro de coca que le había pillado a alguien en el Tanke. Fue recibido con los brazos abiertos.

De lo que ocurrió en aquel *chill* Iván solo guardaba impresiones borrosas. Como si hubiera estado enfermo con fiebre aunque, en general, creía haberlo pasado bastante bien. Eso sí: seguía sin acordarse de cómo, ni cuándo, ni con quién había llegado después a casa. En otras ocasiones había tenido lagunas, pero nunca tan opacas ni tan extensas. ¿Qué mierda de coca le habían vendido en el Tanke? Aquello le pasaba por pillarle a cualquiera.

Para escapar de la vergonzosa sensación que lo embargaba, se sentó a desayunar y a ojear los diarios digitales. La maniobra de distracción que el comisario, Pilar y él habían urdido parecía haber surtido el efecto deseado: en un artículo publicado la mañana anterior, un periodista había escrito una

semblanza de la agente Ojeda, en la que, en un alarde de altura periodística y de relevancia informativa, ponía el acento en su origen catalán y en su reciente traslado a Sevilla. Al menos, el artículo finalizaba destacando su buena trayectoria a pesar de su juventud, hecho aquel que la habría aupado al frente de la investigación. A Iván ni lo mencionaban. Bien, se sintió aliviado. En su lugar, muchos de sus compañeros policías habrían sentido justamente lo contrario. Así era el cuerpo de vanidoso.

Mientras vaciaba ceniceros y recogía ropa tirada por toda la casa, Iván cayó en la cuenta de que hacía tan solo poco más de una semana desde la llamada de Paco desde la BlackSun y, sin embargo, para él se trataba ya de un recuerdo lejano. Quizás la culpa recayera en la resaca del alcohol y del bajón químico, pero no podía evitar sentirse atrapado en arenas movedizas. Si no se movía, malo. Si lo hacía, peor. El caso era que se hundía. Su certeza más firme era que nunca se había enfrentado a una investigación como aquella con anterioridad, que avanzaba dando palos de ciego y que, seguramente, lo hacía en una dirección equivocada.

La tristeza provocada por la química aprovechó para hacer su aparición estelar. Aunque aquello no iba mucho con él, sabía de ella. Muchos de sus amigos de la noche confesaban haberse sentido así después de dos o tres días de excesos químicos. Tras un colocón de altura, llegaba un bajonazo profundo. Después del pico eufórico, el valle depresivo. Como si el cerebro, para poder mantenerse estable y no desvariar, necesitara compensar el bombardeo de estimulantes con un ataque de melancolía neuronal. Aquella pena, junto con el implacable dolor de cabeza y la gruesa laguna mental que le preocupaba lo llevaron a preguntarse por enésima vez si aquella forma de diversión merecía la pena. Peor aún: si algo en su vida, en general, merecía la pena.

Encendía un cigarrillo cuando su iPhone comenzó a sonar. Se asomó a la pantalla sin intención de contestar, pero era Roberto. Tras dos tonos más, decidió que era la única persona con la que le apetecía hablar en aquel momento.

—Si llamas para preguntarme dónde me he metido, pierdes el tiempo.

—Te tengo mucho aprecio, Iván, incluso podría decirte que estos últimos días tu compañía me ha sido de tanta ayuda que te estoy cogiendo cariño, pero no tanto como para crearme, de repente, con derecho a pedirte explicaciones de nada de lo que digas o hagas —dijo Roberto de corrido, como si antes de marcar el número de Iván hubiera anticipado su comentario y tuviera



preparada la réplica—. Al parecer, debo de ser un imán para los hombres así. Ale era exactamente igual.

Las palabras de Roberto descolocaron a Iván. El inspector no estaba acostumbrado a manifestaciones de cariño de ningún tipo, aunque fueran tan suigéneris como la que acababa de recibir.

—Te llamaba —continuó diciendo Roberto— para comentarte, por si tú no lo habías visto, que el perfil de A&P en Grindr vuelve a estar activo.

—Eso no puede ser —dijo Iván entre aturdido y asombrado—. Está muerto.

—Ya sé que lo han matado. Aunque tú no hayas tenido el detalle de contármelo, resulta imposible no haberse enterado. Es la noticia del año. Aunque bueno, aún estamos a noviembre. De aquí a Nochevieja, pueden ocurrir un millón de cosas más impactantes. Como, por ejemplo, que te dé por pensar en alguien más, aparte de en ti mismo.

Por mucho que le jodieran los tintes de *drama queen* en el reproche de Roberto, Iván tuvo que reconocerle que llevaba razón. Lamentaba que se hubiera enterado por terceros y no por él.

—Roberto, quería evitarte más dolor. Bastante tienes...

—Tengo más canas y más arrugas que tú, Iván. —El tono de su voz fue contundente—. Te ruego que no sigas por ahí.

Iván dio un par de caladas profundas al cigarrillo. Necesitaba deshacerse de la tristeza y reactivarse, pero aquella locomotora dopada que era su cabeza no terminaba de arrancar.

—Una vez leí que un crimen suele conducir a otro crimen mayor —continuó Roberto—. ¿Es eso lo que está pasando aquí?

—Es todo bastante confuso. —Iván notó que la hipótesis de su amigo era el aceite que necesitaba para engrasar su mente—. Aunque no te niego que hay muchas similitudes entre la muerte de Ale y la de A&P, también son muchas las diferencias de peso.

—¿Por ejemplo?

—¿De verdad quieres los detalles?

—Por favor.

—Está bien —dijo el inspector tras otras dos caladas a un cigarrillo con el que, antes de aplastarlo en el cenicero, encendió otro—. A&P ha sido claramente torturado y asesinado, mientras que lo de Ale fue un infarto.

—Ya. ¿Y el dedo del pie?

—Se lo han amputado también.

—Joder. Entonces, tienes que averiguar quién está detrás del perfil de Grindr.

Así era. Iván notó que verbalizar todo aquello con Roberto le estaba siendo de gran ayuda. Aunque todavía no conseguía pensar con claridad, había encarrilado la locomotora sobre las vías adecuadas. Solo era cuestión de echarla a rodar. Fácil, desde luego, no iba a ser.

—¿Desde cuándo está operativo?

—Lo vi anoche cerca de las doce. Y esta mañana cuando me desperté, a las diez, seguía ahí.

—¿Estás seguro de que es el mismo perfil?

—Si no es el mismo, lo han calcado. Figura el mismo nombre, A&P, con la misma foto, una pastilla azul sin marca y un bote de póper sin etiqueta. En la descripción del perfil constan las palabras: «Muy discreto. Solo en tu casa».

—Tiene que ser alguien haciéndose pasar por A&P —resolvió Iván, a cuya mente volvió sin piedad la imagen contundente de la mandíbula hundida y la postura en equis del cadáver—. Te aseguro que no lo olvidaré jamás.

—Puedo hacerme una idea. Lo siento.

Permanecieron en silencio unos segundos. Iván aprovechó para prender otro cigarrillo. El último de aquel paquete.

—Algo me dice que quienquiera que se esté haciendo pasar por A&P está buscando algo muy concreto. Dudo que sea otro camello que, por así decirlo, se quiera aprovechar de la marca.

—Esta mañana he pensado lo mismo. No tiene mucho sentido exponerse así. El caso de A&P... —Roberto suspiró al otro lado de la línea—, quiero decir, de Ale y A&P, está en todos los medios. Y si hay algo que un camello no persigue es precisamente la notoriedad.

De nuevo callaron, hasta que Iván oyó cómo Roberto se aclaraba la voz:

—Además, hay una cosa que no te va a gustar.

—A ver...

—Su estilo. Su forma de chatear.

—¡Joder, Roberto!

—Te lo dije. Sabía que no te iba a gustar.

—Claro que no me gusta. No sabemos quién o quiénes están detrás de ese perfil, ni qué pretenden, pero que no es nada bueno, eso es seguro. Aunque fuera una simple broma, no tendría ni puta gracia.

—Ya está hecho, Iván. ¿Quieres que te cuente la conversación o no?

Iván resopló. Después accedió. A pesar de su enfado, tener cerca a Roberto y además ansioso por colaborar estaba siendo de más ayuda para su

estado de ánimo que para la investigación.

—Anoche, ya metido en la cama, descubrí el perfil reactivado y le entré. Espera, que te la leo.

—Vale.

Roberto: Hola.

Roberto: Hola?

Roberto: Holaaaaaaa.

Roberto: Vaya, veo k pasas. Chao.

A&P: Hola.

Roberto: Ah, hola, por fin. K tal? Como va la noche?

A&P: Bien. No me quejo. ¿Y la tuya?

Roberto: Bien, tb. Todo ok. Aki, exando un vistazo, a ver k hay.

A&P: ¡Jajaja! Igual.

Roberto: ¿Y qué? ¿Algo interesante?

A&P: Nada, lo de siempre. Mucho calientapollas.

Roberto: Ya. ¿Y buscas algo en concreto?

Roberto: ¿Sigues ahí?

A&P: Nada en concreto. Estaba cansado y ya me fui a la cama.

Roberto: Mmmmm. ¿Solito?

A&P: Sí. ¡Pero a dormir! Ya te he dicho que no me gusta calentar para nada, ¿ok?

Roberto: Ok, ok. Yo tampoco uso mucho esto.

Roberto: ¿Pasas foto?

A&P: De momento, no.

Roberto: Entiendo. ¿Entonces? ¿Algún plan?

Roberto: ¿??

Roberto: ¿Stás?

A&P: Me voy a dormir. Ya hablaremos en otro momento. Prefiero quedar y que nos veamos.

Roberto: Bueno, pues x akí stoy.

A&P: Hasta pronto.

—Esta mañana seguía ahí y esta vez fue él quien me entró. Se le notaban las ganas de seguir conversando. Nada más conectarme, ya me estaba saludando. No me atreví a profundizar hasta no hablar contigo.

—Bien hecho —lo felicitó Iván, que ya veía la participación de Roberto como algo inevitable—. Me has dicho que te ha extrañado su forma de chatear. ¿A qué te referías?

—Todo acentuado. Sin abreviaturas. Signos de interrogación y exclamación abiertos, no solo cerrados, y puntos al final de cada frase. Es decir, nada que ver con lo habitual en este tipo de chats. —Roberto se mostraba triunfante antes de anunciar su deducción última—. Yo diría que es alguien que no está muy puesto en las aplicaciones para ligar. No debe de ser muy joven. Seguro que ha escrito en su vida más cartas que correos electrónicos o wasaps.

—No te digo que no —reconoció Iván—. Aunque también podría ser un joven ajeno a lo digital, que también los hay. Pero ahora deja que siga yo. Me gustaría probar a quedar con él. Lo mismo se trata solo de eso, de una broma, pero hay que intentarlo.

—De acuerdo. ¿Me mantendrás al corriente esta vez? —preguntó Roberto.

—No sé si debería.

—Por favor. Me viene bien. Y me gusta hablar contigo.

—Bueno —dudó Iván—. Ya veremos. Tú tranquilo, que, hablar, claro que hablaremos.

—¡Gracias!

Iván cortó la comunicación imaginando la cara de satisfacción de Roberto. Sin embargo, no se quedó tranquilo. Por experiencia, sabía que el atrevimiento en aquel tipo de situaciones nunca traía nada bueno. La predisposición de Roberto era digna de agradecer, claro estaba, pero no debía ir más allá de adonde había llegado con el A&P impostor. Aquello no era un juego.

Terminó de vestirse. Dejó las ventanas del salón y del dormitorio abiertas para airear el apartamento, que seguía oliendo a vestuario de gimnasio masculino a última hora del día, y se marchó a la comisaría. En la entrada, se encontró con Diosdado, que justo en aquel momento llegaba también. A diferencia de él, su jefe traía un aspecto impecable: ni una sola arruga se atrevía a mancillar su traje gris de marca. Sin embargo, la cara no le acompañaba. Venía serio y circunspecto. Tras un esbozo de saludo, le pidió que convocara a Pilar a una reunión urgente. Antes de avisarla, Iván sacó un café de la máquina, en un último esfuerzo por despejar su cabeza. Diez minutos más tarde, su compañera y él entraban en la sala. El comisario ya los estaba esperando.

—La próxima vez que te dé una orden, recuérdame que te pregunte por tu concepto de urgente —dijo Diosdado con un tono que encajaba a la perfección con su semblante.

—No pensé que fuera una orden —respondió Iván—, sino más bien una amable petición por tu parte.

El comisario no le rio la ironía y los invitó a sentarse alrededor de la mesa.

—Vengo de la Jefatura Superior.

—Al suelo, que vienen los nuestros —susurró Iván intentando distender el ambiente.

—Cuando te calles, os contaré lo que me han dicho.

Iván miró a Diosdado entornando los ojos en una interrogación. La cosa debía de ser seria. Luego miró a Pilar, que también parecía preocupada, y que le respondió encogiendo los hombros.

—El jefe me ha citado esta mañana en su despacho para preguntarme por ti, Iván —dijo el comisario—. Ni siquiera se ha interesado por los avances de la investigación. Solo quería saber cuál era tu nivel de implicación. Tenía el informe redactado por Pilar encima de la mesa. Estaba comprobando si lo que le había contado un periodista era cierto. Que la noche en que apareció el cadáver, el dueño de la sauna te avisó a ti antes que a nadie. Precisamente a ti, el de la cara en primer plano de los telediarios. Precisamente a ti, el de la redada en el Kavafis.

—Ya estamos. ¿Y qué culpa tengo yo? —preguntó Iván.

—Eso es lo que él quería que yo le dijera.

—¿Y qué le dijiste?

—¡Qué cojones iba a decirle, Iván! La verdad. Que no me puedo detener en eso. Que estamos hasta arriba de trabajo con este caso, con el tema de la niña justiciera y con el resto de los asuntos diarios, que no paran de entrar; que esto es una comisaría de policía y que, aunque no salga en las noticias, aquí renovamos cientos de DNI y de pasaportes todos los días. Que tú estabas haciendo una buena labor. Y que, en breve, estaríamos en disposición de ofrecerle resultados. Porque es así, ¿verdad? Se los daremos, ¿no?

—Aún no tengo nada seguro, pero estoy sobre una pista —contestó Iván—. He venido para hablarlo con Pilar.

—Bueno, pues ya lo sabes, guapo; luego no me vengas con que no te lo advertí y hasta delante de una testigo: te tienen en el punto de mira. —El comisario se levantó y se alisó la americana—. Os dejo para que preparéis la rueda de prensa de esta tarde. Yo voy a ver al alcalde, que también le ha dado por citarme hoy. Al parecer, hay quejas de un grupo de ecologistas sobre la puñetera Raya de los cojones. Hay no sé qué hostias de especie autóctona que quieren proteger. A esos perroflautas de los cojones les preocupa más una

puta planta que el muerto que apareció allí. —Se volvió y alzó un índice acusador y oscilante—. Pilar, te vuelve a tocar salir a escena, ¿de acuerdo? Iván, no quiero verte por aquí hasta que no me traigas algo tangible, ¿estamos?

Diosdado salió a toda velocidad, pero aún le dio tiempo para ajustarse el flequillo en el reflejo de la ventana. Iván cerró la puerta despacio detrás de él. Allí no se podía fumar, pero él encendió un cigarrillo. Al girarse, descubrió la sonrisa de Pilar. Aquella frescura debería ser objeto de prescripción facultativa frente a la depresión.

—Se nota que te quiere mucho.

—Pero yo no me dejo, no es mi tipo —repuso Iván guiñándole un ojo—. A ver, ¿qué tenemos?

Pilar abrió una carpeta y comenzó a extender los papeles de su interior sobre la mesa. Las anotaciones a bolígrafo en los márgenes eran tan pulcras que parecían textos de tarjetas navideñas o de recuerdos de primera comunión.

La agente Ojeda le fue contando que las huellas de los neumáticos que la científica había hallado en la Raya pertenecían a una furgoneta, al tipo de gomas estándar. Lo poco que pudieron deducir era que, dada la escasa profundidad de impresión y del dibujo gastado, parecían muy sufridas por el uso.

—Algo es algo. Pregúntales a los locales y al ciclista de la Raya si vieron alguna furgoneta esa mañana.

—Ya lo he hecho. Ninguna les llamó la atención en particular.

Con respecto al piso donde el inspector tuvo el encontronazo con A&P, se trataba de uno de los seis apartamentos turísticos que había adquirido el camello. Los seis comprados en los dos últimos años, muy legal todo, pero pagados con dinero de dudosa procedencia. Sus cuentas corrientes mostraban muchos ingresos en efectivo en grandes cantidades. Aquel pobre *xicot*, en palabras textuales de Pilar, no sabía cómo llevar los negocios. Por otra parte, en el apartamento no se habían encontrado huellas; lo habían limpiado a fondo hacía poco. Y, en cuanto a la mochila, la agente se la había enseñado a Roberto, quien corroboró que pertenecía a Ale.

—Ah, no me ha dicho nada.

—¿Has hablado con él? —preguntó Pilar.

—Sí. De hecho, he venido sobre todo para contarte nuestra conversación de esta mañana.

—Soy toda oídos.

Iván la puso al corriente sobre el perfil reactivado de A&P. Sobre la marcha, ella le aclaró que no se trataba del mismo perfil, sino de una copia. Se habían esmerado aportando detalles idénticos al original: descripción física, preferencias sexuales, aficiones, estado civil, etcétera. Todo clavado, excepto que, en la línea de texto inferior, se podía leer la fecha de creación del perfil. Era muy reciente, del mismo día en que apareció el cadáver de A&P. Quienquiera que estuviera detrás de aquella broma macabra se había dado mucha prisa.

Allí mismo, desde la aplicación instalada en su iPhone, Iván intentó contactar con el suplantador o suplantadora, pero no respondió a ninguna de sus peticiones de conversación. Pilar probó con un perfil que ella se había creado para aprender cómo funcionaba la aplicación, y no tuvo mejor suerte. Quedó claro que, por el motivo que fuera, el falso A&P solo quería hablar con Roberto.

Entonces, a Iván se le ocurrió una idea. Hasta el día de su muerte, la recordaría como la peor decisión de toda su vida, en una vida plena de malas decisiones.

## 16. LUNES POR LA TARDE

---

Iván se pasó por fin por el Carrefour. Aquella mañana no había podido poner una lavadora porque se había acabado el detergente. Como no le quedaban camisas limpias, tuvo que rescatar la que olía menos mal del bombo de la ropa sucia. Además de una excusa para ver a Jorge, con ello conseguía no darle más vueltas al plan que Pilar y él acababan de contarle a Roberto por teléfono.

Pero, aquel día, una putada: Jorge libraba.

Calentó en el microondas una tortilla de patatas precocinada que, a continuación, enterró bajo una montaña de mayonesa. La engulló con el volumen del televisor lo bastante alto como para silenciar sus pensamientos más funestos. Cuando dio buena cuenta de la tortilla, más por ansia que por apetito, preparó una cafetera, apagó la tele y se puso a esperar fumando un cigarrillo tras otro.

Eran casi las cuatro de la tarde, y el plan ya estaba en marcha: tal y como habían acordado, Roberto le confirmó por wasap que, tras retomar el chat en Grindr con el falso A&P, lo había citado en su casa a las siete con la excusa de que quería comprarle tema.

Todavía faltaban, por tanto, tres horas. Al estar situada la casa de Roberto en el casco histórico, a Iván no le salía a cuenta ir en taxi; le llevaría el mismo tiempo que a pie y aquel paseo le vendría bien. Tenía que llegar a las seis, esconderse en el dormitorio y esperar al impostor. Roberto lo haría pasar al salón y cerraría la puerta de la casa con llave. En aquel momento, el inspector saldría de su escondite para sorprender al falso A&P e interrogarlo sobre sus intenciones. Fácil.

En un primer momento, la idea le había parecido algo temeraria, pero fue la propia Pilar la que había allanado sus suspicacias: «Déjate de paranoias — le había dicho—. Tomando las precauciones necesarias, nada tiene por qué



salir mal. Tú vas a estar a dos metros de él y, si resulta que, al final, todo esto no es más que una broma de mal gusto, por lo menos habrás conseguido que, la próxima vez, nuestro amigo burlón se lo piense mejor antes de jugar a los disfraces. Pero si guarda alguna relación con el caso, no puedes permitirte el lujo de ignorar una pista, sea o no importante, ¿no crees?».

Claro que lo creía. Iván tenía por fin ante sí una clara veta donde cavar. Estaba seguro de que extraería de ella una información valiosa para esclarecer el caso. Pero era aquello, precisamente, lo que le generaba una gran desazón. En muchas ocasiones, con anterioridad, su experiencia le había enseñado que nada sale gratis en esta vida. Aunque tomando las precauciones necesarias, se repetía una y otra vez retomando las palabras de su compañera, ¿por qué pensar que algo tenía que salir mal?

Para hacer tiempo, puso una lavadora y, cerca de las cinco, se tomó dos rayas de coca y un chupito de vodka. A las cinco y media, se metió otras dos y salió.

Llegó al edificio de apartamentos de Roberto a las seis menos diez. Hacía frío, pero estaba sudado por el paso rápido y porque su cuerpo empezaba a expulsar las toxinas. Una pareja de turistas esperaba en la puerta con sus maletas, sus gorras, sus pantalones cortos y los dedos de los pies al aire gélido de noviembre. Tenían cara de llevar allí un buen rato. El hombre ladraba a su móvil en algún idioma del este de Europa y la mujer ladraba a la oreja libre del hombre. En aquel momento, Iván ya supo que algo había salido mal.

Corrió y tosió escaleras arriba hasta la tercera planta. La puerta del apartamento de Roberto estaba abierta. Entró sin llamar. En el salón, la cheslón estaba volcada sobre un lado y el cristal de la mesa baja hecho añicos. Revistas y libros, incluido el tocho de arquitectura soviética, estaban desparramados por el suelo. Una bandeja había aterrizado ante la puerta del dormitorio. El líquido todavía humeante de una tetera teñía la alfombra y se mezclaba con unas pequeñas gotas rojas que el inspector estuvo a punto de pisar. Con un dedo, comprobó que era sangre.

Allí no había nadie.

Detrás de él, escuchó un suave clic metálico y el sonido de una llave girando en la cerradura. Iván corrió hacia la puerta, pero ya era demasiado tarde: lo habían dejado encerrado. Por la mirilla pudo ver la espalda de alguien que podría ser Roberto, cargado a lomos de otra persona, quizás otro hombre. Iván aporreó y pateó la puerta, gritó y maldijo al hijo de puta que huía delante de sus narices, sin que él pudiera hacer nada para impedirselo.

Corrió hacia el balcón que daba a la calle. Llegó justo a tiempo para ver cómo el hombre —sí, claramente parecía un hombre—, huyendo con Roberto auestas, arrollaba a la pareja de turistas eslavos, tirando al hombre al suelo y golpeando a la mujer contra una furgoneta blanca allí aparcada. Por un instante, Iván sopesó la posibilidad de saltar desde el balcón, pero, aunque solo eran tres pisos, aquellas casas del centro tenían los techos muy altos. Diez metros en total eran demasiados para sus vértebras, que, por otra parte, seguían sin estar para mucho trote.

—¡Quieto, hijo de puta! —gritó.

El tipo empujó el cuerpo de Roberto por el portón trasero de la furgoneta. Desde allí arriba, a Iván le pareció oír los gemidos de Roberto al golpear su cabeza contra la ventanilla. Aunque le fue imposible leer el número de la matrícula, mientras el vehículo se incorporaba al tráfico y ya lo perdía de vista al doblar una esquina, creyó ver en un lateral el dibujo de algún tipo de ave negra con las alas extendidas. ¿Un buitre?

—¡Que te pares, cabrón! ¡Que te pares, joder!

Media hora más tarde, un coche patrulla trajo a un cerrajero. Entretanto, Iván había conseguido templar los nervios a base de cuatro patadas a la sufrida cheslón, dos puñetazos a la pared, tres buenas rayas de coca y un vodka con tónica. Después, y mientras los compañeros llegaban en su ayuda, llamó al comisario.

—Jefe, he metido la pata.

—Algo he oído, pero seguro que no es nada serio, inspector —dijo Diosdado muy grave y distante—. Ven a la comisaría cuanto antes y nos lo cuentas, por favor.

—Me temo que sí lo es —respondió Iván antes de caer en el detalle del plural—. ¿A quiénes, comisario?

—A los compañeros de Asuntos Internos. Acaban de llegar. Quieren hacerte algunas preguntas. Iba a llamarte para decírtelo, pero te has adelantado.

—Joder, qué oportunos. ¿Te han dicho para qué?

—No mucho. Algo de una cinta de vídeo antigua. —El comisario hablaba despacio y marcando las sílabas una a una, como si le estuviera dando las instrucciones precisas, exactas, milimétricas sobre cómo desactivar una bomba—. Insisto en que vengas rápido para acá. Estos compañeros están aquí, delante de mí, en mi despacho. Impacientes por hablar contigo.

Diosdado no había tosido.

## 15. LUNES POR LA NOCHE

---

—Entonces, inspector De Pablos, usted reconoce que esa cinta de vídeo podría ser una prueba clave y fundamental para la resolución de este caso. Cinta de vídeo que usted halló en el apartamento del, en primer lugar, principal sospechoso y, después, víctima. Apartamento al que usted accedió sin autorización judicial previa. Es así, ¿verdad?

—Sí.

—Y cuando usted halla dicha cinta que, repetimos, podría ser una prueba clave y fundamental, usted no lleva a cabo ningún registro de esta, ni da cuenta a su inmediato superior. Y decide llevársela consigo. ¿Cierto?

—Sí.

—Y, dice usted, inspector De Pablos, que le dio esa cinta a su mujer, la señora Alicia...

—Exmujer.

—Su exmujer, como decía, la señora Alicia Sánchez Urbano, para que ella visionara su contenido y de ese modo...

—Para que lo visionara, no. Para que se la llevara a su padre.

—Ah, sí, su padre. ¿Qué tiene que ver su padre en este caso?

—Nada. ¿Qué va a tener que ver? Pero si ya lo saben: su padre posee en el pueblo una nave repleta de todo tipo de cachivaches antiguos; supuse que él tendría el reproductor que se necesita para ver la puta cinta. ¿Cuántas veces más tendré que decírselo?

—Le ruego, señor De Pablos, que mantenga la calma. Nosotros estamos aquí para ayudarle a usted, pero, para eso, necesitamos primero que usted nos ayude a nosotros a entender por qué una posible prueba clave y fundamental para este caso no ha sido puesta a disposición de la unidad de criminalística correspondiente, tal y como exige el procedimiento con el que, por otra parte, entendemos que está usted familiarizado.

—Justo por eso, porque el puñetero procedimiento de la puñetera unidad criminalística correspondiente podría tardar meses en hacer una sencilla conversión de formato, mientras que mi suegro...

—Su exsuegro, querrá decir...

—... mientras que mi exsuegro podría darme la copia en un DVD o en un USB en cuestión de horas.

—Pero entonces, señor De Pablos, su mujer...

—Exmujer.

—Disculpe. Su exmujer, ¿por qué la llevó al establecimiento del tal señor Doblas, en lugar de dársela a su exsuegro, como habían acordado?

—Eso es lo que no sé. Tendrán que preguntarle a ella. Eso no es lo que hablamos, no es lo que yo le pedí, y ella no me dijo que fuera a hacer tal cosa. Ni siquiera sé quién es ese señor Doblas de los cojones. Yo... Yo supongo que se le ocurrió que, como ustedes me han contado que este señor se dedica a prestar servicios de fotografía y vídeo, sería más rápido y eficaz. Pero es una mera suposición, ya que ustedes no me han permitido llamarla para preguntarle.

—No le estamos impidiendo nada.

—Me han confiscado mi móvil.

—No, inspector, permítanos un par de aclaraciones a este respecto. Punto número uno: el móvil no es suyo, es del Estado. Y punto número dos: solo se lo hemos pedido prestado unos minutos.

—¿Unos minutos? Debemos de llevar aquí horas...

—Exagera usted. Unos minutos. Ciento noventa y seis, para ser exactos.

—Claro, y si nos tiramos un millón o dos millones, o diez millones de minutos, usted seguirá impasible, con esa misma cara de... de...

—Mejor no siga por ahí, inspector. Depende de usted que tardemos más o menos. Como le decía, se lo hemos tomado prestado unos minutos para comprobar algunos aspectos relacionados con el caso. En concreto, con el señor Avelino Plaza, cuyo *nick* en ciertos chats de ciertas aplicaciones pornográficas, en las que interactuaba con usted, era A&P, azules y pópers.

—¡Por favor! Grindr no es una aplicación porno...

—La línea divisoria entre erotismo y pornografía es muy difusa. Hemos visto en algunas de sus conversaciones un intercambio de fotografías y de vídeos que quizás usted considere solo algo subidos de tono, pero que, para serle sincero, a nosotros no nos merece otro calificativo que el de pornografía. Sin paliativos.

—Bueno, usted mismo lo ha dicho: esa línea es muy difusa. Y el porno, hasta donde yo sé, no es ilegal en este país. En cualquier caso, en cuanto me devuelvan mi móvil, quiero decir, el móvil que el Estado tiene a bien poner a mi disposición para mi desempeño profesional, podré llamar a Alicia y preguntarle por qué llevó la cinta al señor Doblas en lugar de a su padre, tal y como yo le solicité.

—Ya lo hemos hecho, y coincide con su suposición: por rapidez y eficacia. Según la versión de su exesposa, su exsuegro está en Barcelona visitando a un hermano que reside allí. Por eso, no le pudo llevar la cinta, y acudió a un estudio de fotografía y vídeo que hay cerca de donde ustedes compartían el hogar conyugal hasta hace unos años, en Sevilla Este, y al que ella ha recurrido en alguna que otra ocasión.

—El del señor Doblas.

—Así es. Él fue quien, en un ejemplar ejercicio de ciudadanía, trajo la cinta a esta misma comisaría en cuanto visionó su contenido. Le puedo asegurar que el señor Doblas aún está impactado.

—¿Qué es eso tan horrible que hay grabado en la cinta? Todavía nadie me lo ha dicho. Yo sí que les puedo asegurar a ustedes que no me impresiono con facilidad a estas alturas de la película, y nunca mejor dicho. Creo poder aguantar cualquier cosa que me echen.

—Todo a su tiempo. Lo que no nos queda muy claro...

—Me encanta esa forma que tienen ustedes de hablar así, en plural. Yo no veo a nadie más que a usted y a mí en esta sala. Salvo que haya micrófonos escondidos para que sus compañeros invisibles nos escuchen. Tampoco hay un falso espejo desde el que nos estén observando... ¡Hola! ¿Están ahí?

—Esto no es una sala de interrogatorios.

—Pero esto sí que parece un interrogatorio.

—No, inspector De Pablos, esto es una mera amable conversación informativa. Quédese tranquilo, no hay ningún micrófono oculto, ni nadie participando en esta conversación, aparte de nosotros dos. Es la fuerza de la costumbre y una manera educada y profesional, creemos, de referirnos a la unidad de Asuntos Internos como un conjunto. No se trata de mí como persona, ni siquiera como policía.

—Me temo que hace años que usted dejó de saber lo que es ser policía.

—Esa es su opinión. Como nosotros también podríamos opinar de usted que hace años que dejó de ser un buen policía, dado su modo de vida, cómo decirlo, poco ejemplar.

—Lo que yo haga con mi vida privada es eso: privado y punto.

—No, si ello incluye la compra y el consumo de estupefacientes. Esos son, sí, vicios privados, pero implican delitos contra la salud pública.

—Dedíquense a perseguir a los narcos, no a los camellos de medio pelo, ya verán cómo mejora la salud pública. Lo que ocurre es que a esos no hay quien les meta mano. ¡Y mira que son conocidos! Si hasta salen en las revistas del corazón, en sus barcos de recreo, con empresarios de prestigio, políticos honradísimos, e incluso con los jefes de los jefes de sus jefes. ¿Quiere que le dé algún nombre?

—No, gracias. No estamos aquí para eso. Le ruego que tenga cuidado y mire por dónde pisa y volvamos al asunto que nos ha traído aquí. La cinta de vídeo. Dice usted que no sabe lo que hay grabado en ella.

—Ni idea.

—Pero usted creyó desde el primer momento, desde que la sustrajo de la casa del señor Avelino Plaza, que podría ser importante para el caso. ¿Por qué?

—Fue solo una intuición. Reforzada aquella misma noche, cuando me hablaron de una gente que se dedica a reclutar a tíos para películas porno caseras un poco especiales.

—¿Qué entiende usted por especiales, señor inspector?

—Digamos que son bizarras, retorcidas, frikis, incluso absurdas. Donde salen follando desde un tragasables con un dildo hasta caperucita montándose con el lobo, un lobo de verdad.

—Entonces, ¿también salen menores?

—Pues imagino que también. Ya sé que eso es delito, y antes de que se meta a contramano, le advierto que a mí ese rollo no me va.

—Con todo el respeto, inspector, no es eso lo que tenemos entendido.

—Se equivocan. Yo los prefiero con mucho pelo en el pecho. Aquello fue un malentendido. Tenía de menor de edad lo que yo de catedrático. Pero usted sabe que los hay que pagan un pastón por hacérselo con niños y que, en consecuencia, hay quien por ese pastón se traga sus menudencias morales. No es nada nuevo. Se llama *ley de la oferta y la demanda*.

—¿Usted considera que la explotación sexual infantil es una menudencia moral?

—Yo no he dicho que lo sea para mí. Veo que no está usted programado para captar la ironía. Y ahora, ¿podría usted, o ustedes, o quien coño sea, hacerme el favor de decirme qué imágenes hay grabadas en esa cinta de vídeo que tanto han horrorizado al señor Doblas? Porque manda huevos que el principal investigador del caso sea el último en enterarse.

—No lo expresaría yo con esas palabras, señor inspector, pero sí: manda huevos.

Iván cerró la puerta de la sala de reuniones tras marcharse los de Asuntos Internos y encendió el cigarrillo, arrugado, con el que había jugado entre los dedos desde hacía más de dos horas. El comisario entró y le repitió por enésima vez que allí no se podía fumar, más que nada por dejar constancia de que lo había dicho.

—No creas que te van a dejar en paz. Te están buscando y te van a encontrar.

—Lo sé —contestó Iván pensativo.

Durante los primeros minutos de aquel interrogatorio que no lo había sido, Iván navegó entre diversos estados de alarma, ansiedad y nerviosismo. Conforme se alargaba en el tiempo, fue recuperando la serenidad, hasta llegar a la conclusión de que lo que le convenía era permitir que aquella amable conversación informativa que estaba manteniendo con los que se consideraban compañeros de Asuntos Internos fluyera hasta el agotamiento, como finalmente ocurrió. Tras repasar cinco o seis veces su versión de los hechos lo dejaron ir, no sin antes recomendarle que se mantuviera localizable. Por supuesto, ninguna de aquellas versiones incluía la desaparición de Roberto, aunque Iván era muy consciente de que, más tarde o más temprano, ellos acabarían enterándose. Si no lo encontraba antes de que aquello ocurriera, ya podía dar su carrera por terminada. Incluso podría enfrentarse a algo más serio, como una muy probable acusación por obstaculizar la investigación, ocultar información relevante y, lo más grave de todo, poner en peligro la vida de una persona.

Por ello, su prioridad era encontrar a Roberto y, por primera vez, lo pensó a las claras: encontrarlo con vida. Era urgente ponerse en marcha ya, en aquel mismo momento, pero Diosdado se acababa de sentar frente a él.

—Unos turistas húngaros han venido a poner una denuncia —dijo el comisario—. Los tengo ahí fuera esperando. He mandado a buscar un intérprete, aunque más o menos hemos conseguido entendernos.

—De modo que ya lo sabes.

—Sí, y no gracias a ti, ¡hijo de la gran puta! —bramó Diosdado acompañándose de un golpe sobre la mesa que retumbó en las paredes de la sala y de un ataque de tos que le retorció la cara y le bloqueó la respiración, aunque aún logró un último rugido—. ¿Te das cuenta de lo que has hecho?!

—Mejor de lo que piensas. Te juro por Dios que no pienso en otra cosa. Pero voy a arreglarlo, voy a encontrar a Roberto y al cabrón que lo ha

secuestrado.

—Si no lo ha matado ya.

—No creo. Si hubiera querido, lo habría hecho allí mismo, en su casa. — Iván observó cómo Diosdado respiraba un poco más tranquilo—. Está claro que lo querían vivo. Por eso, el falso A&P solo contestó a las peticiones de chat de Roberto y no a la mía ni a la de Pilar.

—¿La agente Ojeda? —preguntó el comisario con asombro.

—Sí, creó un perfil ficticio con el que también lo intentó, pero sin éxito. Al impostor solo le interesaba Roberto. Quedó únicamente con él. Pero de algún modo debió de sospechar que, tanto Pilar como yo, andábamos detrás, y se presentó mucho antes de la hora acordada. Nos la jugó.

—Entonces, ¿para qué se lo ha llevado?

—No lo sé, pero estoy convencido de que guarda relación con todo este asunto de las películas. Tienes que dejarme que lo averigüe. Cuanto antes me ponga en marcha, mejor. Ya sabes que, en estos casos, el tiempo es implacable y las primeras cuarenta y ocho horas son fundamentales.

El comisario se levantó. Tuvo que haber sido un día muy duro también para él. Su cara reflejaba una fatiga que pocas veces antes Iván le había visto. Además, llevaba el nudo de la corbata tan holgado que parecía una soga, y en su traje no quedaba ni rastro de la lisura de la mañana. Del bolsillo de la chaqueta extrajo un DVD. Lo deslizó sobre la mesa hacia el inspector.

—Toma —dijo—, pero no quiero que lo veas en tu despacho. Es probable que tengas el ordenador intervenido y tus compañeros de Asuntos Internos estarán merodeando por allí. En teoría, yo no te lo he dado. —Volvió a toser sobre un pañuelo, pero aquella vez parecía controlar la intensidad—. No he tenido tiempo de verlo, aunque me han dicho que lo interesante está al final.

Iván contuvo su curiosidad, ayudado por la actitud sobria y reflexiva del comisario, que se lo quedó mirando al tiempo que se mordía el labio inferior. Iván notó en sus ojos afilados el debate interno que estaba manteniendo consigo mismo.

—Tienes veinticuatro horas antes de que los de Asuntos Internos se enteren de la desaparición de Roberto. Retrasaré la llegada del intérprete hasta mañana y citaré a los húngaros por la tarde. Después, todo lo que ha pasado hoy se hará público. ¿Estamos?

—Estamos. Muchas gracias.

—No tienes por qué dárme las. Esta conversación no ha existido.

Iván se puso de pie con intención de abandonar la sala de reuniones, pero el comisario sacó dos objetos del otro bolsillo de la chaqueta.



—Una última cosa.

Había colocado sobre la mesa un bote con una tapa roja y un tubo con una gruesa capucha amarilla de látex. Iván estaba muy familiarizado con aquellos utensilios, usuales en sus revisiones médicas.

—Quieren que les des una muestra de orina antes de que te marches.

—No hace falta, yo mismo puedo decirles lo que van a encontrar.

—Necesitan la evidencia. Van en serio. —El comisario cogió el bote y el tubo y se los puso a Iván en la mano—. El análisis es voluntario, pero ya sabes a qué te expones si te niegas. ¿Te has metido hace poco?

Iván cerró la mano y abandonó la sala de reuniones dejando en el aire la pregunta de su jefe. De camino a su casa tiró los dos objetos en la primera papelera que encontró. Cuando abrió la puerta, aún tenía la mano roja por la fuerza con la que los había apretado todo aquel rato. Tenía la sensación de caminar sobre un alambre, y todavía le faltaba hablar con Alicia. Posponer aquella llamada significaba demorar el empujón definitivo que lo precipitaría al vacío de su relación. Además, antes de hacerla tenía que ver el contenido del DVD.

Mientras el ordenador portátil arrancaba, Iván se sirvió un vodka cortito con tónica. No tenía ganas de cenar, pero se obligó a tragar una naranja y un yogur. Dos escalofríos seguidos le recorrieron la espalda y le recordaron que aún no había cerrado la cita con el revisor del gas. Con cada día que pasaba con la calefacción estropeada, el apartamento estaba más frío. Sacó del ropero una manta de viaje y se la echó por encima. Olía a naftalina y a cerrado, pero al menos le ayudaría a darle más tregua frente al resfriado.

Había un único archivo grabado en el DVD. Iván hizo clic dos veces sobre él y se abrió el reproductor de vídeo. Las primeras imágenes comenzaron a sucederse.

Se trataba de una grabación en blanco y negro, sin sonido, de una procesión de Semana Santa. Una serie continuada de planos fijos, tomados todos en la misma ubicación: una calle estrecha, de calzada empedrada, flanqueada por casas bajas y fachadas blanqueadas. Por ella discurrían en primer lugar unos nazarenos con capirotos blancos y túnicas de un indefinido color oscuro; después seguía un paso con un Cristo crucificado; luego más nazarenos, algunos arrodillados, otros arrastrando cadenas o portando crucifijos, unos pocos flagelándose; por último, el paso de una Virgen bajo palio. Aparte de los penitentes, apenas había más personas y sus caras se veían borrosas. La película era muy antigua, de los años cuarenta quizás, y en

algunas partes estaba deteriorada, ya que los fotogramas se aceleraban y saltaban al siguiente, causando una inapropiada sensación cómica.

Tras unos quince minutos de aburrida procesión, la imagen se cortaba durante cuarenta y cinco segundos, durante los cuales la pantalla se quedaba en negro, aunque, de tanto en tanto, chisporroteaba algún relámpago. Después, y de golpe, la pantalla volvía a iluminarse dando paso a otra grabación casera de una corrida de toros. También era muda y sin color. Iván se fijó en que la plaza de toros no era muy grande, pero tampoco estaba llena. Como en la procesión, el público tampoco parecía demasiado animado. Volvía a ser una sucesión de secuencias de planos fijos, cámara en mano, que se cortaba cada pocos minutos. Tenía una duración total de treinta y cinco minutos, que empezaban con la salida de la cuadrilla al ruedo y finalizaban con el torero, cuya cara quedaba tan lejos de la cámara que no podía apreciarse con claridad, matando al toro con una serie de desacertadas, torpes y violentas puntillas.

De nuevo, la imagen se cortó y pasaron unos segundos con la pantalla en negro. Un negro, si cabe, más oscuro que antes. Iván se había quedado estupefacto. No sabía qué era exactamente lo que había visto. Después de cinco minutos, la pantalla seguía en negro. Pensó en reiniciar la reproducción para un segundo visionado en el que prestar más atención a las escenas, por si se le había escapado algo. Pero entonces recordó lo que le había dicho el comisario: que lo interesante estaba al final. El contador del reproductor indicaba que faltaba solo un minuto para que terminase la película. Y fue entonces cuando lo vio.

La pantalla se iluminó por espacio de quince segundos. El fondo adquirió un tono tirando a sepia y, en primer plano, Iván asistió a la escena de sexo más horrible, salvaje, escabrosa, sucia y perversa que hubiera visto en toda su vida.

Al principio fue incapaz de asimilarlo. Tuvo que rebobinar para volver a verla y aquello significó abrir una puerta en su mente por la que se coló el terror más puro y profundo. Con el segundo visionado, algo se le resquebrajó en el corazón, y sintió que la escasa confianza que aún tenía en el ser humano se le escapaba para siempre. Con el tercero y sucesivos, entre lágrimas que no pudo contener, se le revelaron dos verdades. La primera, que ya nunca olvidaría aquellos segundos de imágenes en movimiento, aquella sinrazón que se le había tatuado para toda la vida en la memoria. La segunda, que, si Roberto estaba en manos de las mismas personas, por llamarlas de algún

modo, que habían grabado aquella nauseabunda escena, nunca más volvería a verlo con vida.

## 14. MADRUGADA DEL MARTES

---

Santi todavía no había contactado con los tipos de las películas, pero a Iván no le quedaba ni un gramo de paciencia. Si Mahoma no iba a la montaña, ellos irían a la nave de Sevilla Central.

Como el inspector había supuesto, Santi no veía más que lagunas en el plan: que adónde iban tan tarde, a las doce de la noche; que con la publicidad que le estaban dando a la muerte de A&P seguro que aquellos dos ya habían desmontado el set de rodaje; que cómo iba él a dejarse ver por allí con un madero... Pero a Iván lo único que le pesaba en el alma era el tiempo. El tiempo que había transformado a los de Asuntos Internos en un tictac que resonaba en su cabeza con la fuerza del mazo condenatorio de un juez implacable. El tiempo que, inexorable, y como él mismo le había recordado al comisario, jugaba en contra de las personas desaparecidas o secuestradas. Si aquella noche también la pasaba en blanco, por lo menos estaría más justificado que en las mil y una ocasiones anteriores.

Santi llegó a su casa media hora más tarde con expresión grave, con un casco en la cabeza y otro bajo el brazo. Para sorpresa de Iván, irían a Sevilla Central en su moto, una máquina enorme y de gran cilindrada. Aquellos cacharros no eran precisamente baratos, así que quedaba claro que dedicarse a una profesión honrada y respetable como, por ejemplo, inspector de policía no salía a cuenta. A lo mejor, algún día, se planteaba en serio la oferta que había hecho y se ofrecía a rodar una de aquellas películas. «Todos tenemos nuestro público —se dijo—. Yo todavía tengo mucho tirón y, bien dopado, también mucho aguante».

Llegaron a Sevilla Central en unos pocos acelerones, ni quince minutos tardaron. Mientras aparcaban la moto, Iván le reconoció a Santi su pericia sobre las dos ruedas.

—Hace unos años competí. Pero, tras una caída y una lesión grave, tuve que dejarlo. Me llevó meses de rehabilitación y de terapia volver a montarme en una de estas.

Iván no lo escuchaba. Se había parado a leer el cartel de grandes dimensiones que los recibió en la puerta de entrada:

«Con casi trescientas empresas distribuidas en un recinto de más de cincuenta hectáreas, el mercado central de Sevilla recibe cada día una media de cincuenta mil vehículos que, a su vez, atienden a una población total cercana a los dos millones y medio de personas, en su mayor parte de la provincia de Sevilla, pero también de Cádiz, Córdoba y Huelva. Sevilla Central está dotada de las más modernas infraestructuras y tecnologías para poder ofrecer al distribuidor la más amplia gama de servicios de calidad. Sevilla Central: el Centro neurálgico de la alimentación en Sevilla», rezaba.

—Espero que sepas orientarte aquí dentro —dijo Iván.

—No tiene pérdida. Buscamos la zona de pescados y mariscos. Solo hay que dejarse guiar por el olfato.

En Sevilla Central había movimiento las veinticuatro horas del día, pero era a partir de las cuatro de la madrugada, momento en que comenzaba el horario de venta al por mayor, cuando aquel «centro neurálgico de la alimentación» comenzaba a animarse de verdad. Antes, desde las nueve de la noche hasta las cuatro, no se permitía la venta, únicamente la descarga de mercancía y, aunque eso conllevaba un considerable trasiego de camiones y furgonetas, de carretillas y transpaletas, no alcanzaba el nivel de bullicio y griterío posterior.

La nave que buscaban estaba situada en un punto céntrico de las instalaciones, adonde se dirigieron esquivando numerosos vehículos que, lejos de lo que habían sospechado, se desplazaban a velocidades de infarto. En un par de ocasiones, un claxon, acompañado de las risas guasonas de un conductor, sacaron a Iván de su camino con un sobresalto.

—Aquí han tenido que atropellar a más de uno.

—A más de uno y a más de dos —confirmó Santi—. Muchos de esos conductores son unos cafres y van puestos hasta las cejas.

—¿En serio?

—Y tan en serio. La mayoría son tíos jóvenes. Han venido a parar aquí porque no han encontrado un trabajo mejor. Lo único que han estudiado en su vida son los carnés de conducir. Son fuertes, les sobra energía y transpiran testosterona. Aunque trabajan de madrugada, cómo van a renunciar a sus

merecidas juergas si están en la edad... Pero, claro, el trabajo es muy duro, y llega un momento en que necesitas una ayudita. Un estimulante.

—Nunca se me habría ocurrido.

—Pues tú mejor que cualquier otro deberías saberlo, inspector —dijo Santi entre risas—. Aquí tienen hasta camellos autóctonos.

Justo en aquel momento, pasaron por la puerta de un bar. Que lo llamaran *centro neurálgico* cobraba cada vez más sentido para Iván. Santi le preguntó si quería tomar algo, pero el inspector rechazó el ofrecimiento.

—Pues yo necesito mi dosis de cafeína. Estoy que me caigo de sueño, Iván.

—Está bien. Pero que sea rápido.

El bar era pequeño, estaba sucio y desprendía un olor a todo: a pescado, a carne, a fresco, a rancio, a sudor, a tabaco, a cansancio. Se acomodaron en la barra, Santi pidió su café e Iván, ya que estaban, un vodka cortito con tónica. El camarero, un tipo alto y gordo con cara de boxeador retirado, no les devolvió el saludo. Ni miró, ni habló.

Cuando terminaron, mientras pedían la cuenta, llegaron dos jóvenes cuya apariencia llamó la atención de Iván. Eran muy diferentes a los demás clientes: impoluta ropa de marca, olor a perfume caro, modales de colegio privado.

—¿Los ves? —le susurró Santi al oído—. Estos han venido a pillar, te lo digo yo.

—¿Seguro?

—Segurísimo. Se dejan caer por aquí como último recurso. Imagínate que estás de fiesta y se te acaba el tema. Llamas a tus camellos habituales y están todos fuera de servicio. Siempre hay alguien que dice algo así como: «Pues yo conozco un sitio donde venden. Está lejos y te la cobran más cara, pero es de confianza...».

—Pues a mí eso nunca me ha pasado.

—Claro, porque tú debes de tener más camellos que amigos.

Iván no contestó. Santi llevaba razón.

Haciendo como que enviaba un mensaje, el inspector tomó varias fotos con su móvil. Los dos jóvenes pidieron dos copas de anís y entregaron al camarero sendos billetes de cincuenta euros. Después de servírselas, deslizó sobre la barra un paquete de tabaco abierto, que uno de ellos guardó en el bolsillo de la camisa con rapidez y nerviosismo. El camarero no les devolvió el cambio y ellos se fueron sin tomarse el anís. Iván y Santi siguieron su camino.

Iban a dar las dos de la madrugada. Aunque el exterior estaba oscuro como el lomo de una cucaracha, dentro del recinto la luz de los enormes focos halógenos modelaba contornos irreales y dibujaba en contraste siluetas de ensueño, sin día ni noche. A Iván le dio por compadecerse de los trabajadores, echando su juventud a perder en aquel entorno tóxico por unos escasos euros por hora.

Llegaron al sector de los pescados y los mariscos, donde el movimiento con la descarga de mercancía era ya frenético. Los pescaderos, con sus batas blancas manchadas de rojo, parecían veloces glóbulos blancos circulando por el torrente sanguíneo. El impacto del olor a pescado era como tener un pulpo pegado en la cara, fresco, salado, pringoso. Se dirigieron a uno de los puestos más grandes y con más gentío.

—Buenas. Preguntamos por Encarnación, la pescadera.

Un operario, bañado en sangre de los pies a la cabeza, se identificó como el encargado. Usando un enorme cuchillo con forma de hacha, cortaba con precisión de delineante unas gruesas rodajas de merluza, y con cada hachazo atravesaba la carne blanca como si fuera espuma de jabón.

—La señora no está; antes de Navidad se coge siempre un par de días libres.

—Vaya. Veníamos a ver la nave que tiene; estamos interesados.

El hombre se encogió de hombros.

—No tengo las llaves, lo siento. Está vacía, así que si quieren alquilarla, pueden hablar con el personal de los servicios centrales del mercado. Pero tiene que ser en horario de mañana —les advirtió levantando el hacha en un gesto de advertencia—, porque esos señoritos no se manchan las manos. Vienen a trabajar cuando ya nosotros hemos limpiado todo esto.

Salieron, e Iván notó en la barbilla de Santi un ligero temblor. La nave se ubicaba al final de aquella misma calle, en la esquina más alejada y peor iluminada. Como única señalización, un folio blanco pegado en la puerta anunciaba en una escueta y difusa letra de imprenta que el local estaba disponible. En un alarde de desinterés, ni siquiera figuraba el teléfono de contacto. La puerta estaba trabada con una cadena gruesa y un candado. Mientras Santi vigilaba a ambos lados de la calle, Iván maniobró unos segundos con un alambre hasta que lo abrió.

—El polígono de San Pablo, que siempre tira.

—¿A mí me lo vas a decir, que soy del polígono Norte? —respondió Santi.

—Primos hermanos.

Efectivamente, la nave estaba vacía. Demasiado vacía, sospechó Iván. Aunque no dieron con la manera de encender las luces, el olor a zotal indicaba que hacía muy poco que la habían limpiado.

—Aquí estaba la tarima, es decir, el escenario.

Santi comenzó a mover los brazos dibujando formas y volúmenes en el aire, señalando aquí y allá dónde quedaban los focos, los monitores y la mesa de sonido. Las jaulas con los perros.

—¿Se puede saber qué hacen ustedes aquí?

La voz a su espalda le resultó vagamente familiar. Iván se volvió y se encontró frente al encargado de la pescadera, acompañado por el camarero que les había atendido unos minutos antes. La corpulencia de ambos bloqueaba la puerta de entrada. Y de salida.

—Les he dicho que esto estaba vacío. ¿Son sordos o se lo hacen?

Al contraluz, en la oscura silueta del encargado brillaba el enorme cuchillo. Iván le hizo una señal a Santi con la mano para que se quedara detrás de él y, luego, otra para que no hablara.

—No solo han entrado ustedes aquí sin permiso —continuó diciendo el encargado—, sino que además han forzado el candado. Y eso no está nada bien, ¿verdad, Toro?

No podía llamarse de otra manera. Toro, el camarero, era aún más grande y más fuerte fuera de la barra. Llevaba las mangas de la camisa arremangadas y muy apretadas, que enfundaban unos bíceps tatuados, hirsutos e hipertrofiados. En su cara de exboxeador en la penumbra resaltaban los ojos como dos blancas bolas de billar. Seguía sin decir palabra.

—Somos policías. —Iván trató de sonar tranquilo y autoritario.

—A su amiguito el mudo ya lo habíamos visto antes por aquí —apuntó el encargado señalando a Santi con el cuchillo—. Usted no sé, pero él tiene poca pinta de madero, y, aunque fuera verdad que lo son, eso no les da ningún derecho a hacer lo que han hecho.

—Tiene usted razón. Solo yo soy policía. Él me está ayudando a localizar a una persona desaparecida. Es urgente que la encontremos. No podíamos esperar hasta mañana por la mañana.

—A ver su placa.

Otra vez la puñetera placa. Otra vez la puta pistola.

—Me temo que eso no es posible. Voy a tener que pedirles un gesto de confianza.

—Aquí no nos fiamos ni de Dios —dijo por fin el tal Toro dando una zancada hacia adelante.



El encargado tenía entonces el cuchillo cogido por el mango y comenzó a balancearlo. En la oscuridad, el brillo intermitente de la hoja le confería el aspecto de un péndulo siniestro.

—Si no me creen, avisen ustedes a seguridad.

—Solo hay dos vigilantes para todo el recinto. —El cuchillo dejó de oscilar para señalar hacia la puerta de la nave—. Uno, borracho en su garita, y el otro donde siempre está cuando se le necesita, es decir, en la otra punta del mercado robando toda la mercancía que pueda.

Toro adelantó el otro pie. Todavía los separaban unos tres metros de distancia, pero Iván ya podía percibir su olor a sudor agrio de varios días.

—Mantengamos la calma. No vayamos a hacer ninguna tontería.

—Tarde, ¿no le parece? —preguntó el encargado acercándose un poco más que su amigo.

Iván sabía que poco podía hacer contra dos. Ni entrar a pelear —ante un toro y un cuchillo de tales dimensiones era imposible salir airoso—, ni salir huyendo, aunque estuviera en mejor forma física que el camarero y el encargado, que no lo estaba. No podía arriesgarse a dejar atrás a Santi. Tenía que pensar algo, y rápido.

—Entonces, llamen a la policía. Pregunten por el comisario Ernesto Diosdado. Díganle que llaman de mi parte, inspector Iván de Pablos. Aquí tienen. Usen el mío si quieren.

Iván sacó su teléfono móvil del bolsillo y alzó la mano para que lo vieran bien. Los dos hombres frente a él tensaron los músculos. Los de Toro estaban a punto de estallar las costuras de la camisa.

—Claro que, si llegamos a eso —continuó el inspector muy despacio—, me veré obligado a enseñarles las fotografías que acabo de tomar en su bar. Creo que son de bastante calidad. Sale usted —dijo señalando al camarero— muy favorecido mientras le pasa la bolsita de coca dentro del paquete de tabaco a esos chavales. Parecían de buena familia, ¿verdad? Dudo que sean de esos que regatean en el precio. ¿A cuánto les clava el gramo?

Los ojos de Toro se abrieron todavía más, refulgiendo en la oscuridad con una intensidad mayor que la hoja del cuchillo del encargado y clavándose furibundos en la pantalla del iPhone. Toro bramó, pero Iván se mantuvo firme:

—De hecho, todo iría más rápido si las enviara ahora mismo por wasap, a ver...

El animal no le dejó terminar la frase. Embistió a Iván con una violencia bruta y desenfrenada, tan desatinada que permitió al inspector lanzar el móvil

hacia su izquierda y a lo lejos, en la oscuridad. Con un bufido, Toro quebró su rumbo en busca del aparato, momento que aprovechó el inspector para tirar de la mano de Santi y correr con él hacia el rectángulo de luz de la salida. En el trayecto, arremetió contra el encargado que, paralizado por la sorpresa, cayó de espaldas al suelo. El cuchillo se le había escurrido de las manos y, para evitar clavárselo, tuvo que adoptar un escorzo histérico e imposible que lo llevó a dar con la cabeza en el suelo. El eco del porrazo retumbó en toda la nave hueca.

Por fortuna para ellos, mientras corrían desbocados buscando la entrada principal del mercado, sonó la bocina que anunciaba el cierre del horario de descarga y la apertura del horario de venta. De golpe, una multitud se adueñó de las calles de Sevilla Central. Decenas de hombres y mujeres que corrían de un puesto a otro, que se cruzaban y se esquivaban, que se saludaban y gritaban sus ofertas y sus demandas. Gracias a aquel hormiguero humano, Iván y Santi pudieron despistar a sus perseguidores y llegar adonde habían aparcado la moto. El inspector no dejó de mirar hacia atrás en ningún momento, ni siquiera cuando ya se habían incorporado a la autovía.

No se dijeron nada en todo el trayecto, ni tampoco cuando se despidieron en la puerta del apartamento de Iván, pero el inspector era consciente de que había puesto en peligro la vida de Santi que, todavía con el susto metido en el cuerpo, lo único que quería era llegar a casa, meterse en la cama y rezar para que aquellos matones de medio pelo se olvidaran de él. Pero Iván no iba a poder dormir. Aunque había vuelto a quedarse sin hilos de los que tirar, no estaba dispuesto a darse por vencido.

Pensó entonces en Alicia, en que antes de perder el móvil no la había llamado, ni ella a él. El aparato era lo de menos; al día siguiente, a primera hora, pediría uno nuevo, pero el enfado de su ex sí que era para estar preocupado. Iba a ser de los que marcan un antes y un después. Ella se lo había advertido la otra noche en la puerta del McDonald's. ¿Cuáles habían sido sus palabras exactas? «Otra más como esta, y ya puedes ir olvidándote de él». De Rafa. De su hijo. El mutismo de Alicia era la evidencia de que estaba cumpliendo su palabra, pero ella debía saber que él no iba a renunciar a su hijo, de ninguna de las maneras. El mero hecho de pensarlo le producía un dolor desgarrador.

Un dolor le condujo a otro. A Roberto. ¿Seguiría vivo? Tenía que estarlo, sí, en su mente no cabía otra opción. Pero ¿cómo estaba? ¿Qué estaban haciendo con él? Sumido en aquella angustia, consideró la posibilidad de

meterse algo, pero optó por posponerlo. Quería estar despierto y más lúcido que nunca.

Volvió a ver el DVD. Algo habría en las imágenes que hubiera pasado por alto. Algo importante, estaba seguro de ello. Tumbado en el sofá, con el portátil sobre el vientre, visionó la película entera, con sus tres partes bien diferenciadas: Semana Santa, toros y horror; una y otra vez. Semana Santa, toros y horror; Semana Santa, toros y horror...

### 13. MIÉRCOLES POR LA MAÑANA

---

Durmió mal y a intervalos hasta cerca de las ocho, acosado por pesadillas de naufragios y demoliciones de edificios. Al tratar de incorporarse del sofá, tiritando de frío, se mareó y tuvo que volver a sentarse. A la falta de sueño se acababa de sumar un resfriado que le había taponado la nariz e irritado los ojos, enrojecidos y legañosos. Con cada respiración, sonaban unos pitidos tan altos y tan claros como si hubieran saltado fuera de su pecho. Recordaban al bufido de Toro.

Salió de la ducha hirviendo y se miró en el espejo empañado por el vapor. Se preguntaba en qué momento de los últimos días su cuerpo había empezado a convertirse en un signo cerrado de interrogación, escuálido y cheposo, cuando sonó el timbre de la puerta. Se estaba secando cuando llamaron otra vez. Y, después, otra. Y, luego, otra más.

—¡Ya va, joder!

Abrió con la toalla mojada anudada a la cintura y una corriente de aire helado le produjo un escalofrío. Era Pipe.

—¿Qué haces tú aquí?

Pipe escaneó a Iván de arriba abajo con tal descaro que, por un breve instante, le hizo sentirse incómodo. El inspector le dio la espalda y se metió en el dormitorio para terminar de vestirse. La puerta del apartamento se cerró detrás de sí. Supuso que con el inesperado invitado dentro.

—He llegado del pueblo esta mañana temprano. —La flauta desafinada en la voz de Pipe le llegaba con repelente claridad desde el salón—. Había quedado con Roberto en su casa, pero no estaba. No sé por qué se me ocurrió ir a la comisaría y preguntar por ti.

Iván se sentía muy cansado; se vistió más despacio de lo que le hubiese gustado. Las palabras de Pipe confirmaban que aún no se había dado la alarma sobre el secuestro de Roberto. Miró el reloj. Las diez de la mañana.

Todavía tenía casi todo el día por delante para encontrarlo antes de que los de Asuntos Internos se enteraran e hicieran sonar las cornetas anunciando la apertura de la veda. Su caza.

—Te han intentado localizar, pero nada, no ha habido manera. Hablé con una compañera tuya que no quiso darme tu dirección.

Bendita Pilar. Seguramente Toro o el encargado de la pescadería se habrían deshecho del móvil, pero ella sabría cómo localizarlo. En cualquier caso, necesitaba otro con urgencia.

—Pero, luego —continuó Pipe—, me acordé de que la otra noche, cuando coincidimos en el Caballero, alguien me dijo que te conocía. Que había estado contigo aquí, en tu casa, ya me entiendes... —Si en ese momento a Pipe se le hubiese ocurrido hacer algún gesto obsceno para reforzar sus palabras, Iván habría encontrado la excusa perfecta para echarlo de su casa. Lamentablemente, no fue así—. Después, solo he tenido que colarme en el zaguán y localizar tu apartamento en los buzones —explicó dándose a valer, incluso con un punto de coquetería—. Está bien esto de vivir tan cerca del trabajo.

Iván salió del dormitorio y fue al balcón por sus botas, que había dejado allí para airearlas durante la noche. Luego, apartando el ordenador portátil, se sentó en el sofá para anudárselas. Pipe lo seguía con la mirada. No se había movido ni un centímetro del recibidor. El inspector lo observó de reojo: volvía a lucir su versión más clásica de pijo de campo.

—Oye, Pipe, este no es un buen momento. Salvo que tengas alguna información relevante que no nos hayas dado antes, lo mejor será que...

—¡Anda, mira! ¡Si esa es la procesión de Nuestra Señora de la Esperanza, la del pueblo!

Sin darse cuenta, al colocar el portátil encima de la mesa de centro, el DVD había empezado a reproducirse en el punto en que se había detenido la noche anterior. Desde el recibidor, Pipe tenía un ángulo privilegiado para ver con claridad la pantalla.

—¡Pero esa película tiene muchísimo tiempo! —continuó Pipe, acercándose al ordenador y ajeno por completo a la cara de asombro de Iván—. ¿De dónde la has sacado? Esto es una reliquia, lo sabes, ¿no?

No, Iván no lo sabía. Para él los pasos de Semana Santa, los cristos y las vírgenes eran todos iguales. Siempre había sido así. De niño, sus amigos empezaron muy pronto a entender de tallas, mantos, túnicas y marchas procesionales, pero él tenía todo aquello por una absoluta pérdida de tiempo; una tradición respetable, sin duda, pero insufrible.

—¿Y dices que es una cofradía de tu pueblo?

—¡Claro! La más bonita y la que tiene más hermanos. La mejor —sentenció Pipe—. Y no porque lo diga yo. Hay otra, la de la Asunción, pero no tiene nada que ver con Nuestra Señora de la Esperanza, que tiene mucha más solera. Fíjate que su nombre completo es Real, Ilustre y Fervorosa Hermandad del Santísimo Sacramento y Archicofradía de Nuestra Señora de la Esperanza. ¡Casi nada! Las familias del pueblo de toda la vida son devotas de ella.

Iván empezó a ver la película con otros ojos. No conseguía aclarar qué relación podía tener con las muertes de Ale y de A&P y con el secuestro de Roberto, pero que había una relación sí era cristalino.

—¿También la familia de Ale?

—¡Y tanto!

—Pero ellos no son gente pudiente. Al contrario.

—¿Y eso qué tiene que ver? —preguntó Pipe con una media sonrisa—. Cómo se nota que no sabes nada de estas cosas.

—Ni quiero.

—Tú te lo pierdes, querido. Como te he dicho, las familias más antiguas sienten un gran fervor hacia Nuestra Señora de la Esperanza. No te puedes hacer una idea de lo que significa para alguien del pueblo llegar a ser Hermano Mayor de esa cofradía. Eso es más que ser alcalde. Es cierto que, si tienes dinero, la probabilidad de que los hermanos te voten es más alta, pero no siempre. Puede ocurrir que la gente humilde elija a uno de los suyos, como le ocurrió al Hermano Mayor actual.

—Creo que ya sé quién es.

—Don Braulio. El padre de Ale.

Iván pulsó en el teclado el botón de avance y las imágenes se aceleraron hasta que comenzó la segunda película, la corrida de toros.

—¿Y esto? ¿Te suena también?

—¡Claro, esa es la plaza de toros de Genalfaro! —exclamó Pipe lleno de júbilo—. Menudas imágenes has conseguido. A mucha gente del pueblo, a los mayores, les encantaría verlas.

—No es más que una corrida.

—Sí, pero ese coso lo demolieron hace años para hacer el polideportivo municipal. Que, por cierto, como casi nadie lo usa, está a punto de derrumbarse. Esas son las cosas de los alcaldes...

—¿Y tú? ¿Cómo sabes que es la plaza del pueblo?

—Porque soy aficionado. Tanto a los toros como a las antigüedades.

A Iván le costaba imaginar una marica más clásica, más típica y más marica que Pipe. Aquella era una tribu, la de las rancias, que siempre le había dado mucha grima.

Entonces se dio cuenta de que la película estaba a punto de terminar. A toda prisa, extrajo el DVD, lo guardó en su funda de plástico y, después, en un bolsillo de la americana. Lo que menos necesitaba en aquel momento era tener que sofocar el desmayo de aquel muchacho afectado, hipersensible y llorón tras ver la tercera parte de la grabación, la filmación del horror.

—¿Vas a salir ya? —preguntó Pipe.

—Nos vamos a Genalfaro. Tú y yo.

—Pero ¡si acabo de venir de allí!

—Necesito hablar otra vez con el padre de Ale y me gustaría que me acompañaras. Quiero que estés allí cuando le pregunte por la película. Además, estoy sin coche.

—Búscate un coche patrulla.

—No me gustan.

—Pero, inspector... Iván, no puedo —se excusó Pipe incrementando el punto de coquetería—, tengo mil cosas que hacer en Sevilla, he quedado con algunos amigos.

—Mira, voy a acercarme primero a la comisaría. Necesito un móvil y quiero saber si ha habido novedades. No creo que eso me lleve más de dos horas. Podrías aprovechar para hacer alguna de tus gestiones, las más urgentes.

—No sé, Iván.

—Por favor, Pipe —rogó Iván impostando una cierta afectación—. Si no por mí, hazlo por tu amigo Ale.

Se despidieron en la puerta emplazándose allí mismo un par de horas más tarde. Pipe anotó en un pòsit su número de teléfono, por si había cambio de planes. A Iván le pareció que tenía una pluscuamperfecta letra de niña bien. Nada que ver con la letra varonil de Jorge.

La comisaría parecía más tranquila, pero él no pudo evitar la extraña sensación de que se trataba de una calma organizada, de que por algún tipo de sortilegio todo había quedado en suspenso hasta aquella tarde, cuando sin remedio se diera la voz de alarma por el secuestro de Roberto. Teniendo en cuenta el cúmulo de circunstancias que lo rodeaban, más que una tormenta, lo que se avecinaba era aquella rimbombante expresión que estaba tan de moda entre los periodistas y sus satélites: una ciclogénesis explosiva.

Diosdado no estaba. Pilar, sí. Su sonrisa le decía que de verdad se alegraba de verlo, y lo cierto era que él también se alegraba mucho de verla a ella. Se saludaron con dos besos de auténtico afecto.

—¿Cuánto tiempo tardarías en conseguirme un móvil? —preguntó Iván de inmediato.

—Tienes aspecto de cansado, pero no de habértela pegado anoche —observó Pilar—, así que no creo que lo hayas perdido. ¿Te lo han robado o se te ha caído al váter?

Iván le contó todo lo que le había ocurrido desde su último encuentro. La agente Ojeda estaba al tanto de la mayoría de los hechos, incluyendo la desaparición de Roberto, pero exceptuando los ocurridos en Sevilla Central.

—Creo que sería conveniente preparar una operación en el mercado —sugirió cuando Iván terminó de ponerla al corriente.

—¿Una redada? —preguntó el inspector—. Me temo que eso no serviría de nada. Se encubrirán unos a otros, pillaremos al camello más tonto y, al día siguiente, todo seguirá igual.

—Visto así, no tendría sentido casi nada de lo que hacemos. Lo hablaré con el comisario y que él decida.

—Dudo que el jefe pueda disponer de más efectivos con la que tenemos encima, pero tú misma. Me urge más localizar a la pescadera esa de los cojones. Encarnación se llama, desconozco los apellidos. Según me dijo Santi, ella es la que maneja el cotarro en Sevilla Central.

Iván le habló también sobre la visita de Pipe a su domicilio, lo que excitó la curiosidad de Pilar.

—Se puso muy pesado con que quería verte, pero se negó a decirme para qué.

—No encontraba a Roberto. Por supuesto, no le he contado lo de su secuestro.

—Ya. Pero tiene más amigos en Sevilla a quienes preguntar, ¿no? Él mismo te lo ha dicho, que había quedado con algunos.

—No lo sé, Pilar. —Iván estaba absorto, desprecintando la caja del teléfono nuevo que su compañera le había conseguido en un abrir y cerrar de ojos—. A lo mejor es que le gusto.

—A eso me refería.

—Pues él a mí, no. No es mi tipo en absoluto, que te quede claro.

—Todavía no sé cuál es tu tipo.

—Yo tampoco. Pero ese, en concreto, seguro que no.



Siguieron charlando durante un buen rato. Pilar le contó que al comisario lo habían requerido de nuevo en las alturas. Tal y como le había prometido a Iván, estaba dejando de lado momentáneamente su caso. Para ello, le había venido de perlas centrarse en el de la manada de Sevilla y la niña justiciera, puesto que, además, a nivel mediático y político era un caso mucho más relevante. Para aquella misma tarde se había convocado una macromanifestación feminista de repulsa en la plaza Nueva, a las puertas del ayuntamiento. Con respecto a la investigación, se habían producido algunos avances. El más significativo era que, supuestamente, había sido uno de los presuntos violadores, un chulo prepotente al que apodaban el Lery, el que lo había grabado todo con su teléfono y lo había subido a las redes.

—Además de cabrón, gilipollas —dijo Iván.

—Ambas cosas suelen ir de la mano —repuso Pilar—. Hablando de cabrón: habrás visto la película, ¿no?

—Mejor no hablar del contenido. No sé cómo alguien es capaz de...

—No, mejor no hablar.

Pero la agente Ojeda sí le contó una curiosidad sobre la película del horror. Analizando la grabación, había descubierto que la conversión de cinta Betacam a DVD que ellos habían llevado a cabo después de que el señor Doblas la entregara en comisaría se había realizado antes a la inversa. La grabación original se había filmado directamente en formato digital, pero por algún motivo que Pilar desconocía se había pasado a Beta.

—Quizás para que no fuera tan fácil visionar su contenido. Una manera un poco burda, pero efectiva de protegerlo —opinó Iván.

—Eso mismo pensé yo. Pero además de burda, es una manera antigua y *malapte*, torpe, como decís vosotros. Hoy en día hay infinitas formas de encriptar un archivo de vídeo, y no hay que ser ingeniero informático para hacerlo. Está al alcance de cualquiera.

—Habla por ti.

Aquello le recordó a Iván que todavía no había hablado con Alicia. Aún faltaban quince minutos para las doce del mediodía, la hora en la que había quedado con Pipe. Tras despedirse de Pilar, llamó a su exmujer desde su despacho.

—Iván, hay que tenerlos bien grandes y bien cuadrados para llamarme después de lo que has hecho.

La voz de Alicia, a pesar de todo, sonaba serena. Demasiado serena. Iván sabía lo que eso significaba. Era la misma voz con la que le había pedido el divorcio.

—No servirá de nada que me explique, pero tengo que hacerlo. Alicia, por favor...

—Antes déjame hacerte una pregunta: ¿te imaginas que hubiera sido mi padre quien hiciera la copia de la cinta de vídeo? ¿Qué habría pensado?

—No sé... Tú misma lo dijiste, tu padre no se escandaliza ya por nada. Además, también me dijiste que buscaría el reproductor que necesitaba para verla, no que la vería. Y, por si fuera poco, lo de llevársela a Doblas fue cosa tuya. ¿Cómo se te ocurrió?

—¡Cállate!

El grito de Alicia se estampó en su oído con la violencia de una bofetada. Iván obedeció sin rechistar.

—Eres un cabrón —continuó Alicia—. Y yo, una gilipollas, por mirar para otro lado una y otra vez, por perdonarte tantas canalladas, creyendo que las cometías sin maldad ninguna. Y, sobre todo, he sido siempre una gilipollas por dejarme enredar en tus movidas. Pero se acabó, Iván, hasta aquí hemos llegado. Está claro que ninguno de los dos tenemos arreglo. Asumo mi parte de culpa: no quiero ni pensar qué habría pasado si Rafa hubiera encontrado la cinta por casualidad y le hubiera dado por verla. ¿Y a ti, Iván, se te ha pasado por la cabeza?

No contestó, pero claro que se le había pasado por la cabeza, y aquel era el principal motivo por el que había demorado tanto tiempo la llamada. Si él mismo, que había visto de todo en su vida, era incapaz de cerrar los ojos sin que le volvieran las terribles imágenes grabadas en el DVD, ¿qué no le ocurriría a un chaval de apenas once años?

—Te lo advertí la otra noche, Iván —continuó diciendo—: una y no más. Hasta aquí ha llegado tu contacto con Rafa. A partir de hoy, su padre está muerto.

—Alicia, por favor. No saques las cosas de quicio. Además, no puedes hacer eso. Tenemos la custodia compartida.

—¿Vas a denunciarme? No me hagas reír, gilipollas.

Con el clic que escuchó al otro lado de la línea Iván sintió una punzada en la boca del estómago que le cortó la respiración. Un grito de rabia y desesperación se le quedó atascado en los pulmones. Volvió a sentir un mareo que le nubló la vista. Sentado como estaba en el sillón de su despacho, inclinó el cuerpo y metió la cabeza entre las piernas para obligar a la sangre a volver al cerebro. A aquel cerebro tuerto que lo había conducido de una mala decisión a otra peor. Dos lágrimas cayeron sobre la alfombra. Los ojos acuosos las observaron disolverse y desaparecer entre los rizos gastados.

Allí mismo, sobre la mesa de trabajo y sin tomar la precaución, como tantas otras veces, de echar el pestillo de la puerta, se hizo dos rayas de coca. Después, otras dos.

## 12. MIÉRCOLES POR LA TARDE

---

A pesar de que Pipe llevaba cuarenta y cinco minutos esperándolo, el inspector consideró que no tenía por qué disculparse. Si había parado en el Caballero Inexistente para un vodka cortito con tónica antes de acudir a la cita fue porque le había podido la ansiedad. Punto. Cualquier otra explicación sobraba y Pipe tampoco se la pidió. En su lugar, aguardó en silencio las indicaciones de Iván, como si de repente hubiera tomado plena conciencia de cuán molesta era su voz para el oído humano.

Así condujo todo el trayecto hasta Genalfaro. A Iván se le hizo un nudo en la garganta cuando pararon para comer en la misma venta donde la semana anterior había recalado con Roberto.

—Lo que peor llevo —reconoció Iván, ya sentados a la mesa— es la sensación de que alguien está jugando conmigo al ratón y al gato y de que, por supuesto, a mí me ha tocado el papel de roedor.

—Hasta donde yo sé, has avanzado mucho en poco tiempo.

El inspector percibía con cierta pena el esfuerzo que hacía Pipe por sonar menos rijoso.

—Sí, pero a tropezones y batacazos. Como si... como si la investigación me dirigiera a mí y no al revés. No sé si me explico.

—A la perfección.

—La única certeza que tengo ahora mismo es que, o bien llevo algo sólido a la comisaría cuando termine el día, o ya puedo ponerme a buscar trabajo. De camarero, de segurata o de albañil, porque de otra cosa...

—Ya verás como eso no va a suceder. Te lo aseguro.

Iván agradeció las palabras de aliento de Pipe con una ligera sonrisa y un escueto asentimiento. Después, siguieron comiendo en silencio. El inspector comenzaba a preguntarse por qué había sido tan arisco —por no decir gilipollas— con él desde el día que lo había conocido. A fin de cuentas, el

hombre no había hecho más que mostrarse muy solícito y él se lo había pagado con frialdad y desprecio. Pagó la cuenta, qué menos, se dijo, y continuaron rumbo al pueblo.

El sol empezaba a ocultarse entre los montes salpicados de encinas y olivos. Al bajar del coche, el frío los abofeteó como un mal padre. Iván estimó que el mercurio debía de marcar, al menos, cinco grados menos que en Sevilla y que aquello era, claro que sí, lo más indicado para su resfriado.

En casa de la familia de Ale solo estaba Fina. Los varones aún no habían regresado del campo. En el camino, Pipe le había explicado que hacía años que, por razones que no venían al caso, don Braulio se había visto obligado a vender las pocas tierras que poseía y que, al igual que la mayoría de la gente del pueblo, en la actualidad su familia trabajaba para él, en fincas de su propiedad. Iván no quiso preguntarle por aquellas razones innombrables, pero estaba seguro de que habían sido las mismas de siempre: los abusos y las ansias del que más tiene de tener un poco más, como también lo estaba de que aquel tuvo que ser uno de los momentos más duros en la vida del padre de Ale.

—¿Ha podido usted averiguar algo más sobre la muerte de mi hijo? —La madre de Ale seguía escondida detrás de su riguroso luto de pies a cabeza. Aquella sería ya su indumentaria durante mucho tiempo, si no para siempre, negra como el color que envolvería su alma de por vida.

La pena y la compasión que sintió por aquella pobre mujer le entrecortaron la voz:

—Ahí vamos, doña Fina. Supongo... que estará usted al tanto de que ha aparecido otro muchacho muerto.

—Ese no tiene nada que ver con mi Joseale.

—¿Cómo puede estar tan segura?

—Eso es así.

La rotundidad de la señora puso en alerta al inspector. Su mirada inerte y cenicienta le dio a entender que allí terminaba la conversación. Iván tampoco quiso seguir avivando las brasas de su dolor. Era con don Braulio con quien había venido a hablar y el tiempo corría en su contra. Lo último que consiguió de la madre dolorosa fue que le indicara dónde podía encontrar a su marido, que no era otro sitio que en el Quita, donde siempre a aquella hora, tomándose un cazalla después de la faena en el campo.

A la luz de las dos escasas farolas que la iluminaban, la plaza del pueblo le pareció más triste si cabía que la última vez. En la puerta del Quita, una corriente de aire frío le congeló los huesos hasta el tuétano y, sin embargo,

antes de entrar, Iván tuvo que secarse unas perlas de sudor en la frente. Otro año más, había vuelto a desoír la recomendación del doctor Lucena y no se había vacunado de la gripe, aun perteneciendo a uno de los denominados *grupos de riesgo*. Los escalofríos que la fiebre estaba empezando a producirle se vengaban de su cuerpo por su dejadez. Se arrebujo en su cazadora y entró al bar seguido por Pipe, cuya forma de caminar, con las manos en los bolsillos y la espalda recta, le daba a entender que estaba más que acostumbrado a aquel clima. Y, sobre todo, que estaban accediendo a territorio conocido para él.

El Quita olía a tierra mojada y a estiércol fresco. En el local, había algunos parroquianos de los de puesto fijo en barra, algunas de cuyas caras le resultaron familiares. En dos o tres mesas, los jornaleros recién llegados del campo bebían y jugaban al dominó y al tute. El silencio solo era roto por alguna interjección en las ganancias o un gruñido en las pérdidas.

Don Braulio estaba sentado en una de las mesas más al fondo. No jugaba, y sostenía ensimismado en el aire una copa de licor vacía. Ante las buenas tardes de Pipe, don Braulio alzó la vista lo mínimo indispensable para reconocer a los recién llegados. Después, volvió a mirar a la alfombra de serrín, cáscaras de cacahuets, huesos de aceitunas y pellejos de altramuces. Dos de sus sombras, un par de Josealgos, lo flanqueaban. Ellos sí clavaron en el inspector sus ojos de fuego.

Iván fue a la barra y pidió un vodka cortito con tónica y una cazalla.

—¿Seco o dulce? —preguntó el Quita.

—Seco —apuntó Pipe por encima del hombro de Iván.

Antes de coger las bebidas de la barra, Pipe le advirtió a Iván que don Braulio no parecía tener una buena tarde.

—Lo mejor será que nos dejes solos.

—¿Y los otros? —preguntó Pipe.

—Yo me encargo.

Los Josealgos vieron con cara de pasmo cómo Pipe se daba media vuelta y abandonaba el bar. Y más pasmados se quedaron cuando su padre les pidió que salieran también. Iván les sostuvo la mirada cuando pasaron a su lado. Creyó percibir en el aire el olor acre de sus bilis. También creyó oír de boca de uno de ellos un murmullo que sonó como a «bujarrón».

Iván se sentó frente a don Braulio. Deslizó la copa de cazalla hacia su mano y dio un sorbo a la suya. El hombre la alzó, la agradeció con un leve alzamiento de cejas y se la tomó de un trago. Iván le hizo una señal al Quita para que la rellenara. Ni un minuto después, don Braulio estaba repitiendo la

operación: levantó, agradeció y bebió de un tirón. Permanecieron mudos un buen rato, mientras Iván paladeaba su copa a sorbos cortos y el padre de Ale volvía a barrer el suelo con su mirada vidriosa, hasta que, por fin, don Braulio alzó la frente y le hincó los ojos.

—Como le dije la última vez, aquí sigo. Un honrado padre de familia.

—Así es. Y aquí estoy yo, en calidad de inspector de policía.

—Pues, dígame, señor agente, en qué puedo ayudarle esta vez.

—Verá usted —contestó raudo Iván, ignorando la rebaja en la graduación—. Hemos encontrado una película antigua.

Iván buscó en los ojos de don Braulio algún brillo delator, pero lo único que encontró fue la misma tristeza helada que habitaba en los de su mujer.

—¿Y qué tiene eso que ver conmigo o con mi Joseale?

—Se trata de una película con imágenes antiguas de la Semana Santa de Genalfaro. En concreto, de la procesión de Nuestra Señora de la Esperanza.

Por primera vez, don Braulio hizo un par de gestos inquietos. Se rascó una oreja y se retrepó en la silla.

—Tiene fama de ser una de las más bonitas de la provincia.

—Eso tengo entendido. También —continuó Iván—, que usted es el Hermano Mayor de la cofradía.

Don Braulio se atragantó. Entre toses, fue entonces él quien le indicó al Quita que rellenara las dos copas. Después, los espasmos se convirtieron al instante en una estentórea carcajada.

—¿Yo? ¿Hermano Mayor yo, inspector? ¡Me cago en Dios y en todos los santos! ¡Pero si yo soy ateo! Esas son cosas de meapilas y de capillitas. ¿Me ha visto usted a mí pinta de algo de eso? Menudo inspector está usted hecho...

El Quita, que se había acercado a ellos para volver a rellenar, coreó las risas de don Braulio:

—Amigo, este es más rojo que la Pasionaria desde que su madre lo trajo al mundo —dijo señalando al padre de Ale con su bayeta—. De joven, no lo pasaron por el garrote de puro milagro.

—¡Claro, a mí me salvó la Virgen, no te jode!

Los hombres siguieron riendo ante la cara de estupefacción de Iván, que notaba cómo la fiebre le volvía a quemar la frente. Tanto era así que el segundo vodka no le entraba ni por los ojos, y tuvo que obligarse a darle el primer sorbo como si se tratara de una amarga medicina.

—No es lo que Pipe me ha contado.

Las risas cesaron tan de súbito como se habían desatado. Iván constató en los semblantes de aquellos hombres que había apretado un botón de consecuencias imprevisibles. El Quita se dio la vuelta y fue a parapetarse detrás de la barra, mientras que don Braulio, en un alarde de atemorizante confidencialidad insospechada, depositó sobre la mesa la copa vacía y se inclinó hacia al inspector.

—Mire usted, ese muchacho miente más que habla. Pero como da trabajo a casi todo el pueblo, aquí preferimos no discutir con él. Es lo mismo de siempre: que con las cosas de comer no se juega. Yo no sé por qué le habrá dicho eso —el aliento enjuagado en cazalla salpicó la cara de Iván—, pero le aseguro que, si yo hubiera tenido la oportunidad, habría salido a quemar iglesias como hizo mi padre, al que los fachas asesinaron en la tapia del cementerio. Y no crea, que todavía no se me han quitado del todo las ganas.

—No entiendo qué interés puede tener Pipe en inventarse algo así.

—Eso tendrá que preguntárselo usted mismo —respondió don Braulio señalando la puerta del bar.

Iván comenzó a sentirse tan mareado que no sabía qué hacer a continuación, si salir en busca de Pipe o quedarse allí sentado al calor del Quita, escuchando viejas historias del pueblo hasta que el cuerpo se le volviera a encajar.

—Pero algo querrá —aseguró don Braulio con un tono de voz más apagado. Su aliento quemaba—. Ese no da puntada sin hilo. Toda su vida intrigando y enredando. Por eso mi Joseale dejó de hablarle.

El inspector intentaba mantenerse erguido apoyado contra el respaldo de la silla, pero la cabeza no paraba de darle vueltas. Y el olor cazallero le soliviantaba el estómago. Ya había decidido que quería salir a la calle, no tanto para pedirle explicaciones a Pipe como para que el aire helado arrastrara su malestar. Sentía que la sangre se le desplomaba a los pies. Un sudor frío le había pegado la camisa a la espalda.

—¿Por qué? —fueron las únicas palabras que consiguió articular.

—Lo que pasó es que, una noche, mi hijo y Pipe se emborracharon. —Don Braulio hablaba con los ojos de nuevo fijos en el suelo, ajeno a la cara blanca y a la frente sudorosa de Iván. Más que para el inspector, hablaba para sí mismo—. Eran jóvenes y ya apuntaban maneras. Esas cosas se ven. A ellos se les adivinó desde chicos, por eso a lo mejor se llevaban tan bien, aunque, si le digo la verdad, yo creo que nunca llegaron a..., usted ya me entiende. —Se detuvo un momento y continuó—. El caso es que, cuando ya los demás estábamos acostados, mi Joseale llegó a casa borracho y se encerró en su



cuarto. Le juro por mi mujer y mis hijos que no he oído en toda mi vida a nadie llorar con tanta lástima como lloró ese muchacho aquella noche. Tanto que tuve que ponerme serio con él. Entré en su habitación como pude, a la fuerza, rompiendo el pestillo que él había echado por dentro. Entonces le vi la cara hecha un Cristo, llena de moratones —afirmó—. Al principio pensé que se trataba de lo de siempre: que se había dado de hostias con alguno del pueblo. Le pasaba mucho. Por maricón y, sobre todo, por chulo. Pero después me di cuenta de que no era solo la cara. Tenía magulladuras por todo el cuerpo. Cardenales en el cuello. Marcas como de mordeduras en los brazos, en las piernas y en la espalda. Y, lo que más me sorprendió: las muñecas y los tobillos en carne viva, como si lo hubieran atado durante un buen rato. Vino como lo que aquí llamamos un *eccehomo*, hecho un cristo.

Iván reaccionó y consiguió sobreponerse un poco. Un suave tono rosa había vuelto a pintarle la cara. Con el sudor enfriándose, un estremecimiento le recorrió la espalda. Tenía la garganta muy seca y tomó un sorbo del vodka con muchas ganas. El líquido frío le achicharró la garganta, pero lo agradeció.

—Cuando me contó lo que le había pasado, al principio no lo creí —continuó don Braulio—, pero entonces comenzó a llorar con más pena, destrozado de dolor, como... como una mujer violada. Entonces supe que no mentía, que todo se lo había hecho ese cabrón que está ahí fuera.

El inspector encendió un cigarrillo. La primera calada se le clavó en los pulmones, pero insistió con la segunda y con la tercera, hasta que dejaron de crujir y de quejarse. Mientras pasaba la bayeta por la barra de aluminio, el Quita le dirigió una mirada de alarma. Quedaban ya pocos clientes, pero alguno podría quejarse por el humo. Iván apagó el cigarrillo tras una última y apresurada bocanada.

—¿No lo denunciaron? —preguntó expulsando el humo con indisimulado placer.

—¿Para qué? La familia de Pipe, ya entonces, tenía dinero para pagar buenos abogados y nosotros éramos tan pobres como ahora. Por otra parte, se trataba de un asunto entre menores de edad. ¿Qué podían ganar o perder? Se lo digo yo: nada. ¿Usted habría expuesto a su hijo a esa vergüenza pública con todo lo que ya estaba sufriendo? Lo mejor que pudimos hacer fue lo que hicimos: sacarlo del pueblo para que estudiara y se hiciera un hombre de provecho. Además...

Don Braulio dejó la frase en el aire. Por fin, había levantado la cabeza. Iván se lo quedó mirando unos segundos. Podía ver en sus ojos una primera lucha por traducir en palabras aquellos recuerdos, y otra batalla, aún más

violenta, por entender sus propios sentimientos contradictorios, de amor y de odio hacia su propio hijo. A la carne de su carne y a la sangre de su sangre.

—Además, él se lo había buscado —concluyó por él Iván—. Por maricón.

El padre de Ale se quedó muy quieto mirando más allá del inspector, en dirección a la puerta del bar. Dos pequeñas gotas brillantes asomaron a sus ojos y comenzaron a caer por la piel cuarteada de la cara. Tan cuarteada que se secaron de inmediato.

Iván se puso de pie. Aunque el mal cuerpo y los mareos le aconsejaban quedarse dentro, se abrochó la cazadora deseando que le atacara el frío de la calle. Pero don Braulio le atenazó la muñeca clavándole las uñas renegridas.

—Yo no sé, inspector, si ese hijo de puta tiene algo que ver con la muerte de mi Joseale y con la del otro muchacho, ese que ha salido en la tele. Pero que algo esconde, eso es seguro. Y si usted puede hacer cualquier cosa para pararle los pies...

—Primero tengo que hablar con él. A ver esta vez por dónde me sale.

—Tenga mucho cuidado porque, como le dije, además de un liante, ese es un mal bicho.

Todavía le hizo una última advertencia. Cuando Iván fue a sacar la cartera para pagar en la barra, don Braulio bramó desde su mesa, al fondo:

—¡Ni se le ocurra! ¿Es que usted no se va a enterar nunca de cómo funcionan las cosas en este pueblo o qué?

## 11. MIÉRCOLES POR LA NOCHE

---

Ni rastro de Pipe ni de su coche en la plaza. Un cuchillo de aire helado le entró a Iván por la boca y le salió por la nariz. Sus ojos eran dos esferas de cristal frío y empañado. Sentía la piel caliente y sudada despegándose de los huesos, como si renegara de ellos. Se sacudió como un perro mojado y abrió los ojos.

Apoyados en la balaustrada que rodeaba la pequeñísima fuente de la rotonda, como de juguete, los dos Josealgos que habían dejado solo a su padre con el inspector se irguieron al verlo salir del Quita. Sus cigarrillos dibujaron en el aire, al unísono, sendos arcos de luz moribunda como dos luciérnagas.

—Si buscas a Pipe, lo encontrarás donde siempre a esta hora —dijo uno de ellos señalando en la oscuridad al edificio que Iván había conocido por el funeral—. O en la iglesia, o en la casa hermandad, justo en la calle de atrás.

Acababa de terminar la misa de ocho y los feligreses más rezagados abandonaban la parroquia para encerrarse en sus casas hasta el día siguiente. En sus caras lucía el alivio de la redención tras liberarse de los pesados fardos del pecado en el confesionario. Iván no sabía si hacía más frío dentro que fuera del templo. O si el frío viajaba con él, adherido a su piel, incrustado en su ser. El párroco se había perdido en el interior de la sacristía. Allí solo quedaba una mujer recogiendo y limpiando entre los bancos; ahogando velas y apagando luces.

—Estamos cerrando. ¿Puedo ayudarle en algo?

Tendría unos sesenta años, pero un exceso de maquillaje delataba su disconformidad con la cifra que su DNI decretaba. La mujer era muy bajita y ancha de caderas, con unos tobillos amoratados y unas nalgas hinchadas que contrastaban con la extrema delgadez del torso. A Iván le vino a la mente la imagen de una de aquellas peonzas atravesadas por un palo que se hacen bailar con la punta de dos dedos.

—Buenas tardes, señora. Busco a Pipe. Me han dicho que podría estar aquí.

De algún lugar había aparecido una escoba entre las manos de la mujer.

—Se acaba de ir —dijo sin parar de barrer—. Tenía que hacer un *recao*, pero he *quedao* con él ahora en la casa hermandad. Tenemos que empezar a organizar algunas tareas para la procesión del año que viene, ¿sabe usted? Si estas cosas no se hacen con tiempo suficiente, luego nos pilla el toro. Porque a los vecinos de este pueblo se les llena la boca con su Virgen, Nuestra Señora de la Esperanza. —La mujer clavó la mirada en la única talla que todavía estaba iluminada por las velas y, mirándola con arrobó, se santiguó—. Pero a la hora de doblar la espalda, para que luzca como tiene que lucir, como una reina celestial, somos muy pocas las que damos el callo. Y lo digo así, porque somos mujeres todas. Como siempre. Que con los hombres no se puede contar *pa* casi *ná*. Ni siquiera con mi marido, que en paz descansa, que se preocupaba tanto por sus tierras que *pa* él no existía más *ná* en el mundo. Ni amigos, ni hijos, ni siquiera su mujer, o sea, yo.

A Iván le habría gustado darle las gracias, despedirse de ella y salir en busca de la casa hermandad por la calle de atrás, como le había explicado uno de los Josealgos.

—Pero ¡dónde va usted! —exclamó la mujer—. Cómo se nota que es forastero... Hágame el favor de acompañarme. Hay una entrada por aquí; así se evita tener que pisar otra vez la calle, con este frío que mata. —La mujer describió una cortina que cubría una pared lateral y que ocultaba una pequeña puerta de madera antigua—. Podemos esperar a Pipe en la casa hermandad, como le he dicho, tomando un té calentito, que viendo la mala cara que me trae, creo que le va a sentar de maravilla, ¿me equivoco? Es que estas fechas son las peores *pa* los *resfriaos*, ¿verdad, usted? —La mujer abrió la puerta y avanzó delante de Iván, atravesando un angosto pasillo en penumbra que desembocó en una habitación a oscuras. Allí dentro, fuera de la vista de Iván, buscó el interruptor de la luz—. Y si ya es una gripe, ni hablamos. El año pasado la pillé yo y a *ná* estuve de quedarme en el sitio. Pero, claro, usted es mucho más fuerte y joven y no tiene por qué preocuparse tanto. Ay, qué mala es la vejez...

La mujer continuó hablando mientras un fluorescente colgado del techo se encendía en tres fases. La progresiva iluminación fue descubriendo un gran salón con las paredes revestidas hasta el techo con estanterías y armarios de lo más variado. Anchos y estrechos, rectos y torcidos, de madera y de aluminio, con y sin puertas, con y sin panel trasero, nuevos y viejos, barnizados o en

bruto. En sus infinitos compartimentos, se acumulaban desde cirios y velas hasta pinturas y estampas, pasando por almanaques, fotografías, reproducciones en arcilla, estelas y vitolas, ramos de flores secas, libros, revistas y miles de cosas más, todas relacionadas, de un modo u otro, con la cofradía y la venerada imagen de Nuestra Señora de la Esperanza de Genalfaro.

Invitado por la señora, Iván se sentó en un sillón orejero emplazado en el centro de la habitación. Sus huesos agradecieron hundirse en los cojines mullidos y aplacar las tiriteras del frío y de la fiebre. Luego, la señora se perdió al fondo de la estancia, donde Iván la oyó trasegar con unos cacharros. Al cabo de un par de minutos, la alarma de un microondas, el tintineo de una cucharilla y un intenso aroma a canela anunciaron que el té ya estaba listo. La mujer arrimó dos sillas al sillón orejero. En una se sentó ella y sobre la otra puso la taza humeante para Iván.

—Todavía está muy caliente, gaste usted *cuidao*.

—¿Usted no toma?

—¡Uy! ¡Qué va! Van a dar las nueve. Si yo me tomo un té a esta hora, ya no cojo el sueño hasta mañana por la mañana. A mi edad dormir es un lujo. Y yo, que siempre he sido más bien de nervio tirante, tengo que controlarme. A partir de las cinco de la tarde ya me puedo ir olvidando del té, del café y del Coca-Cola. Además, me acuesto muy temprano, porque madrugo mucho.

La mujer hablaba, hablaba y hablaba. Con cada frase, con cada palabra y con cada sílaba, Iván se iba hundiendo más y más en el mullido sillón.

—Fíjese que algunas vecinas del pueblo han empezado a dar clases del pilates ese, que dicen que van muy bien para las articulaciones, y a mí me encantaría poder hacerlo también, pero qué va. Las clases se dan a las siete de la tarde, cerca de aquí, en el polideportivo municipal, pero *pa* mí hacer ejercicio a esa hora es como si me tomara un café negro bien *cargao*...

Iván dio un primer sorbo al líquido caliente. Sin leche y sin azúcar, como a él le gustaba; era un té muy amargo. Demasiado amargo incluso para él, quizás. Pero al mismo tiempo desprendía un intenso aroma a canela que acariciaba la nariz y endulzaba el ánimo. Muy seguido, disfrutó de un segundo sorbo más cálido y placentero aún, una vez que el paladar se había empezado a acostumbrar al amargor. ¿Quién le había hablado no hacía mucho del polideportivo municipal de Genalfaro?

—Y, ya le digo, a mí me vendría de perlas, porque claro, todo el día bregando entre el trabajo y la casa, y luego aquí en la hermandad, que quieras

que no, siempre hay mil cosas que hacer, acaba una con la espalda *destrozá*, que cuando consigo sentarme al final del día, me cruje hasta la última ternilla.

—¿Sabe usted si Pipe va a tardar mucho?

—No lo creo. Me dijo que lo esperara aquí. No sé si usted conoce bien a ese muchacho, pero ya le digo yo que siempre anda de aquí para allá haciendo mil y una cosas. En eso salió a su padre, que en paz descanse. Clavadito a él. Dos gotas de agua, vaya. En lo físico y en el carácter, ¿sabe usted? El mismo pelo rubio como el trigo y la misma inquietud. Pero estese usted tranquilo, que seguro que está al caer. ¿Quiere que le prepare otro té? Beba, beba sin miedo, que hay más. Una tetera completa, y yo, como ya le he dicho, ni olerlo.

Iván se sentía al mismo tiempo relajado y extenuado. Como si todo el cansancio acumulado los días atrás hubiera hecho acto de presencia en aquel preciso instante. Dio un par de sorbos más a un líquido que ya no humeaba, pero cuyo olor seguía infiltrándosele en la nariz y le provocaba un placer inmenso. Se encontraba tan a gusto y tan cansado que tuvo que entornar los ojos para descansarlos un poco.

La mujer aprovechó para quitarle la taza de las manos. Se levantó para preparar otra. De nuevo, Iván escuchó la alarma del microondas y el tintineo de la cucharilla bailando dentro de la taza, pero aquella vez muy a lo lejos, como si los sonidos llegaran desde otra habitación o, incluso, desde otro edificio. Iván abrió los ojos, pero todo estaba borroso. Se mareó un poco con tanto cacharro y tanta Virgen y los tuvo que volver a cerrar. El brazo le pesaba una tonelada, pero consiguió alzarlo y tocarse la frente. La piel bajo los dedos tenía el mismo tacto que el corcho. Volvió a intentar abrir los ojos, pero ya no pudo. Los párpados se habían convertido en dos húmedas persianas de esparto.

El resto del cuerpo comenzó a relajarse. Primero sintió un hormigueo en las piernas que no resultaba nada molesto, al contrario; tenía la sensación de que alguien las estuviera masajeando. A continuación, posó las manos con las palmas hacia arriba sobre el regazo. Los hombros, distendidos. Después, el cuello ya no pudo sujetar más la cabeza, que caía a izquierda y derecha alternativamente. Iván hizo un último esfuerzo para no rendirse al sueño, murmurando el nombre de Pipe. Seguía sin poder abrir los ojos. En la distancia, oyó la beatífica voz de la mujer. Era como un siseo serpenteante que le infundía calma y sosiego.

Unos instantes antes de rendirse al sueño, inspiró profundamente por la nariz. El intenso olor de la canela anestesió sus últimos pensamientos. Quizás

en aquel punto ya ni siquiera pudo oír la voz meliflua arrullándolo, ni tampoco sentir la caricia de su mano arrugada, blanca y rasposa sobre sus mejillas. Una mano que desprendía un intenso y añejo olor a pescado.

## 10. JUEVES POR LA TARDE

---

Un pinchazo. Solo una punzada en el dedo, pero tan continuada y afilada que le indujo una catarata de pesadillas oscuras, si es que acaso las hay de luz. Y, además, la sensación de ahogarse en un mar gris, embravecido, sacudido por un oleaje violento y caprichoso. Una sensación como de tragar litros de agua salada que le arrasaban el esófago, la garganta y la boca del estómago. Aguas que, a la vez, le enredaban un pie y lo arrastraban con un ímpetu succionador a las profundidades abisales, donde lo único que existía era oscuridad y frío. Y cuando parecía que todo estaba a punto de terminar, cuando ya el oxígeno era solo un recuerdo lejano y todo se había vuelto negro, aparecía una tibia corriente submarina que lo envolvía y lo vomitaba de vuelta hacia la superficie, donde la intensidad de la luz exterior le hinchaba las pupilas de dolor, donde las olas lo estaban esperando, agazapadas, acechantes, acopiando las fuerzas con las que lo volverían a golpear una vez más, con furia renacida, enredándolo en un bucle sin fin.

Y así estuvo durante una eternidad, ahogándose, hundiéndose, desfalleciendo y saliendo a flote, hasta que el pinchazo se transformó en un dolor agudo, y aquel dolor, poco a poco, se fue extendiendo desde un dedo del pie hasta el tobillo y, después, hasta la rodilla y los genitales. Aún dormido, pataleó varias veces en un estéril intento de apaciguarlo. A la tercera o cuarta patada bajo las mantas, abrió los ojos de par en par. Miró en derredor confundido. Sentía la boca de poliespán, la lengua de esparto y el paladar acre. Creyó que todavía soñaba y los volvió a cerrar. Las negras aguas se arremolinaron en torno a él y lo sepultaron de nuevo en las gélidas profundidades, bajo toneladas de humedad.

Unos minutos más tarde, el dolor era insoportable. Para entonces, ya había comprendido que era peor mover la pierna, que con ello no hacía más que afilar y hundir el aguijonazo. Abrió los ojos por segunda vez, con intención de



mantenerlos abiertos durante un rato. Seguía desenfocado. «¿Dónde coño...?». Aunque estaba desnudo y empapado en sudor, por lo menos la tormenta había amainado y la tierra era firme. Se destapó, pero como el aire de la habitación estaba helado, volvió a echarse la manta por encima. Hasta entonces, no había percibido el olor a naftalina.

Era la habitación de un hotel barato. En cuatro metros cuadrados, se distribuían una cama, una silla de enea, una mesita baja de madera, un armario de dos puertas y un pequeño lavabo sobre el que colgaba un ínfimo espejo redondo junto a una enmohecida cortina de plástico. Habían doblado y colocado su ropa ordenadamente sobre la mesa y, en la silla, le habían dejado dos toallas limpias. Remataban la estancia un tubo fluorescente en el techo, cuyo interruptor estaba pegado al marco astillado de la puerta, y un ventanuco cerrado, por donde se colaba un raquítico rayo metálico de la luna llena.

Iván no podía dejar de preguntarse cómo cojones había llegado hasta allí. Lo último que recordaba era... El dolor del pie izquierdo, de la pierna izquierda, del escroto, le impedía concentrarse. Pensamientos y recuerdos se retorcían como histéricos peces de agua dulce en la desembocadura salada de su cabeza. Volvió a destaparse. Había llegado el momento de enfrentarse al origen del pinchazo. Se miró los pies. Cuando descubrió que le habían amputado la tercera falange del dedo meñique, a duras penas consiguió ahogar un grito, mordiéndose los nudillos. En un acto reflejo, flexionó el resto de los dedos, como si su subconsciente necesitara confirmar que seguían ahí, que aún podían responder a sus dictados, lo que dio como resultado un dolor más agudo, más intenso. Se tumbó de nuevo, apretó los ojos y se hincó con fuerza los dientes en la mano. Trataba de combatir el dolor con otro dolor. El sudor volvía a brillar en su frente.

Al cabo de unos agónicos minutos, muy despacio, consiguió sentarse en la cama y descubrió que, junto a las toallas limpias, habían dejado una botella pequeña de agua mineral y una caja de Nolotil. Lentamente, con precisión de relojero, manteniendo el dolorido pie en el centro del eje, dibujó un arco con el compás de su cuerpo hasta completar un giro de ciento ochenta grados y situar la cabeza a los pies de la cama. Estiró el brazo para alcanzar el agua y las medicinas. Engulló dos cápsulas y se bebió la botella entera en trago y medio. «Ni agua bendita», se dijo.

Entonces recordó la casa hermandad, las decenas de compartimentos y estantes repletos de objetos de Nuestra Señora de la Esperanza, el amargo té con perfume de canela... y nada más.

¿Qué había pasado? ¿Por qué le habían hecho eso? ¿Quién? Y, lo más urgente, ¿dónde se encontraba?

Tuvieron que pasar unos minutos hasta que las oleadas de dolor empezaron a retirarse. Probó a flexionar de nuevo los dedos y aquella vez la punzada fue algo menos insoportable. Centímetro a centímetro, fue sacando los pies de la cama hasta descansarlos sobre el polvoriento suelo de gres. Estaba gélido, lo que ayudó a anestesiarnos un poco más. Como una corriente balsámica, el alivio se fue extendiendo por todo su ser y advirtió cómo regresaban las fuerzas. Con cuidado de no apoyarse sobre el dedo meñique, logró ponerse en pie. Sin embargo, la sangre no subió a la cabeza con tanta rapidez ni en tanta cantidad como necesitaba. Mareado y con el zumbido de un moscardón gigante en los oídos, necesitó tumbarse unos minutos más.

Sin pensárselo dos veces, lo volvió a intentar, y ya pudo, incluso, dar unos saltitos hacia la silla. Rebuscó entre sus ropas. No le extrañó no encontrar ni la cartera ni el móvil. Se anudó una de las toallas a la cintura y siguió avanzando. El cerrojo de la puerta no estaba echado. Salió a un pasillo en penumbra, flanqueado por cuatro puertas a cada lado, idénticas y numeradas del uno al diez. La suya era la número nueve. Sin duda alguna, aquello era un hostal.

Una luz al final del corredor anunciaba unas escaleras descendentes. Dio un par de saltos cortos hacia ellas, procurando no hacer ruido en la oscuridad, hasta que el pie herido tropezó con una alfombra de esparto que no había visto. A pesar de la impresión inicial, aquel fue el mejor modo de comprobar que el analgésico estaba haciendo bien su trabajo. «No hay nada como la química», se dijo, y con el ánimo fortalecido avanzó un poco más. Pero, entonces, le sobrevino otro mareo, la vista se le nubló y le fallaron las rodillas. Cayó sobre la alfombra con un aullido, más de rabia que de otra cosa.

No pasaron ni cinco segundos antes de que unos pasos rápidos resonaran subiendo por las escaleras. Al mismo tiempo que Iván hacía lo que podía por adoptar una postura defensiva apoyando la espalda contra la pared, enfocaba la vista en una silueta de hombre que se dirigía hacia él y que, aun a contraluz, le resultaba tan familiar.

—Vamos a ver, inspector, que ya estamos muy mayorcitos para estas cosas...

El Quita encendió la luz del pasillo y se lo quedó mirando desde arriba con los brazos en jarra y una mano envuelta en la sempiterna bayeta. Visto desde el suelo, parecía un jabalí manco. Iván, derrumbado en el suelo, con la

piel macilenta y desnuda sobre la toalla, asintió varias veces con la cabeza antes de contestar.

—Déjate de historias, Quita, y ayúdame. ¡Y haz el favor de decirme de una puta vez qué coño está pasando aquí o te meto un puro que te vas a cagar! ¡A ti y a todos los cabrones de este puto pueblo de los cojones!

El Quita le regaló al inspector una sonrisa enconada antes de ayudarlo a levantarse, a regresar a la habitación y a sentarse en el filo de la cama. Luego, empujó la silla y se sentó frente a él.

—Menuda resaca se gasta usted. Lo mejor será que se dé una ducha y coma algo. Con todo lo que largó anoche, tiene que tener un agujero en el estómago.

—¿Qué resaca ni qué hostias? —preguntó Iván pasándose la lengua por las encías. En aquel momento reparaba en por qué tenía la boca pastosa y aquel regusto amargo.

Iván pudo ver en su cara que no fingía. El Quita parecía igual de sorprendido y de confundido que él.

—¿Qué ha pasado? —preguntó en un tono más apaciguado.

—¿De verdad que no se acuerda, inspector?

Iván cabeceó y suspiró profundamente. El hombre sacó un paquete de cigarrillos del bolsillo de la camisa, se puso uno en los labios y le ofreció otro.

—Como usted sabe, aquí no se puede fumar, pero dadas las circunstancias...

—Más te vale.

El hombre se levantó para asegurarse de que la puerta estaba cerrada y abrió el ventanuco. Una corriente de aire helado golpeó el cuerpo desnudo de Iván y su piel se erizó en un escalofrío que, con todo, encontró placentero. La primera bocanada al cigarrillo le produjo un mareo y lo activó a partes iguales. Poco a poco, con cada estímulo que le proporcionaba a su cuerpo, iba notando cómo se iba reavivando. Expulsó el humo con satisfacción y, alzando los ojos y las cejas en un ademán de amabilidad, invitó al Quita a que hablara.

—Anoche, llegó usted borracho como una cuba. Pipe lo trajo prácticamente en coma etílico. Después de vomitar hasta la bilis, entre los dos conseguimos acostarlo y se durmió enseguida. Él se quedó un rato más a su lado, por si volvía a despertarse con ganas de devolver, pero, al rato, se marchó. Me dijo que no lo molestara, que lo dejara descansar el tiempo que hiciera falta. Por cierto, si quiere cenar algo, también se hizo cargo de los gastos por adelantado.

—Espera, espera..., ¿has dicho cenar? ¿Qué hora es?

—Van a dar las ocho y media.

—Eso quiere decir que llevo durmiendo casi veinticuatro horas — exclamó Iván.

—Y sin parar —dijo el Quita rascándose la nuca y encogiendo los hombros—. He subido tres o cuatro veces a ver si necesitaba algo, pero roncaba como un bendito.

Iván miró en derredor. Intentaba devolver a su mente alguna imagen detrás de aquellas palabras, pero lo último que recordaba seguía siendo el olor a canela y el amontonamiento de imágenes de vírgenes. Había algo más que intentaba aprehender, pero se le escurría como los tritones que, de niño, intentaba pescar en las charcas del polígono.

—¿Cómo me emborraché?

El Quita soltó media carcajada por el costado de la boca.

—Quiero decir —continuó Iván—, ¿con Pipe?

—Supongo. Usted llegó al pueblo con él, ¿no? Aquí abajo, en el bar, ya se trasegó sus buenos vodkas con don Braulio. Después, salió a buscar a Pipe. Tampoco es que haya muchos más bares en el pueblo. Pero usted sabrá adónde fueron. Como suele decirse, en cuestiones del vicio, el que busca siempre halla.

—No me acuerdo. Te digo yo que esto no tiene nada que ver con una borrachera, que esas me las conozco bien.

El Quita asintió, aunque su mirada sonriente le decía que solo le daba la razón para no comprometerse. Iván levantó el brazo derecho. Olía a sudor y a cama ajena.

—En esto es en lo único que se parecen... Necesito una ducha.

—Aquí tiene todo lo necesario. —El Quita levantó la mohosa cortina de plástico. Detrás se ocultaba un plato de ducha que hacía años que había dejado de ser blanco.

—De lujo —murmuró Iván incorporándose. Al plantar el pie izquierdo en el suelo, volvió a sentir el pinchazo—. Joder.

—A caballo regalado... ¿Qué le ha pasado en ese dedo?

Iván miró el pie con detenimiento por primera vez. Le habían hecho el mismo trabajito fino que a Ale y a A&P, casero y eficaz. Una amputación de la tercera falange, la distal, así la había denominado Carlos en su informe de la autopsia de Ale. Un tajo certero, después cauterizado, presumiblemente, con un objeto candente. La herida aún estaba muy enrojecida y algo hinchada, pero no mostraba síntomas de infección. Iván se atrevió a tocarla. Dolía, aunque no en exceso. Siempre le habían llamado la atención las historias que

se contaban sobre los miembros fantasma. Extremidades que seguían picando aun cuando hubieran sido amputadas. En su caso, pensó, quizá aún fuera pronto para sentir algo así en el dedo.

—Otro regalo —respondió por fin—. O una advertencia, no lo tengo claro.

Entonces fue el Quita quien miró absorto la herida, a la vez que retorció su bayeta con las manos, exprimiéndola aunque estuviera seca. Iván comprendió que aquel gesto le ayudaba a pensar, como cuando los conferenciantes juegan con un bolígrafo entre los dedos para que les fluya el discurso.

—El caso es que... —comenzó a decir el Quita—, que me maten si no llegó usted anoche con todos sus dedos intactos y en su sitio. Sé que eso es imposible, que no puede ser, pero fueron estas manos —las agitó en el aire— las que sacaron sus zapatos y sus calcetines, y yo no recuerdo que...

—Dices que Pipe se quedó un rato a solas conmigo, ¿no? Pues ya lo tienes. Dos más dos.

—Pero eso... Eso es...

—Déjalo, Quita. No te agobies.

Iván se duchó poniendo cuidado en que el contacto del agua caliente con la herida no le hiciera ver las estrellas. Mientras, el hombre bajó y al rato volvió portando una bandeja con algo que los modernos de la capital llamarían un *brunch*, aunque no fuera ya la hora: un mollete, una porción de tortilla de patatas, una pequeña aceitera, dos gruesas rodajas de tomate, varias lonchas de jamón serrano, una manzana, una lata de cerveza y una cafetera humeante. El estómago de Iván, a la vista de aquellos manjares, rugió como el león de la Metro. El camarero también había subido unas vendas y unos algodones, con los que ayudó a que el inspector embutiera su maltrecho pie en la bota, entre punzadas e hipidos de dolor. Después, Iván devoró en silencio todo lo que había en la bandeja. Hasta lamió el jugo del tomate mezclado con el aceite que había quedado en el plato. Por último, y mientras saboreaba el amargo café, el Quita encendió un cigarrillo para cada uno.

—Pipe no ha llamado.

—No me extraña. —Al soltar el humo de la primera bocanada, Iván comprobó que ya no se mareaba—. Por cierto, no encuentro ni mi teléfono ni mi cartera. Tampoco me extraña eso.

—Lo único que puedo hacer es prestarle el mío —dijo el Quita encogiéndose de hombros—. Ahora mismo se lo subo.

El hombre amagó con levantarse de la silla, pero Iván lo detuvo con una mano sobre el hombro.

—Bajo yo también. Llevo demasiado tiempo sin dar señales de vida. Ese cabrón puede estar ya en cualquier lugar.

—¿En veinticuatro horas? Si se pone, en Australia mismo.

—Gracias por la información, Quita. De no ser por ti, yo no habría caído en ese detalle... —ironizó.

Bajaron despacio. El dolor había mutado a una persistente molestia, soportable. A excepción de dos parroquianos habituales, en el bar no había nadie más. Mientras el Quita fue a la cocina en busca del móvil, Iván se sentó en la misma mesa del fondo donde había conversado la noche anterior con don Braulio. En la tele, con el volumen silenciado, estaban poniendo el programa estrella de cotilleos de todas las noches. Entrevistaban en exclusiva al Lery, el presunto integrante de la manada de Sevilla que había grabado con su teléfono la violación, siempre presuntamente. A saber qué presunto pastón le iban a pagar por ello. Puta vergüenza de presunto país.

Seguía sin recordar, pero sentía una calma a la que no estaba acostumbrado. Su cuerpo le estaba agradeciendo aquella novedad que habían supuesto las horas de sueño, el Nolotil, la ducha caliente y el festín. Lujos extraños para él.

—Lo siento, inspector. Está sin batería. —El Quita salía de la cocina con su teléfono y un cargador que enchufó en algún lugar debajo de la barra—. Yo es que apenas le doy uso, ¿sabe usted? Pueden pasar días. Esto no debe de tardar mucho; en cuanto aparezca la primera rayita en la pantalla, se lo paso.

Al oír aquella palabra, *rayita*, Iván rebuscó en el bolsillo pequeño del pantalón y ahí estaba: un resto que no llegaba al gramo, pero que, al sacarlo, observó con gran satisfacción. Desde cuándo lo guardaba allí era lo de menos. Entró en el baño —cojeando— y se hizo dos rayas sobre la tapa del váter. Aunque la coca estaba un poco húmeda, no era mala. Mucho peores eran sus ganas.

Al salir, casi se tropezó con el Quita, que se dirigía a la puerta con una enorme bolsa negra en las manos.

—Voy a tirar esto, que apesta, antes de que pase el camión de la basura.

Como accionada por un interruptor, la nariz de Iván envió un torrente de impulsos eléctricos a su cerebro.

—¡Espera, Quita! ¿Qué has hecho hoy de comer?

—Merluza en salsa verde. Iba a subirle una ración, pero luego pensé en algo que llenara más, como la tortilla. ¿Por qué?

—Pescado. ¡Lo sabía! Anoche... Una mujer, la que me hizo esperar a Pipe en la casa hermandad... Me drogó. La infusión, muy amarga... Y al

mismo tiempo la canela... Pero sus manos, eso es, sí, sus manos... olían a pescado.

El Quita lo miraba perplejo. En su semblante se esbozó una nueva preocupación.

—Tuvo que ser Encarna. Siempre le huelen así. Ya se las puede lavar cien veces y perfumárselas con todas las cremas y todos los potingues caros que a esa mujer nunca se le va el olor.

—¡Joder! ¿Esa era Encarna, la pescadera? No sabía que era ella; no recuerdo que me dijera su nombre. ¿Qué hacía allí?

—¿Encarna? Si prácticamente vive allí. Cuando no está en el mercado o en su casa, está en la hermandad.

—Pero esa mujer ¿es de aquí, del pueblo?

—¡Y tanto! De toda la vida de Dios —dijo el Quita soltando la gran bolsa de basura—. Como que es la madre de Pipe.

—¿Encarna, la pescadera? —A Iván se le iban a salir los ojos de las órbitas de un momento a otro—. ¿Pero no decíais todos que la familia de Pipe era de mucho postín?

—Claro, los que más tierras tienen y más dinero manejan —respondió el Quita, que localizó su bayeta abandonada en el respaldo de una silla y aprovechó para limpiar las mesas que tenía más a mano—. El que estaba forrado, en realidad, era el marido, el padre de Pipe. Pudo haberse casado con cualquiera de las muchachas del pueblo, pero fue a enamorarse de Encarna, que por aquel entonces trabajaba en la pescadería del pueblo. El hombre murió joven. Un accidente de caza. Al poco de enterrarlo, a la mujer le dio por montar un negocio de pescados y congelados. Le fue tan bien que no tardó mucho en tener un puñado de tiendas por toda la provincia, una flotilla de camiones frigoríficos para el reparto y dos o tres naves en la capital. —El camarero había terminado con las mesas, cargó de nuevo con la bolsa de basura y volvió a encaminarse a la puerta—. Con todo y con eso, a la señora de vez en cuando le gusta encargarse en persona de la primera tienda. Cosas de ricos, supongo. O de beatas como ella, inspector. Lo suyo parece una maldición de esas que salen en la Biblia: tanta riqueza y la peste que lleva siempre en las manos. Anda que si yo estuviera en su lugar...

La noticia cogió a Iván en fuera de juego. Sintió que se le revolvían las tripas y que el momento de placer que había disfrutado hacía unos minutos se marchaba dentro de la bolsa negra, camino del contenedor de basura.

Salió a la calle renqueando, lo más rápido que pudo. La iglesia ya estaba cerrada. La rodeó hasta dar con la puerta de la casa hermandad. También

cerrada a cal y canto. Se asomó por una ventana que estaba entreabierta. En el interior, entre sombras y reflejos plateados, las imágenes de Nuestra Señora de la Esperanza vibraban, se estiraban y se encogían. Bailaban. Pero no había nadie.

Regresó a toda prisa. El Quita ya lo estaba esperando en la barra con el móvil en la mano.

—No abuse, que solo ha cargado una rayita.

La coca lo había excitado más de lo habitual. Cuando marcó el número de la comisaría tenía ganas de llorar. Aún no sabía que pronto lo haría, no de rabia como en aquel momento, sino por culpa de la más honda y mísera tristeza.



## 9. JUEVES POR LA NOCHE

---

Iván le había confesado a Alicia, al poco de conocerse, que no recordaba ni su propio número de teléfono, así que mucho menos el de los demás, y que esa tontería le hacía dudar muchas veces de si había elegido bien su profesión.

Llamó al 091 y se identificó para que le pasaran con la comisaría. La voz de Rosa, la compañera que atendía la centralita habitualmente con voz afable y cercana, sonó en cambio en aquel momento muy diferente, no molesta o irritada, sino más bien distante y fría. Cuando le pasó con Diosdado, este contestó al primer tono. Estaba esperando su llamada.

—¿Se puede saber dónde coño te has metido, pedazo de gilipollas! ¡Tengo a todo el Cuerpo Nacional de Policía de Andalucía Occidental buscándote!

—Buenas noches, jefe. Yo también me alegro de oírte.

Al otro lado, el motor de un tráiler de gran tonelaje arrancó en forma de toses, carraspeos y expectoraciones. El asunto era grave y encendió las pocas alarmas de Iván que aún continuaban inactivas. Su primera sospecha fue que otro cadáver hubiera aparecido en circunstancias parecidas a las de Ale y A&P, lo que explicaría el desapego de Rosa y, sobre todo, el nuevo cabreo del comisario. El jefe superior estaría apretándole las tuercas de lo lindo y los carroñeros de la prensa afilándose los colmillos en su cogote. Se hizo una rápida idea de los titulares, desde el más básico, «Un asesino en serie desata el pánico entre el colectivo gay de Sevilla», hasta el más propio de la caverna mediática: «El vicio y la promiscuidad se cobran tres víctimas mortales en los bajos fondos de la capital de Andalucía».

—Perdóname, Diosdado. Han surgido algunos imprevistos con la investigación.

Los últimos ecos guturales del comisario se apagaron hasta que se hizo el silencio.

—¿Hola? ¿Comisario?

Iván pensó que el teléfono del Quita había vuelto a quedarse sin batería, pero, tras unos segundos vacíos, sonó otra vez la voz de Diosdado, que parecía haberse tragado toda la tensión que traía.

—No te has enterado aún, ¿verdad?

—¿De qué, jefe? Estoy en Genalfaro, el pueblo de Ale. Vine ayer para...

—Iván.

—... hablar con su padre. Con don Braulio, todo bien, pero el desgraciado de Pipe...

—Iván, espera.

—... y su puñetera madre, que pinta mucho más de lo que pensábamos, me drogaron y entonces...

—¡Iván! ¡Que te calles de una puta vez, hostias!

El inspector enmudeció. Tragó saliva. El amargor químico le anestesió la laringe, aunque sin llegar a provocarle arcadas, como muchas veces le ocurría.

—¿Qué pasa, comisario?

—Alguien se ha llevado a Rafa.

Quizás fue precisamente el tono de voz del jefe lo que más desconcertó a Iván.

Rafa, había dicho Rafa; su hijo, esto estaba claro.

¿Qué había querido decir su jefe con «se lo han llevado»? ¿Adónde se lo habían llevado? ¿A la fuerza? También había dicho «alguien». ¿Quién?

Un desconocido. Eso es lo que quería decir el comisario, pero él no sabía lo que Iván sabía, que Pipe y su puta madre, la tal Encarna, la pescadera, lo habían drogado hacía más de veinticuatro horas, le habían cercenado un dedo y lo habían dejado inconsciente en aquel asqueroso pueblo. O mucho se equivocaba, o aquellos dos cerdos eran esos «alguien» a los que Diosdado se refería.

Mientras su cerebro andaba centrifugando aquellas ideas, la voz de su jefe irrumpió como una aguja en un globo de helio.

—Tienes que volver inmediatamente. Avísame cuando estés entrando en Sevilla y nos vemos en tu casa. No quiero que aparezcas por la comisaría por el momento. Los de Asuntos Internos ya están al corriente de todo, incluida la desaparición de Roberto. Te han apartado del caso.

Iván seguía sin entender. Como si todas las palabras, excepto una, de pronto, se hubieran quedado huérfanas de significado, como si apenas fueran aire moldeado que entraba por los oídos, sin activar ningún interruptor en el interior. Todas, excepto una. «Alguien». Si daba con ellos, tendría también a

su hijo, y el resto de las palabras de su diccionario volverían a cobrar sentido. Pero si no...

—Te envío un coche patrulla —dijo el comisario antes de colgar.

Iván se encerró en el cuarto de baño y se sentó en la tapa del váter. En la puerta, por dentro, decenas de artistas frustrados se habían dedicado durante años a dibujar obscenidades y a anotar números de teléfono a los que llamar para conseguir todo tipo de favores sexuales. Imaginó aquello como un perturbador jeroglífico. Si lograba resolverlo, abriría una puerta que lo conduciría a otra realidad paralela donde sus calamidades estarían prohibidas, donde no se estaría quemando por dentro, donde no existiría el dolor.

Entonces ya no pudo más y estalló. Gritó con todas sus fuerzas hasta que se desgarró la garganta y se le hincharon las venas en las sienes. Dio patadas y puñetazos a la puerta, a las paredes y al lavabo. Se olvidó del pie herido y, aunque la bota y el vendaje algo lograron amortiguar, un intenso dolor le recorrió el cuerpo desde el dedo hasta la coronilla. Con todo, aquel dolor físico funcionó como un bálsamo para el otro, más profundo e intenso, el auténtico, el que le estaba resquebrajando por dentro, el que le carbonizaba el alma.

El Quita llamó a la puerta.

—Inspector, salga, por favor.

Iván abrió el grifo del agua fría y metió la cabeza bajo el chorro. Hizo una bola de papel higiénico para secarse con ella. Sobre la tapa del váter, volcó lo que quedaba de coca. Salieron tres rayas, tan grandes que bien podrían haber sido seis o nueve. Las esnifó sin concederse un respiro entre una y otra.

—Iván, se lo ruego.

Con renovada lucidez, el inspector se percató de que era la primera vez, desde que se conocían, que el Quita lo llamaba por su nombre. Salió del baño, se puso la cazadora y enfiló sus pasos hacia la salida.

—Iván, ¿necesita algo?

La cojera se había reducido a un mínimo balanceo, prácticamente imperceptible. El inspector abrió la puerta del bar y recibió en el rostro una ráfaga de aire helado como un certero gancho de derecha. Otro dolor placentero.

—Sí —respondió sin girarse—. Irme de este pueblo de mierda cuanto antes y no volver a veros nunca más.

Se sentó a esperar el coche patrulla en la balaustrada donde la noche anterior se habían sentado los dos Joseales. No se dio cuenta de que aún llevaba en la mano el móvil del Quita, hasta que comenzó a sonar. La pantalla

brilló con una luz muy tenue, como avergonzada de mostrar un número que aquella vez Iván sí reconoció. Dejó que sonara hasta que la última rayita del indicador de la batería desapareció y el móvil se apagó.

—Mejor así —dijo el inspector en voz alta—. De momento, mejor así, Alicia.

## 8. MADRUGADA DEL VIERNES

---

Recorrió todo el camino de vuelta a Sevilla como si, de pronto, los dientes no le cupieran en la boca. Iván no discernía si aquella tensión en la mandíbula era una reacción a la cocaína —un exagerado bruxismo— o simple rabia explosiva e incendiaria. La misma rabia que le estaba achicharrando las tripas y el corazón. La pareja de compañeros que lo llevaban, a los que no conocía ni siquiera de vista, iban tan callados como él aunque, un par de veces, Iván sorprendió por el retrovisor la mirada intrigada del que conducía. Las noticias volaban en aquel patio de vecinos que eran los Cuerpos y Fuerzas de Seguridad del Estado. Valiente mierda de denominación oficial.

También encontró mudos a Pilar y a Diosdado cuando lo recibieron en la puerta de su casa. Él lo saludó con una leve inclinación de la cabeza y una mano sobre el hombro. Ella le estampó dos besos cálidos en las mejillas. Por una milésima de segundo, ambos gestos abrieron para Iván una mancha de claridad en la grisura efervescente de sus pensamientos. Un mero espejismo que se disolvió cuando, una vez dentro del apartamento, se sacó las botas y mostró la herida y el trozo ausente en el dedo meñique de su pie izquierdo.

—Joder, Iván. ¿Qué está pasando?

—Esa es buena, comisario —se limitó a responder Iván.

Porque aquella era la misma pregunta que él se había estado formulando durante todo el trayecto en el coche patrulla y que, desde su llegada a Genalfaro, su mente había mantenido en suspenso. Tenía la difusa sensación de que lo vivido en el pueblo no guardaba ninguna relación con el caso, puede que ni siquiera con él, con su vida, y de que la auténtica realidad se había estado desarrollando en paralelo a la suya a muchos kilómetros de distancia, en Sevilla. Y, en aquel instante, la verdadera realidad acababa de dar la cara con toda su crueldad, empujándole desde el estómago y hasta la garganta una granada de mano, apenas un segundo después de quitarle la anilla.

—¿Cómo ha ocurrido? —preguntó—. El secuestro de Rafa.

Iván había lanzado la pregunta como si la cosa no fuera con él, intentando prolongar el paréntesis que había conseguido abrir en su cerebro desde que había dejado el pueblo, pero ya no podía más. El paréntesis se había cerrado. Diosdado y Pilar se removieron incómodos en sus asientos y se miraron. Fue el comisario quien se adelantó:

—Hoy, al mediodía, Rafa no volvió a casa después de salir de clase. Alicia intentó localizarlo, pero el móvil daba apagado. Entonces, llamó al colegio. Uno de los profesores le contó que había visto a vuestro hijo montarse en una furgoneta, pero no le dio importancia porque el chaval parecía divertirse.

—Hijo de puta.

—Ya sabes cómo son los profesores hoy en día. Meros funcionarios. Se preocupan lo justo.

—Apuesto lo que queráis a que esa furgoneta es la misma en la que se llevaron a Roberto y a que las huellas de sus neumáticos coinciden con las que encontramos en la Raya.

—Estamos en ello —dijo Pilar.

—En cuanto Alicia me llamó —continuó el comisario—, nos pusimos a buscarte a ti.

—Ya, ya. No hace falta que me lo recuerdes.

—No te estoy echando nada en cara, gilipollas. Es lo normal en estos casos. Eres el padre.

—Además —medió Pilar—, hemos preguntado a gente de su entorno. A sus amigos y compañeros del colegio, por ejemplo, pero ninguno vio nada. Son buenos chicos, por cierto, están muy afectados.

—Él también es muy buen chico, de verdad. Tiene sus cosas, pero es la edad.

—Claro que sí, Iván.

Diosdado le echó un brazo por el hombro. El inspector agradeció con un suspiro el calor del apretón. Hacía esfuerzos por contener las lágrimas.

—No quiero ni pensar lo que esos cabrones...

—No sabemos por qué se lo han llevado. Es fácil decirlo, pero tienes que mantenerte tranquilo.

—¡Mis cojones, tranquilo!

—Esa gente tonta no parece, Iván. Si pierdes los nervios, duplican su ventaja sobre ti, así que tú mismo.

Por primera vez, Iván fue consciente del dolor que le estaba mortificando la mandíbula. Relajó la mordida y tomó aire varias veces.

—Tienes que saber que he movilizado a todos los efectivos disponibles para dar con Rafa —continuó Diosdado—, pero nos falta mucha información. No sabemos por dónde empezar.

El inspector consiguió también relajar el cuello. Permitted que su mirada revoloteara por la habitación como un murciélago, incapaz de enfocarse por mucho tiempo en ningún lugar en concreto y, a continuación, cerró los ojos.

Porque en aquel momento, aunque la angustia y la ansiedad por recuperar a Rafa lo asfixiaban, le provocaban náuseas y casi no le dejaban neuronas disponibles para pensar en nada más, Iván sabía que, si no hacía un alto en el camino para recapitular, corría el riesgo de perder a su hijo para siempre. Cualquier otra acción solo serviría para hundirlo del todo en aquellas arenas movedizas que se lo estaban tragando vivo. Además, qué mejor momento que aquel. En su casa y entre amigos.

—Lo que sabemos con certeza, hasta ahora, es que hay unas personas que se dedican a rodar películas porno, llamémoslas *especiales*, para después venderlas. Al menos, conocemos a dos: Pipe, el amigo de la infancia de Ale en el pueblo, y su madre, Encarna, la pescadera y propietaria de la nave de Sevilla Central, donde sabemos que se encontraba el plató. No descarto que haya más implicados, pero, de momento, nos centramos en estos dos. Tampoco sabemos cómo distribuyen las películas ni a quiénes, aunque a ninguno se nos escapa que esos vídeos son caros y que no están en ningún expositor público, a la vista de cualquiera, sino que suelen circular en entornos de postín.

—¿Y el uso de imágenes de la Semana Santa y de una corrida de toros? —preguntó Pilar.

—Llámalo filia, perversión o como quieras. Los objetos de deseo son como los menús de un restaurante. A mí me encanta la carne de ternera, pero odio el salmón, mientras que a Diosdado, por ejemplo, lo que más le gusta son los huevos fritos con patatas y, por contra, el mero olor de las aceitunas aliñadas le provoca arcadas.

—Y que lo digas. Qué asco.

—¿Ves? Por otro lado, hacer pasar la grabación por una antigüedad le daría un valor añadido que, para algunos, justificaría un mayor precio. ¿Queréis tomar algo? Yo, sí.

Iván se levantó del sofá, preparó un vodka cortito con tónica para él y los invitó a que se sirvieran ellos mismos lo que les apeteciera del bien surtido

mueble bar. Tanto la agente Ojeda como el comisario Diosdado se conformaron con un vaso de agua con gas, sin hielo.

—A Santi, nuestro amigo el actor porno, lo invitaron a participar en algunas de esas películas, por eso sabemos de qué género son. En algún momento debió de coincidir con Ale y le propuso ser su pareja de rodaje para que pudiera sacarse alguna pasta, de la que andaba bastante falto. La relación del fallecido con Roberto era muy abierta y moderna, pero el muchacho tenía, en el fondo, un punto conservador. Una reminiscencia patriarcal en su carácter, si me permitís la expresión, que le llevaba a aborrecer y a renegar de la dependencia económica de su marido. Si a eso le añadimos sus múltiples adicciones, que cada vez requerían de más y más dinero, obtenemos como resultado la figura de un Peter Pan, inmaduro, desesperado y dispuesto a cualquier cosa.

—¿Incluso a dejarse amputar un dedo del pie? —inquirió Pilar, que, en un acto reflejo, echó otro vistazo al meñique de Iván.

—O a cortárselo él mismo, quién sabe. El caso es que, por lo que intuimos, él accedió a ir más allá de lo que convino Santi. Porque, entre otras cosas, creemos que este conserva todos sus dedos porque, ahora que lo pienso, yo no se los he contado.

—Habrà que preguntárselo.

—Claro. Tomemos nota. Sigo: Ale se presentó en la nave-plató puesto hasta las orejas y preparado para acceder a cualquier extravagancia sexual. Para su sorpresa, se encontró con que los responsables de todo el tinglado eran su amigo de la infancia, Pipe, con el que mantuvo una turbia relación en el pasado, de la que hay hasta indicios de abusos, y Encarna, la madre de este. ¿Es eso lo que lo echó para atrás? Tiene todo el sentido. Aunque también puede que, finalmente, hiciera de tripas corazón. Total, debió de pensar que solo era un polvo más y que él estaba muy necesitado de pasta, además de muy colocado. Pero, a lo mejor, las drogas empezaron a dejar de surtir efecto o las peticiones sexuales fueron cada vez más exigentes, extravagantes, más fuertes incluso para él, o vete a saber qué, pero el caso es que decidió que se acabó la partida y que ya no jugaba más. Que se iba. Pero no a su casa, que sería lo que cualquiera de nosotros, bueno..., lo que cualquier persona normal habría hecho. No, él se va a la BlackSun por segunda vez ese día, de donde había salido tan solo unas horas antes. Allí coincide con A&P y, por lo que parece, se lo cuenta todo. Esto es una mera elucubración por mi parte, claro, ya que no está ninguno de los dos para corroborarlo.

—Pero tiene sentido —apuntó el comisario.



—Y tanto. Me baso en que yo coincido con A&P unos días después. Él no me dijo nada de ese encuentro en la sauna, ni del asunto de las películas, pero sí que me dio a entender que mantenía una relación estrecha, y no solo de tipo sexual, con Ale. El cual, después de relatarle su experiencia en el set de rodaje, se muere. La autopsia nos dice que de un infarto al corazón, fruto del cóctel molotov que llevaba en las venas, ya que parece que incluso llegó a practicar *slam*, a pesar de su...

—Belonefobia.

—Exacto, de su fobia a las agujas. Ya tenía que ir pasado para pincharse... En fin, que A&P se encontró de golpe y porrazo con un cadáver al que, además, le había vendido droga minutos antes y, claro, se acojonó. Lo encerró en la Stendhal y salió pitando, no sin antes quitarle la pulsera de la taquilla con la intención de llevarse su móvil para que no lo relacionaran con su muerte. Pero, y esto es otra suposición, había tanta gente a aquella hora que decidió llevarse la mochila al completo, con todas las pertenencias de Ale, tratando de que pareciera que él también se había marchado. Hasta que, unas horas después, Paco encontró el cadáver y me llamó.

—Para tu desgracia, inspector —dijo Pilar.

—Así es... Visto lo visto, y sabiendo lo que ahora sabemos, fue una auténtica putada.

—Tampoco tienes que flagelarte. Has hecho lo que has podido, Iván.

—Si tú lo dices, compañera... Pero bueno, el caso es que me puse a indagar y me di cuenta de que A&P no me lo había contado todo. Lo busqué y lo busqué hasta que averigüé dónde vivía. Pero, cuando llegué, resultó que aquella no era su casa, sino uno de sus seis apartamentos turísticos. Allí casi lo atrapé, pero se me escapó por los pelos, dándome a mí un buen testarazo y un susto de muerte a Roberto. Pero, al menos, di con la famosa cinta de vídeo.

—Y la bolsa de coca que te quedaste, muchacho —dijo Diosdado moviendo la cabeza de arriba abajo muy despacio.

—Y eso ¿tú cómo lo sabes?

—Tus amigos de Asuntos Internos han estado haciendo su trabajo. Están valorando la posibilidad de denunciarte. Quiero decir, de denunciarte también por esto.

—Que los follen. Dudo que tengan ninguna prueba. Sigo: aquí aparece otra duda. ¿Por qué A&P tenía la cinta? ¿Acaso era de Ale? De ser así, ¿de dónde la había sacado?

—Puede que la robara en la nave —dijo Pilar.

—Ya lo he pensado yo también. Quizás, cuando Ale pudo salir huyendo, insisto, aún no sabemos por qué, en un súbito esclarecimiento de su conciencia, se pudo llevar la cinta a modo de prueba o de prenda, por si en algún momento Pipe, su madre y el resto de los productores, en caso de que los hubiera, le reclamasen algo.

—Encaja —corroboró el comisario.

—Resulta, por otra parte, que A&P también necesitaba pasta, ya que había invertido más de lo que podía permitirse en dichos apartamentos. Por cómo encontramos el cuerpo parece que los límites de su aguante estaban mucho más lejos que los de Ale. Aparte del detalle de que también aparece lleno de pinchazos, la pregunta que yo me hago es: ¿por qué lo mataron? ¿Se les fue de las manos?

—No me extrañaría —dijo la agente—. Pero menudo ensañamiento, ¿no?

—Qué me vas a contar... Cada vez que cierro los ojos me encuentro con su mandíbula hundida. —Iván calló durante unos segundos—. Ahora llega la parte más complicada o, por lo menos, la que más dudas me ofrece. Alguien, probablemente Pipe, se hace pasar por A&P en Grindr y queda con Roberto en su casa. No sabemos qué pasa allí. ¿Por qué se pelean y por qué Pipe secuestra a Roberto?

—No tuvo que ser necesariamente Pipe. Cabe la posibilidad de que fuera cualquier otra persona —repuso Diosdado—. Su madre, por ejemplo.

—Posible, pero poco probable, jefe. Quienquiera que fuese no solo le dio una paliza, sino que también cargó con él hasta meterlo en la furgoneta. Yo mismo lo vi hacerlo. Me pareció un tío bastante fuerte. Y Pipe será todo lo marica y todo lo llorona que sea, pero canijo no está.

—Te lo compro.

—Así, después de secuestrarlo, el muchacho se planta en mi casa con todo el descaro del mundo y, casualmente, me revela que la película antigua es de una procesión de su pueblo, Genalfaro, y yo voy y me tiro de cabeza. Con total premeditación y alevosía, me lleva a meterme en la boca del lobo.

Pilar se aproximó a Iván y le tomó la mano.

—Insisto. ¿De qué sirve flagelarse, Iván? ¿No ves todo lo que has conseguido averiguar?

—Sí, una mierda —repuso Iván retirándosela—. Te agradezco los ánimos, pero eso es lo que he averiguado: una mierda.

—Vamos, Iván, sigue —dijo el comisario.

—Voy. Su madre, a la que hasta ese momento todavía no conozco, me echa algo en el té.

—Tuvo que ser GHB —dijo Pilar.

—¿Seguro? Yo lo he consumido en muchas ocasiones y nunca me ha dejado tan noqueado. A veces me ha dejado inconsciente durante un par de horas, pero poco más. A eso se lo conoce como *doblar*. Si tomas más GHB de la cuenta, doblas.

—Depende de la dosis. Una dosis alta puede hacerte doblar, como tú dices, pero si es excesivamente alta, puede llevarte al coma. No te olvides de que el GHB es un disolvente industrial. No sabéis lo que os metéis.

—Eso no viene a cuento ahora, Pilar; no nos desviemos del tema. Me dejan fuera de combate durante un día entero y aprovechan para cortarme el dedo, igual que a Ale y a A&P. Pero ¿para qué? ¿Por qué?

—Ni idea —contestó el comisario.

—Podría ser un aviso, un ritual, una marca... No lo sé, la verdad —dijo Pilar—. Creo que hay mucha tela que cortar en torno al modo en que Pipe y su madre se comportan y a la relación que mantienen.

—¿Insinúas que puedan estar liados? —preguntó Diosdado con las mejillas teñidas de rojo.

—No lo sé. Peores cosas se han visto.

—Yo no recuerdo ninguna.

Los tres permanecieron en silencio durante unos segundos. Estaban procesando la información, encajando las piezas, aislando los huecos que faltaban por rellenar. De pronto, Iván se levantó, apuró la copa de un trago y se sirvió otra, mucho más cargada que la anterior. Volvía a apretar los dientes. Los pómulos se afilaban en su cara como si estuviera masticando dos cuchillos.

—Averigua todo lo que puedas sobre Pipe y su madre, por favor —le pidió a Pilar—. Cuál es su situación económica, a qué dedican el tiempo libre, si han viajado y adónde en los últimos años... Todo.

—No creo que esa sea una buena idea, Iván. Recuerda que te han apartado.

—Se trata de mi hijo, jefe. Nadie me va a sacar del puto caso. Voy a seguir, aunque me cueste el puesto o me encierren de por vida. Con vuestra ayuda o sin ella.

Su voz había sonado cansada y poderosa a la vez. Allí no había hueco para el debate.

—Además, comisario —intercedió Pilar—, Iván conoce el ambiente gay mejor que cualquier policía. Yo puedo poner la cara al público, pero necesito que él me vaya guiando desde la sombra. Nadie tiene por qué enterarse.

—Está bien —dijo Diosdado tras meditarlo unos segundos—, pero os ruego máxima discreción. Y, si al final os descubren, estáis solos. Yo no sé nada. ¿Estamos?

—Estamos —respondieron al unísono el inspector De Pablos y la agente Ojeda.

Iván llevó los vasos vacíos al fregadero. El comisario también se incorporó. Solo Pilar permaneció sentada en su silla.

—Si vuelves a estar dentro, hay una cosa que aún no te hemos dicho y que debes saber —dijo al cabo de unos segundos—. Tiene que ver con el Lery, el tipo de la manada de Sevilla, el que grabó la violación.

Pilar miró al comisario como si esperara su permiso para hablar, pero fue él quien tomó la palabra.

—No podemos fiarnos de ese golfo, Pilar, ya te lo he dicho.

—¿Queréis decirme de qué coño estáis hablando, por favor?

—Ese tal Lery está en prisión preventiva. Hace unas horas, preguntó por la persona al frente de la investigación, por Pilar. Debió de haberla visto en la tele.

—No sabía que tú también llevaras el caso de la manada de Sevilla.

—Y no lo llevo. Él quería hablar sobre nuestro caso. Dice que tiene información importante.

—Pilar, ya conoces mi opinión —insistió Diosdado—. Ese mal bicho tiene pinta de querer jugar con nosotros. No es más que un chulo y un vicioso.

—Pero dijo que conocía a Pipe y a Encarna.

—Joder, ¡no sé entonces qué coño hacemos aquí! —exclamó Iván—. Debemos ir a la cárcel a hablar con él. Todavía no se han hecho públicos los nombres de la madre y el hijo, ¿no? ¿Cómo es que él sí los conoce? Por otra parte, no perdemos nada. Si acaso, un poco de tiempo.

Pilar e Iván miraron al comisario. Aquel mantuvo el ceño fruncido unos segundos hasta que se dio por vencido.

—Justo lo que no nos sobra, Iván, tiempo. Pero puede que tengáis razón.

—Salimos ahora mismo —se decidió el inspector.

—¿Ahora? ¿Tú has visto la hora que es? Son casi las dos de la madrugada.

—Tú lo has dicho: no me puedo permitir el lujo de perder ni un solo segundo. Vuelvo a tener otras putas cuarenta y ocho horas en mi contra.

Aquella mención al plazo de un secuestro le recordó a Roberto. Se sentía doblemente culpable: por no haber sido capaz de encontrarlo y por haber

antepuesto una nueva prioridad, su hijo Rafa. Se estaba comportando de un modo miserable, pero ¿qué otra cosa podía hacer?

—Ya han pasado más de doce —dijo huyendo de sus propios pensamientos—. Llama a la cárcel y di que me dejen entrar. Pilar se viene conmigo.

—A ti no te puedo autorizar. Creí que había quedado claro que tenías que quedarte en la sombra.

—Por eso mismo, comisario —dijo Pilar como si estuviera pensando en voz alta—, por eso mismo. Dígaselo al revés: que me autoricen a mí, y que voy con un compañero, pero que usted aún no le puede decir con quién. Nadie le va a pedir tantas explicaciones. Darán por hecho que se trata de una emergencia y que, a esta hora, no es fácil dar con un agente disponible. Ellos mismos, los funcionarios de prisiones, no paran de quejarse de la falta de efectivos. No hay discurso que conmueva más que el de la solidaridad.

Iván no pudo evitar que una sonrisa aflorara en su rostro, como si un suave haz de luz hubiera rasgado la tormenta que, desde hacía horas, mantenía a oscuras su alma.

—Pilar, vuelvo a estar sin teléfono.

—Nos pasamos por la comisaría y te apaño otro —contestó sin dudarlo, como si ya lo hubiera previsto.

A poco que se esforzara, la agente Ojeda haría una buena carrera en el cuerpo. Al contrario que él, se dijo Iván, que, a tenor de sus últimas decisiones, parecía haber alcanzado ya el límite de su incompetencia.

## 7. VIERNES POR LA MAÑANA

---

La autorización se demoró unas horas, y casi iban a dar las seis cuando el fax llegó a la comisaría. Allí la recogieron, junto con el nuevo iPhone que Pilar le había conseguido a Iván. Con todo, no atravesaron la puerta del Centro Penitenciario Sevilla-1 hasta pasadas las siete y media, porque Pilar lo condujo antes a casa de Alicia. El presunto violador podía esperar. Por inmenso que fuera su dolor, Iván no podía ni imaginar el calvario que estaría pasando su ex.

Fue Carlos quien abrió la puerta. Iba vestido con una bata de franela a cuadros azules y negros, a juego con un pijama de algodón azul, liso, y unas zapatillas del mismo color aburrido.

—Anoche tuve que suministrarle un calmante por vía intravenosa; fue la única manera de que descansara algo —dijo el forense a modo de saludo.

Ahí tenía la explicación de por qué Alicia había cejado en su empeño de contactar con él. Cómo era posible, se preguntaba Iván, que Carlos la hubiera convencido para dejarse sedar en aquellas circunstancias tan extremas. Daba la impresión de que la nueva pareja de su ex tuviera el superpoder de mandar por el desagüe todo su genio, tanto el bueno como el malo. Como si ella se hubiese contagiado de su atonía y de su indolencia. El inspector estaba convencido de que, de haber seguido casados, ella no habría descansado ni un segundo, y mucho menos se habría ido a la cama. Al contrario, habría transformado su sufrimiento en un potente estimulante para mantenerse en vela y activa toda la noche y todo el tiempo que hubiese sido necesario.

Iván recorrió con semblante y pasos sombríos el largo pasillo desde la puerta principal hasta el dormitorio. Su olfato le indicaba con claridad que ya no estaba en casa. El aire se había contaminado con la presencia, los hábitos y los humores de Carlos. Creyó percibir, incluso, un levísimo aroma a formol.

Golpeó la puerta con un par de toques amortiguados y entró sin recibir respuesta. Alicia estaba tumbada y vestida sobre la cama sin deshacer. La penumbra no podía ocultar su cara macilenta, las profundas ojeras como cercos y las telarañas rojas en sus ojos. Quizá el calmante hubiera hecho algún efecto, pero, desde luego, no había aplacado el llanto, como testimoniaba la bola de pañuelos de papel que estrujaba histéricamente en un puño.

Al principio, ella lo miró sin demasiado interés. Después, con un susurro lastimoso le pidió que no encendiera la luz, que las sienes le iban a estallar. Iván obedeció en silencio. Dio unos pasos cortos a tientas hasta sentarse junto a ella en el borde de la cama. Mientras sus pupilas se hacían a la oscuridad, el inspector fue reconociendo algunos de los objetos de su antigua vida conyugal, aunque, en general, todo estaba muy cambiado. Luego, notó la respiración de Alicia, que sonaba jadeante y entrecortada. Le resultó muy extraña. Al igual que aquella había sido su casa, pero ya no lo era, aquella mujer seguía siendo Alicia, pero ya no era su Alicia. Se atrevió a abrir fuego.

—Yo...

—No, Iván. Tú nada.

El hilo de voz que, un segundo antes, apenas había sido audible, de pronto, había vuelto a ser el tono autoritario y catedrático de Alicia.

—Te lo advertí —continuó diciendo—, que no te iba a dejar pasar ni una más. Y míranos ahora, cómo estamos. Antes no quise darme cuenta, pero ahora ya sé que la culpa es mía, porque tú no vas a cambiar jamás. Siempre pensando primero en ti, luego en ti y después en ti. Los demás no llegamos ni a personajes secundarios de tus películas. Y yo empeñada en seguir siendo tu amiga, en mantener una relación civilizada, sobre todo por nuestro hijo, mi pobre Rafa, que...

El llanto ahogó la frase en la boca de Alicia, que comenzó a agitarse y a aullar emitiendo unos sonidos de una tristeza que a Iván se le hicieron insoportables. La tomó por los hombros, pero ella se lo sacudió de encima como un resorte. Su ex se restregó la bola húmeda de pañuelos por la cara antes de tirarla al suelo y volvió a hundirse en el silencio. Pasaron unos segundos.

—Te juro que —comenzó a susurrar Iván muy despacio—, aunque sea lo último que haga en la vida, voy a recuperar a Rafa. Te lo juro por lo que más quieras.

—¡Lo que más quiero es mi hijo! ¡Ni te atrevas a jurar por él! ¿Te enteras?

De pronto, Alicia se puso a manotear en el aire buscando la cara de Iván. Logró acertar un par de veces. Después de esquivar el resto, Iván la sujetó por las muñecas. Tan de súbito como había arrancado, Alicia paró. Tras unos instantes, se puso de pie y encendió la luz. Iván vio en su rostro una expresión desconocida, una mezcla de tristeza, ira y asco. Una expresión de odio puro.

—Quiero que te queden claras dos cosas que te voy a decir y, después, jamás te volveré a dirigir la palabra: la primera es que yo no te dejé porque te acostaras con tíos, no era tan tonta como para no darme cuenta, sino porque nunca pude contar contigo. Nunca estabas cuando te necesitaba. Y la segunda es que, o me traes a mi Rafa sano y salvo, o te juro por Dios que te mato. Mi juramento sí tiene validez, no como el tuyo. —Alicia se sentó de nuevo en el filo de la cama dándole la espalda—. ¡Carlos, por favor!

Hasta aquel momento el inspector no se había dado cuenta de que el forense había permanecido apoyado en el quicio de la puerta escuchando toda la conversación. Al pasar junto a él, Carlos le tocó el hombro y murmuró alguna fórmula gris e inocua de ánimo. Iván se despidió tal y como había saludado al llegar, sin dirigirle la palabra.

Abajo lo esperaba Pilar con el motor en marcha y la calefacción del coche encendida. El inspector agradeció el calor del interior del vehículo, aunque el frío que traía le calaba más entre los huecos del alma que en los huesos. Se resistía a llorar, pero, no obstante, y aunque la mañana había amanecido gris y nublada, se puso las gafas de sol.

Fue Pilar quien tomó la iniciativa en cuanto llegaron a la garita de entrada de la cárcel. Como habían acordado, él le entregó su DNI y ella se encargó de hablar por los dos con los funcionarios al otro lado de la ventanilla de cristal blindado. Cumplimentaron unos formularios, por los que se comprometían a guardar estrictas normas de comportamiento y seguridad durante todo el tiempo que permanecieran dentro del recinto, así como a seguir a rajatabla las indicaciones del personal.

Mientras Iván escribía sus datos con trazo rápido y nervioso, uno de los funcionarios salió de detrás de la ventanilla y lo saludó. El inspector fingió no conocerlo, pero el tipo insistió.

—¡Que sí, hombre, cómo no te vas a acordar, con lo bien que lo pasamos aquella noche!

Finalmente, los dejaron entrar. Iván notó sobre su espalda el peso de la mirada despechada del funcionario. No lamentó en absoluto no haber sido más simpático. Fue una noche inolvidable, no le cabía la menor duda, pero no era el momento.



A pesar de haber conocido a lo largo de su carrera como policía a unas cuantas personas merecedoras de cadena perpetua, Iván era de la opinión de que la gente hablaba demasiado a la ligera de las penas de prisión. Cuando, por ejemplo, oía a un tertuliano de la tele defender la prisión permanente revisable y decir que a un violador «solo» le habían caído cuatro años de prisión y que la Justicia era un cachondeo, Iván «solo» le deseaba al opinador profesional que lo encerraran una noche. «Solo» una noche entre aquellos muros altos e inexpugnables para que pudiera experimentar en sus propias carnes la barbaridad que estaba diciendo.

La reflexión tenía sentido. Todas las veces que, por trabajo, Iván había acudido al centro penitenciario había sufrido la misma insoportable sensación de ahogo. Para llegar al pabellón de los reclusos comunes había que cruzar hasta seis puertas distintas que se iban cerrando conforme se las iba dejando atrás. Sentía que llevaba una soga alrededor del cuello que, con cada cerramiento, su chasquido y su metálica estridencia, daba una vuelta más, apretaba un poco más. Solo al volver a la calle, después de dejar atrás las seis puertas en sentido contrario, lograba deshacerse de la espiral de nudos. Solo entonces el oxígeno volvía a regar sus pulmones con normalidad y volvía a respirar.

Dada la excepcionalidad de la situación, la entrevista con el Lery no se produjo en las habituales salas de visita, sino en el salón multiusos, un espacio diáfano y de grandes dimensiones, que parecía un error en los planos del arquitecto que había diseñado el Sevilla-1 porque, desde su inauguración, no se le había dado ningún uso. Al Lery lo acababan de sacar de la cama. Su cara mostraba tanto sueño como lamparones llevaban aquellos calzones del Sevilla Fútbol Club que usaba para dormir.

—Hasta la muerte —dijo Iván.

—¿Cómo dices? —preguntó el Lery encogiendo los hombros y arrugando la nariz.

—Sevillista hasta la muerte, como yo. —Iván agitó el puño en el aire.

—No me gusta el fútbol. Llevo la mierda esta porque el cabrón de mi compañero de celda me ha mangado el pijama. Seguro que se pajea oliéndolo...

Marco Aurelio del Campo, el Lery, tenía veintitrés años, pero aparentaba muchos más. Además de la coronilla calva, las canas habían invadido sus patillas y la barba rala. Una incipiente chepa le tiraba hacia arriba el cuello de la camiseta, dando la sensación de estar siempre enfurruñado. Tenía la piel de las manos muy castigada y espolvoreada con pequeñas manchas rojizas y

oscuras. Tampoco ayudaban las gafas de pasta ancha, como sacadas de una película de la época del destape. Sin embargo, todo aquello quedaba en un segundo plano ante la rotunda seguridad en sí mismo que mostraba. Cuando se sentó frente a Pilar, despatarrado, no tuvo ningún pudor en volcar la mirada sobre sus pechos.

—Solo pretendía ser amable —dijo Iván elevando la voz para llamar su atención—. Supongo que ya le habrán puesto al corriente.

—No se equivoque, agente.

—Inspector. Iván de Pablos.

—No se equivoque, Iván —continuó el Lery con un punto de fastidio y acentuando mucho el nombre de pila—. Soy yo el que los va a poner a ustedes al corriente. Soy yo el que tiene la información que ustedes necesitan. Y soy yo el que se lo va a cobrar a ustedes. Obvio.

—Bueno, eso dependerá de si la información es fiable y útil.

El Lery inclinó la cabeza hacia un lado y volvió a desviar la mirada hacia el escote de Pilar. Ella, al darse cuenta, se llevó instintivamente la mano al cuello y ya no la bajó durante el resto de la entrevista. En el rostro del Lery apareció un brillo de desilusión, que al instante se transformó en enojo.

—Me dijeron que era usted la que venía a hablar conmigo, y que vendría con su ayudante. —Extendió el dedo índice acusador, que solo unos centímetros separaban de la nariz de Iván—. ¿Qué hacen, jugar a lo de poli bueno y poli malo? Conmigo eso no les va a funcionar. Yo estoy por encima de eso. Aquí el que juega soy yo, obvio, ¿no?

Como si le hubieran dado un chispazo, Iván se abalanzó sobre la mesa, agarró al Lery por el cuello con las dos manos, apretó y tiró con violencia hacia arriba, despegando de la silla los calzones del Sevilla y el culo del preso.

—Tú atrévete a jugar conmigo, pervertido de mierda, que de la somanta de hostias que te voy a dar te vas a quedar el resto de tu vida cantando el himno del Betis como un subnormal. A mí tú no me tocas más los cojones. ¿Te parece obvio, hijo de la gran puta?

El funcionario que había traído al Lery siguió a su espalda, de pie, guardando una distancia de un par de metros, sin inmutarse, como si no hubiera pasado nada. Tuvo que ser Pilar quien, cuando ya la cara del joven adquiría una tonalidad violácea, se incorporó para retirar la mano de Iván del cuello del muchacho.

—Inspector, déjalo ya, que te lo cargas. No es más que un *xicot* asustado, que no imaginaba que esto de la cárcel iba a ser tan duro. Y aún no ha hecho

más que empezar. ¡Si el pobre solo lleva aquí unos pocos días! Vamos a darle otra oportunidad. —Con igual suavidad, Pilar invitó a los dos hombres a que volvieran a sus asientos—. Tan pronto como se lo piense dos veces, se dará cuenta de que le conviene colaborar. Todos sabemos que, con la grabación que él mismo hizo de la violación de esa *xiqueta*, no lo libra de la cárcel ni su santidad el papa. Igual que sabemos cómo tratan en la cárcel a los violadores; el ojo por ojo es lo mínimo que se despacha. —La agente Ojeda hizo una pausa para observar los del Lery, abiertos de par en par—. Y hombre, nosotros no vamos a poder influir en la decisión del juez, pero alguna mano sí que tenemos aquí dentro, ¿verdad, compañero? —Señaló con la barbilla al funcionario, que se limitó a asentir, y después volvió a clavar los ojos en el Lery—. Pues eso, que tú sabrás qué es lo que más te conviene.

El preso se removió inquieto en la silla. Después, apoyó los codos en las rodillas y la cara en las palmas de las manos. Tras unos segundos, se retrepó, inspiró y espiró muy lentamente.

—Tenéis que prometerme que me ayudaréis.

—Haremos cuanto esté en nuestra mano —dijo Pilar—. Tienes mi palabra.

—Yo solo les ayudé a rodar una película. Fue todo muy raro desde el principio, desde que vino en busca de un cámara.

—¿Vino? ¿Quién y adónde?

—Pipe. Al bar que está enfrente del Alcaine, el instituto de formación profesional que hay en Tomares, al lado del Canal Sur. De allí han salido muchos de los mejores técnicos del cine, la radio y la televisión de Andalucía; algunos incluso han triunfado fuera. Estábamos en el bar unos pocos. Preguntó si estaríamos interesados en unas prácticas en un estudio nuevo especializado en cine documental y experimental. Éramos todos estudiantes, y claro que nos interesaba. Fue muy amable, nos dio su correo para que le enviáramos el currículum. A los dos días me estaban llamando y yo dije que sí. Pagaban la hora superbién.

—¿Habías rodado antes porno extremo? —preguntó Pilar.

—¿Yo? ¡Qué va! Pero es que, al principio, él tampoco habló de ello. Filmamos en un montón de sitios: en la Cartuja, en el Puerto, en el campo de la feria... Y lo primero que a Pipe le llamara la atención: desde un perro cojo lamiéndose los huevos hasta una gitana despiojando a su hijo mientras lo amamantaba.

—Entonces, ¿cuándo llegasteis a la peli porno?

—Fue casi una casualidad. Hará un par de meses, una noche, estaba tomándome una copa con los colegas, ya sabes, mi grupo de amigos.

—La manada de Sevilla —intervino Iván por primera vez desde el agarrón.

—No me gusta ese nombre, pero sí —respondió el Lery siempre dirigiéndose a Pilar—, mis colegas de siempre. Uno de ellos, el Javi, estaba borracho y empezó a decir a grito pelado que había conseguido burundanga de no sé dónde y que la iba a utilizar esa misma noche con la primera tía que entrara por la puerta del bar. Todos pensamos que estaba de coña y le reímos la gracia.

—Supergracioso, sí. Para partirse la caja y después partírla la cara al Javi ese.

—Inspector, deja a nuestro amigo que siga, por favor —dijo Pilar.

—En aquel momento tuvo mucha gracia, qué quiere que le diga. Íbamos muy pedo. ¿Usted nunca se ha cogido un buen colocón, inspector? Me da a mí que sí...

—Vamos, sigue, Lery, por favor —medió Pilar.

—Pues eso, que estábamos riéndonos y la primera mujer que entró por la puerta fue Encarna, la madre de Pipe, que venía con él. Fíjese qué casualidad.

—¿Qué pasó entonces?

—Que todavía nos reímos más, y ellos nos preguntaron cuál era el chiste y nosotros se lo contamos. Así de tontos somos.

—¿Y te ofrecieron entonces trabajar en la película porno?

—No exactamente. Cuando ya nos íbamos del bar, Pipe me dijo al oído que tenía un trabajito especial, que requería mucha discreción, y que me preparara para el día siguiente por la noche. Me pagarían el triple de lo habitual. Por supuesto, dije que sí. Yo creo que se tragó lo de la burundanga.

—¿Acaso era mentira? —preguntó Iván.

—Eso mejor se lo pregunta usted a mi abogado —respondió el Lery después de pensárselo unos segundos y con la boca y el cuello torcidos.

De pronto, el semblante del Lery se volvió muy serio. La mirada se le perdió más allá de donde Iván y Pilar seguían sentados. El inspector se preguntó si aquel repentino cambio de actitud se debía a que, por primera vez, estaba calibrando la gravedad de su delito. Presunto delito.

—Al día siguiente —continuó diciendo—, me citaron en una nave en Sevilla Central. Era domingo. Lo recuerdo porque yo llevaba una resaca de caballo. Por la mañana, muy temprano, pero ellos debieron de madrugar mucho más, porque cuando yo llegué ya estaba todo dispuesto. Aquello era

un set de rodaje completo, con sus focos, su jirafa de sonido, sus monitores y demás. Lo más curioso era que, en el centro y en alto, sobre una tarima forrada de terciopelo rojo, habían colocado una cama de dos por dos. Bajo las sábanas de raso negro se marcaba un bulto. Al principio pensé que se trataba de una persona, pero luego me fijé en que tenía una forma muy extraña y que no se movía —siguió relatando—. Al poco, llegó un tipo en albornoz. Más joven que yo y muy cachas. Debajo del albornoz llevaba un arnés y ropa interior de cuero. Con pinta de machito, pero qué va, con tantos tatuajes y aquel anillaco en el dedo, desde el primer momento supe que era una maricon. Venía con otro, que parecía aún más joven y muy asustado. El del albornoz trataba de tranquilizarlo. No paraba de invitarlo a rayas. También nos invitó a Pipe y a mí. Pipe la rechazó. Antes de empezar a rodar, el del albornoz y el otro, que ya estaba un poco colocado, comenzaron a besarse y a meterse mano. Se fueron entonando cada vez más hasta que Pipe me pidió que empezara a filmar y ordenó al cachas que se quitara el albornoz y ayudara al más joven a desvestirse también. Pasaron un par de minutos y ya estaban los dos a cien, comiéndose las pollas y todo eso, hasta que, en un momento dado, el fuertote, que ya se había quedado vestido solo con el arnés, se puso a cuatro patas y le pidió al otro que se la metiera, y el chaval empezó a darle bien por detrás. Yo no sé cuánto tiempo estuvieron, pero os aseguro que mucho. ¡Menudo aguante tenían los tíos! A saber cuántas vias se habrían tomado, dale que te pego, dale que te pego, dale que te pego... Y, de pronto, el del arnés levanta la cabeza, se pone a aullar como un lobo y tira de la sábana dejando al descubierto lo que había debajo. ¡La madre que lo parió! ¡Un perro muerto! ¡Un puto gran danés más negro y grande que mi puta madre y más tieso que la mojama! ¿Os lo podéis creer? El animal tenía los ojos abiertos y parecía como si me estuviera mirando a mí. Ni os cuento la fatiga que me entró. ¡Qué asco, de verdad! Sobre todo cuando al amigo del arnés le dio por restregarse con el perro. Os juro que vi cómo se revolvía encima del animal, disfrutando como una auténtica zorra, mientras el otro seguía folládoselo, hasta que los dos se corrieron a la vez. Los muy cabrones. Uno dentro del otro, y el otro encima del bicho muerto. Después de aquello, se me quitaron las ganas de volver a participar en una película de esos dos.

Todos enmudecieron. Entonces, el funcionario, que por fuerza tenía que haber oído el relato del Lery, se acercó hasta ellos y le dijo a Pilar que debían ir terminando. Pronto empezaría la agenda de actividades diarias del centro penitenciario, y él tenía órdenes estrictas de devolver al reo a su celda. Lo

llamó así, *reo*, una palabra que a Iván le sonó arcaica, tanto, pensó, como el mismo concepto de funcionario.

—Nada de lo que nos has contado nos sirve, prenda. Poco vamos a poder ayudarte si no tienes nada más —dijo Iván frotándose las manos.

—Preguntadme. ¿Qué queréis saber en concreto?

—Cosas más jugosas, que nos ayuden —contestó Pilar—. Por ejemplo, ¿cómo se comportaban ellos dos, *mare i fill*?

—Usted no es de aquí —dijo el Lery animado—. Usted es, por lo menos por lo menos, de Barcelona.

—De Lleida —respondió Pilar. Sonó cordial, pero se la notaba incómoda ante la pregunta personal—. No te distraigas, por favor. Continúa. ¿Cómo era su relación?

—Rara, como eran ellos. —El Lery se retrepó en la silla. Se mostraba encantado con su perspicacia—. Conmigo, y con los demás, era normal, aunque entre ellos la cosa era distinta. Si ya era raro de cojones que una madre y un hijo se dedicaran a esas películas, todo entre ellos era demasiado intenso. Como... como una perversión fuera de la pantalla.

—Explicate, por favor.

—No lo sé, agente. Más que un hijo y su madre, parecían marido y mujer. Tantos besos y tantos cariñitos... No sé si usted me entiende.

—¿Quieres decir que estaban liados? —preguntó Iván.

—Yo nunca los vi ir más allá de un pico en los labios. Pero no me habría sorprendido.

El funcionario volvió a acercarse, y aquella vez con mayor determinación. Empezó a despedirse de la pareja de policías. Iván hizo un último intento.

—Eso que nos has contado está muy bien. La agente Ojeda y yo te lo agradecemos de verdad. Sin embargo, sigo pensando que es poca cosa para convencer a nadie de tu bondad. Por nosotros no va a quedar, pero...

Pilar, observando el cambio de actitud y de discurso de Iván, lo interrumpió:

—Nada, inspector. Está claro que hemos venido a perder el tiempo. Vámonos.

—Venga, mujer, no me seas así —dijo el Lery con un deje de agobio.

—¿Así cómo? Más facilidades que te hemos dado, imposible. ¿Para qué? El inspector tiene razón. Gracias, pero hasta aquí hemos llegado.

El funcionario los invitó a levantarse y les indicó con la mano la salida del salón multiusos.

—¡Un momento! —exclamó el Lery girándose y driblando a su guardián con inesperada rapidez—. No os he contado lo del cliente al que conocí.

—¿Quién?

Iván se lo preguntó frente a frente, poniendo toda su atención. Por su parte, Pilar juntó las palmas de las manos y le rogó al funcionario que les concediera un minuto extra. Aunque con cara de fastidio, el hombre consintió.

—Os he dicho que ya no participé en más rodajes, pero, durante un tiempo, seguí haciendo otras tareas para Encarna y Pipe. En concreto, las de distribución de las películas. Si queréis, os puedo dar algunos nombres de clientes, personas muy importantes de Sevilla. Tengo de todo, desde grandes empresarios hasta nobles. Políticos de todos los partidos, banqueros, militares, cantaores de flamenco, actores..., a muchos de ellos los podéis encontrar en las revistas del corazón.

El Lery se detuvo y se quedó mirando a Pilar como si acabara de caer en algo importante. Cargó de gravedad su voz engolada para dirigirse solo a ella:

—Aunque, claro, usted cómo coño los va a conocer siendo catalana. Ha hecho bien en venirse a Sevilla. Si ya lo dice todo el mundo, que como aquí no se vive en ningún sitio. Solo tiene que disimular ese acento suyo, porque aquí los catalanes no nos hacen mucha gracia, con tanto por culo como están dando con la puñetera independencia.

Iván y Pilar se miraron el uno al otro, habían llegado a la misma conclusión, que el Lery iba de farol. En su ansia de protagonismo, estaba dispuesto a inventarse cualquier cosa. Mientras el funcionario lo llevaba de vuelta a su celda, los dos iban charlando amigablemente, incluso se rieron. Iván sintió vergüenza ajena y tristeza por el semblante afectado de su compañera. Cuántos comentarios de ese tipo habría tenido que soportar desde que aterrizó en esta ciudad. Tan buena para unas cosas y tan ingrata para otras.

Entonces, cayó en la cuenta de que se le había pasado por alto preguntarle al reo si sabía algo de ciertas amputaciones de dedos meñiques de los pies, pero se dijo que para qué, de aquel pobre imbécil poco más se podía sacar. En tres palabras: donde no hay...

## 6. VIERNES AL MEDIODÍA

---

Frente a la puerta de su casa, con el motor del coche de Pilar en marcha, Iván se percató de que, desde que habían salido de la cárcel, los dos habían mantenido un silencio intermitente y prudente, de frases escasas, donde no hilaban más de tres palabras seguidas. Aquellas pausas cómodas le hicieron a Iván preguntarse si todo aquello, las muertes, los secuestros, los abusos, el relato del Lery, no le estaba resultando a su compañera demasiado escabroso o si, por el contrario, su experiencia en el cuerpo, aunque no tan larga como la de él, ya bastaba para ayudarla a asimilarlo como una parte más de su trabajo. La más siniestra, sí, pero una parte inevitable, al fin y al cabo. Tan inevitable como la vida.

—¿Qué piensas hacer ahora? —preguntó Pilar mientras Iván se apeaba del auto.

—Intentar localizar a Santi; su teléfono está apagado. Si no me equivoco, el tipo cachas del albornoz, el cuero, los tatuajes y el anillo era él. Otro hijo de puta que sabe más de lo que cuenta. —Iván se masajeó las sienes y se frotó los ojos con los nudillos sobre los párpados cerrados—. Debería haberme dado cuenta cuando nos atacaron en Sevilla Central. Aquellos camorristas dijeron que lo conocían. ¿Por qué todo el mundo miente más que habla?

—Creo que tienes razón. Tu amigo el actor habría actuado de gancho para captar a sus compañeros aficionados, todos tíos gais, de buen ver, con adicciones más o menos severas y estilos de vida poco ortodoxos.

—Así es: captó a Ale que, a su vez y sin saberlo, ayudó a captar a A&P.

—¿Puede ser que también tratara de captarte a ti, Iván?

Aquella era, precisamente, otra de las preguntas que le habían surgido tras la conversación en la cárcel. ¿Y si Santi, además de ocultarle parte de la verdad, lo había empujado a caer en las redes de Pipe? ¿Formaba todo parte de un plan? Era cierto que Santi lo había puesto sobre la pista de las películas,



pero también que había omitido la asquerosa escena del perro. De hecho, se mostró muy triste al recordar el estado de los animales enjaulados, incluido el del propio gran danés con el que, supuestamente, luego se habría visto involucrado. ¿O acaso aquel era, precisamente, el plan, atraerlo a la red con el olor de la emoción y la adrenalina que genera el riesgo?

—Querida compañera: el camino al infierno está sembrado de ortodoxia.

—Poca ortodoxia he visto yo en todo este caso —meditó Pilar—. Porque menuda historia la del gran danés. ¿Crees que Ale podría ser el otro chaval en la escena, con Santi y el perro?

—También lo he pensado, pero las fechas no me cuadran. Según el Lery, el rodaje en el que él participó, si es verdad que fue el único, tuvo lugar hace un par de meses. Aun cuando nos haya mentido y hubiera seguido filmando más películas, te recuerdo su agenda del fin de semana de marras: el viernes tuvo lugar la violación de la manada; el sábado la muchacha le propinó el golpe fatal a uno de los violadores, y Ale acudió al rodaje para el que estaba citado el domingo por la mañana. Mucho tendría que haberle cundido el fin de semana al Lery, ¿no crees? Este tonto será un cabrón, un machista, un violador y un facha, pero no creo que sea un asesino. Para eso hay que tener muchos huevos y no ser un gallito de mierda como él.

Pilar asintió. Iván miró el reloj. La advertencia de las cuarenta y ocho primeras horas reapareció en forma de mordisco en la boca del estómago. Ya habían transcurrido la mitad y él todavía no tenía ninguna pista sobre el paradero de su hijo ni de Roberto. Tampoco de Pipe, Encarna o Santi. ¿Dónde hostias se había metido todo el mundo?

Pero no terminaba de irse a casa. Temía quedarse a solas con sus pensamientos y así se lo hizo saber a su compañera:

—Si te digo la verdad, yo no creo que Ale se acojonara al encontrarse con Pipe y su madre, y ni mucho menos por un perro muerto. Tuvo que ser algo aún más impactante, que no me atrevo ni a imaginar. Bastante tengo ya con las imágenes de la cinta de vídeo. —Una sombra siniestra cruzó su mirada. Tuvo que volver a frotarse los ojos sobre los párpados—. Y mi pobre Rafa, secuestrado por esos cerdos. Esto empieza a ser demasiado para mí.

—Lo sé, Iván.

Antes de que Pilar le recomendara por enésima vez que descansara, se despidió de ella rogándole que siguiera buceando en las vidas de todos los implicados; asegurándole que siempre había algo más, y que nunca se conoce a nadie del todo, ni siquiera a los más cercanos.

En el portal de su casa se tropezó con una decena de cartas desparramadas por el suelo. A alguien le había parecido muy gracioso sacar las cartas de los buzones y tirarlas al suelo. Valiente bromista hijo de puta... Constató al recogerlas que todas iban dirigidas a su nombre. La mayoría eran del banco, aunque también una de la compañía de teléfonos y otra de una ONG en la que, desde hacía por lo menos doce años, tenía un niño de Somalia apadrinado, para lavar la conciencia sobre todo, se decía a sí mismo los días de resaca. Metió la mano en el buzón para comprobar si todavía quedaba alguna dentro. Bingo: un sobre americano blanco, sin franquear, donde alguien había escrito a mano: «A la atención de D. Iván de Pablos». El corazón comenzó a saltarle dentro del pecho, como una pulga borracha de sangre, al reconocer la letra monjil de Pipe.

La abrió allí mismo, en el zaguán. En un instante de tardía lucidez, cayó en que aquello había sido poco profesional; podría haber echado a perder unas cuantas huellas útiles, pero luego se dijo que al carajo. Como golpeado por un ataque súbito de párkinson, el temblor de las manos y de las piernas lo obligó a sentarse en las escaleras mientras leía la carta sin datar.

*Querido Iván:*

*Antes que nada, mamá y yo queremos que sepas, para tu tranquilidad, que Roberto y Rafa están bien. Aunque Roberto tiene una herida en la frente y un corte en la nariz, no son graves y nos asegura que ya apenas le duele. Rafa está muy asustado, lógico, porque, aunque es muy maduro para su edad, sigue siendo un niño. Te alegrará saber que, poco a poco, vamos intimando y yo creo que empieza a fiarse de mí. Es un chaval ejemplar, pero eso tú ya lo sabes. ¡Cómo se parece a ti! Yo también era clavadito a papá, que en paz descanse.*

*Te estarás preguntando el porqué de esta misiva. A decir verdad, le he dado mil vueltas antes de escribirla. ¿Quién sabe? A lo mejor ni me decido a echarla en tu buzón. Sea cual sea su destino al final, me ha movido a escribirla la necesidad que mamá y yo tenemos de contarte los hechos tal y como han sucedido, para que conozcas la verdad y no un sucedáneo por boca de personas menos autorizadas que nosotros, sus protagonistas.*

*Para empezar, he de decirte, taxativamente y sin ambages, que ni mamá ni yo tuvimos nada que ver con la muerte del desdichado Joseale (me vas a perdonar, pero sigo sin acostumbrarme, y creo que jamás lo haré, a llamarlo Ale a secas. Siento como si se me quedara corto). El que*

una vez fue mi mejor amigo se presentó una mañana en nuestra nave dispuesto a rodar la película. ¿Te puedes creer que, cuando descubrió que éramos nosotros quienes llevábamos el negocio, no le dio demasiada importancia? Yo creo que porque iba muy drogado. Hasta he llegado a pensar que nunca llegó a reconocernos, o que creía que se trataba de algún tipo de efecto alucinógeno de las drogas. Si hasta se dejó cortar el dedo sin la mínima queja (más adelante te hablaré de este asunto). Pero luego, cuando ya estábamos rodando, se arrepintió y se fue. Te juro que no hay más. Lo que ocurriera después escapa de nuestro conocimiento. Ahora tú puedes pensar lo que te dé la gana, pero te juro por mamá que esa es la verdad.

De igual modo puedo asegurarte que la muerte de Avelino Plaza, al que muchos conocíais por azules y pópers, o por A&P, fue un desafortunado accidente. Para no darte más detalles de los estrictamente necesarios, te diré que el día que íbamos a rodar casi no podía tenerse en pie de lo borracho y drogado que llegó. Nos dijo que haría lo que hubiera que hacer, que le pidiéramos. Y nosotros, claro, le fuimos pidiendo. Él nos lo daba, nosotros subíamos la petición, y él volvía a dárnoslo. Así una y otra vez hasta que se rompió. No me preguntes cómo, pero se rompió. Si quieres buscar un culpable de su muerte, fue él mismo. Se pasó y se rompió.

Mamá y yo pensamos que el mejor sitio para llevar su cuerpo era la Raya. Allí lo encontrarían pronto. No íbamos a dejarlo en la plaza Nueva, a las puertas del ayuntamiento, ¿no crees? Además, a mí, si te digo la verdad, siempre me ha parecido que la Raya es un lugar muy bonito. Así somos los gais de exquisitos, o eso dicen. Al día siguiente, te vi por la tele huyendo de allí, como media España. En aquel momento tuve la certeza de que, más tarde o más temprano, terminarías por averiguar de qué iba todo esto, aunque he de reconocer que, cuando te conocí en el tanatorio, me pareciste muy atractivo, pero no supe apreciar tu gran potencial.

Permíteme ahora que te diga que lo de Roberto sucedió un poco por tu culpa. Yo quería contarle esto que te acabo de contar a ti, que nosotros no tuvimos nada que ver con la muerte de Ale. A fin de cuentas, se lo debía, ¿no crees? ¡Ale era mi amigo de toda la vida y la mañana de su muerte habíamos estado juntos! Si yo hubiera estado en su lugar, me habría gustado que me lo contaran. Desde aquel mismo día, necesitaba confesárselo todo a Roberto, pero nunca encontraba el momento.

*Por otra parte, necesitábamos rodar una película más para un encargo que nos hicieron. El problema era que, después de lo de A&P, nos habíamos quedado sin nadie que nos consiguiera actores dispuestos a hacer ante una cámara las cosas que les pidiéramos. Santi empezó a decirnos que se quería quitar de en medio una temporada. Entonces se nos ocurrió que, si nos hacíamos pasar por A&P, podríamos atraer a alguno de sus contactos. Él mismo había alardeado de su discreción, y eso era perfecto para el negocio. Te sorprenderá saber, como nos sorprendió a nosotros, la gran cantidad de hombres que se interesaron. Estuvimos tanteando a unos pocos hasta que Roberto contactó con el falso A&P, es decir, con nosotros. Ahí vi mi oportunidad para contárselo.*

*Sin embargo, cuando me recibió en su casa y le confesé que yo era el nuevo A&P, se lo tomó a la tremenda y discutimos. Él solo pensaba en llamar a la policía, llamarte a ti. Tengo que admitir que llegué a responsabilizarlo en parte de la muerte de Joseale, por permitirle llevar esa vida disoluta y sin control. Se enfadó muchísimo. Nos enfadamos. Llegamos a las manos. Accidentalmente, cayó al suelo y se golpeó la cara con la mesa de cristal. Se quedó semiinconsciente. Justo en aquel momento llamaron los turistas al porterillo, me puse nervioso y a continuación apareciste tú, nada menos que el inspector de policía, y me asusté. Tuve que optar por la vía rápida: le cogí las llaves a Roberto, me lo eché a la espalda y nos escondimos en el apartamento contiguo. Cuando entraste, salí por la puerta principal y te dejé encerrado. Nos fuimos de allí pitando, como recordarás.*

*Yo estaba hecho un lío. Tanto Ale como A&P sabían dónde se metían. De hecho, el primero salió por su propio pie. Pero ante la justicia, mamá y yo somos los responsables de sus muertes. Unos asesinos. A eso lo llaman justicia. Por eso fui a hablar contigo.*

*Mamá me dijo que no lo hiciera, pero la convencí. A decir verdad, además de averiguar hasta dónde habías llegado con tus pesquisas, necesitaba hablar contigo. Cuando Roberto nos presentó, me pareciste distinto a los demás policías. Te sentí muy cercano. Sin embargo, nada más llegar a tu casa, me arrepentí. Las cosas suceden así, ya está, a veces no hay que buscar tantas explicaciones. No pude morderme la lengua al ver las imágenes de la Semana Santa y de los toros de mi pueblo. Del mero susto. ¿Qué hacías tú con esa cinta? Para que tengas toda la información, te cuento que mamá y yo usamos las cintas como pequeñas muestras de nuestro trabajo. A veces, a los clientes hay que enseñarles*

*algo para despertarles la curiosidad. Esa en concreto, yo siempre sospeché que había sido Joseale quien la había robado el día que fue a Sevilla Central, el día que después murió. Y ahora la tenías tú. Ese detalle me dio a entender que tus pesquisas estaban dando sus frutos y que te estabas acercando a nosotros. Eso me inquietó y me desarmó. De repente, se me ocurrió la historia de don Braulio y la cofradía de Nuestra Señora de la Esperanza. Es cierto, ahí te mentí, pero lo hice para desviar tu atención y, cuando me dijiste que querías ir a Genalfaro, aunque me hice el remolón, pensé que me venía de perlas, pues me estabas regalando tiempo extra para pensar.*

*Ahora viene la parte que más te toca personalmente. Llegamos a Genalfaro y yo te dejé hablando con don Braulio. Era cuestión de minutos que descubrieras mi pequeña mentira. Fui en busca de mamá. Yo ya le había advertido de que íbamos a dejarnos caer por allí. Aunque la idea de usar el GHB contigo fue mía, a ella le encantó.*

*Suya fue la idea de extirparte el dedo del pie. Deberías sentirte orgulloso por ello. Es, para que lo entiendas, nuestro copyright. Al principio, se trataba de una manera de que nuestros actores asumieran que todo lo que iban a hacer delante de la cámara sería muy excepcional. Que entendieran que, solo si eran capaces de darnos un poco de su carne, de sus huesos y de su dolor, eran dignos merecedores de trabajar con nosotros. Si superaban esa prueba de acceso, se les abría un mundo enorme de posibilidades. Muchos lo hacían por dinero, claro está. Pero otros, ni te imaginas cuántos, por vivir la experiencia. ¡Hasta Joseale dio el sí quiero!*

*Ahora ya sabes por qué a ti también te lo hicimos: formas parte de nosotros. ¿No te parece hermoso? La parte que menos me gusta de esta historia, de este guion de serie B, es el final. Pero llegados hasta aquí, el único desenlace que podemos permitirnos a estas alturas, el único que mamá y yo podemos escribir es el que vamos a compartir contigo.*

*Querido Iván, si todo sale bien, Rafa no tiene por qué sufrir. Si tú nos ayudas, nosotros te ayudamos a recuperarlo. Fíjate que, en un primer momento, mamá ideó el secuestro de Rafa porque sabíamos a ciencia cierta cuánto pagan algunos de nuestros clientes por una película con menores de edad. Pero estate tranquilo: la he convencido para que abandone la idea. Nuestros actores, como te he contado antes, siempre fueron voluntarios. No es nuestro estilo obligar a nadie. Mucho menos al*

hijo de un amigo. Porque eso es lo que ya somos, amigos, ¿no te lo parece a ti? A mí, desde luego, sí.

Por eso te lo repito: quiero que estés tranquilo. Colabora con nosotros y todos tendremos lo que queremos: tú a tu hijo, tu hijo a ti, y mamá y yo, una casita con un terrenito en algún bonito país donde se nos permita disfrutar de una vida feliz, sencilla pero regalada, hasta el día que abandonemos este mundo. Algo que esperamos ocurra dentro de muchos muchos años.

Para ello, como te he contado antes, nos falta el encargo final. Rodaremos una película más y nos retiraremos. Al ser la última, tiene que ser la más especial de todas. Como eres tan listo, seguro que ya intuyes por dónde van los tiros. Efectivamente, aquí es donde entras tú, el inspector de policía más famoso de España en este momento. ¿Te imaginas la fortuna que algunos de nuestros clientes van a pagar por una película que tú vas a protagonizar? Piensa en una cifra bien grande y multiplícala por dos. Si, además, difundimos el relato de cómo y por qué has llegado a esta situación, vuelve a multiplicar por dos. El resultado que obtengas es el precio que vamos a pedir. Así, sin pestañear, como se suele decir.

Esa es la razón por la que necesitamos que Rafa y Roberto sigan con nosotros un poco más. Mamá se quedará con tu hijo en un lugar escondido y seguro mientras Roberto y tú me ayudáis con la película. Así es, hemos pensado que, para añadir un poco más de chispa al asunto, Roberto sea tu partenaire. ¡No me digas que no tiene su punto!

Una vez más, te ruego calma. En esta última película interesa más el protagonista como persona pública que sus dotes actorales. Tampoco te exigiremos nada que no hayas hecho antes fuera de cámara. Si me permites la osadía, mamá y yo sabemos que tienes muchas tablas. Además, un pajarito nos ha contado que estás bien dotado.

No hace falta decirte que, si no accedes o si de alguna manera revientas la grabación, por ejemplo, metiendo a tus compañeros policías en esto, mamá se ocupará de Rafa. Su bienestar depende única y exclusivamente de ti.

En breve te haré llegar las instrucciones precisas del dónde y del cuándo. Si yo fuera tú, no me movería de casa en las próximas horas. Te ruego que tengas un poco de paciencia, por favor; tenemos que preparar un set de rodaje que, por supuesto, no será en la nave que tú ya conoces.

*Hasta entonces, te mando un abrazo y un beso enorme, amigo mío. Me alegra pensar que Ale, allá donde esté, estará emocionado viendo cómo nuestro lazo de amistad se va agrandando y estrechando. Todo gracias a él.*

## 5. VIERNES POR LA NOCHE

---

Iván se sumió en una inexplicable placidez. No eran buenas noticias, pero tampoco las peores. Fue como si, al despejarse muchas de las incógnitas de la ecuación, y aunque aún faltaran otras para hallar la solución final, su mente hubiera decidido que ya era hora de tomarse un respiro. La ansiedad que hasta aquel momento le había oprimido la boca del estómago se esfumó como por un encantamiento, con la carta haciendo las veces de mágico conjuro. Sentado todavía al pie de las escaleras en el zaguán, inspiró tan hondo como pudo, llenando los pulmones hasta el máximo de su capacidad y, luego, un poco más. Al soltar el aire, se le aguaron los ojos, al mismo tiempo que un ataque de risa le brotó sin contención ni remedio. No fue aquella una carcajada sanadora o liberadora, sino amarga y un tanto desquiciada, porque, aunque sin duda estaba más cerca que antes de leer la carta, aún desconocía el paradero de Rafa.

Se palmeó las rodillas para darse ánimos y subió a su apartamento. Puso a cargar el nuevo iPhone en el enchufe del cuarto de baño mientras se duchaba. Se puso unos calzoncillos limpios, se preparó un vodka cortito con tónica y se sentó en el sofá, con la mirada siempre sobre la pantalla del móvil.

En el cristal de la mesa había una mancha blanquecina y alargada, la huella de un dedo húmedo sobre los restos de una raya de coca antes de haber sido restregado por las encías. Su visión le recordó que no se metía nada desde la noche anterior, en los aseos del Quita. Valoró su necesidad de hacerse una, aunque fuera pequeña, y desistió. Una victoria, pírrica, pero victoria. En parte para compensar, se lio un porro de marihuana.

Cuando la batería del móvil se había recuperado un poco, llamó a Pilar. Le contó que estaba extenuado, que ya no podía pensar con claridad. Se iba a tomar medio Orfidal para intentar dormir un par de horas. La agente Ojeda le contestó que aquello era lo mejor que podía hacer y que, teniendo en cuenta la



hora que era, no creía que Pipe o Encarna fueran a dar señales de vida. Mientras hablaba con ella, Iván tabaleaba sobre la superficie de cristal de la mesa. Inconscientemente, humedeció el índice con saliva y lo frotó sobre la mancha antigua antes de llevárselo a la lengua. El sabor de la química fue como el chasquido del mago sobre su sombrero de copa: todos sus sentidos se reactivaron como un conejo tembloroso aparecido de la nada.

—Te alegrará saber —dijo Iván antes de colgar— que llevo limpio veinticuatro horas.

Muy a su pesar, omitió hablarle de la carta de Pipe. Pilar no se merecía el engaño, pero él tenía claras sus dos prioridades: Rafa y Roberto y, si tuviera que elegir solo una, también lo tenía claro.

Alrededor de las nueve, comenzó a filtrarse por las rendijas de las ventanas cerradas el rumor del gentío tomando la plaza de la Alameda de Hércules, como cualquier otra noche de viernes. Desde que se había mudado a aquel apartamento, en cuanto escuchaba la algarabía, sinónimo de fiesta, de borrachera y de colocón, Iván se convertía en un perro de Paulov que, en lugar de salivar, notaba en la nariz las ganas de meterse cualquier cosa. Pero aquel viernes sus planes eran otros bien distintos.

Muy despacio, como si no fuera con él, se terminó de arreglar. Cuando quiso darse cuenta, llevaba puestos los vaqueros y la camisa blanca de triunfar, los complementos perfectos de su atractivo físico las noches que salía con ganas de llevarse a alguien a casa. Rellenó el vaso con más tónica que vodka y se sentó a esperar las noticias de Pipe. Releyó la carta varias veces intentando despejar alguna nueva incógnita, pero lo único que consiguió fue avivar el fuego en la boca del estómago, que solo sofocó liándose otro porro, más cargado que el primero.

Dieron las once y, después, las doce. Picó una cena ligera, unas hojas de lechuga y un trozo de queso con media botella de tinto, más en previsión de una noche larga que por hambre. Pasó otra hora y aún nada. Luego otra más. A las tres y media ya se había bebido cuatro vodkas cortitos con tónica, estaba dando cuenta del quinto y se había fumado cuatro porros de marihuana. Seguía resistiéndose a consumir algo más potente. Aquella noche no, se decía, aquella noche no...

... aquella noche...

... estaba a punto de correrse cuando lo despertó el timbre del iPhone. Iván saltó del sofá, a nada de dar con los dientes en el suelo. Sudado. Con una erección tan intensa que le dolía. Había soñado que hacía el amor con Roberto. Mantuvo los ojos cerrados para atrapar las oleadas de electricidad

que aún recorrían su cuerpo de pies a cabeza, oleadas placenteras de calor, que se alimentaban unas a otras en un baile sinuoso y continuo de ida y vuelta. Hasta que un segundo timbrazo las hizo tomar tierra. Desvanecerse. Para siempre.

Con el tercero abrió los ojos. Iván se obligó a parpadear varias veces para barrer una espesa nube de su mirada. De repente, se sintió vacío por dentro y, al reconocer su apartamento, le invadió una fulminante sensación de tristeza.

—Ya creía que no ibas a cogerlo. —La voz de Pipe había perdido su irritante timbre. Sonaba entonces oscura y gutural.

El desconcierto del inspector era tal que no conseguía articular palabra. ¿Cómo había sido capaz de quedarse dormido en esas circunstancias y, además, soñar lo que había soñado?

—Iván, ¿estás ahí? ¿Hola? ¿Iván?

—Sí —contestó intentando sonar seguro, pero su voz aún seguía dormida.

Se sentía hecho de polietileno, como si todas las células de su cuerpo fueran de plástico. Hasta pensar le suponía un dolor físico. Consiguió cortar las telarañas que mantenían sus piernas atadas al sofá y pudo agitarlas en el aire. La sangre volvió a fluir por ellas muy lentamente.

—Todo está preparado. Te mando la ubicación por wasap. Te veo allí en treinta minutos; sé puntual.

—¿Dónde está mi hijo? —preguntó el inspector. Su voz, entonces sí, volvió a sonar como la suya—. ¿Cómo está? ¿Cuándo me lo vas a devolver?

—Todo a su debido tiempo. No hace falta que te repita lo que le pasará a Rafa si no vienes solo, si noto alguna cosa rara o si a mí me pasa cualquier cosa.

Pipe colgó.

Iván sintió las tres condiciones como tres latigazos en el corazón. Fueron el gesto definitivo que lo hizo despertar del todo y, aunque la visión del cuerpo desnudo de Roberto volvió a su mente como un último relámpago, se obligó a desterrarla y se puso en marcha.

## 4. MADRUGADA DEL SÁBADO

---

Calle San Vicente, número ochenta y uno, bajo A. El apartamento donde Pipe lo había citado quedaba muy cerca del suyo y de la comisaría. Pensó que había que tener mucha sangre fría y mucha confianza en uno mismo para elegir aquel sitio. O, simplemente, tener la cara muy dura.

La construcción era una antigua casa sevillana de dos plantas con patio central descubierto, recién rehabilitada y reconvertida en cuatro anodinos apartamentos turísticos. El inspector recordó que una de las zonas donde Santi le había dicho que A&P había comprado uno de aquellos seis en los que había invertido era aquella, así que supuso que Pipe debió de haberle hurtado las llaves en algún momento, probablemente antes de deshacerse de su cuerpo en la Raya.

Llamó al telefonillo y la cancela se abrió con un zumbido eléctrico. En el patio interior hacía más frío, si cabía, que en la calle. El silencio era gomoso y olía a recién pintado. Sus zapatos hollaron la fina capa de polvo de yeso sobre el suelo de mármol. Los demás apartamentos parecían vacíos.

Pipe salió a recibirlo al patio y lo invitó a pasar. Su rostro era la máxima expresión de la tranquilidad. Un muro desconcertante, hasta el punto de que entró en el piso dándole la espalda a Iván. Recorrieron un recibidor estrecho y alargado, y dejaron a un lado un aseo minúsculo y una cocina, donde los electrodomésticos apilados en sus cajas aguardaban a que alguien los instalara. Pasaron por un salón espacioso y casi vacío: apenas contaba con un par de estanterías de escasa altura y dos sillas de tijera apoyadas en la pared. Paredes, techo y suelo blancos, asépticos. Listo para entrar a vivir.

—Espérame aquí. Ahora vuelvo —dijo Pipe cuando llegaron al dormitorio principal.

Como le había asegurado un rato antes por teléfono, todo estaba ya dispuesto: una cama, iluminada por dos focos montados en sendos trípodes,

dominaba el espacio central. Pegados a una pared lateral, un tercer trípode con una cámara, una mesa de sonido y un monitor. Enfrente, una ventana que daba al patio interior del edificio había sido cegada con revistas y periódicos.

—Te parecerá algo rudimentario, pero es lo único que he podido apañar —dijo Pipe al regresar—. Aquí lo tienes.

Con él traía a Roberto maniatado y amordazado. Iván confirmó que las heridas en la nariz y en la frente no eran graves, pero sus ojos sí le preocuparon. El miedo se había instalado en ellos. No hizo falta que Roberto intentara hablar a través de la mordaza. Su mirada lo hacía por él.

—No hay necesidad, ¿no crees? —dijo el inspector señalando la cuerda que desollaba las muñecas de Roberto.

—Me temo que nuestro amigo me ha obligado a hacerlo. No es tan dócil como aparenta. Dos veces ha intentado escaparse. Poneos cómodos.

Iván no entendió la invitación. ¿Debía desnudarse? Se limitó a sentarse con prudencia en el lado opuesto de la cama a donde estaba Roberto.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó a su amigo.

Roberto asintió dos veces muy despacio. Emitió un suave gorjeo a través de la mordaza, que Iván interpretó como tranquilizador, aunque no lo pareciera en absoluto. Pipe lo empujó con firmeza para que también se sentara en la cama, pero de espaldas al inspector y mirando a la cámara. Los tres permanecieron en esa posición unos segundos. Iván casi podía oír los engranajes mentales de Pipe decidiendo cuál sería su siguiente paso.

No tuvo que esperar mucho para averiguarlo. Le tiró otra cuerda y le pidió que atara a Roberto a las barandillas de la cama, al cabecero y a los pies. Iván se tomó su tiempo. Aunque puso cuidado, no pudo evitar el roce de la soga y los nudos en la carne viva. Las lágrimas que afloraron a los ojos de Roberto le escocieron más que a él mismo. En teoría, a continuación, ambos deberían interpretar la secuencia de sexo y, por tanto, Iván trataba de convencerse de que tampoco iba a ser para tanto. A fin de cuentas, no sería la primera vez con él. Solo se trataba de ignorar a Pipe y a la cámara. Ya habría tiempo después para encargarse de él y de su puñetera madre. Pero en aquel momento, se repetía una y otra vez, lo primero era recuperar a su hijo.

Apretados los nudos, Iván comenzó a desabrocharse la camisa, su camisa blanca de la suerte, empezando por los botones superiores. Trató de ocultar un ligero temblor de los dedos.

—No te molestes, no hace falta —dijo Pipe con indiferencia mientras ajustaba la cámara y miraba por el objetivo.

Iván se detuvo a la espera de nuevas instrucciones, pero comenzó a intuir que, quizás, después de todo, la cosa no iba a ser tan fácil, que el carácter caprichoso e impredecible de Pipe estaba a punto de brotar por algún lado. La mirada de Roberto, su parpadeo frenético, le decía que él tampoco entendía nada.

—Iván, acércate un poco más a él. Así, muy bien. El encuadre es perfecto. ¿Sabes que das muy bien en cámara?

Pipe inspiró profundamente y cerró los ojos durante unos segundos, como saboreando el momento. Cuando los abrió, sacó un teléfono móvil del bolsillo de su Barbour y marcó un número.

—Estamos listos —le dijo a alguien al otro lado de la línea, y depositó el aparato junto a la mesa de sonido. Silencio. Se llevó un dedo en vertical a los labios. Cámara. Pulsó un botón y el piloto rojo comenzó a parpadear. Había empezado a filmar. Acción.

—Di tu nombre, apellidos y profesión a la cámara, por favor.

Iván solo podía pensar en Rafa.

—Iván de Pablos Escudero. Inspector de policía.

Pipe liberó la cámara del trípode y la cogió con las manos.

—Mejor así. Queda más dinámico y natural. Ahora, toma esto.

Mientras seguía grabando con una mano, con la otra le entregaba una caja oblonga, no más grande que una funda para gafas. En su interior Iván encontró una banda elástica, una cucharilla, una bola de algodón, un encendedor, una papelina y dos jeringuillas.

—Ya sabes lo que tienes que hacer. Primero prepara una para él y, después, otra para ti.

—Pipe, esto es demasiado. No es necesario. Echamos un polvo y ya está.

—Es mefedrona. Para que no estéis tan tensos. No te estoy pidiendo nada que no hayas hecho antes, ¿verdad que no? —Iván pudo ver una sólida y pétrea determinación en sus ojos—. ¡Hazlo!

Tras meditarlo unos segundos escasos, accedió a preparar las dosis. Claro que la había probado antes, pero el *slam* nunca había sido lo suyo. Se despreció a sí mismo cuando el humo de la droga en ebullición excitó su olfato.

—Tranquilo —le dijo a Roberto mientras le clavaba la jeringuilla—. No te va a pasar nada.

No se quejó del pinchazo. En cuanto la droga comenzó a correr por las venas de su amigo, Iván vio cómo se transformaba su cara en una expresión

que él conocía muy bien. Aquella mueca de tensa plenitud, de paz artificial e inestable.

Acto seguido, le tocó a él. Naufragó en idéntica sensación y, en el preciso momento en que extrajo la aguja, la luz alrededor se volvió afilada, los colores se agitaron en el aire y los objetos relajaron sus perfiles. Su respiración se aceleró. El corazón comenzó a galopar en su pecho. El olor de su sudor se acentuó.

Pasaron unos minutos en aquel estado de hipersensibilidad, con Iván debatiéndose entre el asco por sí mismo y el inevitable placer que sentía. Unos minutos durante los cuales Pipe no había parado de esgrimir una sucia sonrisa. Hasta que retomó las instrucciones:

—Ahora, inspector De Pablos, muy despacio y sin dejar de mirar al objetivo, busca debajo de la almohada. Encontrarás una pistola.

Roberto comenzó a agitarse y a resoplar a través de la mordaza, empapándola de saliva. Sin embargo, se trataba de una queja solo a medias, que apenas se prolongó. Pronto la tranquilidad volvió a su semblante. Sus ojos se quedaron colgados en algún lugar impreciso del techo. Iván, por su parte, no se movió. Se había negado a oír la solicitud de Pipe.

—Con cuidado. Está cargada. Solo tiene una bala —continuó diciendo este como si nada.

El inspector siguió sin moverse a pesar de que la mefedrona bullía desbocada en su interior. O tal vez justo por eso. No conseguía dominar ninguno de sus sentidos. Pipe acercó la boca al móvil y elevó la voz.

—Mamá está al teléfono y tiene instrucciones precisas. Así que ya sabes a qué te expones si te saltas el guion. —Pipe concedió unos segundos más; después, comenzó a cabecear y a chistar hasta que la impaciencia pudo con él —. ¡Coge la pistola de una vez! ¡No tenemos todo el día!

Iván se sobresaltó. Aunque intentó no cruzar su mirada con la de Roberto, no pudo evitarlo. En ella descubrió angustia y desesperación. Su amigo había salido de su catatonia y había empezado a forcejear para desatarse. Cuanto más lo hacía, más profundas se abrían las heridas. Unas gotas de sangre comenzaron a salpicar las sábanas a los pies de la cama. Sus gritos aterrados, aunque a duras penas lograban traspasar la mordaza, ponían los vellos de punta.

Una oleada química atravesó el cuerpo de Iván. Lo tuvo caminando por el borde de un acantilado. Trató de hilvanar alguna frase coherente, de organizar la realidad, pero nada de aquello le fue concedido. Hasta que cogió la pistola.

En aquel momento, Roberto enmudeció y una mancha amarilla comenzó a extenderse por su entrepierna.

—Lo siento, yo no... —Las palabras se atascaron en el paladar de Iván.

—¡Calla! —gritó Pipe—. Ahora, acaríciala las mejillas con el cañón. Y no me mires a mí. Míralo a él.

Una pregunta tomó forma en su mente, clara y brillante, como escrita en letras de neón. ¿Adónde quería llegar aquel cabrón? El temblor de los dedos le había contagiado toda la mano. Le costó un mundo empuñar la pistola con firmeza, por nada del mundo quería que se disparara accidentalmente. La acercó a la cara de Roberto, que apretaba los ojos y trataba de permanecer quieto y estirado como una momia. El sudor manaba por cada poro de su piel, que se volvió malla al contacto con el frío metal. Muy despacio, el inspector dibujó unas eses con el cañón. También él sudaba como un animal en el matadero. Notó que la pistola se le resbalaba y la apretó con más fuerza aún. Su mirada iba y volvía de Roberto al objetivo de la cámara. La mefedrona lo había envalentonado. ¡Sería tan fácil girar la muñeca y descerrajar un disparo en la cara de Pipe, de aquel hijo de puta! Si no fuera por...

—Bien, Iván. Muy bien. —La voz seguía sonando grave y oscura, pero se había teñido con un matiz de alegría contenida—. Ahora, con mucho cuidado, métesela en la boca.

—¡Estás loco, Pipe! Acabemos ya con... Por favor... —Iván soltó la pistola sobre la cama. Comenzó a desabrocharse de nuevo la camisa—. Quieres que follemos, ¿no? Venga, lo hacemos y terminamos, pero esto es...

Pipe comenzó a reír.

—Desnúdate si quieres, pero no vais a follar. Vuelve a coger la pistola y métesela en la boca. ¡Ya!

Iván se lo quedó mirando con extrañeza y, al momento, un rayo de incredulidad alumbró su desconcierto. Un paréntesis abierto en el subidón le indicó que no podía ser, que en absoluto, que Pipe podía estar loco de remate, pero que aquello iba camino de superarlo todo.

—Te lo voy a repetir solo una vez más y bien alto para que mami se entere: ¡métele la pistola en la boca o nunca volverás a ver a tu hijo con vida!

Bloqueado, el inspector se resignó a recoger la pistola. La droga le enredaba los pensamientos en un carrusel sin pausa ni compasión. Miró a Roberto, a sus ojos inundados en lágrimas. Había comenzado a gemir muy bajito en un murmullo contenido, apenas audible, y temblaba como un cachorrillo. El inspector sintió que se le cortaba la respiración, que a sus ojos ascendía una humedad solidaria y que sus manos luchaban contra una oleada

de espasmos. Se obligó a presionar los labios de su amigo con la punta de la pistola. Roberto cerró los ojos, abrió la boca y la dejó entrar. Iván creyó que se desmayaría; aquella idea le causó un alivio momentáneo. Sin embargo, notó con estupefacción cómo la lengua de Roberto comenzaba a moverse alrededor del cañón con una lubricidad artificial.

—Perfecto. Lo estáis haciendo muy bien. Deberíais sentirnos orgullosos de vosotros mismos. ¡Estáis creando una obra de arte ante la cámara!

Durante unos segundos inertes y eternos, Roberto lamió la pistola que Iván sujetaba tembloroso. Poco a poco, el inspector consiguió abstraerse del metálico chocar de los dientes con el metal. La firmeza volvió a su mano. Lanzó una mirada implorante a Pipe. Ya debía de tener suficiente. Pronto terminaría todo, ¿verdad que sí?

—Dispara.

Roberto se atragantó con el cañón y empezó a jadear muy deprisa, como si estuviera a punto de sufrir un ataque epiléptico. Iván miró a la cámara directamente.

—Debes de estar bromeando.

—Hazlo.

Pipe, que seguía grabando con una mano, con la otra cogió el móvil, activó el manos libres y lo alzó al aire.

—Mami, Iván necesita que le demos un empujoncito.

—¿Papá? ¡Papá!

—¡Rafa!

Iván hizo amago de sacar la pistola de la boca de Roberto, pero vio en los ojos de Pipe que no tenía alternativa. Era su amigo o su hijo.

—Mami, voy a contar hasta cinco, ya sabes qué hay que hacer.

Cinco...

Cuatro...

Tres...

Dos...

Clic.

Iván había cerrado los ojos antes de apretar el gatillo. Cuando los abrió, comprobó que la pistola estaba descargada. Miró a Roberto, cuyo semblante había pasado del más puro miedo a una suerte de agotamiento extático y, después, comenzó a llorar muy bajito, hacia adentro.

Pipe volvió a reír. Su risa, un martillo despiadado y cruel, golpeaba los tímpanos de Iván. Comenzó a entender el juego perverso al que se había visto forzado a participar, y la vergüenza que sentía por ello era infinita. Pipe



acercó la cámara a su cara, ansioso por atrapar el vil momento, pero el inspector no gesticuló. De hecho, era incapaz de mover ni un solo músculo de su cuerpo. El mundo a su alrededor, y él mismo, se habían detenido. La mefedrona había alcanzado su cima. Casi tuvo que obligarse a respirar.

Pasados unos segundos que para él fueron eternos, la vida volvió a ponerse en funcionamiento. Pipe, que no había dejado de filmar, devolvió la cámara al trípode. Su risa había dado paso a una mueca grotesca de satisfacción. Sus movimientos eran pletóricos y excesivos. En contraste, Roberto seguía hundido en su llanto apagado y descorazonador.

Entonces, la puerta del dormitorio se abrió de par en par. Allí estaba Pilar, apuntando a Pipe con su pistola reglamentaria.

—¡Alto o disparo!

—¡Quieta, Pilar!

Y todo sucedió en un suspiro. Al oír la amenaza de su compañera, proferida con aquella manida fórmula policial, la parálisis de Iván se esfumó. Saltó sobre la cama, por encima de Roberto, corrió hacia ella, le arrebató la pistola y apuntó al pecho. Pilar, sorprendida y sin tiempo para reaccionar, alzó las manos.

—Pero, Iván, ¿qué...?

—Rafa —dijo señalando el móvil en la mano de Pipe—. Lo tiene Encarna.

Pipe volvió a reírse con ganas. Seguía grabándolo todo, estaba disfrutando como un colegial el día de su cumpleaños tras recibir un regalo largamente anhelado.

—Así es —dijo—, y ahora, con vuestro permiso o sin él, yo me voy a marchar y mami os dirá dónde encontrar al niño. —Había apagado la cámara y la estaba guardando en una mochila—. Sano y salvo, como prometí. Dame esa pistola. No quiero más sustos.

—No puedes dejarlo ir así, sin más —dijo Pilar con las manos aún en alto.

—No tengo otra opción.

Iván entregó el arma de su compañera a Pipe, que ya se había colgado la mochila a la espalda y se disponía a marcharse, tan confiado como había llegado. Pilar bajó los brazos. El inspector se fijó en sus puños apretados, en su mandíbula rígida y en su postura en tensión. Una depredadora a punto de saltar sobre una presa. Pipe se paró frente a ella y la miró victorioso. El cuerpo de Pilar, que parecía haberse ensanchado hasta ocupar todo el vano de la puerta, le impedía el paso. Giró la cabeza hacia Iván, sonriendo con un lado de los labios.

—Agente Ojeda, déjelo salir. Es una orden —dijo el inspector cabizbajo, sin poder mirar a los ojos de su compañera.

Muy despacio, cabeceando, Pilar se echó a un lado franqueándole el paso a Pipe. Su mirada de fuego podría haberlo carbonizado a su paso delante de ella.

Pero, justo cuando Pipe había atravesado la puerta, volvió a emitir una de sus risitas chirriantes y Pilar ya no pudo contenerse más. Se abalanzó sobre la espalda del secuestrador y tiró con fuerza de la mochila que contenía la cámara. Pipe lanzó un alarido, más de sorpresa que de dolor, y perdió el equilibrio, pero, en el último momento, logró evitar la caída dando una zancada hacia atrás y girando con inesperada agilidad sobre un pie, hasta encontrarse de nuevo cara a cara con Pilar. Alzó la mano que empuñaba la pistola.

Dos segundos antes del disparo, Iván volvió a ver la asquerosa sonrisa de Pipe. Un segundo antes del disparo, abrazó a su compañera, tiró con fuerza de ella hacia un lado y ambos cayeron al suelo.

Le zumbaban los oídos, pero pudo percibir los pasos rápidos de Pipe huyendo del apartamento, cruzando el patio interior y, segundos después, saliendo a la calle San Vicente. La pólvora le picaba en la nariz. Todo estaba borroso. Buscó con los dedos la cara de Pilar. Encontró susto, pero no dolor. Por fortuna, no estaba herida. Pipe había errado el tiro.

Sobre la cama, Roberto había dejado de llorar.

### 3. SÁBADO POR LA MAÑANA

---

El tsunami de acontecimientos que arreció durante toda la mañana del sábado pasó por encima de Iván como si no fuera con él, desarrollándose ante sus ojos como un telefilme de catástrofes a la hora de la siesta. El protagonista de la película, mala con ganas, era un inspector de policía que no era él, a quien le habían secuestrado un hijo que no era el suyo. Las secuencias se fueron sucediendo con la previsibilidad de los cánones de ese tipo de películas, idóneas en su maniqueísmo para conjurar el anhelado efecto narcótico y socavar la angustia que lo estaba consumiendo desde que Pipe se le había vuelto a escapar. Otra vez.

Se sentía tan cansado... Todo había sido tan rápido...

En primer lugar, el charco de color naranja en la cama y en el suelo. En cuanto se apagó el eco de los pasos de Pipe en la calle, el inspector se puso de pie y contempló el cuerpo sin vida de Roberto, con un orificio en el pecho y empapado en una mezcla de orina y de sangre.

Después, el ataque de nervios de Pilar. Pugnando por contener su propia agitación, Iván necesitó emplearse a fondo para calmar a su compañera que, en aquel momento, había dejado de ser la mitad de lo que era, no solo en un sentido emocional. Por inverosímil que pudiera parecer, Iván la notaba físicamente menguada, encogida. Su postura reflejaba la viva expresión de la derrota: sentada en el suelo, con la espalda apoyada en la pared de la ventana cegada por revistas y diarios, y con la cabeza hundida entre las piernas. El inspector le susurró palabras de consuelo al oído, como hacía con Rafa cuando de niño las pesadillas lo despertaban por la noche.

Tras comprobar que ella no había resultado herida, le preguntó cómo los había localizado. Con un hilo de voz, la agente Ojeda le recordó sus palabras: nunca se conoce a nadie del todo, ni siquiera a los más cercanos. Le confesó que, por eso mismo, porque no se fiaba, le había pirateado la tarjeta SIM al

segundo teléfono que le había apañado tras el robo del suyo en Genalfaro. Cuando Pipe le mandó la ubicación del apartamento por wasap, una pequeña función pirata en el iPhone de Iván se lo estaba reenviando también al teléfono de ella. El inspector la besó en la mejilla con ternura y admiración. Notó en sus labios el sabor salado de las lágrimas.

Más tarde, todo se aceleró con la llamada al comisario.

Diosdado puso a funcionar la maquinaria policial de inmediato. Consiguió que el juez emitiera en menos de una hora una orden de busca y captura contra Pipe. Al poco tiempo, se oyeron sirenas por toda la ciudad. Las redes sociales se convirtieron en una cloaca digital de medias verdades y falsedades completas. A la centralita de la policía comenzó a llegar un alud de llamadas de ciudadanos anónimos que aseguraban poseer alguna pista sobre el paradero del fugitivo. Los informativos abrieron con la noticia, y las reinas matinales de la televisión le dedicaron el noventa por ciento del tiempo de sus programas al caso, a pesar de que lo único que tenían eran los dos raquíuticos párrafos del comunicado oficial enviado desde la Jefatura Superior de Andalucía Occidental. Todo lo demás fueron opiniones y especulaciones de contertulios y de supuestos amigos de Roberto, de Pipe y hasta de Iván, aunque él no los conocía de nada. En resumen, se dijo el inspector, la misma mierda de siempre. Lo único que le suscitó cierta curiosidad fue ver en la pantalla la fachada del Quita en la plaza de Genalfaro. Después, apagó la tele.

El comisario ni siquiera había tosido. Tras atender en silencio a las explicaciones de Iván sobre la muerte de Roberto y la huida de Pipe, se limitó a pedirle que le dijera a Pilar que se pusiera en contacto con él lo antes posible y que, después, no hiciera nada más. Que se recluyera en su casa y permaneciera atento al teléfono, por si madre o hijo volvían a contactar con él y, sobre todo, aunque aquello seguramente lo pensó en voz alta, para que no metiera más la pata. Se lo dijo con absoluta serenidad y frialdad:

—Iván, haznos el favor a todos de quedarte en casa e intenta dormir un poco.

De buena gana habría obedecido. ¡Pero cómo iba a dormir! Todavía un resto eléctrico de mefedrona le atenazaba los músculos en espasmos nerviosos. Lo intentó con Orfidal, pero tampoco funcionó. Hasta que no se obligó, al mediodía, a almorzar medio bocadillo de atún, no logró quedarse un poco traspuesto. Una cabezada de menos de una hora que su cuerpo y su cabeza agradecieron como si hubiesen sido siete. De hecho, lo espabilaron los truenos y el granizo golpeteando en el ventanal del balcón. Llovía como no lo

había hecho en todo el otoño. El inspector marcó de nuevo el número de Pilar. Le había dejado por lo menos cinco mensajes en el buzón de voz.

—Pilar, por favor —le repitió en el último de ellos—. Tú, también, no. Por favor, Pilar, tú no.

Encendió la tele. Tras un rato de zapeo, dio con un noticiario que abría con una posible explicación al mutismo de Pilar: el miembro de la manada que estaba en coma a causa del golpe de la niña justiciera acababa de fallecer. Ojalá, se dijo, él tuviera la misma suerte, ojalá pronto se hiciera justicia, aunque no la impartiera juez alguno. De hecho, a la mierda los putos jueces. Se dio cuenta de que ahí estaba de nuevo, al acecho, el bajón químico.

Volvió a apagar la tele. Una y otra vez, cuando conseguía rebajar la angustia, regresaban a su mente las imágenes que a mayor profundidad le habían hincado los colmillos a lo largo de las últimas dos semanas: la saliva seca en la comisura de los labios muertos de Ale, la mandíbula aplastada de A&P, el semblante asqueado de Alicia, el agujero en el pecho de Roberto, las lágrimas corriendo por el rostro de Pilar. Aquellos eran sus grandes logros. Trofeos expuestos en la vitrina de sus vergüenzas y en la que, para mayor dolor, todavía faltaba uno por lucir. El más importante, la medalla de oro, el premio gordo. Rafa o Pipe. O ambos.

El teléfono sonó desmayado, arisco y funesto. Paco.

—Iván, tienes que venir cagando leches. Creo que tu hijo está aquí.

La sangre le bajó a los pies como si se le hubiera roto por dentro una tubería vital. El recuerdo de un timbre similar sonando hacía un par de semanas le perforó los tímpanos y tuvo que respirar profundamente dos veces antes de contestar:

—¿De qué me estás hablando, Paco? ¿Dónde dices que está Rafa?

—Aquí. En la sauna. No estoy seguro de que sea él, pero ha entrado un chaval que se parece mucho a ti.

Mientras Paco hablaba, Iván ya se estaba poniendo los zapatos y el abrigo. Con el pulso desbocado, aquella tarea se le antojó su decimotercer trabajo de Hércules.

—¡Es un niño, joder!

—Te repito que no estoy cien por cien seguro.

—Ya voy para allá, pero dime cómo coño ha entrado un crío de once años en una sauna gay para adultos.

—Porque... —Iván oyó cómo Paco tragaba saliva antes de contestar— porque al principio pensé que se trataba de otro chaperillo. Llevaba una

sudadera con capucha e iba cogido de la mano de otro tío mayor que él, con pinta de campo.

Iván ya estaba abriendo la puerta de la calle, con el teléfono entre la oreja y el hombro, cuando paró en seco, dio media vuelta y retrocedió al dormitorio. Del estante más elevado del armario empotrado extrajo una caja de zapatos. Dentro estaban su placa y su pistola reglamentaria. Dejó allí la primera y deslizó la segunda en la cintura del vaquero. De un cajón inferior sacó el gramo de *speed* que Roberto le había comprado a A&P la noche de su encuentro fortuito en la Raya. «Lo guardaré para una emergencia», recordó que le había dicho Iván después, cuando Roberto se lo había regalado en su apartamento del barrio de Santa Cruz. Para una emergencia.

—¿Iván? ¿Sigues ahí?

—Como le pase algo a mi hijo te mato.

Paco enmudeció. Si el inspector hubiera podido afinar el oído habría percibido el rechinar de sus dientes.

—No tardes, se han encerrado en la Stendhal.

Iván tuvo que correr hacia el cuarto de baño para evitar vomitarse en los zapatos.

Caía una lluvia fina y pesada, a pesar de la cual esperó al Cabify al raso. Sentía que la cara le ardía. Arrostraba el cielo en busca del frescor húmedo de aquel invierno anticipado. Tres palomas de plumas grises y sucias, posadas en la barandilla de su balcón, parecían estar disfrutando tanto como él de las gotas de agua.

Cuando no miraba hacia arriba, hundía los ojos en el suelo mojado, como un avestruz entierra la cabeza. Pero él no se escondía por miedo, sino para que nadie lo reconociera y lo saludara, para no cruzar su mirada con la de nadie ni para que nadie se interpusiera en su camino. Podría matar a quienquiera que lo hiciera. Con aquella firme determinación, se arrebujó dentro del abrigo.

Una sirena se oyó a lo lejos. Se imaginó que él iba dentro de un coche patrulla y que llegaba a la BlackSun más pronto y más seco. Consultó el reloj. Las seis y cuarto de la mañana. Llevaba casi quince minutos esperando. ¿Dónde coño se había metido el puto Cabify de los cojones?

Los pocos taxis que pasaban iban ocupados, casi todos por parejas o pequeños grupos de jóvenes que volvían de fiesta con las caras demacradas de noctámbula felicidad. Un recuerdo absurdo cruzó por su cabeza: la cantidad de noches en que él mismo había acabado así. Quizás, en una de aquellas, también le había levantado el transporte a alguien más necesitado.

Un número desconocido apareció en la pantalla de su iPhone. Cristian, el conductor del Cabify, le preguntaba con acento venezolano que dónde se había metido, que llevaba cinco minutos esperando. Iván se dijo que, por suerte para Cristian, no lo tenía frente a frente. Por error, el GPS lo había llevado a una calle paralela a la suya. Espérese allí, le ordenó. «Imbécil», pensó.

De camino a la BlackSun, el puto teléfono volvió a sonar. ¿Quién coño era? El comisario.

—Iván, ni se te ocurra salir de tu casa, ¿me oyes?

—Demasiado tarde. ¿Cómo te has enterado?

—El dueño de la sauna. Acaba de llamar.

—Claro —murmuró Iván—, por eso las sirenas. —Después de lo que había pasado la vez anterior, tenía todo el sentido del mundo que Paco llamara a la policía. No todos eran tan animales como para tropezar veinte o treinta veces con la misma piedra, como él.

—¿Crees que puede tratarse de Rafa?

—Apostaría a que sí. ¿Quién, si no?

—Iván, estás apartado del caso.

—Diosdado, no voy en calidad de inspector.

—Una mierda. No te conviene complicarte más. Un par de compañeros ya deben de estar allí.

—Diles que me dejen a mí primero —pidió Iván con frialdad.

—Sabes que no puedo hacer eso.

—Entonces, que por lo menos no se interpongan en mi camino. O no respondo.

—Iván...

Lamentó colgar así. La de Diosdado era una puerta que ni quería ni le convenía cerrar, pero la mera imagen de Rafa entrando en la sauna de la mano de Pipe y, después, los dos encerrándose en la Stendhal le abrasaba por dentro. Sintió unos terribles deseos de vomitar otra vez, pero en el estómago no le quedaba nada por echar.

Los dos últimos clientes acababan de salir y se cruzaron con él bajo el luminoso turquesa con letras doradas:

BLACKSUN, UN NUEVO CONCEPTO DE SAUNA MASCULINA EN SEVILLA

Sus miradas de descaró estaban más cargadas de curiosidad que de deseo. Dos cotillas de manual.

Paco y Mateo hablaban con la pareja de compañeros uniformados que acababa de llegar. Conocidos de Iván de toda la vida, por la manera en que le cedieron el paso hacia las taquillas, solidaria y respetuosa, Iván dedujo que, pese a todo, el comisario le había hecho caso. Por enésima vez, bendito Diosdado. Mateo lo saludó en silencio y se instaló en la puerta principal para evitar que nadie más entrara. Paco estaba lívido. Al verlo llegar, se limpió unas gotas de sudor del bigote antes de intentar saludarlo con dos besos. Iván retiró la cara con un movimiento brusco de rechazo. Sobreponiéndose al desdén, el dueño de la sauna se adelantó, agitó la mano en el aire y los invitó a que lo siguieran hacia el interior de las instalaciones mientras comenzó a contar lo sucedido:

—Han entrado hace cosa de una hora y media. No sé el nombre del tipo, pero estoy seguro de haberlo visto antes por aquí. Ha pedido la Stendhal. Había estado ocupada toda la noche, pero justo en ese momento se quedó libre. Lo acompañaba un muchacho que, como te he dicho por teléfono, se cubría con la capucha de la sudadera. Como llueve y hace frío, me pareció lo más normal del mundo. Es verdad que tenía porte de jovencito, pero qué quieres que te diga, es más alto que yo y casi tanto como tú. Uno nunca puede estar seguro de que...

—Vete a la mierda, Paco. Yo solo estoy aquí por si se trata de mi hijo. Si no lo es, las explicaciones de por qué no le has pedido el DNI para verificar su edad se las das a estos dos compañeros. Verás qué amables son. Les encanta tratar con pedófilos, proxenetas y demás fauna.

Iván le enseñó a Paco una fotografía de Rafa en el móvil. Antes de pasársela, la contempló unos segundos con una punzada en el corazón. Después, apretó el paso y adelantó a Paco, que no se terminaba de aclarar con la foto.

—Creo que es él, pero no sé yo..., es que, con la capucha...

Cuando ya se encontraba ante la puerta de la Stendhal, a Iván le sobraba todo el mundo a su alrededor. Ordenó a Paco y a los dos policías que se quedaran a la vuelta del pasillo, a dos metros detrás de él.

—¿Has llamado? —preguntó.

—Unas cuantas veces, pero nada.

—¿Y seguro que están dentro?

—Segurísimo. Ha bloqueado la puerta con la cama, pero antes de eso, hará unos cuarenta minutos más o menos, el tipo se asomó al pasillo y le pidió a Juanpe que le trajera una botella de Jagger. Como desde que entraron yo estaba con la mosca detrás de la oreja, quise llevarla en persona. Llamé a la



puerta, abrió un palmo, lo justo para que pasara la botella, me dio las gracias, cerró con el pestillo y lo siguiente que oí fue que arrastraban la cama. Fue por esa rendija por donde vi al muchacho. Algo en su gesto me recordó a ti, por esto te llamé de inmediato.

—Vale, eso ya me lo has dicho. Pero ¿cómo lo has visto? ¿Estaba asustado? ¿Llorando? ¿Gritó, dijo algo?

—Nada de nada, Iván. Al revés, parecía la mar de tranquilo.

—¿Estaban... estaban vestidos?

—Me ha parecido que llevaba la toalla en la cintura.

Una mezcla de náusea y de ira subió por el esófago del inspector, que se desprendió del abrigo tirándolo al suelo.

—¿Queréis hacer el favor de apagar las máquinas? No hay quien respire con este calor.

Mientras Paco obedecía y se marchaba, Iván forzó un bloqueo en su mente, para que la imagen de su hijo con Pipe, ambos semidesnudos, no lo destrozara. Cuando comenzó a conseguirlo, pudo sopesar la situación. Estaba un noventa y nueve por ciento seguro de que eran ellos quienes estaban encerrados en la Stendhal, por ello debía ir con cuidado. Pipe era capaz de cualquier cosa.

Llamó a la puerta. Tres toques suaves. Espaciados. No se oyó nada. Dio otro golpe, en aquella ocasión un poco más fuerte. Silencio. Al tercer intento, desoyendo el bramido del volcán a punto de entrar en erupción en su interior, Iván moduló una voz fría y neutra.

—¿Pipe? Sé que estás ahí con Rafa. ¿Por qué no me abres y hablamos?

Nada.

—Al menos, dime que está bien..., que los dos estáis bien. Solo eso, por favor.

Un murmullo atravesó la puerta. Iván creyó reconocer en él la voz de su hijo. Y, luego, otra vez el silencio. Fue entonces cuando toda la rabia contenida desde que había salido de su apartamento se concentró en el puño derecho y se descargó sobre la puerta, produciendo un estampido que reverberó por toda la sauna vacía. A su espalda, la pareja de policías y Paco se sobresaltaron. El inspector se arrepintió al instante no solo porque probablemente se había roto algún hueso de la mano —un latigazo de dolor le subió por el brazo hasta el hombro y parte del cuello—, sino porque, cuando se apagaron los ecos del porrazo a aquel lado de la puerta, al otro se alzó la voz de flauta de Pipe. Se estaba riendo. Riéndose de él.

—¡Pipe, cabrón! ¡Como le pase algo a Rafa, te juro que te mato! ¿Me oyes? ¡Te mato! ¡Sal de ahí si tienes lo que hay que tener!

Por primera vez en muchas horas, Iván comenzó a considerar la posibilidad de meterse un par de rayas, convencido de que le ayudarían a estimular la mente y a concentrarse. Total, se dijo, ¿de qué había servido reprimirse?

Uno de los dos policías le tocó en el hombro desde atrás. Iván lo apartó con un manotazo. El compañero tenía un móvil en la mano: la agente Ojeda quería hablar con él. Su voz sonó amplificadas en el aire clorado de la sauna como en una caja de resonancia. Iván decidió que no era el momento, pero el compañero insistió en que era urgente. El inspector se apartó unos metros de la puerta de la cabina y contestó con voz queda y apremiante:

—¿Qué sucede?

—He encontrado a Encarna.

La de Pilar era una voz de extrema seriedad.

—Me alegro, ya sabes lo que hay que hacer, yo ahora no puedo...

—Iván, espera. Está muerta.

—¿Cómo? —Iván se adentró en el pasillo, alejándose todavía más de la puerta cerrada de la Stendhal.

—No sé. Es todo muy confuso. Por eso antes no pude contestar a tus llamadas. Estoy en Genalfaro. En la casa hermandad.

Al inspector le ardían las mejillas, la frente y el pecho. Siempre había pensado que la peor forma de morir tenía que ser que lo quemaran a uno vivo en la hoguera. Como hacían en la Edad Media con las brujas, o con los homosexuales como él o como Roberto. Durante una fracción de segundo, le volvió a la mente la imagen de Roberto lamiendo la pistola. Le parecía entonces algo tan lejano en el tiempo...

—¿Qué ha pasado?

Pilar le contó que, tras la muerte de Roberto y la huida de Pipe, desoyendo la recomendación de Diosdado de que también ella se marchara a casa a descansar, se había dirigido a la comisaría. Era muy tarde, y todo su afán era dar con Encarna. Su hijo había huido; podía estar o no con ella. Salvo que hubiera interpretado una farsa, Pipe había filmado la muerte de Roberto y la escena previa mientras su mami, que retenía a Rafa, lo escuchaba todo por teléfono. ¿Desde dónde? Y entonces Pilar recordó que, en muchos casos, a nadie se le ocurre buscar en aquellos lugares conocidos o demasiado obvios y que por eso mismo resultan idóneos para esconderse. Tenía dos posibilidades: la nave en Sevilla Central o...

Cuando llegó a Genalfaro, el Quita le dijo que lo último que había sabido de Encarna fue su fatídico encuentro con el inspector. Una intuición la llevó a preguntarle si tendría las llaves de la casa hermandad. El hombre le facilitó una copia. Don Braulio, que en aquel momento estaba en el bar, en su mesa al fondo del todo, se ofreció a acompañarla. Encontraron a la madre de Pipe en la casa hermandad, sentada en una silla típica de allí.

—De enea —ayudó Iván.

Exacto, de enea. La señora estaba sentada en la silla y les apuntaba con una escopeta de caza. Pilar intentó convencerla para que la dejara en el suelo, recordándole que ya tenía demasiados problemas, pero que todavía no era demasiado tarde para hacer lo correcto. Añadió que la policía estaba al corriente de su negocio con las películas por la carta de Pipe. Le fue relatando el contenido de la carta, para que supiera que la agente no iba de farol y para que fuera tomando conciencia de todo el mal que ambos, madre e hijo, habían ocasionado.

Para sorpresa tanto de Pilar como de don Braulio, la señora se dedicó todo el tiempo a desmontar el relato de Pipe. Aunque sería más correcto decir a tirarlo por tierra. Según ella, la carta no era más que una *falórnica*, una patraña, una sarta de mentiras. Su versión era mucho más básica: desde siempre, Pipe había sido un niño mimado, manipulador y retorcido, con tanto dinero y tanto poder que creía que todo el mundo era de su propiedad, o podría llegar a serlo si se daba con el precio adecuado. Por lo visto, Pipe aprendió de su padre a ser un tirano y, cuando aquel murió, ocupó su lugar con más saña, maldad y frialdad. Encarna terminó su relato sentenciando que, desde aquel momento, Pipe había dejado de ser su hijo para convertirse en su amo. Él la consideraba a ella su sierva más fiel, dispuesta siempre a complacer al *xicot* en todos sus caprichos, por muy oscuros que fueran estos. Al terminar esa frase, con los ojos muy abiertos y una mirada más fría que la de un reptil, giró la escopeta, se metió el cañón en la boca y apretó el gatillo.

—Joder.

—Ni don Braulio ni yo pudimos evitarlo.

—Siento que hayas tenido que presenciarlo, Pilar.

—*Gangues de l'ofici*, no te preocupes. A decir verdad, lo que peor llevo es no haber encontrado a Rafa. Encarna nos dijo antes de suicidarse que sí, que había custodiado a tu hijo, pero que Pipe había llegado hacía un rato hecho una fiera y se lo había llevado. Ya no sabía dónde podían estar. Me acaba de decir Diosdado que estáis en la sauna; no sabes cuánto lo lamento.

—No te preocupes. Voy a recuperarlo.

—Pero ¿cómo? Iván, ¿qué vas a hacer?

—Es hora de acabar. Esta vez sí. Gracias por todo.

Iván volvió a la puerta de la Stendhal. Insistió a Paco y a la pareja de compañeros para que se retiraran un poco. Tenía que conseguir que Pipe hablara con él. Para ello primero tenía que conseguir que abriera la puerta, aunque solo fuera un centímetro. Cuando aquello ocurriera, debía evitar a toda costa que se sintiera amenazado por los uniformes. También se cercioró de que su pistola seguía en su sitio.

Volvió a tocar en la puerta con los nudillos. Nada. La empujó con firmeza, pero sin violencia, solo para ver hasta dónde cedía. Nada. Llamó de nuevo. Pasaron unos segundos. Hasta que se le ocurrió decir algo:

—Pipe, ¿cuándo has hablado con tu madre por última vez?

Como un resorte, Pipe carraspeó.

—Te lo pregunto —continuó Iván— porque quizás no estés al tanto de lo que ha sucedido.

Algo se removió en el interior de la Stendhal. Al principio, Iván pensó que se trataba de unas pisadas arrastradas, pero después observó que el sonido era más seco y que no se desplazaba.

—¿No te interesa saberlo?

Un haz de luz roja atravesó la finísima rendija que se acababa de abrir en la puerta. A contraluz, Iván pudo ver la sombra de Pipe y, después, el brillo de su ojo parpadeando con rapidez, como una cámara tomando una ráfaga de fotos.

—Sí —sonó la flauta de su voz—. Claro que me interesa.

—Antes tengo que saber que Rafa está bien.

—Lo está. Te doy mi palabra.

—Como comprenderás —dijo Iván sin pensarlo—, tu palabra ya no me sirve.

El ojo de Pipe había dejado de parpadear, pero se movía frenético en todas direcciones. Después, desapareció en el interior de la cabina. Tras unos instantes, volvió el sonido de antes, que a Iván le había parecido el de una cinta americana al desenrollarse. La puerta se abrió un poco más y el haz de luz se convirtió en un espeso chorro rojo. Casi parecía esculpido, sólido y recto. El ojo de Pipe volvió a asomarse, entonces acompañado de media cara. La luz roja acentuaba su piel morena de campo. Luego, Pipe se desplazó hacia un lado y dejó ver tras de sí otra silueta, mucho más contrastada, muy blanca, pegada a la negra pared del interior de la cabina.

—¡Rafa! Cariño, soy papá. ¿Estás bien?

—Creo... creo que sí. ¿Dónde estamos, papá?

—Tuve que sedarlo, Iván —dijo Pipe volviendo a tapar la silueta del chaval con la suya propia—. Un pinchacito de nada.

Otra vez una jeringuilla. En aquel preciso momento, Iván supo que iba a matar a Pipe.

Si actuaba rápido, podría introducir el cañón de la pistola por la rendija; bastaba con empujarla con firmeza para que se abriera camino. Sin embargo, en aquella posición resultaría casi imposible apuntar y, además, a Pipe le bastaría con echarse un par de centímetros a un lado para que la bala impactara detrás de él, en cualquier parte del cuerpo de Rafa. Solo pensarlo hizo que las manos comenzaran a sudarle. Era un plan demasiado arriesgado. Tenía que conseguir mayor precisión y maniobrabilidad, y para ello necesitaba primero convencerlo para que abriera la puerta un poco más. Solo un poco más.

—Te toca. ¿Qué le ha pasado a mamá? —preguntó Pipe con una inflexión de verdadera preocupación en su voz.

—Tu madre está bien. La hemos detenido en Genalfaro. En vuestra casa hermandad.

El inspector había colocado los adjetivos posesivos con toda la intención.

—Es una superviviente. Siempre lo ha sido. Sobrevivió al cabrón de mi padre y sobrevivirá a todo esto. —Pipe comenzó a reírse—. ¡Ya sabes a quién he salido yo!

Iván dejó que se riera a gusto. Estaba consiguiendo destensar la conversación y, con ello, también la presión que, comoquiera que fuese, Pipe ejercía sobre la puerta desde dentro. Solo con dos o tres centímetros más..., cuatro, a lo sumo...

—Sin embargo, Pipe, no termino de comprender qué es lo que quieres de mí.

A través de la abertura, el inspector lo vio cabecear. Intuyó, enrojecida por el juego de luces y sombras en el interior, una sonrisa dibujada en su cara.

—¿Aún no te has dado cuenta? Yo te hacía más listo.

—Pues no lo soy, Pipe. ¿Qué otra cosa puedo decirte? Todos estos días has jugado conmigo al gato y al ratón. Cada vez que me has mostrado un camino, en cuanto me he adentrado en él, te has dedicado a bloquearlo y a enseñarme uno nuevo. Que luego también ha resultado un callejón sin salida. Ahora vas y te encierras en la sauna con mi hijo. De verdad, que ya no sé qué coño quieres de mí.

Transcurrieron unos segundos antes de que Pipe, acompañándose con un chasquido de la lengua, contestara:

—Tu voluntad.

Iván buscó con la suya la mirada cíclope de Pipe, pero optó por no preguntarle. Tenía que ser el propio Pipe quien se explayara en sus reflexiones. Tarde o temprano, llegaría la bajada de barreras. Aquel sería el momento.

Efectivamente, Pipe apartó la cara de la puerta y comenzó a hablar, pero como dirigiéndose a un auditorio más amplio e invisible.

—¿Qué mérito tiene obligar a alguien a hacer algo en contra de su voluntad si no tiene alternativa? Esa es la práctica más habitual en este mundo capitalista y feroz: si puedo pagarte, te compro. Si tengo argumentos para amenazarte, te inclinas ante mí. Si te torturo, te doblego. Al final, todo es el poder. El pez gordo ya no se come al flaco por hambre, sino para ponerse más gordo y así ganar notoriedad entre los otros peces gordos —afirmó convencido antes de continuar—. Ahora, supongamos que yo soy ese pez gordo y que ya estoy empachado de tanto comer. En la tripa no me cabe ni un pez más y, sin embargo, mi naturaleza me lleva a seguir comiendo. En mi menú figuran todos los peces de los siete mares. Un festín colosal que, con el tiempo, como es lógico y natural, me aburre hasta la náusea. ¿Solución? Busco otros modos de cocinar. Métodos cada vez más elaborados, más sofisticados, más excéntricos, incluso. ¿Me sigues? Seguro que sí. No eres tan tonto como quieres hacerme creer —le espetó—. Mi paladar, como te iba diciendo, se vuelve más y más osado, hasta el punto de que empiezo a satisfacerlo con ciertas recetas que algunos mojigatos podrían calificar de extremas. Pero yo sigo a lo mío, devorando peces. Probándolos, experimentando con ellos, yendo siempre un poco más allá. Y aunque no te lo creas, también llega un momento en el que uno se cansa de las *delicatessen*. Soy un pez gordo y aburrido. Hasta que un día, por un casual, me encuentro con un pez especial. Uno de esos ejemplares raros en peligro de extinción. Es muy rápido y muy listo, pero yo, que soy el pez más gordo de todo el inmenso océano, lo soy más que él y, por supuesto, lo atrapo. A partir de ese momento, el pobre luchará hasta la extenuación e intentará escapar con todas las tretas imaginables. Se escurrirá y se retorcerá, pero ya te digo yo que no tiene nada que hacer. Con todo y con eso, ¿crees que, a estas alturas, a mí me divierte? ¡Claro que no! Porque en realidad estoy harto y no quiero su carne. Lo que quiero es que ese pescado especial me dé lo que lo hace único. ¿Y sabes lo que es eso? —preguntó—. Los creyentes lo llamarían *alma* o *espíritu*. Yo no

soy tan básico. Prefiero llamarlo *libre albedrío*. Lo que de verdad nos hace únicos es la libertad para decidir día a día, ¿qué digo?, ¡segundo a segundo! Eso es lo que yo quiero, que se me entregue por propia voluntad, con gusto, con anhelo, con placer. Cuando lo haga, ya decidiré yo qué hago con ese pez y su voluntad: si me la como o no.

La luz roja de la Stendhal se apagó. Pipe calló y su sombra fue engullida por la oscuridad.

—¿Qué pasa, por qué has pulsado el interruptor? —preguntó Iván.

—¿Ves? A eso me refería. Tienes miedo. Y tu miedo no me interesa. Piensa en lo que te he dicho. Pero no tardes mucho, que este pez gordo se está empezando a aburrir y tendrá que inventarse otro juego.

Durante unos minutos, Iván se sintió bloqueado por la angustia. No podía pensar, pero tenía que hacerlo como fuera.

—Ahora vuelvo —susurró con la nariz pegada a la puerta—. Necesito ir al baño. No tardo. Te ruego que no hagas ninguna tontería, por favor.

Tanto Paco como la pareja de policías lo miraron estupefactos cuando reapareció por el pasillo, sobre todo cuando Iván les repitió la excusa que le había dado a Pipe. Sin embargo, no mintió cuando también les repitió que no iba a demorarse mucho. Lo justo para meterse dos rayas del *speed* para emergencias que le había regalado Roberto. Era, quizás, la primera vez en su vida que lo hacía con la plena conciencia de que las necesitaba para pensar con claridad y no para evadirse. Recorrió el pasillo en sentido inverso, murmurando para sí la promesa de que, cuando todo terminara, se replantearía algunos de sus hábitos. Llamó de nuevo a la puerta.

—Pipe, este número final que has montado, traerme aquí, a la sauna y a esta cabina en concreto, la Stendhal, donde empezó todo, ¿qué quieres que te diga? Que lo has bordado. Y esa parrafada que me acabas de soltar, tan elaborada, enhorabuena, te la compro. Me has abierto los ojos. Lo he visto muy claro con ese invento vuestro de los dedos de los pies cortados. Ahora entiendo lo que perseguíais tu madre y tú. —La luz en el interior de la cabina se volvió a encender; ahí estaban otra vez la sombra y el ojo de Pipe, detrás de la rendija—. Corrígeme si me equivoco: esa era vuestra firma, un detalle con el que marcabais vuestras películas. Pero para ti era también algo más, ¿no es cierto? Una manera de quedarte con una parte de esos, siguiendo tu cuento, peces más pequeños. ¿Y sabes una cosa? Que te doy toda la razón: a mí me importó un bledo que me lo quitaras. Tengo nueve más, y otros diez aquí. — Iván agitó los dedos de la mano a la altura del ojo de Pipe, que comenzó a parpadear siguiendo su ritmo nervioso y repetitivo—. Sí, ya voy entendiendo

por dónde vas y, sin embargo, tu planteamiento es muy tramposo, Pipe. Dices que me crees un tipo listo y que por eso te empeñas en engañarme una y otra vez. Pero acabo de pillarte.

Iván hizo otra pausa dramática. El baile de luz y sombra que se filtraba por la rendija le daba a entender que había vuelto a pinchar en nervio.

—¿Por qué piensas eso? —preguntó la boca de Pipe pegada a la puerta, con su insufrible voz de pájaro enfermo.

—Porque al final solo tú decides quién te entrega su alma por voluntad propia o por simple obligación. No hay ningún modo objetivo de saberlo. Al final, solo tú tienes la vara de mando con la que decides. —Iván alzó el dedo índice y lo fue metiendo a través de la rendija, señalando como pudo alternativamente a Pipe y Rafa—. Tú, sí. Tú, no. Tú, sí. Tú, no...

El inspector rio con una risa corta y desarmante. Los labios de Pipe reaparecieron por el hueco. Iván observó que la cama había rebajado la presión sobre la puerta mucho más de lo que esperaba y que, aunque ya casi podía ver sus dos ojos, Pipe no parecía haberse percatado de ello.

Ya estaba el inspector valorando meter la pistola cuando se oyó el sonido de un móvil; alguien había recibido un mensaje de wasap. Pipe desapareció en el interior. Era para él.

A través de la rendija, Iván ya pudo ver a Rafa con claridad. Seguía en aquel estado de semiinconsciencia, sentado en un taburete, con una toalla de un blanco impecable anudada a la cintura y otra echada sobre los hombros. Seguramente le había entrado frío y Pipe se había apiadado de él. Un escalofrío recorrió la nuca de Iván al recordar el cadáver de Ale, también cubierto con dos toallas, una en la cintura y otra tapando —ocultando— sus pies.

Había llegado el momento. El inspector se llevó la mano a la espalda y fue sacando la pistola de la cintura muy despacio. Giró un poco la cabeza hacia el pasillo y, con un movimiento rápido de la otra mano, hizo una señal a sus compañeros para que se preparasen. Quizás, si lo hacía rápido... Su corazón había comenzado a galopar a un ritmo vertiginoso. A continuación, todo se volvió muy confuso.

Iván introdujo la pistola por la rendija, que ofrecía una holgura más que suficiente para maniobrar con el cañón. Apuntó a Pipe, de espaldas y en cuclillas, presumiblemente leyendo el wasap en el móvil. Apuntó a su nuca. Hacía mucho tiempo que no disparaba a nadie, las manos le temblaban como si sostuviera un avispero y no una pistola, pero la distancia era tan corta, apenas un metro y medio, que no podía fallar. No podía. De pronto, Pipe



lanzó un grito escalofriante. Su insoportable voz de pito se transformó en el chirrido que emitiría un serrucho oxidado sobre una plancha de metal. Pipe se dio media vuelta y su mirada nublada por el terror se encontró con la del inspector, rabiosa y desesperada. Uno con el móvil en la mano, el otro con la pistola. El inspector apretó el gatillo. El ensordecedor estampido retumbó en las paredes de la Stendhal. Impulsado por el retroceso, Iván perdió el equilibrio y cayó hacia atrás perdiendo la pistola. Como si estuviera colocado.

¿Había acertado?

La puerta se cerró de golpe, la pistola cayó dentro de la cabina y la rendija desapareció. Iván oyó a continuación el pestillo deslizándose, como si cerraran la tapa de su propio féretro. Comenzó a patear la puerta, a desgañitarse, a repetir el nombre de Rafa, por favor, por favor, por favor.

Los policías y Paco intentaron calmarlo, pero él los recibió a puñetazos. Asustados y temerosos, tuvieron que apartarse. Paco había recibido un golpe en pleno ojo que, en pocos segundos, se le hinchó como un globo amoratado. Uno de los compañeros pidió refuerzos por radio.

Iván volvió a dirigir sus golpes contra la puerta, una lápida de mármol blanco, dura y fría. Poco a poco, el impacto de los puñetazos y las patadas fueron perdiendo potencia. El inspector estaba extenuado. Se había meado encima. Pero tenía que seguir. Rafa, por favor, por favor, por favor.

Otro disparo atronó dentro de la Stendhal.

## 2. SÁBADO POR LA TARDE

---

Los refuerzos llegaron pasados diez minutos. Tres coches patrulla, con sus correspondientes parejas de policías, más un vehículo de la unidad de rescate de los bomberos y una ambulancia. Encontraron a Iván con la frente derrotada pegada a la puerta. Entre sus cejas brillaba un hematoma de un inquietante tono verduzco. Sus nudillos ensangrentados y descarnados, tras haber dibujado un cuadro abstracto sobre la puerta cerrada, seguían aporreándola, aunque sus golpes eran ya meros topetazos inofensivos y cansinos. Más tarde, uno de los dos sanitarios que habían llegado con la ambulancia le señalaría los dos dedos de los pies y los tres de las manos rotos o astillados que padecía como consecuencia de su improductivo empeño. Con todo, hicieron falta seis hombres para apartarlo y alguno salió bastante mal parado, con moretones, arañazos y hasta un par de dentelladas.

Durante unos minutos, solo se oyó el chirrido de la motosierra. Sin embargo, cuando el bombero que la manejaba consiguió abrir un boquete de un metro cuadrado y entró en la Stendhal, descorriendo el pestillo y abriendo la puerta, la multitud agolpada dejó de contener la respiración y exhaló, casi al unísono, un suspiro de alivio.

Rafa se restregaba los ojos con los dorsos de las manos, le costaba un mundo enfocar la mirada y no se tenía en pie. Pero estaba vivo.

El bombero lo sacó en volandas a través del boquete y lo depositó en los brazos de un segundo bombero que, a su vez, lo llevó corriendo al pasillo donde, derrumbado, desolado y extenuado, estaba Iván, a quien alguien le había echado previamente su abrigo por encima. Al principio, el inspector no pudo identificar qué era aquel bulto que le entregaban casi como una ofrenda. Lanzó al bombero una mirada de oscura extrañeza, y aquel se la devolvió húmeda y brillante de felicidad.

Iván permaneció sentado en el pasillo con Rafa en sus brazos durante casi media hora, llorando, ajeno al ajetreo a su alrededor. Más de una decena de personas trasegaban concentradas en sus respectivos quehaceres, sin coordinación aparente, aunque, poco a poco, uno de los policías que habían llegado en primer lugar y el bombero de la motosierra se fueron erigiendo en codirectores de orquesta. Pronto consiguieron despejar la escena de actores secundarios y que los restantes, los imprescindibles, cesaran de empujarse y de pisarse unos a otros. Uno de los sanitarios logró convencer al inspector de que trasladara a Rafa a la ambulancia que los estaba esperando en la puerta de la sauna para realizarle una exploración médica de urgencia, previa a su traslado al hospital.

Eran cerca de las dos de la tarde. La hora de los primeros telediarios. La luz del sol lo deslumbró, pero no tanto como el bramido de la muchedumbre que, móviles en alto, grababa su salida de la BlackSun tras el perímetro establecido en torno a la puerta de entrada. Una manada de reporteros profesionales y aficionados que tomaban imágenes del paseíllo del inspector hasta la ambulancia, con la misma eufórica expectación que en la alfombra roja de los Goya.

Iván solo accedió a soltar a Rafa cuando lo conectaron al electrocardiógrafo y, ni aun así, dejó de coger su mano. Su hijo, que poco a poco estaba despertando, se dejaba hacer plácidamente por el sanitario. El semblante tranquilo de ambos transmitió una enorme paz al padre, que en todo aquel tiempo no había podido contener un torrente de lágrimas.

Diosdado entró en la ambulancia y cerró la puerta tras de sí. Estaban apretados, pero los buitres de fuera no les dejaban otra alternativa. El comisario traía en sus manos una bolsa de plástico precintada y transparente con un teléfono en su interior. Iván calculó que, en apenas una semana, había perdido tres móviles, pero aquel en concreto no le sonaba.

—Es el de Felipe —dijo Diosdado.

—¿De quién?

—De Pipe, coño. ¿De quién va a ser? —dijo conteniendo en el último segundo una tos díscola—. Te lo traigo para que leas el wasap que recibió el hijo de puta ese justo antes de que...

—Antes de que yo intentara meterle una bala en la nuca —Iván concluyó la frase por su jefe, atacado por un implacable acceso de tos.

—Antes de que el muy cabrón se suicidara —pudo decir al fin con la cara roja como un antiguo Primero de Mayo—. El wasap es de Braulio, el padre de Ale.

El inspector recibió la noticia como si el caso ya no fuera con él. En cambio, observó con detenimiento el rostro ojeroso y cansado de su jefe. Más le valdría recomponerse si tenía que volver a salir para satisfacer la curiosidad pública, como era su obligación, como le recordaban todos los días los titulares de la prensa.

—¿No te interesa saber qué le dijo?

—No —contestó Iván.

—Bueno, pedazo de capullo —le espetó el comisario, que impostaba un tono agrio que no le salía del todo bien—. Te lo voy a leer de todos modos. — Pulsó el teclado del aparato por encima del plástico—. Dice: «Si es verdad que existe el infierno, no pararé hasta que te reúnas allí con tu madre, para que los dos sufráis el mismo dolor que le habéis causado a mi familia».

—No tuvo que esperar mucho —dijo Iván con desgana, con la cara vuelta hacia Rafa.

Su hijo le estaba contando al sanitario cómo se encontraba. Aunque su voz era un susurro infantil, comenzaba a notársele más despejado. Iván se preguntó cuánto recordaría de lo sucedido aquellos dos días. Aparentemente, muy poco o nada. Daba la impresión de estar descendiendo de una nube narcótica. Por propia experiencia, sabía que el bajón anímico le llegaría a lo largo de los próximos días, pero ese precio era mínimo si se comparaba con el que habría tenido que pagar de haber permanecido fresco y consciente todas las horas que Pipe lo había tenido secuestrado.

De pronto, cayó en la cuenta de que no había comprobado algo esencial. Empujó al sanitario contra la pared, quien profirió un grito, más por el susto que por la fuerza del empujón. Ante la mirada atónita de los presentes, sin mediar palabra, Iván buscó a la desesperada los pies de su hijo Rafa y, más concretamente, los dedos del izquierdo.

## 1. UN MES, TRES SEMANAS Y DOS DÍAS MÁS TARDE

---

«Te hemos echado de menos», rezaba la nota anónima que acompañaba al ramo de flores que descansaba sobre la mesa de su despacho. Un ramo precioso, por cierto, de rosas blancas y lirios naranjas. Nunca nadie antes le había regalado flores. Tenía que haber sido Pilar, claro. Aunque la agente Ojeda hubiera usado la aséptica primera persona del plural, Iván daba por sentado que aquel detalle era solo suyo.

El segundo lunes del mes de enero fue el primer día del inspector De Pablos en su despacho después del descanso que se había tomado, casi obligado por un insistente Diosdado. De no haber sido por las navidades, Iván no habría podido ver a Rafa durante aquellos dos meses. Alicia había solicitado ante el juez su custodia exclusiva tan solo tres días después de la liberación de su hijo. Tres días después del *incidente*, como ella lo denominaba. Aunque el fallo judicial se había dilatado en el tiempo por culpa de las vacaciones y, de hecho, aún no se había producido, desde el minuto uno aquella suerte de madre leona en que se había transformado Alicia había prohibido a Iván cualquier contacto con Rafa. El inspector, a su vez, podría haberla denunciado, pero rehusó hacerlo, ya que sabía cuán ridículas eran sus probabilidades de éxito.

Tampoco tenía muy claro que a su hijo le hubiese apetecido verlo. El único rato que pudieron pasar juntos, la tarde del día de Navidad, Iván lo llevó a dar una vuelta por el centro y a cenar en el San Piero. Charlaron sobre las clases, los exámenes, los compañeros y otras trivialidades. En realidad, fue más una batería de preguntas huecas que Rafa se limitó a contestar con monosílabos, y algunas ni eso. Pasaron de puntillas por el incidente. Poco después, Iván supo por Diosdado que el chaval estaba viendo a un psicólogo. Rafa conservaba todos los dedos, pero ¿qué otra cosa, no solo física, pudo

haberle amputado el miserable de Pipe? Iván no se atrevió a preguntarle ni a Alicia ni al propio Rafa.

Aquel día de Navidad había sido Carlos quien se había encargado de llevar y recoger a Rafa en el apartamento de Iván. Desde el incidente, su ex no solo se negaba a dirigirle la palabra, sino que no quería coincidir con él siquiera. Hasta la petición de custodia exclusiva se la comunicó a través del forense. El único contacto directo fue un wasap que ella le envió por error el día dos de enero. «Querido, han llamado del INT, no pueden enviarte los resultados que estabas esperando porque tienes la bandeja de entrada llena y devuelve los correos. ¿Ves cómo no era culpa de mi servidor?». Vaya, se dijo Iván, sí que han cambiado las cosas. Más que ese «querido» con el que arrancaba el mensaje, lo que llamó su atención fueron las labores de secretaria que estaba ejerciendo con Carlos. Así que, por fin, había sido el ínclito, el preclaro y renombrado doctor Sepúlveda, quien había conseguido domeñar a Alicia.

—¿Qué pasa, que no te han gustado? Es un *ram preciós*.

Pilar entró iluminando hasta el último rincón del despacho con su amplia sonrisa, igual que los gases nobles ocupan todo el espacio disponible. Se dieron dos besos y un largo abrazo.

—Claro que sí, mujer —respondió Iván—. No me has dado tiempo de llamarte y agradecértelo.

—Más te vale o me las llevo a mi despacho.

Iván la miró empinando una ceja, hasta que cayó en la cuenta.

—¡Ah, es cierto! ¿Ya es oficial?

—Todavía no —contestó arrebolada—. Pero aquí ya lo sabe hasta Eladio.

—Se dice «lo sabe hasta el Tato».

—No sé quién es ese señor, yo me refiero a Eladio.

—¿Quién?

—¿Quién va a ser? El ciego que vende cupones de la ONCE en la puerta de la comisaría.

Después de tantos años allí y después de la infinidad de veces en que se había cruzado con él, era la primera vez que Iván oía el nombre del cuponero, en tanto que ella, en unos pocos meses, ya se traía con él una familiaridad más propia del sur que de su tierra.

—Y que conste —continuó diciendo Pilar— que yo no he abierto la boca. Porque lo del rango y el despacho propio suena muy bien, pero *el sou segueix sent una merda*.

—¿Y en cristiano? Solo he pillado la última palabra.

—El sueldo —contestó la flamante subinspectora mientras se entretenía en dar un par de innecesarios retoques a las flores—. Una mierda.

Si un químico inventara una pastilla de éxtasis que provocase un subidón de buen humor como el que provocaba Pilar, tendría asegurado un lugar preferente en la orla de los narcos, pensó Iván. Si de él dependiera, hasta el premio Nobel.

Tampoco ellos se habían visto a lo largo de aquellas semanas, aunque habían hablado con cierta frecuencia, sobre todo para cerrar el caso de Ale y de A&P. Para cerrar el dichoso incidente.

—Tienes un aspecto estupendo. Estás saliendo poco, ¿no?

—Ha habido de todo —contestó Iván—. La diferencia es que he podido descansar y recuperarme: no he madrugado, he hecho mis tres o cuatro comidas diarias y hasta he vuelto al gimnasio después de no sé cuánto tiempo.

—Me alegro por ti.

Pilar había dicho aquello mientras se percataba de una carpeta que alguien había dejado al lado de su ramo de flores, sobre la mesa de Iván, que él no había visto hasta aquel momento. La abrió para que ambos pudieran ver su contenido.

—El informe toxicológico de Ale. Lo acaban de enviar desde el Instituto Nacional de Toxicología.

—Sí, me estaba fijando en el logo —dijo Pilar—. ¿Cómo es que te lo envían a ti y no al forense directamente?

—Carlos tiene problemas con su correo electrónico. Me enteré de casualidad hace unos días por un wasap de Alicia. Iba dirigido a él, pero se confundió y me lo envió a mí.

Iván advirtió por su gesto que Pilar se sentía más incómoda que él al hablar de su ex.

—Tengo entendido que las cosas no han mejorado mucho entre vosotros, ¿no?

—Yo más bien diría que han ido a peor —respondió Iván—. Para serte sincero, no la culpo. ¿Sabes que Rafa va al psicólogo? Creo que ella también, aunque no me lo haya dicho.

—Algo me llegó.

—Joder, esta comisaría es un patio de vecinas.

—Me lo contó Diosdado —dijo Pilar con su voz más dulce—. Hemos hablado mucho de ti. Estábamos preocupados.

Iván sonrió con franqueza. Ella le devolvió la sonrisa mientras señalaba la carpeta.

—¿Quieres que me la lleve y la archive con el resto del expediente?

—Sí, por favor. Quiero darle el cerrojazo al caso y tengo que ponerme al día con un montón de papeleo. Aunque no quisiera importunarla, señora subinspectora —añadió Iván con socarronería—, que usted ya debe de tener ocupaciones más importantes que atender.

—Sí. Hoy mismo tengo audiencia con el hermano mayor de la Macarena.

—Vaya, vaya, ahora sí que es oficial: ya eres más sevillana que yo.

Ambos rieron, al tiempo que Pilar salía del despacho con unos andares que no podían disimular su satisfacción.

Iván encendió su ordenador. Mientras el disco duro arrancaba escupiendo una serie de crujidos fatigosos, resonaban en su cabeza sus propias palabras sobre cerrar el caso de una vez por todas. Todos aquellos días que había estado fuera se había dicho a sí mismo que eso era algo que debía hacer cuanto antes, para intentar devolverse algo de tranquilidad. No es que fuera a alcanzar con ello la paz interior; él no sabía, ni pretendía saber, qué era esa quimera, pero estaba convencido de que, hasta que no lo hiciera, su vida permanecería atrapada en las últimas horas que pasó en la BlackSun. Faltaba echar el último pestillo dentro de su cabeza.

Para ello todavía tenía que dar respuesta a la pregunta que ya antes había formulado varias veces, pero que, en el momento en que vio cómo la ambulancia se alejaba con Rafa camino del hospital, empezó a subir en decibelios y en complejidad, transformándose con el paso de los días en una chicharra molesta, hasta el punto de que, la noche del domingo previo a su reincorporación al trabajo, la pregunta le martilleaba las sienes como una sinfonía desafinada de cencerros que le impedían concentrarse, pensar y dormir: ¿Qué había visto Ale en Sevilla Central la mañana de su muerte que lo llevó a huir espantado?

De los posibles testigos del, *a priori*, fallido rodaje, el único que todavía seguía con vida era Santi. En el fondo, Iván sentía lástima por el actor porno. Le parecía un pobre hombre, un descerebrado insensible. Un tonto cuyo futuro, a pesar de su cercanía a Pipe y a Encarna, no pintaba sin embargo demasiado negro. Era cierto que, tal y como el inspector había sospechado, los restos que hallaron en sus botas coincidieron con el barro de la Raya, aunque aquello no dejaba de ser una prueba circunstancial. De hecho, Santi no dudó en confirmar que se dejaba caer con frecuencia por la zona de *cruising*, bien solo, con Pedro, su pareja, o bien con otros amigos. Dato que fue corroborado con facilidad. También lo era que al imbécil se le había acusado de cómplice en la trama de grabación y distribución de películas



ilegales, pero, dado que no se habían localizado más cintas de vídeo y que nadie había presentado denuncia alguna relacionada con dicho negocio, al actor solo se le imputaron varios cargos menores, el más grave de todos el de ridícula obstrucción a la justicia. Por otra parte, el Lery estaba dispuesto a testificar en su contra y a contar ante un juez el episodio que Santi había protagonizado con el gran danés, pero ¿y qué? Ni el testigo era muy fiable ni los cargos lo suficientemente graves. El resultado era que Santi se encontraba en libertad bajo fianza y a la espera de un juicio del que con casi toda seguridad saldría indemne. Aquello facilitó su localización.

El inspector lo citó en la comisaría a las diez de la mañana. Compareció puntual y solo, como se le había indicado. Aunque seguía estando de muy buen ver, advirtió que Santi había dejado de cuidarse: sus bíceps ya no estaban hipertrofiados y su tableta de abdominales había desaparecido, sepultada bajo una generosa barriga. Aquello le hizo suponer que, quizás con la idea de mantener un perfil discreto, el actor había permanecido alejado de sus espectáculos todo aquel tiempo. De haber querido, habría tenido más espectadores que nunca gracias al morbo de ver en acción a uno de los personajes del caso que, junto con el de la manada de Sevilla, más titulares había regalado en los últimos meses. Podría haberse forrado.

—Te he llamado para hacerte unas preguntas que nos han surgido a última hora —comenzó aclarando el inspector—. Esto no es un interrogatorio oficial. Como verás —dijo girando en el aire ambas manos a su alrededor—, no estamos en la sala de interrogatorios, sino donde mi equipo y yo nos reunimos para hablar de los casos. No se te acusa de nada nuevo y, por supuesto, nada de lo que me cuentes va a suponer un cambio en tu situación, ni a mejor ni a peor, ¿entendido?

Pilar y él acordaron que aquel sería el formato. Una entrevista informal en la que, para no apabullar a Santi, ella no estaría presente. Como le había dicho a la subinspectora, Iván no tenía intención de abrir ninguna vía nueva de investigación.

—Algo no nos termina de encajar.

—Yo ya he dicho todo lo que tenía que decir. Si he accedido a venir sin mi abogado ha sido porque no tengo nada que ocultar. Espero que no me hagas arrepentirme.

Desde que había entrado por la puerta, Santi lo miraba como si se acabaran de conocer. Lo que no sabía era que a Iván aquella actitud le facilitaba su reincorporación y la vuelta al caso. Una cierta distancia. Otra perspectiva.

—Sí, ya lo sabemos, que tú te limitabas a hacer lo que mejor sabes hacer: follar por dinero. Que no estabas al tanto del negocio, que ellos no te contaban nada, que tú no preguntabas, y que bla, bla, bla...

—No hay ningún bla, bla, bla. No hay nada que añadir.

—Sin embargo —dijo Iván mirándolo a los ojos en silencio y obligándolo a que él le devolviera la mirada—, estoy seguro de que no lo has contado todo. Y créeme si te digo que me parece muy bien. Para qué arriesgarte dando detalles, ¿no es cierto? Yo en tu lugar haría lo mismo.

Iván y Santi estaban sentados frente a frente, pero, entonces, el inspector se levantó y ocupó otra silla a la derecha del actor, obligándolo a girar la cabeza hacia él. Sus rodillas se rozaron. Santi apartó la suya con un pequeño respingo.

—Santi, no quiero saber qué sucedió en los otros rodajes. Ni siquiera te voy a preguntar por las escenas que grabaste con aquel gran danés que tanta lástima me dijiste que te daba.

—No sé de qué me hablas.

—Muy bien. Te repito que eso no me interesa. Tampoco el negocio. Cada uno se gana la vida como puede. Que me lo digan a mí, como tú sabes. Solo estoy interesado en la mañana en que Ale fue a la nave. Sé que estuviste allí.

—Nunca he afirmado tal cosa.

—Pero el Lery sí. Te ha delatado. Insiste en que tú eras el gancho, que tú lo llevaste a la nave. No me preguntes por qué. Llámalo intuición o qué sé yo, pero estoy convencido de que él dice la verdad y que tú...

—Él está en la cárcel y yo no —interrumpió el actor, que había empezado a tablear sobre la mesa con el anillo de casado.

—Conoces el motivo. Toda España lo conoce: a él lo han pillado por formar parte de la manada, por participar en la violación y por grabarlo todo en vídeo.

—Qué buen testigo os habéis buscado. Muy fiable.

—Por eso, Santi. Por eso recurro a ti. Porque, a pesar de que no estás siendo sincero del todo, aún me fío de tu palabra. Porque sé que, en el fondo, eres un buen tío que, por ingenuo, se ha visto superado por un marrón. —El actor dejó quieto el anillo. Iván percibió un leve tic en su mejilla izquierda, como si acabara de oler algo desagradable. Se acordó de las manos de Encarna—. Necesito que me ayudes, Santi. Por favor. Se lo debemos a los dos, tú y yo. Se lo debemos a Ale y a Roberto.

El inspector se había inclinado tanto hacia él que cualquiera que entrara en aquel momento podría pensar que estaban a punto de besarse. De hecho,

acababa de cogerle la mano por debajo de la mesa y Santi se había dejado.

—No sé qué más podría contar.

—Cualquier cosa —se apresuró a preguntar Iván—. Por ejemplo, ¿por qué Ale salió huyendo?

Santi cerró el puño bajo la mano del inspector, pero no lo retiró.

—Tuvo que haber algo que lo aterrorizara de verdad. Algo que no pudiera soportar. Por ejemplo —Iván trató de decirlo de un modo suave y despacio—, algo relacionado con la escena que estabais filmando. ¿De qué iba?

Santi se lo quedó mirando, pero, en realidad, no lo miraba. Iván sabía que estaba calibrando cada una de las sílabas de su respuesta:

—Iván, si no tenéis pruebas, no tenéis nada contra mí.

—Así es, pero antes o después encontraremos alguna grabación. Piensa que sería mejor que lo contaras ahora, de cara a una futura acusación —dijo el inspector asegurándose de sonar cercano—. ¿Qué puede ser tan horrible para que te empeñes en ocultarlo? ¿Zoofilia? ¿Pedofilia? ¿Torturas? ¿Asesinato?

—¡Allí no se mató a nadie! ¡No delante de mí!

Además de la súbita retirada de la mano debajo de la mesa, el inspector advirtió que el tic de Santi se le había extendido de la mejilla a la nariz y que, al instante, el propio actor lo hizo desaparecer. Había estado cerca y se le había escurrido. Iván tenía que probar por otro flanco.

—Está bien. Entiendo que no quieras hablar. De verdad que lo entiendo, Santi. Pero voy a serte sincero. Tengo que acabar con esto y no puedo. Aunque solo fuera por un minuto, me gustaría que te pusieras en mi lugar, que lo vieras como yo lo veo.

Iván se puso de pie y dio unos pasos por la sala. Se arregló el pantalón y se arremangó las mangas de la camisa antes de continuar:

—Déjame que te ponga un ejemplo, seguro que lo entiendes: me está sucediendo en este caso lo mismo que en ciertas noches blancas, ya sabes, cuando salimos de fiesta y acabamos de *chill* en *chill* hasta arriba de todo. Me pasa a veces que, después de tantas horas de colocón, llega un momento en que no me sube nada. Al mismo tiempo, empiezo a encontrarme terriblemente cansado, necesito meterme algo, lo que sea, aunque ya a esas alturas ni sé muy bien qué me apetece. Si una raya de coca o de mefe, si una pastilla o un chorro de GHB. No me aclaro. Hasta que alguien va y me pasa un simple chupito de vodka o un triste porro y así, como por arte de magia, esa tontería hace que me suba todo lo que me había metido hasta ese momento. Para que nos entendamos: te da un subidón de los buenos, de esos que hacen que tantas horas de fiesta hayan merecido la pena. —El actor torció los labios en una

mueca parecida a una sonrisa—. Lo que te estoy pidiendo es, amigo Santi, que me invites a algo que me proporcione ese subidón. Un nombre, una curiosidad, un gesto, lo que sea. Algún detalle que nos hayas ocultado o que, sencillamente, se te escapó en su momento y ahora ya no te atreves a desvelar. Quizás tú consideres que ya no tiene importancia, que se trata de una tontería, pero también puede que a mí esa gilipollez me sirva para dar un puto portazo a este puto caso de una puta vez.

Santi enmudeció. Miró en derredor. Se mordió el labio inferior. Cruzó las manos sobre los hombros abrazándose a sí mismo.

—Espectadores.

Lo había dicho con una voz tan baja que obligó a Iván a ocupar de nuevo su silla junto a él, a echarle un brazo por los hombros, a acercarse tanto a su cara como para oler su aliento.

—¿Cómo?

—Otras personas. En ocasiones había gente mirando mientras rodábamos.

—¿Qué gente? ¿Los conocías?

—A algunos sí —contestó Santi. Se escapó del abrazo y puso las manos sobre la mesa. Iván advirtió que su semblante también comenzaba a relajarse—. Como esos a los que tú también conociste: Toro y Edu, el encargado de la pescadería.

Iván arrugó el entrecejo recordando el incidente en Sevilla Central, la pérdida del móvil y su huida entre los puestos de pescados y mariscos. Tras la muerte de Encarna y Pipe, Pilar había interrogado a aquellos chulos, pero no había sacado nada en claro. Incluso les había dado tiempo a dismantelar sus negocios de trapicheo de droga en el mercado. Al final, no pudieron acusarlos de nada.

Siguiendo el camino de migas de pan que Santi le estaba señalando, a Iván se le ocurrió algo.

—Pero aquella mañana había alguien más, ¿no es cierto? Un mirón. Alguien que no has mencionado hasta ahora.

Santi asintió en silencio.

—¿Sabes quién era?

—Solo sé que era un hombre —dijo tras meditar la respuesta—, pero no te puedo dar ningún detalle porque siempre se quedaba en las sombras, oculto detrás de los focos. Te lo prometo, nunca llegué a verle la cara.

—¿Entonces? ¿Por qué lo mencionas? ¿Qué tenía de especial?

Santi enmudeció de pronto. Su gesto se había vuelto de piedra otra vez. Iván temió haber apretado más de la cuenta y haberlo espantado para siempre.

—Él no me pareció especial, porque ya te he dicho que no lo vi.

En aquel momento, la puerta de la sala de reuniones se abrió de par en par dando un sonoro golpe en la pared. Carlos irrumpió con la mirada distraída y el paso rápido.

—Buenos días. —Se paró en seco. Parecía no saber cómo continuar. La cara se le había pintado de rojo—. Disculpa, inspector. Disculpe usted también —dijo por fin con un leve tartamudeo que Iván no le había escuchado nunca—. Siento molestar, me habían dicho que andabas por aquí, pero no que estuvieras acompañado. Yo no...

Aunque había roto el momento de sinceridad alcanzado con Santi tras mucho esfuerzo, Iván no pudo por menos que sentir un enorme placer al ver al recto y exquisito doctor Sepúlveda tan afectado por el desliz de haber entrado sin llamar. Aquella descortesía era una oportunidad demasiado preciosa para una pequeña revancha que no iba a dejar pasar.

—¿Qué modales son estos, doctor? No son nada propios de alguien tan educado como tú.

Era tal la estupefacción en la cara del forense que Iván tuvo que obligarse a reprimir una carcajada. Carlos le estaba proporcionando uno de los momentos más divertidos de los últimos meses.

—Venía a pedirte el informe toxicológico que te han enviado desde el INT. —Sus ojos se habían posado en algún punto sobre la gran mesa de reuniones y se resistían a despegarse de allí. El presuntuoso médico evitaba a toda costa mirar a la cara a Iván, mucho menos a Santi. ¡Cómo iba a permitir que un extraño fuera testigo de su vergüenza!—. Me han llamado de Madrid, dicen que te han enviado una copia.

—Si te esperas un poco...

—Me corre prisa, inspector.

—Entonces, acércate al despacho de la subinspectora Ojeda. Dile que vas de mi parte y que te lo dé.

Carlos se dio media vuelta y salió con la misma rapidez con la que había entrado. Sin embargo, Iván quería disfrutar hasta el último instante:

—¡De nada, figura! —exclamó antes de perderlo de vista.

El inspector empujó hacia atrás el respaldo de la silla elevando las dos patas delanteras y entrelazando los dedos de las manos en la nuca. Sonrió con satisfacción hasta que reparó en Santi. El actor llevaba un rato observándolo con cara de no haberse enterado de lo que acababa de presenciar.

—Disculpa, Santi. ¿Por dónde íbamos?

—Quiero irme ya.

—¡No, hombre, espera!

Pero Santi ya se había puesto de pie. Iván comprendió que aquel tren había pasado de largo. Un enojoso sentimiento de frustración se apoderó de él.

—Venga, Santi... —insistió—. Seguro que recuerdas algo más.

—En serio, tengo que irme.

—Antes de que nos interrumpieran, me estabas diciendo que el tipo aquel no tenía nada de especial, que no le viste la cara. —Iván retenía a Santi por el brazo—. Sin embargo, lo has mencionado por algo más. ¿No es así?

El actor trató de zafarse, pero Iván apretó con más fuerza sobre el brazo. Un apretón similar al que le había dado la noche que se conocieron en el Tanke. Solo habían pasado un par de meses, pero parecía mucho más tiempo.

—Me estás haciendo daño.

—Vamos, hombre.

—Pero...

—Por favor, dime algo más. ¡Lo que sea!

—¡Joder, tío! ¡Vale ya! —exclamó Santi—. ¡Sus gustos! ¡Sus gustos eran muy especiales!

Santi dio un tirón y logró liberarse por fin de la tenaza del inspector. Le dirigió una última mirada iracunda y se marchó farfullando entre dientes.

Iván se quedó a solas con su confusión. Le dolían los dedos de la mano, le dolía haber sido tan estúpido y, sobre todo, lo que más le dolían eran las nuevas preguntas sin respuesta: ¿Quién era el espectador desconocido? ¿Cuáles eran esos gustos especiales? ¿Por qué eso era tan significativo en un ambiente en el que, por definición, todos los gustos ya son especiales?

Joder. Había convocado a Santi para dar carpetazo al asunto y se hallaba justo estrenando una carpeta con olor a nuevo. Joder.

Fue a casa, comió y se echó una siesta. Cuando despertó, no solo no había dejado de sentirse como un imbécil, sino que, además, se encontraba de muy mal humor. ¡En cuán poco tiempo había vuelto a la jodida realidad! Solo dos días reincorporado y ya estaba otra vez amargado, como si el lapso navideño hubiera sido un espejismo, un parpadeo, nada. Para escupir las telarañas de su paladar, se preparó un vodka cortito con tónica. El domingo anterior se había prometido a sí mismo no consumir nada hasta, por lo menos, el jueves. Era martes.

A las ocho se metió dos rayas de coca. A las once, cuando ya llevaba tres copas y seis rayas, seguía sin poder centrar los pensamientos. Saltaban de

Pipe a Encarna, de Ale a Roberto, de Alicia a Carlos, de Diosdado a Pilar, de A&P a Rafa. No cenó. Se vistió y salió a dar una vuelta.

Estuvo en el Caballero y en el Kavafis. Había poca gente, pero no le importó. No tenía ganas de ver a nadie.

A las dos ya estaba de vuelta en casa y sin follar. Se tomó un Orfidal, se masturbó y se acostó. A las cuatro lo despertó el teléfono. Llamaban de la comisaría. Pedro, alias Hard Rock, había encontrado el cadáver de su marido, Santi, el también actor porno, al volver a casa. Causa de la muerte: infarto de miocardio. No tardó en vestirse y se plantó en menos de veinte minutos en la comisaría.

La reunión revivía una escena de meses atrás. Diosdado, Pilar e Iván trazaban la estrategia para afrontar el caso. ¿El nuevo caso? Las circunstancias volvían a resultar tan jugosas para la prensa que lo primero que acordaron, intentando huir de mediáticos paralelismos entre la muerte de Ale y la de Santi, fue que sería el mismo comisario, y no Pilar, quien lidiaría en aquella ocasión con los buitres que acechaban a las puertas de la comisaría, pertrechados con sus bolígrafos, sus grabadoras, sus cámaras y sus sobradas dosis de mala leche. El desconcierto era el sentimiento predominante en el equipo. No sabían si tenían que volver a empezar desde el principio o si estaban ante una maldita casualidad: otro infarto, de otro gay, relacionado con el primero.

—Demasiada coincidencia —repetía Iván una y otra vez—. No me lo creo.

—Joder, a veces estas cosas son así. No tenemos por qué sospechar siempre.

—Eso cuéntaselo a la jauría de periodistas que te está esperando ahí fuera.

—No pienso darles más carnaza.

—Si no se la damos nosotros, se la inventarán ellos —sentenció Iván—, como siempre.

Pilar guardaba silencio. El inspector la miraba de tanto en tanto; sabía que aquella cabeza privilegiada estaba dándole vueltas a algo como una lavadora, pero que no soltaría prenda hasta que no terminara de centrifugarla.

—Y, encima, se muere el mismo día que tú lo interrogas —continuó diciendo Diosdado.

—No fue un interrogatorio, sino una entrevista.

—¡Mis cojones! —Hacía mucho que Iván no oía las toses del comisario—. ¿De qué coño hablasteis, si se puede saber?

—Ya te lo he dicho. Lo único destacado y novedoso respecto a lo que ya teníamos es que aquella mañana había alguien más en la nave.

—Y eso te lleva a pensar que ese desconocido ha tenido algo que ver con que Santi la haya palmado.

—Podría ser.

—¡Pero si ha sido un infarto, hostias! Ese tío también se ponía hasta arriba de todo y, además, se atiborraba de viagras para actuar. Tú mismo me lo explicaste, que las azules mezcladas con el póper ese de los cojones pueden provocar un infarto, ¿no?

El comisario comenzó a atragantarse y a ponerse colorado. Un brillo acuoso se asomó a sus ojos. Iván esperó a que se recuperara antes de continuar.

—Lo de Ale también fue infarto, y mira hasta dónde nos llevó.

Diosdado levantó las manos.

—Me rindo. Os dejo para que sigáis jugando a los detectives. Yo me voy a hacer mi declaración. Intentaré salirme por la tangente y dar pocas explicaciones. De todos modos —añadió ya desde la puerta—, tampoco las tengo.

Cuando se quedaron a solas, Pilar e Iván permanecieron callados unos minutos. La subinspectora salió de la sala de reuniones y volvió al poco con tres archivadores de cartón. Una a una, fue sacando de su interior todas las carpetas que conformaban el expediente del caso.

Siguieron sin despegar los labios mientras Pilar se dedicó a repartírselas. Habían decidido repasar el caso al completo. Estaban convencidos de que la solución se escondía entre aquellos cientos de páginas con los que estaban comenzando a forrar la superficie de la mesa. Empezaron por el principio, por el momento en que Paco halló el cuerpo sin vida de Ale en la cabina de la sauna.

Ahí estaba el informe toxicológico que Carlos había venido a buscar a la comisaría el día anterior. Antes de entregárselo al forense, la infalible Pilar se había preocupado de hacer una copia para archivarla con el resto del expediente. Mientras se dedicaba a hojearlo, Iván no pudo esconder una sonrisa recordando el bochorno que había hecho pasar al novio de su ex. Se centró en el apartado de conclusiones. Se limitó a una lectura en diagonal y cerró la carpeta. Tomó otra de una de las cajas.

De repente, sintió la necesidad de volver a la anterior y la abrió de nuevo. Algo le había llamado la atención. Releyó las conclusiones, en aquella ocasión con más detenimiento. La sensación de que algo no terminaba de



cuadrar se intensificó. Agitado, se retrepó en la silla, tomó la carpeta en las manos y se aplicó a leerlo, pero desde el principio. Cuando concluyó, la sensación seguía allí soplándole en la nuca, pinchándolo en la frente.

Hasta que lo leyó por tercera vez y, entonces, lo vio. Cerró la carpeta. Sin mediar palabra, chasqueó los dedos en la cara de la subinspectora y se la tendió.

—¿Y bien? —le preguntó cuando ella aún no había terminado de leerlo—. ¿Algo que te haya sorprendido?

—No sé qué decirte, la verdad. Poco más aparte de lo que ya sabíamos, que Ale se metió todo lo habido y por haber: cocaína, eme, éxtasis, marihuana, Tina, GHB, etcétera, etcétera, etcétera. Un cóctel letal. Lo dicho, nada nuevo, ¿no?

—¿Y mefedrona?

Pilar rebuscó entre las hojas.

—Aquí consta que también había trazas, pero en concentraciones insignificantes en comparación con el resto de las sustancias.

—Y eso no te resulta extraño, ¿no?

El inspector disfrutaba viendo la cara de su compañera. Mostraba a las claras que estaba perdida y que empezaba a estar molesta por no saber adónde la quería llevar él.

—A mí sí —se contestó él mismo—. La sustancia de moda en el ambiente gay, sobre todo entre quienes practican *chemsex*, es la mefedrona. La *mefe*, la llaman coloquialmente. Y dentro de ese grupo está otro más selecto, el de los que practican *slam*. No quiero decir que no se inyecten las otras drogas, que en este mundo hay gente para todo, pero en las sesiones de sexo la mefe es la que triunfa. No el caballo, porque su viaje es tan fuerte que te deja como ausente o directamente te duerme, y así no hay quien folle; ni tampoco la coca, porque te dificulta la erección. —Iván no consideró necesario añadir que él mismo había sido testigo y parte de lo que acababa de contar en más de una sesión—. No hace falta que te recuerde que Pipe me obligó a pincharme mefe y a que se la pinchara también a Roberto el día que...

Iván no quiso terminar la frase. Aunque no lo habían hablado expresamente, sabía que el recuerdo de aquel día seguía doliéndole a Pilar tanto como a él. El día que Roberto murió.

Pero vio que la mecha de un nuevo brillo prendía en los ojos de su compañera, que acababa de atrapar el hilo de Iván.

—Lo que me estás queriendo decir es que, si no hubo mefedrona, es casi seguro que tampoco hubiera jeringuillas o que, cuando menos, habrían

resultado inusuales.

—Exacto —respondió el inspector asintiendo y reflexionando sobre la marcha—. Y si no hubo jeringuillas, está claro que no debería haber pinchazos. Lo cual casaría con la belonefobia de Ale.

—Pero, según el informe de la autopsia, Ale estaba *foradat*, agujereado. —El rubor escaló al semblante de Pilar ante su inesperada expresión.

—Como un colador —remató Iván. Cuánto había echado de menos el ingenuo pudor de su compañera.

Se sumergieron en sus cavilaciones en silencio hasta que, después de unos segundos, Iván pudo ver en su gesto de estupefacción que Pilar acababa de aterrizar en el mismo punto sin retorno donde él había aterrizado solo unos minutos antes.

—Podría tratarse de un error —dijo ella con timidez.

—¿Un error? ¿Carlos? ¿El doctor Sepúlveda? —preguntó, a punto de atragantarse con una carcajada fingida—. Vamos, subinspectora, que no se diga, a estas alturas...

Iván volvió a tomar la carpeta y a hojear el informe, pero, en realidad, ya no lo leía, buscaba concentrarse. Cuando giró la última página y depositó la carpeta sobre la mesa, se inclinó hacia adelante y dijo en tono confidencial:

—Vamos a asegurarnos, compañera.

Pasaron el resto de la mañana encerrados en la sala de reuniones. Pusieron sus móviles en modo silencioso. Dieron instrucciones para que no se les molestara bajo ningún concepto, salvo que se desatara el apocalipsis u otro evento de similar calibre. Iván todavía no tenía agenda y Pilar canceló la suya. El inspector bromeó a costa de la osadía de la subinspectora al posponer su cita con el hermano mayor de la Macarena. Aquello podría acarrearle, le advirtió entre risas, problemas más gordos que los suyos con los amigos de Asuntos Internos.

Poco antes de las dos de la tarde, cuando estaban a punto de hacer una pausa para el almuerzo, Pilar se levantó de la silla del confidente y le pidió a Iván que le cediera la suya, frente al ordenador. Él estaba terminando de leer en aquel momento el informe de balística sobre el incidente en la Stendhal. Con cada frase que leía se le erizaban los vellos de la nuca.

—¿Has visto algo?

—No paro de darle vueltas a la carta que te escribió Pipe. —Como si fuera un incunable de la Biblioteca Nacional, con un tacto exquisito la subinspectora sacó de su funda de plástico los folios mecanografiados—. En concreto, a este párrafo —señaló con el dedo—, cuando dice:

*Para empezar, he de decirte, taxativamente y sin ambages, que ni mamá ni yo tuvimos nada que ver con la muerte del desdichado Joseale (me vas a perdonar, pero sigo sin acostumbrarme, y creo que jamás lo haré, a llamarlo Ale a secas. Siento como si se me quedara corto). El que una vez fue mi mejor amigo se presentó una mañana en nuestra nave dispuesto a rodar la película. ¿Te puedes creer que, cuando descubrió que éramos nosotros quienes llevábamos el negocio, no le dio demasiada importancia? Yo creo que porque iba muy drogado. Hasta he llegado a pensar que nunca llegó a reconocernos, o que creía que se trataba de algún tipo de efecto alucinógeno de las drogas. Si hasta se dejó cortar el dedo sin la mínima queja (más adelante te hablaré de este asunto). Pero luego, cuando ya estábamos rodando, se arrepintió y se fue. Te juro que no hay más. Lo que ocurriera después escapa de nuestro conocimiento. Ahora tú puedes pensar lo que te dé la gana, pero te juro por mamá que esa es la verdad.*

—Creo que sé por dónde vas —dijo Iván tomando de sus manos la carta de Pipe.

—Vale que Ale fuera muy drogado y borracho. Vale que reconociera a su amiguito y que decidiera continuar, o que ni siquiera lo reconociera. Vale que se dejara amputar el dedo y, aun así, venga, a seguir con la salvajada aquella. Pero a continuación vio o le sucedió algo que lo echó para atrás. Algo tan fuerte como para que Santi se obstinara en ocultarlo, por mucho que tú intentaras sonsacárselo.

—Y, además, con un misterioso testigo —dijo Iván pensativo—. En vez de marcharse a casa, Ale va después a la sauna, donde se encuentra con A&P. Tuvieron que hablar de lo ocurrido. Allí se drogan más, hasta que a Ale le revienta el corazón, probablemente porque el material está adulterado.

—¿Y por qué solo le afecta a Ale? ¿A&P no se metió nada?

—Me extraña. De hecho...

—Efectivamente —interrumpió Pilar—. La bolsa de cocaína que encontraste en su apartamento y que consumiste esa misma noche. Si estaba adulterada, ¿por qué la iba a conservar A&P?

—Entera esa noche, no —interrumpió entonces él con un levísimo color en las mejillas.

—A mí eso me da igual. Me habría importado si a ti también te hubiera reventado el corazón. Por fortuna, ni a A&P ni a ti os dio el mismo viaje que a Ale.

Iván estaba encantado con la forma en que sus razonamientos se complementaban y se enriquecían unos a otros. Las vías paralelas por las que discurrían sus deducciones reforzaban su seguridad en ellas y lo impulsaban a querer avanzar un paso más, y otro más. Podía percibir en su emoción que a ella le estaba sucediendo lo mismo.

—Por eso se me ha ocurrido algo, aunque no sé si te va a gustar —dijo Pilar.

—Viniendo de ti, seguro que sí —respondió él. Le gustaba verla colorada.

—Voy a volver a entrar en el ordenador de Carlos.

Iván se la quedó mirando con la boca y los ojos muy abiertos. Habían vuelto a llegar a un mismo destino, pero reconoció que, en cierto modo, él había demorado un poco su llegada. La intuición le decía que la clave estaba en el dichoso informe preliminar de la autopsia redactado por el forense, pero las conclusiones a las que se estaban acercando le hacían ir con pies de plomo. Aquel era el informe que Pilar había obtenido antes de que se lo pasara Carlos porque, como le confesó a Iván, le había pirateado el ordenador para agilizar el papeleo. En palabras textuales, había tocado el timbre adecuado para conseguirlo. Fuera como fuese, según ese informe preliminar, no había dudas de que la muerte de Ale se había debido a un infarto de miocardio. Sin embargo, en aquel momento todavía no se disponía de los resultados toxicológicos. Ahora ya los tenían: sabían que Ale no se pinchó porque apenas habían hallado rastros de mefedrona en su sangre, y también sabían que en los laboratorios del INT no habían detectado ninguna adulteración en las otras drogas que hubo ingerido Ale —incluida la cocaína, que muy probablemente sería la misma que también se metería A&P y, después, el propio Iván—. Por lo tanto, o bien el doctor Carlos Sepúlveda, insigne forense de reconocido prestigio, se había equivocado. O bien...

—Lo que insinúas es un poco delicado, lo sabes, ¿no? —preguntó Iván con voz queda.

—Lo sé, y por eso te lo pregunto para asegurarme: ¿crees que es una idea muy descabellada?

—¿Que Carlos esté mintiendo? —respondió Iván—. Yo ya no me sorprendo de casi nada. Lo que no alcanzo siquiera a imaginar son sus motivos para hacerlo.

—Por eso me gustaría echarle un vistazo a sus archivos, sus notas, su correspondencia..., no sé... Por otra parte —Pilar dejó de teclear—, si alguien se da cuenta de que estamos metiendo las narices donde no debemos...

—Tocando los timbres adecuados.

Pilar no pudo disimular una sonrisa tensa.

—Pues eso. Si alguien se da cuenta, podría caernos una buena.

—Tranquila —dijo Iván riéndose—. Lo hacemos desde mi ordenador y, así, yo seré el único responsable. Dado mi historial, otra metedura de pata solo puede hundirme un par de centímetros más en la mierda.

Ella rio también, con una risa que transmitía mucha ternura. Después siguió moviendo los dedos a toda velocidad sobre el teclado. Aunque parecía disfrutar mucho con lo que estaba haciendo, Iván también la notaba nerviosa.

Al cabo de un rato, la flamante subinspectora paró de teclear y leyó en silencio el documento abierto en la pantalla. Aunque le mataba la curiosidad y la impaciencia, el inspector, que había aprovechado aquellos minutos para echarse un cigarrillo, prefirió no interrumpir. Unos segundos más tarde, los dedos de Pilar volvieron a teclear a gran velocidad. Y, de nuevo, otro documento apareció en pantalla.

—*Collons*.

Más que la interjección, fue la expresión de su cara lo que le había anunciado que Pilar había dado con algo gordo. Iván ya no pudo aguantar más.

—Subinspectora, me tienes de los nervios.

—*Merda*.

—¡Pilar!

El bramido de Iván la hizo reaccionar, pero, para sorpresa del inspector, no fue con un sobresalto, sino todo lo contrario. Muy despacio, se levantó y se aseguró de que el pestillo de la puerta estaba echado. Después, volvió a sentarse y giró la pantalla hacia él.

—He accedido a su disco duro. Te ahorraré los detalles técnicos. Solo te diré que no ha sido más difícil que entrar en tu portátil.

—Cosa que ya hiciste. También en mi móvil. —Iván le guiñó un ojo.

—Bueno, esa es otra historia. Y si lo hice, cosa que ni afirmo ni desmiento, fue por una buena causa. Para ayudar a resolver el caso.

—Igual que ahora.

—Eso es. Sigo. Como el doctor es tan metódico, navegar ha sido pan comido. Las carpetas, las subcarpetas y la denominación de los archivos guardan un orden y una lógica impecables. Lo tiene todo *net com* una patena. Útil y eficaz.

—Previsible y aburrido —corrigió el inspector.

—¿Te acuerdas de lo que te dije respecto a la papelera de reciclaje de Ale?

—Que la vaciaba con regularidad.

—Exacto. Pues el doctor Sepúlveda hace lo mismo. Lo borra todo.

Iván acababa de perderse. Quizás por ello la subinspectora le sonrió, tecleó, deslizó el ratón y le hizo una señal para que mirara a la pantalla.

—Conoces este documento, ¿verdad?

—Claro. Es el informe provisional de la autopsia de Ale. Lo habremos leído y releído una docena de veces.

—Así es. Mira la fecha. Debajo del título.

—Dieciocho de noviembre. El lunes. El día que me lo pasó a mí. Estaba en el tanatorio con Roberto.

—Ahora mira la fecha de creación del documento —dijo Pilar, al tiempo que abría la pestaña correspondiente a la información del archivo en el procesador de textos.

—El mismo día.

—Sí, pero fíjate en la hora. Las cuatro y veintitrés minutos de la mañana. Un poco extraño, ¿no te parece?

—A esa hora se había levantado el cadáver de Ale y acababa de llegar al Instituto de Medicina Legal, pero Carlos ya estaba en su casa. Se pondría con la autopsia unas horas más tarde. El lunes por la mañana, según me contó Alicia cuando la llamé ese mismo día.

—Sin embargo, ya había creado el documento. Demasiado previsor.

—O riguroso y puntilloso.

—O quizás no se fue directamente a casa desde la sauna, sino que acompañó al cadáver de Ale y, sobre la marcha, empezó a hacer la autopsia.

—¿A esas horas intempestivas? Demasiada diligencia, incluso para él. Recuerdo, además, que estaba de un humor de perros y tenía las mismas ganas de irse a casa que teníamos todos.

Pilar volvió a trastear entre los ficheros. Abría y cerraba carpetas a la velocidad del rayo. Los dedos sobre el teclado parecían los picos de diez gorriones devorando un saco de alpiste.

—No tanta diligencia, ni tanta prisa —corrigió Pilar con una nota de misterio y preocupación en su voz—. En el disco duro ya no hay más que rascar. Pero he entrado también en su correo electrónico. Justo a esa hora hizo algo que muchos hacemos: se envió el archivo a sí mismo para poder seguir trabajándolo desde cualquier otro ordenador. Al principio, no me di cuenta, porque luego borró ese correo recibido y ya no aparecía en la bandeja de

entrada. Pero mira, aquí está, en la bandeja de correos enviados. Este no lo borró.

Mientras hablaba, Pilar había abierto otro documento en pantalla con idénticos título y portada al anterior.

—Ahora, fíjate bien: este fue el primer informe provisional de la autopsia. Un borrador previo, distinto al que después te envió a ti. Tiene la misma fecha, pero se creó unos veinte minutos antes. Vamos al último párrafo. —La subinspectora se detuvo en la tercera página y señaló una frase muy concreta que marcó en amarillo fluorescente y puso en negrilla. Paró un segundo antes de avisar al inspector—. Si lo que dice esta frase es cierto, tenemos un problema serio, Iván.

Él estaba confundido con tanto galimatías informático que no le interesaba lo más mínimo, hasta que, al leer donde Pilar había detenido el puntero del ratón, se sintió estremecer de los pies a la nuca.

—Sujeto en estado de coma vegetativo —leyó Iván en voz alta.

A partir de aquel momento, el inspector dejó de pensar en Ale. Se levantó de un salto y la silla cayó al suelo. Salió de la sala de reuniones y corrió escaleras abajo hacia el aparcamiento, con Pilar corriendo detrás de él. Se montaron en un coche patrulla y encendieron la sirena. Conducía Iván. Tampoco pensaba ya en A&P ni en Roberto.

Hicieron todo el trayecto en silencio. A Iván le dolía la mandíbula de apretar los dientes y le sudaban las manos al volante. Se saltó tres semáforos en rojo. No pensaba ni en Pipe. Tampoco en Encarna.

Llegaron a Sevilla Este en menos de quince minutos. Al entrar en el zaguán de su antiguo bloque de pisos, ni siquiera pensaba en Alicia. Subieron las escaleras a toda velocidad. Ella le gritó algo a su espalda, pero él no la escuchaba. Porque tampoco podía ya pensar en su compañera. De hecho, ni siquiera pensaba en sí mismo.

Abrió la puerta de la que fuera su casa con las llaves que todavía conservaba, por muchas veces que Alicia se las hubiera pedido, pero él, sin saber muy bien por qué, se había resistido a dárselas. Entró como un vendaval. Estaba bañado en sudor y se sentía más concentrado que nunca.

—¡Rafa! ¿Estás aquí, Rafa? —exclamó Iván—. ¡Rafa, cariño, contéstame!

Entró en el dormitorio que durante años había compartido con Alicia. Allí la encontró tumbada en la cama mirándolo con extrañeza, mostrando un evidente esfuerzo por mantenerse despierta. A su lado, sentado al borde de la

cama, el doctor sujetaba la jeringuilla con la que acababa de inyectarle algún líquido.

Iván se giró, tomó la pistola de Pilar y apuntó a la cara del doctor.

—Tranquilo, Iván, no dispaes —dijo Carlos levantando las manos—. Se encuentra bien. Solo es un somnífero. Hace semanas que lo necesita para poder dormir. —Dejó la jeringuilla sobre la mesilla de noche y volvió a alzar la mano—. Rafa no está aquí. Esta noche se quedaba a dormir en casa de un amigo.

Pilar, muy despacio, con cuidado, se interpuso entre los dos hombres. Recuperó su pistola de la mano de Iván y le puso las esposas a Carlos.

—Doctor Sepúlveda, tendrás que acompañarnos a la comisaría, por favor.

—Con mucho gusto, subinspectora —respondió Carlos—, pero no me parece que esto sea necesario —dijo agitando las esposas en el aire.

—Me temo que esa decisión no le corresponde tomarla a usted, doctor.

En todo momento, Iván mantuvo clavada una mirada feroz sobre Carlos. Se esforzaba por recuperar la calma y el resuello y, sobre todo, se esforzaba por contener el impulso de estrangularlo allí mismo con sus propias manos. Sin embargo, cuando el insigne, el renombrado, el doctor forense don Carlos Sepúlveda pasó a su lado, ya no pudo sujetarse más:

—Lo mataste tú, hijo de puta, ¡fuiste tú!



## 0. DOS SEMANAS DESPUÉS

---

Amaneció un día limpio como un espejo sumergido en agua bendita. Con uno de esos cielos tan hermosamente brillantes que en otras circunstancias habrían puesto en duda su ateísmo recalcitrante. Sin embargo, aunque el clima le fuera propicio, aquel no sería el día de su conversión. A finales de enero, ya se había descolgado la primavera, tan adelantada como el invierno lo había hecho en noviembre. Todavía algunos belenes y espumillones lucían en unos cuantos escaparates cuando el termómetro comenzó a acercarse a los treinta grados, pillando desprevenidos, un año más, a los sevillanos. A Iván ya no le traía a cuenta avisar al técnico del gas hasta después del verano.

—Eso que me ahorro —se dijo, y después añadió en voz alta—: Estás hecho un campeón; has sobrevivido sin calefacción al invierno más duro de tu vida.

El inspector se había despertado con su particular bruma mental. De buena gana se habría quedado en la cama. Por mucho que el comisario le hubiese repetido que era absolutamente necesario, y aunque él fuese sin la menor duda de la misma opinión, entrevistarse con el doctor Carlos Sepúlveda, el insigne médico forense acusado de homicidio, amén de otros cargos menores, significaba ascender un penoso paso más en aquella cuesta empinada, infinita, en que se había convertido el caso. Porque, a pesar de que su resolución había sido rápida, el inspector tenía la sensación de que no se iba a terminar nunca. En tres palabras, estaba de él, del caso, hasta las narices.

Salió de su casa como si fuera a dar un paseo, intentando acordarse de qué día del mes era, dudando también entre miércoles o jueves. Las últimas dos semanas habían sido, otra vez, intensas, desconcertantes y desasosegantes.

Uno de los motivos era que Carlos no solo no había opuesto resistencia cuando lo detuvieron, sino que de inmediato había admitido todos los cargos. El problema estribaba en que, después, el doctor no había querido ratificar y

firmar su declaración inicial y no lo haría, manifestó, hasta que el inspector no accediera a entrevistarse con él a solas. Diosdado e Iván coincidían en que había otras maneras de llegar al mismo objetivo, la acusación formal del forense ante un juez, pero eran más largas y tediosas. Ya que habían llegado hasta allí en un tiempo razonablemente corto, ¿por qué no intentar cerrar el caso con la misma celeridad?

Dos semanas antes, después de que Iván y Pilar descubrieran que Ale había llegado vivo a la mesa de autopsias y arrestaran a Carlos, todos sus esfuerzos se concentraron en dar con los motivos que habían llevado al forense a destruir aquel primer informe y a sustituirlo por otro en el que, directamente, afirmaba que ya había ingresado cadáver. Aun en el caso de que Ale hubiera muerto en el IML, lo lógico habría sido que lo hubiera registrado en su informe. Poco a poco fueron construyendo un relato que el propio doctor Sepúlveda, en su primera declaración, ayudaría a completar, a confirmar y, a veces, a matizar. Un relato que ya solo faltaba que ratificara.

El relato comienza un año antes, cuando un hombre aficionado a películas de porno extremo es admitido en un foro de Internet especializado en ese tipo de cine. Al darse de alta en el foro, nadie le pregunta al anónimo usuario a qué se dedica y él no le dice a nadie que es médico forense, uno de los mejores de España, de hecho. Allí los usuarios se limitan a intercambiar títulos, recomendaciones, críticas y opiniones de películas, pero ninguno va más allá; los administradores no lo permiten. El propio Carlos no duda en denunciarlo a los administradores si un chat se sale de madre: si se vuelve demasiado grosero o si a algún forero le da por fardar de algún tipo de material audiovisual ilegal. Hasta que, una noche en que su pareja ha salido a cenar con su exmarido y el hijo de ambos, como hacen de cuando en cuando, el médico forense entra en el foro. Ha cenado solo y ha dado cuenta de media botella de tinto, mucho más de lo que suele ser habitual en él. Uno de los chats más animados y con mayor número de usuarios activos en ese momento versa sobre necrofilia, su especialidad. Al cabo de unos minutos de charla, un participante le solicita abrir un privado para hablar. Tras unas cuantas frases de tanteo y acercamiento prudente, el desconocido le reconoce que lleva un tiempo siguiendo sus intervenciones, que le encantan su seriedad y sus demostrados conocimientos sobre los placeres del sexo fúnebre. Halagado y confiado, Carlos comete la primera de muchas torpezas vanidosas: desvelar su profesión. A cambio, obtiene como respuesta la de su interlocutor, director de cine. Poco a poco, van afinando la conversación hasta que, casi sin darse cuenta, el doctor se encuentra interesándose por la grandísima cantidad de

dinero que se puede ganar filmando sexo con un cadáver real. ¿Y quién tiene fácil acceso a uno?

En un primer momento, Carlos rechaza la propuesta y hasta llega a amenazar al tipo con dar parte a los administradores del foro o, incluso, a la policía. El forense no sabe por qué no lo hace. Quizás, declarará luego, son las formas exquisitas de su anónimo interlocutor las que lo disuaden. Este vuelve a la carga unos días más tarde, ya con una propuesta económica en firme y un número de teléfono. A la tercera noche sin dormir, calculando sobre la almohada el número de años de trabajo como doctor que serían necesarios para ganar esa cantidad indecente de dinero, se decide a llamar. Total, a fin de cuentas, para él un cadáver no es más que carne y huesos. Órganos y fluidos. Materia en descomposición que, pronto y sin remedio, acabará bajo tierra o convertida en cenizas esparcidas al aire. ¿Por qué no?

Pasados unos días, llama a su pareja desde el trabajo para decirle que esa noche llegará tarde, que tiene trabajo atrasado. Más o menos a la misma hora, el forense autoriza el acceso de un vehículo al IML. A ningún empleado del Instituto le extraña encontrarse en el aparcamiento una furgoneta rotulada con el logotipo de una distribuidora mayorista de pescados congelados, la representación esquematizada de un iglú y, encima de él, un pingüino con las alas desplegadas abrazando la palabra EncaFrost. Ya de madrugada, se abren las puertas del muelle de carga del depósito, de cuyo interior sale Carlos empujando una camilla. El cuerpo en cuestión ha ingresado dos noches antes. Nadie lo ha reclamado aún y, dado que se trata de un joven de origen extranjero, es poco probable que lo vayan a hacer en breve. No obstante, el acuerdo al que el doctor ha llegado con el director de la película es que él acompañará al cuerpo en el trayecto en furgoneta y durante el tiempo que sea usado en la nave de Sevilla Central, donde se rodará la película. Así se asegura en persona el traerlo de vuelta cuando todo haya terminado. Carlos, previamente, ha advertido que en modo alguno participará en la escena. Lo suyo solo es mirar. Más adelante reconocerá que, con todo, el momento más inquietante y que más morbo le dio no fue la escena del acto sexual entre los dos actores presentes y el cadáver, sino el hecho de que el director amputara la falange distal del pie izquierdo del actor más joven y que este, drogado y anestesiado, se dejara hacer. Casi se diría que lo aceptaba de buen grado, como si aquello formara parte de los preliminares sexuales. Por parte del doctor, solo ver, oír y callar de manera anónima, en las sombras, protegido por la brillante luz de los focos. Tal es la actitud que mantiene durante ese y los siguientes rodajes.

En total, según el relato del forense —contrastado *a posteriori* con las fechas falsificadas en los informes a los que accederán el inspector y la subinspectora—, en un plazo de dos meses son cuatro los cuerpos que se toman prestados. El médico recalcará que ni a Alicia ni a Rafa les sorprendieron las vacaciones a todo plan de que disfrutaron aquel verano. Durante ellas no faltaron ni las compras caprichosas, ni las repetidas cenas a base de marisco fresco, ni las botellas de champán a media tarde solo porque sí, porque se lo merecían y les hacían felices.

A la vuelta del verano, y durante un tiempo, Carlos no recibe ningún pedido. Piensa que, quizás, la productora ha cambiado la temática de sus películas por otras en las que ya no son necesarios sus servicios o que, sencillamente, el negocio ha bajado la persiana para siempre. Hasta que, a mediados de noviembre, aquel tipo vuelve a contactar. Necesita un cuerpo para la mañana del domingo. Al principio, el guion es una réplica de los anteriores: Carlos elige un cadáver recién llegado al depósito, lo introduce en la furgoneta y lo traslada a la nave-plató. Allí le espera la mujer de siempre, una señora mayor que abre el enorme portón metálico y lo cierra con llave y candado detrás de ellos. Al rato llegan dos hombres. A Santi ya lo conoce de otras ocasiones. El otro es más joven y va muy pasado. Tanto que se somete a la mutilación del dedo sin enterarse. El problema surge al poco tiempo de empezar a rodar. Los dos hombres, ya desnudos, se besan y se tocan para entonarse. Entre beso y beso, entre caricia y caricia, Santi no para de invitar al novato a cocaína, de tal manera que este parece notar los efectos de inmediato, está cada vez más despierto y consciente. Mientras, la señora mayor, a la que el director llama mamá, ha destapado el cuerpo. Cuando Santi le pide a su *partenaire* que se arrime y este se da cuenta de que el tercero en la cama va a ser un hombre muerto, se niega en redondo, salta disparado fuera del escenario y comienza a vestirse a la carrera. Los otros tratan de convencerlo, pero el joven se resiste con tesón. El ambiente se crispa. La tensión aumenta. Se produce una breve escaramuza que se salda con algunos gritos y empujones, hasta que el muchacho logra zafarse y huye de allí corriendo. A Carlos no le hace gracia que el chico, cuando atraviesa la barrera de los focos en dirección a la salida, le vea la cara durante unos segundos, esos mismos que dedica a apropiarse de una cinta de vídeo antigua que alguien ha dejado olvidada por allí. Cuando los demás recuperan la calma, le piden que se tranquilice, que lo tienen todo bajo control. Conocen a ese joven y saben que no va a soltar prenda de lo que allí ha visto. De hecho, están tan

tranquilos que el otro hombre se ha quedado en el escenario, dispuesto a rodar él solo con el cadáver. Ya que está allí...

Después, Carlos devuelve el cuerpo al IML y se marcha a casa.

Pero esa misma noche, más bien ya de madrugada, la policía solicita sus servicios. Ha aparecido un muerto en una sauna masculina. Su sorpresa es mayúscula cuando descubre dos cosas: que la víctima es el joven novato que ha salido huyendo del rodaje esa misma mañana y que no está muerto, sino en coma a causa del cóctel de narcóticos que ha ingerido. Todo apunta al GHB. Él sabe que ese éxtasis líquido tan de moda, consumido en altas dosis, puede provocar ese estado de profunda inconsciencia, de apariencia cercana a la muerte para quien carezca de conocimientos de medicina. También sabe que la mezcla de viágras y póper es una bomba para el corazón. Asustado y, dado que todos los presentes, incluido el experimentado inspector al mando y exmarido de su actual pareja, han dado por sentado que el chaval está muerto, él les sigue la corriente. A todos los efectos, ha muerto. Y un muerto no delata a los ladrones de cadáveres.

Lo siguiente es fácil y difícil a la vez. Falsificar el informe provisional de la autopsia, muy fácil. Su gran error, dudar si hacerlo o no hasta el último momento. Escribe un primer borrador contando la verdad, que se envía a sí mismo, a su correo electrónico, para seguir trabajando sobre él en casa, pero lo borra y escribe otro, el que más tarde se convertirá en el oficial. Elimina el correo recibido, pero no cae en hacer lo mismo con el enviado.

Lo difícil es matar a Ale, sobre todo a partir de conocer su nombre. Aunque casi no ha tenido contacto con él, ya no se trata de un desconocido. Es cierto que solo es un pinchazo. Un único pinchazo con el que inyecta una gran cantidad de aire en su sistema circulatorio. Un pinchazo que provoca que Ale salga del coma para, acto seguido, entrar en parada cardiorrespiratoria.

Tras unos días de enorme inquietud, en los que apenas ha logrado pegar ojo, el hallazgo del cadáver de un camello, ese tal A&P, supone un cierto alivio para el forense. Si hallan a los culpables de su muerte, tendrán también a los de la muerte de Ale y él quedará libre de toda sospecha para siempre. No hay nada que pueda relacionarlo con ellos.

Si matar a Ale es difícil, más lo es matar a Santi. Cuando Carlos entra ensimismado en la sala de reuniones de la comisaría y lo ve con Iván, por poco le da un infarto. Sabe que el actor está siendo investigado, pero también que ha decidido no hablar. Todo el mundo es consciente, la opinión pública es consciente, de que con la muerte de Pipe y Encarna el caso se ha diluido. Ellos son los culpables de toda la trama y han sido eliminados. Por otra parte,

nadie sabe nada de las películas de temática necrofílica y, lo que es más importante para él, Santi no lo ha reconocido. Aunque sus miradas no han llegado a cruzarse, él no ha notado ningún indicio de lo contrario. Además, es imposible que lo hubiera visto en las sombras del set de rodaje, detrás de los focos. Imposible.

¿O quizás no? ¿Está dispuesto a correr ese riesgo? A estas alturas ya solo hay una respuesta a esa pregunta.

Recapitular todo lo sucedido durante aquel rato, con calma, le fue de mucha ayuda. Casi se sentía capaz, incluso, de saber en qué día vivía. Iván era consciente de que le iba a resultar imposible concentrarse durante la entrevista con Carlos, al igual que sabía que iba a ser incapaz de mirarle a los ojos sin recordar que aquel cabrón había estado muy unido a Alicia y a Rafa. Habían compartido casa, mesa y cama, habían ido al cine y al teatro, habían viajado, se habían divertido, también habían discutido..., todo eso y más, mientras el perverso era cómplice de, al menos, cinco violaciones de cadáveres. Todo eso y mucho más hasta que el monstruo cometió un asesinato movido por el miedo a ser descubierto. Todo eso y mucho más hasta que cometió el segundo, ya de una forma más fría y calculada. La misma manera fría de proceder con la que acometía sus autopsias. Al final, el pobre Roberto no se equivocaba cuando le había dicho aquello de que un crimen suele conducir a otro mayor, aunque él se refería a la posibilidad de que el asesinato de Ale hubiera conducido al de A&P, cuando la verdad es que condujo al de Santi. De no haber cometido el error de falsificar el informe preliminar, ¿hasta dónde habría sido capaz de llegar el forense con tal de salvarse? Aquello ya nunca se sabría, pero Iván estaba seguro de que muy lejos. Demasiado lejos.

Cuando entró en la sala de interrogatorios, Carlos llevaba esperando un buen rato, pero Iván no apreció en su semblante ningún atisbo de impaciencia.

—Aquí me tienes. —A él sí se le notaban las prisas. Permaneció de pie.

Con un gesto de la mano, Carlos lo invitó a tomar asiento. Mientras el inspector se lo pensaba, el forense cogió un bolígrafo, firmó unos papeles y los metió en una carpeta encabezada con el logotipo de la Policía Nacional que deslizó por la mesa hacia Iván.

—Soy un hombre de palabra.

—¿Es tu declaración?

Carlos asintió. El inspector tomó la carpeta y comprobó que, en efecto, se trataba de la declaración inicial, a la que no le había corregido ni una coma. Confirmada y ratificada, ya podía irse.

—Espera. ¿No quieres saber por qué insistí en hablar contigo?

—No —dijo Iván sin mirarlo y con la mano ya sobre el pomo de la puerta.

—¿No te interesa saber por qué nunca le he contado a Alicia que eres seropositivo?

Iván se giró muy despacio. ¿Aquello había sido una amenaza? Meditó la respuesta unos segundos.

—Tampoco. Y no sé qué esperas conseguir echando más mierda a mi relación con Alicia.

—Querrás decir a vuestra falta de relación. Tengo entendido que...

—Carlos, vas a tener mucho tiempo ocioso en la cárcel, pero yo tengo mejores cosas que hacer que escuchar tus desvaríos.

—En eso te doy la razón. Por eso te estoy pidiendo solo cinco minutos de tu preciado tiempo. En cierto modo, me lo debes.

—Yo no te debo nada.

—¿Y si te digo, para tu tranquilidad, que Alicia no tiene el virus? —Carlos le sostuvo la mirada unos segundos—. Por favor, inspector.

Iván se sentó frente al doctor.

—Cinco —dijo Iván señalando un anticuado reloj de agujas colgado en la pared, frente al espejo semiplateado y a la espalda del forense.

Carlos no se giró para mirar el reloj, se limitó a agradecer con una escueta sonrisa.

—No te preocupes, aunque dudo que me quisiera escuchar, no pensaba contarle nada a Alicia. —Carlos desdibujó la sonrisa—. No después de todo lo que ha pasado. Hace mucho que lo sé. Para mí era fácil acceder a cualquier historial médico. Es cierto que eso deja un rastro digital y que podría haberme acarreado algún problema con la protección de datos sensibles, pero ¿quién iba a poner en duda la integridad del doctor Sepúlveda? Solo lo he dicho para llamar tu atención.

El doctor esperó algún comentario de Iván, pero no llegó.

—Hablando de rastro digital —continuó diciendo—, menuda metedura de pata la mía con los correos, ¿verdad? La subinspectora Ojeda vale su peso en oro.

—Te quedan cuatro minutos —interrumpió Iván.

Carlos cabeceó y resopló.

—Así no hay quien mantenga una conversación decente, Iván.

—No eres tú el más indicado para hablar de decencia. ¿Qué quieres?

—Tú tampoco. Lo que quiero es, primero, que te relajes. Ya has ganado, ¿no?

—Si tú lo dices... —dijo Iván con resignación—. Pero sigo sin entender por qué estoy aquí.

El forense se lo quedó mirando con los ojos encogidos. Iván adivinó en su frente los precisos engranajes de su privilegiada mente buscando la respuesta exacta:

—Por vanidad —hizo una pausa—. Al fin y al cabo, te has convertido en el héroe del momento. Todos los periódicos hablan del buen equipo de investigación que ha resuelto el caso, contigo a la cabeza. —Carlos se inclinó hacia adelante, adoptando una actitud confidencial—. Y, hombre, dado que has tirado mi brillante carrera a la papelera de reciclaje, qué menos que permitirme tener un último cara a cara contigo. Como me acabas de recordar, voy a pasar una buena temporada en la cárcel. Allí no voy a encontrar muchos héroes como tú.

Iván estaba sorprendido a la vez que indignado. De todas las razones posibles, aquella habría sido la última en ocurrírsele. ¿Es que todo el mundo a su alrededor estaba mal de la cabeza?

—Como te quedan tres minutos, me voy a permitir contestar: en el fondo, Pipe y tú sois muy parecidos.

—¡No digas eso! —exclamó Carlos dando un puñetazo sobre la mesa—. A mí no me compares con ese analfabeto, mediocre, vicioso y amanerado.

—Otro porrazo como ese y me levanto y me voy.

—Me da igual —dijo Carlos con desprecio—. No voy a consentir que me pongas al mismo nivel que ese perverso.

—Porque tú eres mucho mejor que él. Claro que sí, tú eres mucho mejor que todos nosotros. Estás por encima de todo el mundo.

Carlos sonrió. Por primera vez desde que lo conocía, Iván había atisbado un soplo maligno en aquella sonrisa.

—¿Pues sabes una cosa? —preguntó Iván—. Que tienes razón. Estás muy por encima, muy arriba, en la estratosfera. Tanto que te has asfixiado por la falta de oxígeno. Tan alto que te has achicharrado con el sol. Pero al final, doctor, te has dado una hostia de campeonato. La misma que se dio Pipe.

—Pero él está muerto, y yo no.

—¿Y tú crees que eso es mejor para ti? —Iván señaló de nuevo el reloj en la pared—. Un minuto. Es el tiempo que vas a necesitar nada más poner un pie en la cárcel para darte cuenta de lo equivocado que estás. Con un único minuto, tu ego se va a llevar tal golpe de realidad que te vas a morir de envidia por nosotros, las pobres hormiguitas que antes despreciabas desde las



alturas. En un minuto vas a querer volverte hormiguita tú también, porque eso es mucho mejor que lo que te espera allí dentro. Solo un minuto. Te lo juro.

El inspector salió sin oír las últimas palabras de Carlos. Sin despedirse, pero cantando:

—Sesenta, cincuenta y nueve, cincuenta y ocho, cincuenta y siete...

No obstante, a Iván se le había quedado una pregunta en el aire en aquella extraña conversación. Le habría gustado saber si Ale llegó a despertarse en algún momento, si se movió o se quejó cuando Carlos le clavó la aguja y le inyectó la burbuja de aire que lo mató.

Pocos días después de la entrevista con el forense y de dar el caso por cerrado, tomando una copa una tarde de un viernes al salir del trabajo con Diosdado y Pilar, Iván les confesó que prefería pensar que no, que el marido de Roberto no llegó a sentir nada, que se fue en un plácido sueño narcótico. También les dijo que la belonefobia de Ale no dejaba de tener cierto punto premonitorio. Toda su vida con miedo a las agujas para acabar muriendo a manos de una.

Diosdado aprovechó el encuentro para informar a Iván sobre el expediente abierto por Asuntos Internos. De manera providencial, lo habían cerrado. Ambos mostraron su extrañeza: estaban de acuerdo en que, como había dicho Carlos, Iván era el héroe del momento en el cuerpo, pero conocían muy bien cómo se las gastaban sus compañeros y que no liquidaban sus investigaciones tan fácilmente, máxime con la acumulación de meteduras de pata de Iván. Lo mínimo que cabría esperar era algún tipo de amonestación, aunque fuera verbal. Sin embargo, para sorpresa de todos, de momento no había llegado nada de nada.

El comisario también le preguntó cómo andaban las cosas con Alicia.

—Difíciles, pero no imposibles. Ayer mismo hablé con ella —respondió Iván—. Me contó algo que yo ya sabía: tener que repudiar a Carlos apenas unas semanas después de repudiarme a mí ha sido un golpe muy duro para ella. Tanto que ha llegado a plantearle a su psicólogo que se sentía en gran parte culpable del sufrimiento de su hijo por haber tenido un olfato nefasto para elegir a sus parejas. El psicólogo no solo está intentando quitarle eso de la cabeza, sino que, además, la está animando a que me perdone. Al fin y al cabo, yo he sido un irresponsable, pero he demostrado que Rafa me importa más de lo que yo mismo pensaba. —El inspector tuvo que hacer una breve pausa para recomponerse. Todavía se estremecía al recordar el incidente—. De momento, Alicia ha conseguido una baja médica para ella y para nuestro hijo. Su intención es quitarse de en medio unos meses. No me ha perdonado,

pero, al menos, me va a permitir hablar con Rafa una vez a la semana y me ha prometido mantenerme al corriente de su evolución, de si vuelve a clase y demás. Es más de lo que esperaba y mucho más de lo que me merezco.

Hablaron también del otro gran caso mediático. Tras el fallecimiento de uno, dado que el juicio iba para largo, los otros cuatro miembros de la manada de Sevilla habían sido puestos en libertad condicional. La situación se había polarizado en extremo. Por una parte, la opinión pública ya había dictado sentencia: eran culpables de la violación, además de unos chulos, unos perversos y unos cobardes. Sin embargo, al mismo tiempo se había activado una campaña de desprestigio contra la niña justiciera por parte de un determinado sector de la población, que la consideraba una mentirosa o, directamente, una zorra feminazi y provocadora, responsable de la muerte de aquel joven. Campaña apoyada de manera poco sutil por un periódico digital filofascista. Lo único que estaba claro en todo aquello, sentenció el comisario, era que los cuatro presuntos se estaban forrando gracias al circo televisivo. No había franja horaria ni canal en los que no aparecieran. Debatiendo, comentando y hasta cocinando, bailando y cantando para la querida audiencia.

Cuando terminaron sus copas, ocurrió una anécdota que a Iván le pareció singular, y es que, se recordó una vez más, uno nunca termina de conocer a nadie del todo, ni siquiera a uno mismo. Diosdado los invitó a cenar. Iván lo agradeció de corazón, pero se excusó diciendo que ya había quedado con un amigo —un camello, aunque no lo especificó—, con el que después saldría a dar una vuelta. Era viernes y los viernes por la noche, sí o sí, se salía. Pero lo más curioso fue que la subinspectora Ojeda también declinó la invitación porque su marido y sus dos hijas acababan de llegar de Lleida. Por fin se mudaban con ella a Sevilla. Pilar les confesó que estaba deseando llegar a casa para abrazarlos y besarlos, y que iban a cenar juntos después de varias semanas sin verse. Iván sabía que su compañera había pasado las navidades en su tierra y con su familia, pero jamás habría sospechado que se tratara de aquel preciso modelo de familia, un modelo tradicional. El inspector no pudo por menos que reírse de sí mismo y de su anticuada inclinación a estereotipar y etiquetar a los demás. Tomó una nota mental en tres palabras: tenía que mirárselo. Se marchó con una sonrisa de oreja a oreja.

Marcó el teléfono de Jorge, el cajero del Carrefour. Aquella noche había salido tarde del trabajo porque tocaba inventario y en aquel momento estaba en su casa duchándose y arreglándose para reunirse más tarde con él.

—Espérame en el Tanke —dijo Jorge—, pero no te enrolles con nadie antes de que yo llegue. Y si vas a pillar, cómprame un gramo, luego te lo pago. Tengo ganas de verte.

Que lo que estaba sucediendo entre ellos era una relación, Iván lo tenía claro, pero de qué tipo y adónde se dirigía, no tanto. Ya se vería. De momento, le había desvelado que era seropositivo y Jorge le había dado la importancia justa. Ni siquiera le había echado en cara los primeros polvos sin protección. Además, debía admitir que él también tenía ganas de ver a Jorge a todas horas, lo cual era mucho más de lo que había sentido por nadie en los últimos diez años.

Más, incluso, de lo que había sentido por Roberto. Aunque el paso de los días era la mejor agua oxigenada, pensar en él todavía le escocía. Fruto del sentimiento de culpa, aquel escozor se hacía efervescente sobre todo en las noches en que se quedaba en casa y se acostaba pronto, que, por cierto, eran bastante más numerosas que antes del incidente. Pero siempre estaba ahí, una picazón que le advertía de los peligros del olvido.

Durante el trayecto al Caballero Inexistente, donde había quedado con el Canario, casi había conseguido aplacar la desazón, pero sus esfuerzos se fueron al garete en cuanto entró. ¿Qué cojones hacía allí el desgraciado del Lery? Que le hubieran concedido la condicional, a pesar de haber reconocido ser el autor de la grabación de la manada, tenía un pase. También lo tenía que no le hubieran imputado ningún delito por haber trabajado para Pipe, pero, qué coño, ¿acaso no era el Caballero un garito demasiado gay para él, que iba de macho alfa?

El Lery reconoció al inspector de lejos y alzó su copa. Iván no correspondió al saludo. La sangre le hervía; de buena gana le hubiera dado una buena paliza allí mismo, pero no había ninguna necesidad de pinchar tan pronto el globo de su imagen de héroe del cuerpo.

De repente, al ver que el Lery, apoyado en la barra, con su aspecto de viejo prematuro, no estaba solo, se le ocurrió una explicación que, por muy rocambolesca que pudiera parecer, encajaba sin embargo con la impunidad del asqueroso cámara. Sus acompañantes eran un grupo de cinco hombres, todos mayores que él, entre cincuenta y sesenta años, y vestidos de manera muy similar: chinos entre beis y tostados, camisas del blanco al celeste y americanas todas azul marino. Zapatos relucientes, como recién estrenados. A dos de ellos los reconoció al instante: uno era un miembro del Parlamento andaluz y el otro un empresario de esos con cuatro apellidos separados por guiones y preposiciones. Las caras de los otros tres le sonaban mucho, pero

no supo precisar de qué. Supuso que, de haber estado más al tanto de la tele y de la prensa de sociedad, seguramente les habría puesto nombres. Puede que, incluso, alguno de ellos fuera un fiscal o un juez de alto rango. Aquello supondría, entonces, que en la entrevista en la cárcel, que en aquel momento le parecía tan lejana en el tiempo, el Lery no iba de farol. Quizás, por tanto, la distribución de las películas sí le había supuesto finalmente un buen negocio. El mejor de los negocios, de hecho: el de los buenos contactos.

Mientras abandonaba el Caballero en dirección al Tanke, una sensación de asco le subía por el esófago hasta la garganta. Tan intensa que solo un buen par de rayas podrían sofocarla. Al mismo tiempo, no podía evitar preguntarse si él mismo, en alguna ocasión, no se habría rozado con alguno de esos cinco hombres importantes en algún cuarto oscuro. Quién sabe, se decía con amargura, en la oscuridad no solo son pardos todos los gatos. También las ratas.

## AGRADECIMIENTOS

---

Es de bien nacidos, y por eso:

Iván no habría existido sin De Pablos, mi Mercedes, mi hada madrina, la que me regala su apellido, su sabiduría y su aliento sin descanso. Gracias.

Pilar no habría sido sin Ojeda, mi Isabel, cuyos ojos inmensos supieron ver la historia que había en estas páginas. Su Antonio, también. Gracias y gracias.

Estas agujas no pincharían sin Carmen Carballo, quien a ciegas confió en mí. Gracias.

Hay llamadas de teléfono que te cambian la vida. La de mi editora, Purificación Plaza, encharcó mis ojos de alegría aquella tarde y para siempre. ¡Y con esa voz! Gracias. Infinitas gracias.

Ana Isabel Orriols convirtió cada corrección en una lección de lengua. A ratos, de vida. Limpió y dio esplendor. Moltes gràcies.

Tomás Gutiérrez encendió los neones de la portada a la primera, y eso solo lo consiguen los buenos. Gracias.

Javier Caró volvió a iluminarme con su generosidad. En esta ocasión, en blanco y negro. Gracias.

Mi hermano del alma, David Boza, lleva toda una vida dándome pistas y risas para vivirla. A él, con mayúsculas, GRACIAS.

A mi Familia, del Polígono y de la Rinco, que es mucho. Gracias.

En especial, a Verónica. Gracias.

Bechdel, sois mi inspiración y mi meta. Dani Blanco, Salva Navarro, Pepe de la Rosa, Migue Parra. Gracias.

Mis amigos de día y mis amigos de la noche. Tened cuidado: sigo tomando nota. Gracias.

Llegamos al final y no me olvido de que en el principio estuvo mi Rocío de Juan y, antes, mi Casa Tomada. Gracias.

Mis lectores beta. Chema, Esther, Luismi, Lucía, Padi... Gracias.

Lectores. Sois mi alfa y mi omega. Sois la razón de todo. Sin vosotros, nada. Gracias.

Los que me conocéis conocéis mi mala memoria. Si sois, pero no estáis en esta lista, disculpadme y, por supuesto, gracias.



Fernando Repiso ha desarrollado gran parte de su carrera profesional en el ámbito de la comunicación política e institucional. Autor de artículos de opinión y relatos cortos, publicó la novela *6 mujeres 6* (Ed. Samarcanda), una divertida y adictiva historia familiar.

Ahora, este jugador de historias, que defiende la idea de la literatura como diversión, publica *Las agujas de la noche* en Editorial Planeta.

## Notas



[1] Versátil o activo. <<

[2] Lema del escudo de Sevilla. <<